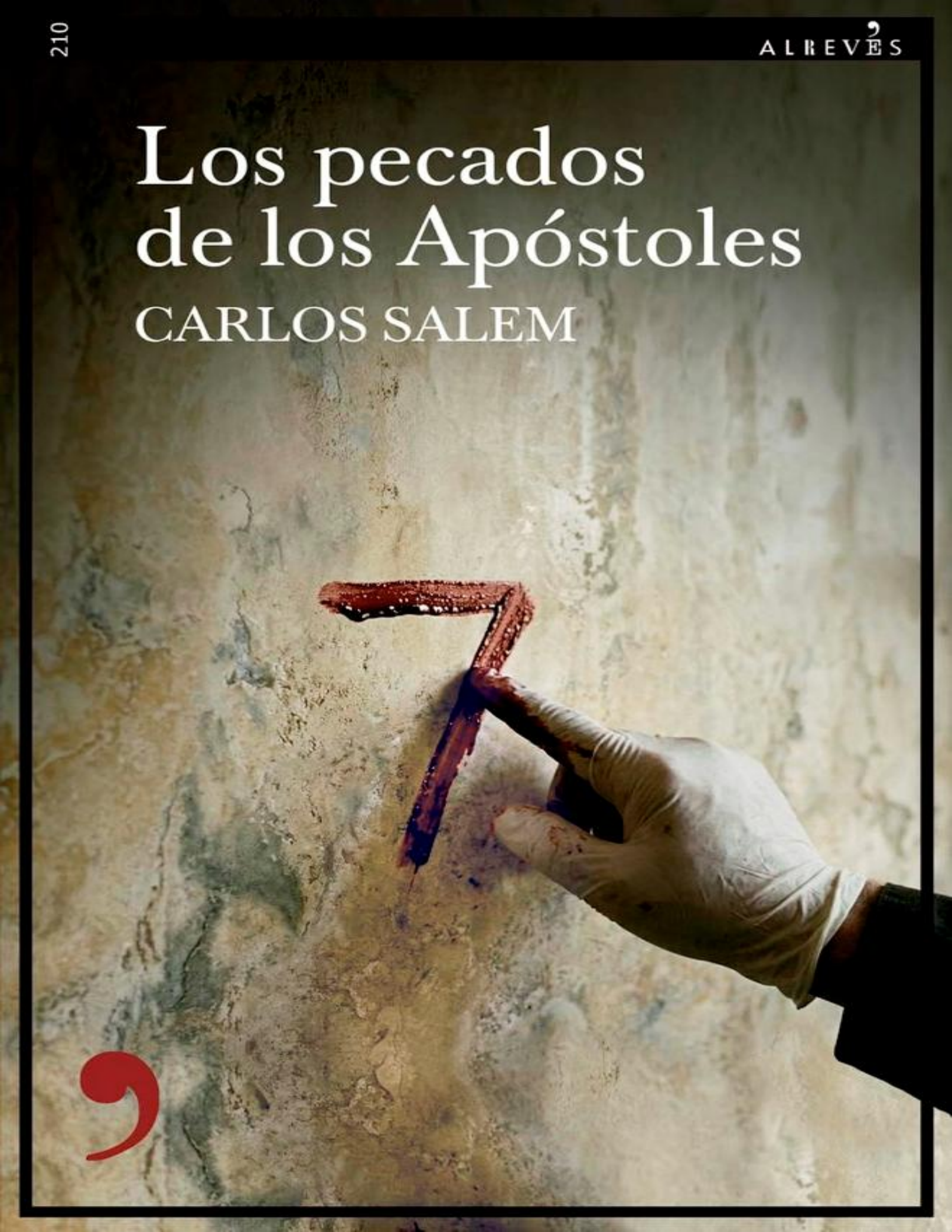
210

ALREVÉS

Los pecados de los Apóstoles

CARLOS SALEM



El brutal asesinato de un poderoso prestamista marca el comienzo de la peor pesadilla para el comisario Severo Justo. Junto a cada víctima, un mensaje escrito con sangre la relaciona con un pecado capital... y con uno de los miembros de la Brigada de los Apóstoles que él dirige. Cada nuevo crimen es parte de una venganza concebida para destruirlos a todos.

Justo sabe que él será el último. Pero antes, el asesino matará a su mujer y su hija por nacer. Mientras la investigación avanza, las certezas se resquebrajan y los secretos salen a la luz, dentro y fuera del equipo.

Esta vez, luchan contra una mente que siempre va un paso por delante.

Y quizás no haya un final feliz

Los pecados de los Apóstoles



Los pecados de los Apóstoles

CARLOS SALEM

Cuarto caso de Dalia Fierro y Severo Justo

ALREVÉS
BARCELONA-2026

Para Josep Forment, siempre con nosotros

2026, Carlos Salem
de la presente edición, 2026, Editorial Alrevés, S.L.

Para Gori Dolz, editor que lee, disfruta y ayuda a escribir

Para Epi Trotajueves, librero que no se rinde

Para Reyes Monje, amiga, lectora y motor
que una pandemia inculta se llevó hace seis años

NOTA DEL AUTOR

Hace diez años imaginé una serie de cuatro novelas protagonizadas por los mismos personajes. No sería una aventura repartida en cuatro partes, sino cuatro aventuras que pudieran leerse de modo independiente y en cualquier orden.

En 2020, y con la complicidad de mi editor, comencé a plasmar el proyecto. Así nació la saga de la Brigada de los Apóstoles. Desde el principio tuve los títulos, el caso que ocuparía la investigación en cada novela y también el devenir de los personajes.

Los pecados de los Apóstoles marca el final de esta saga, aunque algunos personajes aparecerán en otras novelas del mundillo narrativo que llevo tejiendo durante casi veinte años.

Si nos has acompañado a los Apóstoles y a mí durante estos últimos seis años, GRACIAS por el camino recorrido.

Y si es la primera vez que te acercas a esta pandilla de lunáticos, puede que cuando acabes esta novela, que es la última, salgas a buscar las demás y para ti sea la primera.

C. S. – Julio de 2026

I

EL FIN DEL PRINCIPIO

Nunca hay pecado en seguir la propia vocación.

WILLIAM SHAKESPEARE

Esta historia, que terminará pronto en Madrid, comienza, quizás, a mediados de los años noventa y en Suiza. No importa en qué cantón de Suiza. Todos eran y siguen siendo tan discretos y educados que hasta el césped silvestre se cuida de no crecer más allá de lo permitido y asumir su condición de pasto.

El Mercedes Benz color *bordeaux* oscuro rueda silencioso en la oscuridad y con los faros apagados.

Con la solemnidad de sus diecisiete años, Javier Avellaneda piensa que debe respetar los tratos que impone.

No muy lejos, las severas instalaciones del internado exhiben las ventanas con los párpados cerrados. Es verano y todos los estudiantes han vuelto con sus familias a disfrutar de las vacaciones. Casi todos.

No importa qué internado es.

Todos los invernaderos para príncipes —con o sin título— se parecen. Javier lo sabe, porque cuando era más pequeño y la abogada venía a buscarlo para que no pasara solo las vacaciones, visitaban distintos internados de lujo para que él eligiera, pero le parecían el mismo. Por eso se quedó aquí desde que llegó con casi nueve años.

Le parece divisar una oscuridad movediza en la oscuridad detenida.

No acelera y deja que el coche avance como una bestia agazapada.

Lleva las ventanillas bajadas y el aire templado le recuerda otros veranos, todos desde que la abogada lo trajo aquí, para retornar cada trimestre, con productos españoles que a él le daban igual y supuestos saludos de su padre que le sonaban a carta comercial.

Aunque el pequeño Javier lo disimulara, esperaba con impaciencia el final de las clases, la marcha de sus compañeros con los que nunca intentaba desarrollar nada parecido a la amistad, y el regreso

de la abogada con sus elegantes trajes, sus piernas largas y esa belleza que a él le parecía de actriz de cine, aunque casi nunca iba al cine.

Después de visitar posibles nuevos internados que él rechazaba, pasaban el verano en distintos *spas* de lujo de toda Europa que solo se diferenciaban por el nombre. A él le gustaba verla en traje de baño, la forma en que recibía el sol como si fuera otro admirador prudente y el desdén elegante con que rechazaba las proposiciones tácitas o explícitas que le hacían hombres con monóculo o camareros que también parecían actores de cine.

En una de esas vacaciones, le preguntó si ella era su mamá, aunque sabía que no.

Negó con ternura y murmuró algo que incluso ahora, después de tantos años, Javier no sabe si fue un «ojalá» o un «menos mal».

Claro que no era su madre.

Cuando tenía cinco años, una niñera benevolente y demasiado cariñosa le contó que su mamá había muerto al nacer él, pero nunca se atrevió a preguntarle al viejo si era cierto. Cuando tenía ocho, otra niñera, que parecía odiarlo y jamás supo por qué, le dijo que su madre se había suicidado por su culpa.

Y no recuerda mucho más, solo a la desagradable mujer rodando por las escaleras mientras él la veía desde arriba montado en su triciclo, el tumulto de médicos y ambulancias, la respetuosa visita de un policía y la timidez con que la abogada le decía al viejo una cifra como si fuera excesiva y la voz del viejo diciendo que era correcto, pero que la mujer firmara los papeles y no lo molestaran nunca más. Luego, el viejo subió las escaleras y el pequeño Javier sintió a la vez miedo y audacia; incluso, si venía a pegarle —que nunca lo había hecho—, significaba que se acercaría lo suficiente al hijo. Pero el viejo se quedó mirándolo a los ojos, pareció a punto de tender la mano hacia él, pero cambió de idea y dijo que por lo menos sabía defenderse y que eso ya era algo. Giró y volvió a bajar la escalera, pero en su mirada, en esos ojos que tanto le imponían, el pequeñísimo Javier vio algo parecido al orgullo.

Sí.

Es una sombra pegada sobre la sombra, que intenta moverse

lenta para no destacar, intuye la proximidad del coche y necesita asegurarse una distancia mínima.

Javier deja que el Mercedes siga de largo y traza un amplio círculo para que se confíe. Siente el coche como una prolongación de sus miembros, la suavidad con que obedece lo llena de secreta vanidad, como si fuera un superpoder de los personajes absurdos de los cómics de sus compañeros. No saben lo que es el poder, aunque todos sean hijos de poderosos. Él también. Pero algo lo separa de sus iguales, como del resto del mundo. La certeza lo aterra y solo deja de tener miedo cuando está al volante de un coche.

Eso también se lo debe a la abogada y se siente injusto por haber decidido olvidar su nombre el día que le ratificó que no era su madre. Ahora, aunque lo intentara, no lo recordaría.

Ella le dio, sin querer, las herramientas para desarrollar su arte.

Fue hace unos años, en una villa de lujo en la costa italiana. Él le preguntó si de mayor podría tener un coche y la abogada le dijo que podría tener todos los que quisiera. Y con chófer. Él dijo que no quería chófer, quería conducir. La abogada sonrió y no dijo nada. Pero al día siguiente, después de desayunar, lo invitó a dar un paseo por la campiña y Javier dijo que sí y corrió hacia el Jaguar, pero ella lo detuvo señalando el pequeño Fiat.

Abrió la puerta del conductor y sobre el humilde tapizado destacaba el mullido cojín de raso de uno de los sofás del salón de fumar.

—Si quieres conducir, yo voy a enseñarte —dijo ella.

La sombra ya no se mueve, pero tendrá que hacerlo.

Javier traza cuadrículas precisas cubriendo el terreno y si se queda quieto le pasará por encima. La lógica indica que la sombra se arrastrará reptando hasta la carretera de servicio, lo más cerca posible del portón trasero, porque si logra salir del recinto o amanece sin que él lo encuentre, la sombra habrá ganado su recompensa.

Avellaneda simula alejarse en la otra dirección, piensa que el viejo estaría orgulloso si lo viera ahora, aunque lleva años sin querer verlo. Incluso cuando apenas era un niño lo miraba como si fuera una valiosísima obra de arte a la que le hubiera encontrado un

defecto.

Pero Javier no se encontraba defectos, ni entonces ni hoy, ya adolescente.

El espejo le devuelve una belleza patricia y rubia, un cuerpo naturalmente atlético, un cabello que durará hasta muy avanzada edad y unas facciones que le permitirían incluso triunfar en el cine —de pronto, la imagen repetida del niño y la abogada viendo juntos películas todas las noches de verano, es decir que sí iba al cine pero no lo recordaba—, si no fuera «una actividad para gente vulgar», eso decía el viejo y le hizo sospechar que su madre había sido actriz, pero no se atrevía a preguntar.

Se busca en el retrovisor mientras desarrolla su estrategia en la noche suiza. Todo lo que ve es envidiable y pleno.

Salvo los ojos. Es como si la mirada, que en el viejo es lo más notable, no formase parte de su herencia. Cuando se mira al espejo, Javier ve unos ojos apagados, asustadizos, «ojos de ciervo y no de león», le parece que una vez comentó el viejo cuando era muy pequeño.

Se enfurece y se calma en un instante.

Por eso lo hizo.

Por eso este verano fue simulando poco a poco, en cartas y breves llamadas telefónicas con la abogada, que por fin había hecho amigos entre sus compañeros, y ella estaba tan contenta que apenas pidió detalles cuando le dijo que pasaría el verano en casa de uno de ellos, en Lausana. La mujer quiso creerle, porque desde hace tiempo le resulta inquietante la proximidad del muchacho y también porque, al parecer, la salud del viejo es inestable y no le gusta dejarlo solo.

No fue un plan en el sentido estricto. Simplemente supo que podía hacerlo y cómo hacerlo. Una mínima parte del dinero que la abogada le envió para que disfrutara holgadamente de sus vacaciones fue suficiente para conseguir lo esencial.

El resto fue esperar el momento. Esperar esta noche.

Ha rodeado el contorno, pasando por detrás de los edificios. Sabe que la sombra notará su ausencia y tratará de aprovechar la ocasión para buscar la salida de servicio.

Detiene el coche detrás de un pabellón y lo ve despegarse de la

oscuridad de la noche sin luna, correr hacia la puerta.

Javier no acelera. Se acerca en silencio. El Mercedes es un tigre mudo.

La sombra del hombre se recorta a escasos metros del portón trasero y es entonces cuando Javier enciende las luces y acelera. Todo ocurre tan rápido que en el futuro tendrá que detener la memoria infinitas veces para capturar los matices: el hombre con ropas vulgares que frena su carrera porque sabe que no llegará a tiempo, gira y se queda paralizado como una liebre frente a los faros del Mercedes que crecen a toda velocidad, y en ese momento, el momento mismo en que el impacto está asegurado, Javier vuelve a mirarse en el retrovisor y ve en sus ojos ese fuego que lleva toda la vida extrañando.

Todo es como una mala función de teatro, o una buena ópera bien representada, de esas a las que la abogada lo llevaba cuando era pequeño. El traje de ella es más serio que de costumbre y de repente parece mayor, casi vieja. Llegó en tiempo récord. Dice que lo lamenta profundamente y el director del internado también lo lamenta. Procura la abogada que no suene a recriminación, pero el director debe comprender la decisión del padre de Javier. El director, como si recitara un papel mal aprendido, protesta tibiamente y dice que en toda la historia de la institución no había ocurrido nada parecido, pero corren tiempos difíciles y nadie podía adivinar que un ladrón lograría colarse, robar nada menos que su propio coche particular y, al intentar impedírselo, moriría atropellado el heroico jardinero.

Javier asiste a todo como en un cine vacío.

La abogada pregunta si tienen alguna pista del ladrón prófugo y el director, sin dejar de mirarla, murmura que la Policía no es optimista. Habrá sido uno de esos neohippies que todavía rondan por allí y a estas alturas ya estará en otro país.

Ella dice que es un alivio saber que ese malviviente no sigue cerca. Vuelve a disculparse por llevarse al alumno después de tantos años, pero la salud de su padre no es buena y después de lo

ocurrido «no estaríamos tranquilos en Madrid».

El director comprende y adelanta la mano en el escritorio.

La abogada agradece la comprensión y empuja suavemente hacia él un grueso sobre. Javier se aburre de la representación y deja vagar la mirada por el despacho lleno de trofeos, sabe que no volverá a este lugar donde ha pasado media vida. De reojo observa cómo el director toma el sobre entre dos dedos, con tanta delicadeza que casi se le escapa, y con la idéntica gracia lo deja caer sobre un cajón abierto. Para Javier, los dedos tienen la misma condición de garras de pájaro que tenían hace unos días las toscas manos del jardinero cuando aceptó su dinero para el juego, convencido de que podría escapar y ganarse unos buenos billetes.

El sonido apagado del cajón al cerrarse marca el fin del encuentro y de la comedia. Javier se ha levantado y se acerca a los trofeos relucientes como espejos, lee las placas. Ha colaborado en conseguir muchos de esos premios, el deporte fue la única actividad colectiva que se ha permitido en estos años.

El director le dice solemnemente que lo echarán de menos, porque ha sido un buen estudiante y un excelente deportista.

Javier no dice nada, porque en la superficie pulida de uno de los trofeos ha encontrado sus ojos, apagados como siempre.

Pero en el fondo intuye el brillo y la plenitud que vio en el retrovisor del Mercedes.

Y ya sabe a qué va a dedicar el resto de su vida.

Aunque, bien pensado, esta historia comienza también, más o menos por la misma fecha, pero en un palacio episcopal cerca de Madrid.

Para ser más concretos, en un despacho que el obispo Suárez solo utiliza para recibir dignatarios o echar una siesta sin que nadie se atreva a molestarlo. Pero son las nueve de la mañana y al otro lado de la venerable mesa de madera lacada no se sienta un nuncio, un embajador, o un millonario devoto dispuesto a hacer donaciones.

Un cura. Un simple cura. *El más complicado que he visto en mi vida*, piensa.

Es joven, pero su expresión solemne le suma años. La sotana es la de siempre, impecable y sencilla, un tanto gastada de tanto lavarla. El cura, delgado y serio, parece sentirse extraño dentro de ella, *es que lleva un año sin usarla*, piensa el obispo, y un segundo antes de arrepentirse agrega: *y sin usar, seguramente, ninguna otra ropa.*

Para ganar tiempo, abre la carpeta cuyo contenido conoce de memoria, ya que sigue la pista de este joven sacerdote desde que ingresó al seminario, y no solo por sus sobresalientes calificaciones. Desde el principio percibió en él un aura de autenticidad sin estridencias, una convicción callada, inamovible. Eso hizo que Severo Justo, sin pedirlo ni buscarlo, adelantara a un buen número de jóvenes sacerdotes con excelentes familias y encumbradas recomendaciones. Por eso el propio obispo lo tomó bajo su protección y se convirtió incluso en su confesor. Por eso intentó potenciar una carrera que no necesitaba de ayuda. Pese a su falta de ambición para escalar en la jerarquía eclesiástica, Severo encajaba a la perfección.

Casi a la perfección, recuerda el obispo Suárez.

Al principio le pareció buena idea que el joven, hijo de una familia de inmigrantes extremeños, pese a estar destinado a la cúpula de la Iglesia, frecuentase las barriadas más humildes para hacer trabajo pastoral, «que eso da buena prensa y falta que nos hace», pensó

entonces el prelado y lo sigue pensando.

Pero Justo se tomaba aquello demasiado en serio, como hace con cada aspecto de su sacerdocio, en especial lo de predicar con el ejemplo. Así que se las arreglaba para cumplir con las tareas que le encomendaba el obispo y no desatender sus barriadas, en las que, además de cuidar el espíritu de los dudosos feligreses, los ayudaba a mejorar y levantar sus casas, y no con la palabra, sino pala en mano.

El obispo sigue estudiando el expediente, porque sabe que ha perdido y cuanto más demore el momento, supone que menos dolerá.

Levanta la vista y estudia al sacerdote, tenía que saber qué pasaría, era evidente, con ese porte que lo hace parecer un príncipe aunque vista de pobre, y esa seriedad convencida que solo puede hallarse en un verdadero monje o un verdadero guerrero y que, aunque se parezca al fanatismo, es todo lo contrario.

Todo pasó hace un año, en una de esas barriadas que se empeñan en adherirse a las laderas de las afueras de Madrid desafiando los principios de la arquitectura y los senderos de la lluvia.

El propio Justo se lo contó, pero por supuesto que no con esas palabras, y lo que no dijo por pudor figura en los informes que el obispo hizo recabar.

Fue precisamente ante la inminencia de una de esas tormentas que por entonces comenzaron a ser frecuentes en Madrid, para alegría de los presentadores de televisión que anunciaban que subiría el nivel de los pantanos y desesperación de los pobladores precarios que no estaban acostumbrados a las lluvias copiosas en la meseta. Justo se había quitado la sotana y estaba en vaqueros, atacando la tierra a palazos, dibujando una zanja para que el agua, al bajar esta vez, no se llevara también las casas de los hombres y mujeres que primero lo miraban con burla, apostando sin dinero cuánto tardaría en rendirse, luego con respeto, y finalmente buscaron, consiguieron o robaron palas para seguir el ejemplo del Casi-cura.

Así lo llamaban, porque empezó a ir antes de ordenarse, y lo que había sido un mote burlón, ahora era una referencia moral en la barriada.

Según los informes, la muchacha formaba parte de esos grupos de cristianos díscolos que entre las páginas de la Biblia llevaban panfletos de la Teología de la Liberación y no sería de extrañar que también algún escrito de Lenin. Como aclaraban los informes de los detectives pagados del propio bolsillo episcopal, no hubo nada criticable en ese encuentro bajo la lluvia, que empezó a derramarse como si el cielo se hubiera rajado, amenazando las casas y las gentes. Solo la muchacha, con otra pala, siguiendo la estela del Casi-cura, paleando ambos con furia y sonrisas a medida que la zanja avanzaba y se convencían de que podían ganarle a la inundación.

Y le ganaron y, empapados bajo el agua, se miraron. Solo eso.

Según los testimonios recogidos por los detectives, una señora comentó textualmente que «dos de mis hijas se quedaron preñadas por menos que esa mirada».

Cierra la carpeta y se recuerda hace un año, en este despacho, frente a un Severo Justo con la misma sotana, entristecido por la decepción que causaría en su mentor pero sin poder disimular la alegría que le bailaba por dentro, impaciente.

No cayó en la torpeza anticuada de advertirle que la mujer era el demonio y otras zarandajas que el muchacho, por prudente que fuera, rechazaría de inmediato.

Al fin y al cabo, estaba enamorado.

«No quiero que te avergüences, Severo», le dijo. «Pasa con más frecuencia de lo que crees y, desgraciadamente, entre los mejores».

Justo objetó que no era uno de los mejores, *y lo peor es que el capullo lo decía en serio*, rememora el obispo, que lo frenó con un gesto de la mano ensortijada y le expuso la propuesta.

«En todos estos años como obispo, no encontré a nadie con tantas condiciones para llegar a lo más alto», se descubrió señalando al techo, pero no pensaba en el Cielo sino en el Vaticano. Antes de que Justo pudiera objetar nada, le dio el golpe de gracia.

«Te conozco lo suficiente como para saber que será inútil

convencerte de que dejes atrás tu pasión por esa mujer. Aunque soy viejo, en mi juventud probé los placeres de la carne y sé lo poderosos que resultan».

Entonces ocurrió lo inesperado.

El mismo Severo Justo, serio y respetuoso, dio un golpe con la mano abierta sobre la mesa y pareció que el despacho temblaba, mientras le decía, escandalizado, que él no había probado nada, que jamás faltaría a sus votos y que, por más que había coincidido varias veces con Alicia, ni siquiera le había rozado la mano.

Entonces, hace un año, el obispo suspiró por dentro y estuvo a punto de usar la carta de triunfo que tenía reservada, pero le dijo a su pupilo preferido que si había tenido la voluntad de abstenerse, bastaba con seguir manteniéndola y, por supuesto, postergar su amistad con la muchacha, para evitar peligros.

Pero Justo le dijo: «Sé que no podré, monseñor. El único camino es renunciar a mis votos y seguir difundiendo la Palabra de Dios como seglar. No puedo renunciar a ella y no lo haré».

El obispo reservó nuevamente la carta definitiva para sacar otra: le propuso al sacerdote que viviera un año como un seglar, explorase esa vida y después tomara la decisión final.

Era un gran riesgo, que no hubiera tomado con ninguno de sus discípulos, pero Justo era de otra madera, era monje y era guerrero.

—Y aquí estamos —dice en voz alta—. Creo que será bueno para ti el conocimiento que has adquirido de la vida mundana. La Iglesia necesita dirigentes que comprendan a la gente y te esperan grandes cosas. —Saca un sobre de excelente papel entelado, con sellos en relieve, y le muestra su última carta—. Hace un año, cuando viniste a hablarme de tus dudas, tenía que darte una buena noticia. La postergué hasta hoy, para no presionarte.

Busca curiosidad en los ojos del joven sacerdote y la encuentra.

Justo es de los que necesitan saber.

—Logré que reservasen la oferta hasta que estuvieras preparado. Y, aunque te echaré de menos, te espera un cargo en el Vaticano, bajo la tutela del cardenal Cartuccio, un buen amigo que, según las quinielas, podría ser el próximo Papa…

La mano de Justo se eleva con suavidad y firmeza.

—No siga, por favor, monseñor. Lamento decepcionarlo, pero haré firme mi renuncia a los votos. Voy a casarme con Alicia.

Alguien le dijo una vez al obispo Suárez que, de haber nacido en la Venecia ducal, habría sido uno de los más ricos comerciantes, por su habilidad para negociar.

Justo es un activo valioso y, antes que perderlo por completo, intenta rentabilizarlo. Dice que lo comprende, le desea felicidad y ataca nuevamente:

—Triunfarás en lo que te propongas. Estás más que cualificado para puestos directivos y cuenta con mi recomendación. Si te dedicas al Derecho, un amigo dirige el bufete más grande del país. También hay importantes organizaciones que trabajan con la Iglesia y en las que hay lugar para alguien como tú. Por otra parte, si quieres…

—Ya he tomado una decisión —murmura Justo, apenado porque sabe que le está recortando las esperanzas.

—Espero que no quieras entrar en la política, es un mundo bastante turbio. Pero en cuanto a los negocios, te sobra inteligencia…

Otras vez la mano abierta en la que el obispo ya imagina el anillo de matrimonio.

—Señor obispo, no me dedicaré a nada de eso. Usted ha sido mi confesor durante años y sabe que entré en el sacerdocio por convicción, pero también por la necesidad de creer en un orden que me ayude a mantener a raya mis demonios interiores, esa furia que llevo controlando desde niño. Quiero hacer algo que sirva, con instrucciones tan claras que eliminen cualquier duda.

—¿Y a qué te vas a dedicar, hijo mío? —pregunta el obispo, desorientado.

—Voy a ser policía —contesta el joven Severo Justo, sin perder del todo el aura de monje, sobre la que ahora destaca la del guerrero.

1

Una bata color *bordeaux*

Al tercer intento, Difuntino Delgado consigue que el monomando de la ducha haga cesar los chorros de agua que golpean su cuerpo desde diferentes direcciones. Aspira el vapor, en el que se mezclan los aromas del gel y el champú que su mujer le compra en una perfumería del barrio de Salamanca.

Huele a caro, se dice.

Empuja la puerta de cristal y sale al baño, inundado por la misma niebla de primera calidad. Como siempre que se ducha solo, mide con sus pasos breves el largo y el ancho de la estancia y vuelve a comprobar que su baño es más grande que la habitación en la que vivía con su abuela, su madre y cuatro hermanos.

Un veinte por ciento más grande. Difuntino todo lo mide en porcentajes.

El vapor que opaca el espejo interminable adelgaza su reflejo. Busca a tientas una de las batas de baño con su monograma «DD», bordado en hilo dorado.

—La Jacinta me cuesta cara, pero está en todo —le dice a nadie, porque está solo en la casa. De prisa, se corrige—: Solange, quise decir Solange.

Debe acostumbrarse. Bastante pagó al abogado para darle a su mujer el capricho de cambiarse el nombre por uno que le suena ajeno pero refinado.

Difuntino tiene dinero desde hace años, pero solo lleva unos meses viviendo como si lo tuviera. Solange, cuando todavía era Jacinta, le abrió los ojos:

«¿De qué te sirve tener millones, si vives en un barrio de mierda y

tu casa, aunque le agregues habitaciones, sigue siendo una chabola?», le dijo.

El vapor en el espejo comienza a deshacerse, ya no esconde la mentira.

Aunque la lujosa bata sea de un color rojo intenso —«*Bordeaux*», lo corregiría Solange, que estudia francés tres tardes por semana *con ese profesor que parece mariquita, pero, por si acaso, haré que lo investiguen*—, la esférica figura de Difuntino conspira contra cualquier elegancia. Apellidarse Delgado y parecer un balón de un metro cincuenta no ayuda a fortalecer la autoestima y lo peor es que ni siquiera puede utilizar su segundo apellido, porque es Redondo *y tampoco es cosa de darles carrete a los cabrones del barrio para que se rían de mí.*

Queda lejos el barrio donde empezó hace años, delincuente sin valor, pero con una astucia ratonera que lo hizo útil en los escalones bajos del crimen desorganizado y folklórico de entonces. Difuntino no se gastaba su parte de los botines en putas o coches. Él le daba el dinero a su abuela, matriarca inflexible de la pobre familia y culpable de ese nombre anacrónico, que había sido el de su propio padre.

El día en que cumplió los treinta años, le dijo:

—Eres poquita cosa, nadie te va a querer por tu aspecto, ni te va a respetar por tu coraje. Vale que eres más inteligente que tus amigos, pero eso no es nada sin dinero.

Fue hasta el cuarto y, con una fuerza inesperada en ese cuerpo de alambre, volvió con una gran maleta que parecía pesada.

Difuntino pensó que lo iba a echar de casa y se disponía a suplicar, cuando ella le ordenó que la abriera.

Estaba llena de billetes de diez mil pesetas.

—Treinta kilos. Sé que no ganaste tanto, pero lo usé para prestarle a los pringados de este barrio, con un módico interés del treinta por ciento.

Recuerda su emoción al recibir lo que al cambio actual serían 180.000 euros y la ternura de su abuela cuando le dijo:

—Un pringado como tú solo puede dar el pego una vez en la vida.

Así que no tomes iniciativas y aprende de los más listos.

Sale al pasillo y recuerda que tiene que girar a la izquierda, todavía se pierde en esta casa acorde a su estatus que Jacinta —*Solange, joder, Solange*— le hizo comprar, aunque no sabe para qué necesita doce habitaciones y un jardín enorme en un barrio donde los vecinos lo miran como si hubiera pisado mierda de perro con los zapatos que ella le hace traer de Italia.

Le encanta pasear por la mansión vacía. Cuando su mujer se escapa a París para renovar el vestuario, él aprovecha para darle festivo a la servidumbre. Se siente como un sultán que pasea por su reino cuando los demás duermen. Al principio se resistió al cambio, pero Solange tenía razón: si quieres hacer negocios con los grandes, tienes que vivir como ellos. La casa indica lo que ha subido desde que su abuela le dio el mejor consejo de su vida: imitar a los más listos que él. Y nadie más listo que esa vieja. Así que él hizo lo mismo que ella: convertirse en usurero. Pero en lugar de atender en el salón de su casa, fundó una pequeña financiera que hacía muy poco negocio oficial, pero que prestaba mucho dinero bajo cuerda y con altísimos intereses.

Hizo venir de Extremadura, del pueblo de su abuela, a dos mocetones grandes como catedrales, *todavía olían a tierra y bosta de vaca*, les pagó lo suficiente para que no tuvieran necesidad de traicionarlo y a partir de allí el negocio marchó solo. La abuela, que parecía inmortal, acabó por morirse y le dejó una cuantiosa herencia: su propio dinero que había recolectado como una urraca durante décadas.

Él amplió el negocio y comenzó a organizar timbas ilegales, hasta financiar buena parte del juego clandestino de Madrid. Es generoso al prestar e inflexible para cobrar. Sus extremeños —y otros igual de grandes que ha ido importando— han roto ya piernas y brazos suficientes como para que la tasa de morosos sea igual a cero.

Sigue por los pasillos en busca del salón, *que me merezco un whisky*. Cuando conoció a Jacinta, Difuntino decidió volar más alto. Algunos de sus deudores son políticos y empresarios importantes. Con ellos tiene más tolerancia y a cambio le garantizan una influencia que lo protege de las miradas indiscretas.

—Los refranes están equivocados —le dijo una vez su abuela—. Sobre todo el de la mujer del César: hay que ser sin parecer, nieto. Ese es el secreto.

Cuando tenía que tomar una decisión, se preguntaba qué habría hecho la vieja. A ella no le hubiera gustado esta casa, pero muerta ya no le da miedo.

Por una vez en su vida, Difuntino Delgado se siente seguro de sí mismo.

Esta casa es un símbolo de su poder, *aunque sigo sin poder encontrar el puto salón…, aquí está, por fin.* Sonríe, porque lo reconforta todo ese lujo: los sillones de cuero italiano, los muebles de diseño, las alfombras hechas a mano, los amplios ventanales que dan al jardín o a la piscina, hasta esas luces indirectas que nunca sabe dónde están; todo lo que puede ver le pertenece, salvo la silueta vestida con un mono de trabajo azul, encapuchada y con una máscara blanca.

Difuntino se pregunta cómo habrá burlado la vigilancia de los extremeños, por qué se acerca con sorprendente agilidad y por qué lleva en la mano algo parecido a un martillo.

Después del primer golpe en la cabeza, ya no se pregunta nada más.

Recupera la conciencia. Tiene las manos atadas a la espalda. Con los ojos entreabiertos, ve a la silueta acercarse sosteniendo algo que no es un martillo y penetra en su garganta una vez, dos, tres… y Difuntino deja de contar.

El monograma dorado con la doble D ahora es una mancha de sangre y se confunde con el tono *bordeaux* de la bata.

Difuntino ya no se mueve.

La figura abre la bata, guarda en la mochila la pequeña maza, saca un bisturí y un envase de plástico. Las manos enguantadas, firmes durante todo el proceso, comienzan a temblar espasmódicamente.

El temblor cede como comenzó, el pulso vuelve a ser firme. Una mano toma el bisturí, la otra un recipiente al que le ha quitado la tapa. El corte es limpio y la sangre cae espesa y roja.

La figura del mono azul deja los utensilios al costado, camina hacia la pared y retira un gran cuadro abstracto, que podría colocarse en cualquier posición sin que se note la diferencia.

Recoge el bote lleno de sangre, se acerca a la pared, hunde el dedo índice de la mano derecha en el líquido espeso y comienza a escribir.

2

Bofetadas de más

Daniela Vélez hace milagros. De otro modo no se entiende que pueda conservar el equilibrio mientras avanza sobre esos kilométricos tacones, carga bajo un brazo una docena de carpetas y en el otro sostiene el bolso de marca, la tableta y el móvil, que nunca se sabe en qué momento puede llegar la noticia que la ayude a volver al sitio que le pertenece. Que obviamente no es un despacho recóndito en las catacumbas de la cadena de televisión, una zona que durante su etapa de estrellato jamás visitó y en la que está confinada desde hace unos meses que se le hacen eternos.

Es duro pasar de ser la directora y presentadora de *De tripas corazón*, el espacio líder de audiencia en una de las cadenas de televisión punteras en España, a pretextar el descanso por agotamiento físico y mental que la sacó de pantalla y del radar implacable que capta a las celebridades. Una vez más, se dice que pudo rebelarse, montar un escándalo, dar una rueda de prensa para aprovechar un poder de convocatoria que creyó de su propiedad y en realidad era tan prestado como la ropa que todavía lleva. Por suerte, hay marcas que se creen la versión de la cadena sobre el descanso para que su estrella de siempre vuelva con un nuevo programa, y le siguen prestando prendas caras, aunque casi no se deja ver por estrenos y saraos.

Pude haberme rebelado, pero preferí no arriesgar. Faltaban seis meses para la renovación de su millonario contrato cuando Fabrizzio, el directivo al que en privado solía llamar *Osito*, le habló del agotamiento de la audiencia y la necesidad de que desapareciera de pantalla unos meses para crear el *hype* necesario, «que estos son

tiempos difíciles, Daniela, hay que competir con internet, el *streaming* nos sigue comiendo terreno y tú eres el último baluarte de la televisión, tenemos que cuidarte»; y ella pensaba en cuántas veces le había dicho «sí» a ese directivo repugnante, con la esperanza de llegar tan alto que ya no necesitase reírle las gracias y las caricias, el mismo que con una sonrisa falsa y unas excusa la estaba devolviendo a la casilla de salida. Eso sí, le respetaron el sueldo, *y esa fue la zanahoria para que yo haga de burra, porque está claro que cuando se acabe mi contrato no me van a renovar.*

Aceptó porque no le quedaba otra salida, pero se negó al descanso y pidió un despacho y recursos para investigar temas que sustentarían su retorno al *prime time*.

Le dieron un cubículo al final de los finales del canal, donde ni siquiera reman los becarios, «tan pequeño que no van a caber su ego y ella», escuchó decir en la cafetería a una reportera que hasta hace poco se desvivía por llamar la atención de Daniela, recibir un saludo de Daniela, aunque fuera una bofetada de Daniela.

Lo de las bofetadas puede que haya sido un error, admite.

Pero es que para mantenerse en la cima tanto tiempo debía ser exigente con su equipo y a veces perdía nervios, sobre todo desde que Lorna Durán, su excompañera de piso y de carrera, se convirtió en su mayor rival sin siquiera pretenderlo.

Lorna, que a pesar de los años seguía siendo tan idealista como cuando eran veinteañeras y pensaban que iban a cambiar el mundo. Lorna, con su programa de temas serios, análisis profundos y aburridos, que sin embargo rivalizaba en audiencia con el programa de Daniela, «con mucho menos presupuesto y sin juicios por difamación», le dijo más de una vez, pero en tono cariñoso y paciente, el mismo Fabrizzio que luego la mandó a este sitio.

Lorna Durán, con esa belleza natural (parte del presupuesto lo gastó Daniela en sembrar de espías las clínicas de estética *y nada, la muy cabrona está así de buena, como siempre lo estuvo, porque sí, porque es una maldita privilegiada*).

Y tenía que ser Lorna, por supuesto, la que terminase emparejada con el hombre más admirado de España, el superpolicía Severo Justo, con su pasado como sacerdote primero, después como viudo

trágico y últimamente como salvador de la moral del país. Severo Justo, disputado por todos los partidos como candidato pero interesado solo en dirigir su Brigada Especial de Crímenes Internacionales y formar con Lorna la pareja más odiosamente adorable y discreta de toda Europa.

Daniela sabe por qué la han mandado al exilio y también sabe por quién, *por quienes, en realidad*, como sabe que ni Justo ni Lorna habrán movido siquiera el meñique para pedir que ella deje de atacarlos desde su programa.

No hizo falta: en este país, donde la mitad de la gente odia lo que adora la otra mitad, ellos son lo único en lo que todos están de acuerdo.

Pero Daniela tenía que insistir, buscar trapos sucios donde solo había ropa limpia tendida al sol, y como no encontró nada, echó a rodar rumores, a ver si crecían. Y como eso tampoco funcionó, los soltó directamente en su programa; pero en lugar del *hype* que le pedía la cadena, terminó recopilando un *hate* inesperado y una bajada de audiencia que propició a los directivos la excusa para confinarla en este sótano al que solo bajan las limpiadoras y ella.

Endereza el cuerpo, saca pecho y culo y hace ondear todavía más las célebres caderas, porque al fondo del pasillo avanza, precisamente, una limpiadora.

Cuando pasa junto a ella, la saluda:

—Buenos días, Lidia —como si la conociera de toda la vida, aunque en realidad acaba de leer el nombre en el pequeño letrero abrochado al pecho del uniforme.

Y la mujer sonríe y la mira con veneración y luego comentará con sus pares «lo sencilla y maja que es la Vélez, ojalá que vuelva pronto a la pantalla».

Ya casi ha llegado y al hacerlo descubre que volvió a olvidarse de bajar un café, acostumbrada como está a tener asistentes que se lo preparaban a la temperatura adecuada. Ahora tendrá que subir tres pisos hasta encontrar una máquina que le llene un vaso de agua sucia, *porque ni loca pienso volver por la cafetería.*

El cristal traslúcido de su despachito muestra que la lámpara está

encendida, *habrá sido la limpiadora, ¿cómo se llamaba?*, que tuvo el detalle. Y al parecer no fue el único, porque en cuanto abre la puerta acaricia su nariz, levemente retocada en quirófano cuatro o cinco veces, el aroma inconfundible de un buen café.

Deja el cargamento sobre la silla, destapa la taza y comprueba que está preparado como a ella le gusta y no procede de la máquina; es de mucha mayor calidad. Quizás sea un gesto de Fabrizzio, quizás se hayan dado cuenta de que, sin ella, *De tripas corazón* ya no es lo mismo.

Entonces ve sobre la mesa el grueso portadocumentos de piel, con un pósit que lleva su nombre. *Será la propuesta del nuevo programa, será el contrato, y tiene que ser muy bueno si ocupa tanto espacio*, se dice Daniela.

Pero cuando lo abre, descubre que es algo mucho mejor.

Varias carpetas con nombres que conoce. Revisa el contenido superficialmente y lo poco que alcanza a leer dispara sus pulsaciones e instala en su cara una sonrisa siempre prohibida en la permanente lucha contra las arrugas.

Debajo de todo, un pequeño sobre blanco y anónimo quizás contenga la respuesta a las preguntas más importantes: *¿quién me ha dado esto y por qué?*

Un folio de buena calidad plegado y en él una breve nota:

> Aquí tiene lo que tanto ha buscado. Comprendo que intentará confirmar la información de estas carpetas y lo apruebo. Pero hágalo con la máxima discreción o perderá mi ayuda. Solo difundirá lo que yo le diga, en el momento en que yo le diga, pero si obedece volverá a la cúspide.
>
> Conozco su carácter, por eso le advierto que le conviene seguir mis instrucciones. Si he podido reunir esta información sobre estas personas, imagine lo que podría tener sobre usted.

La autoridad que emana de la nota frena la habitual rebeldía de Daniela. Ya tendrá tiempo de estudiar el material a fondo. No lo dejará en este cubículo al que puede entrar cualquiera. Al volver a guardar todo dentro del portadocumentos, encuentra la etiqueta

autoadhesiva.

Comprende que al pegarla estará sellando un pacto con el diablo, *pero es un diablo muy bien informado*.

Calcula a ojo y coloca la etiqueta.

Si midiera con una regla milimétrica, comprobaría que está ubicada exactamente en el centro de la portada.

La aleja un poco para disfrutar del resultado.

En la etiqueta se lee, con letras rotundas:

Los pecados de los Apóstoles

3

Corazón de tango

—… *rrezik, Gefahr,* небяспека, *opasnost, fare, nebezpečenstvo…*

Dalia Fierro detiene el río de palabras que son la misma en diferentes lenguas. Por más que traduzca «peligro» en tantos idiomas como conoce, y son demasiados, no logrará convocar el regreso de las voces.

Durante años, cuando las diferentes Dalias hablaban en su interior, a la vez y en violenta desavenencia, la única forma de acallarlas era traducir cualquier palabra tantas veces como fuera posible, un Babel al revés que siempre dio resultado.

Pero las voces llevan meses en silencio y en su cabeza solo está la Dalia de siempre, no muy segura de ser la verdadera.

Buena parte de su vida cargó con esa asamblea desordenada opinando diferencias dentro de su mente y sin compartirlas con nadie. Ya bastante rarita era de niña como para ir explicando, ahora que es adulta, que esta pequeña mujer con mal genio y un cociente intelectual que se escapa de las mediciones aloja en su mente más voces que doctorados.

Y tengo seis. ¿O eran siete?

De ese muestrario de opiniones, la voz que añora es una que siempre la asustó. Una voz cortante, homicida o al borde del homicidio, a la que llamaba *Ráfaga*, apodo que la prensa le puso a ese justiciero misterioso que propinaba palizas con garantía de estancia hospitalaria a hombres con el enfado volátil y la mano pesada si se trataba de pegarle a una mujer.

Dalia Fierro intuye que puede prescindir de todas las Dalias menos de ella, como si ese lado salvaje fuera su único lado, su auténtica personalidad.

Se estira en el sofá de su consulta, convertida en residencia casi oficial.

Desde que se divorció de Sonia, se promete cada mañana buscar un apartamento como el que tuvo durante años en Chueca, en una callejuela cerca de todo, para que no fuera difícil llegar de madrugada con sus ligues masculinos o femeninos, ni muy laborioso despacharlos cuando el día comenzara a borronear las pasiones de la noche.

Tampoco quiso —ni podría— disputar la titularidad del chalé que adquirió hace años para que Sonia ejerciera de Bella Durmiente en coma y pagar en cuotas la responsabilidad de haberla alentado a enfrentar a ese novio maltratador llamado Yago, que casi la mató a golpes y luego huyó del país.

—Todo parece remoto, como si le hubiera pasado a otra —murmura, esperando la burla de Ráfaga, que no llega.

Hace dos años, su vida se reducía a llevar la consulta, limitar las incursiones justicieras de Ráfaga, visitar el chalé-hospital en el que la madre de Sonia y un grupo de enfermeras atendían al bellísimo vegetal y apurar la noche en el piso de Chueca con alguna compañía ocasional de la que despedirse antes de aprenderle el nombre.

—Y las voces hablaban todo el tiempo, pero no me sentía tan sola.

El sofá es más cómodo que una cama de hotel y le regala la sensación de que no tiene por qué quedarse en ningún lado, aunque en realidad lleva un tiempo sospechando que nada ni nadie necesita de su permanencia.

—Hoy tengo corazón de tango —murmura, y se promete que cuando se haga el desayuno en la mínima cocina de este despacho lujoso convertido en vivienda, *porque, total, desde que entré en la Brigada no he vuelto a pasar consulta*, puede seleccionar en el Spoty varios tangos de Gardel y quizás baile algunos pasos, ahora que está más sola que nunca, huérfana de voces.

Todo ha cambiado tanto en dos años que le cuesta entenderlo.

—Lo dicho: corazón de tango —murmura, y va hacia la ducha.

La incorporación a la Brigada reactivó a Ráfaga dentro de ella y trabajaron por un mismo fin, aportando su cuota de análisis y

violencia a los logros que convirtieron a los Apóstoles en noticia mundial. Dalia y sus Dalias tenían un motivo para vivir. Todo comenzaba a equilibrarse.

Entonces Sonia volvió del coma, con casi cuarenta años y la mentalidad de una chica de diecinueve.

La culpa dentro de Dalia, prensada como un resorte, se disparó y le ofreció matrimonio y se casó con ella y trató de devolverle el tiempo perdido.

Con pocos meses de diferencia, hizo dos descubrimientos terribles.

El primero era que no amaba a esta Sonia que hablaba como una niñata, sino a la flor de invernadero que cuidó durante años.

El segundo descubrimiento fue irónico. Sonia tampoco estaba enamorada de ella. En cuanto retomó los estudios, se enrolló con un compañero de facultad del que ha parido hace tres meses un niño rollizo y con mirada bovina.

Fue por entonces, *o un poco antes, no logro recordarlo*, cuando las voces fueron callando, una a una, hasta que solo quedó Ráfaga.

Pero luego ella también se fue.

Sin las voces, Dalia Fierro es una mujer frenada.

Por suerte me quedan la Brigada y los tatamis. Su entrenamiento secreto para ser Ráfaga incluye la práctica de varias artes marciales y, a punto de cumplir los cincuenta, su pequeño cuerpo sigue elástico y fuerte. Después del café y tres o cuatro tangos, irá al gimnasio para entrenar y por la noche visitará alguno de los *dojos* a los que asiste para golpear o ser golpeada cuando hierve por dentro.

No es feliz, pero sus compañeros sí.

Severo Justo, el viudo más viudo del mundo, el tipo riguroso que pensaba suicidarse al final de la primera misión de la Brigada, está por ser padre y enamorado, *enamoradísimo de su Lorna Durán. Mira que es guapa y lista la jodida, tendría que caerme mal pero me cae de maravilla*.

Frontela, ese joven policía que atesora los saberes más dispares, va levitando por las dependencias de la Brigada, enamorado hasta las botas de la inspectora auxiliar Beatriz Gutiérrez, que va a gastarlo de tanto mirarlo.

Hasta Caronte García, estrafalario y brillante forense, encontró la horma de su zapato, *o el hilo de su sutura*, bromea, en su colega Libitina Molina. *Esto ya parece un culebrón con finales felices y no una serie policial como Dios manda*, se dice.

Y en voz alta, se corrige:

—Es bueno que la gente buena sea feliz.

Se seca y pasa revista a su cuerpo en el espejo. Y ya que ninguna de las voces lo dice, comenta en voz alta que está muy bien para sus años. Decide cambiar de humor.

Se asoma por la ventana de la consulta, en lo alto del edificio clásico del barrio de Chamberí. El cielo de Madrid tiene ese color azul amigo que muestra ciertas mañanas de otoño y hasta la gente que ve en la calle le cae bien.

—Ya volverán las voces. Y si no vuelven, mejor.

Dalia decide comenzar a creer en los presentimientos y su instinto le dice que hoy será un gran día. Se pone una bata de seda sobre el cuerpo desnudo y el sucedáneo de caricia la enciende un poquito, *esta noche salgo a dar una vuelta*, se dice, y no hay ninguna voz que la aliente o le lleve la contraria.

—En todo caso, hoy va a ser un buen día.

Se demora en la cafetera de émbolo, desdeñando la de cápsulas que usaba para los pacientes. El aroma termina de despertarla y ratifica que todo va a ir sobre ruedas.

Solo ahora enciende el teléfono.

En la Brigada saben que duerme aquí y, en caso de necesitarla fuera de horario, la llamarían al fijo. A ella y no a Severo Justo, como es habitual. *Pero no ahora, con su mujer a punto de parir*. Aunque él no lo sepa, ante cualquier emergencia llamarán primero a Dalia. Pese a que el organigrama de la Brigada es difuso y ella no pertenece a la Policía, todo el mundo sabe que es la segunda al mando, aunque el comisario Francisco Bermúdez, de buena gana, como él suele decir, «ponga la placa» para cubrir las apariencias.

Mientras paladea el primer sorbo de café amargo, introduce las claves y deja que el aparato vaya cobrando vida. Empieza a sonar. Atiende.

Dalia escucha, asiente, da un par de indicaciones y dice que ella se ocupa de avisar a Justo cuando llegue.

Cuelga y decide que se ha equivocado.

Todo indica que este será un día de mierda.

Μια μέρα σκατά, en griego.

El primero de muchos.

4

Un hombre-reloj

Severo Justo deja el coche a varias manzanas de Jefatura para disfrutar del paseo, ya que el clima en Madrid todavía juega a ser benévolo. Mira el reloj sin necesidad, porque sabe que llegará a tiempo, en realidad varios minutos antes, hay costumbres que no se pierden aunque lo intentes.

Recuerda con una sonrisa lo que antes hubiera sido un motivo para darle cuerda al dolor: las tretas con que hace años Alicia, su mujer, primero, y luego Lucía, la niña, intentaban una y otra vez que llegara tarde al trabajo.

Hace tanto de eso, parece que hubiera sido la vida de otro, piensa Justo.

Veintidós años desde que le faltan, asesinadas ambas por Javier Avellaneda, un conductor homicida que con los años se convertiría en su mayor enemigo.

Lo mejor es volver al recuerdo divertido y ahora puede, aunque todo ha sido paulatino; el lento y maravilloso trabajo de Lorna, su actual mujer, a punto de dar a luz a otra niña, *la vida es un juego de espejos y, aunque no recuerdo haber roto ninguno, parece que por fin se acaban mis años de mala suerte*, se dice.

Alicia y Lucía inventaban falsas emergencias, pérdidas de llaves y dolores de barriga que terminaban en carcajadas cuando él descubría el engaño. A veces, incluso, se divertía intuyendo que una nueva treta preparaban, y les seguía el juego un rato para luego acelerar y llegar a tiempo al trabajo.

Ahora, con Lorna, ocurre algo parecido pero diferente. Todo con ella es parecido y diferente, porque ella es ella y él es otro, ni el padre primerizo y feliz, ni el viudo taciturno y al borde del suicidio

que fue las dos décadas que siguieron. Antes de concebir a su nueva hija, Lorna parió a un nuevo Severo Justo.

—¿Veintidós o doce? —preguntó hace un rato, cuando él estaba por salir.

—¿Veintidós o doce qué? —intuyó la ironía pero no el sentido.

—Los minutos antes que vas a llegar a Jefatura. Son las dos alternativas. Más de una vez te he seguido y siempre llegas o veintidós o doce minutos antes. —Le lanzó un beso, cambió de idea y fue corriendo a dárselo—. No me mires con esa cara, que te he cronometrado, Justo. En lo que refiere al trabajo eres un hombre-reloj.

—¿Para todo me cronometras? —Ahora él hasta hacía bromas sexuales.

—Para ciertas cosas prefiero perder la noción del tiempo —dijo ella, abrazándolo todo lo que permitía la abultadísima barriga—. Así que si hoy no vienes muy tarde…

—¿Es prudente? Si no me equivoco, pronto saldrás de cuentas.

Ella ronroneó y el olor de su cuerpo todavía adormecido despertó todos los instintos de Justo, incluso aquellos que no recordaba haber tenido.

—Por eso, amor. Según el ginecólogo, es bueno para acelerar el proceso.

Justo se separó un poco y la observó, desnuda y espléndida. Nunca la había visto tan bella y sensual, la gratitud se le mezclaba con el deseo y se convertía en un deseo más amplio. Acarició el cuerpo amado, que creía conocer poro por poro y que en estos meses ha visto transformarse en otro que ama todavía más.

—Si lo dice el médico, habrá que seguir sus instrucciones.

Le dio un largo beso, se separó con suavidad y se alejó hacia la puerta.

—Pues esta noche. Dile a la niña que le prohíbo nacer hasta mañana.

La carcajada de Lorna aún le tintinea en la memoria.

En su cabeza, dos o tres nubes pequeñas pero robustas intentan ocultar el sol de otoño y las despeja. Todo es minúsculo en comparación con lo que está por ocurrir. El nacimiento inminente no

borra la ausencia de Alicia y Lucía, pero restablece un equilibrio que le ha faltado a su vida.

Apura el paso para desacreditar la teoría de Lorna, es evidente que no va a llegar con veintidós minutos de anticipación a Jefatura, pero intentará por todos los medios que tampoco sean doce. Juega con la idea de detenerse en la cafetería, quizás incluso llegar tarde. *Tampoco hay que exagerar*, se dice con esa voz sacerdotal que al parecer ahora suena solo dentro de su mente y que antes solía usar con todo el mundo.

Consigue no correr y, al llegar a Jefatura, encuentra en la puerta la breve figura de Dalia Fierro, que lo esperaba.

Hay miedo en su mirada y él juraría que ella desconocía esa emoción.

Mientras la sigue hasta el coche, por puro reflejo, consulta su reloj.

Ha llegado exactamente doce minutos antes de la hora.

5

«Tan íntegro, tan gilipollas»

Pablo Acuña, conocido en los círculos policiales como el Súper, se dispone a recorrer por tercera y última vez el pequeño apartamento en el barrio de Tetuán. Sabe que no hallará nada, pero se aferra al rigor profesional, como si su jefe Severo Justo lo acompañara en esta inspección y por suerte no está.

Su mirada escanea hasta el último milímetro del breve salón, que en un principio fue escenario, como cada dependencia de la casa, de acometidas sexuales gozosas con Elena, cuando Elena era la Elena que lo miraba como si fuera capaz de todo.

Repite la operación en los dos dormitorios, el pequeño, con las camas que ya le quedan cortas a sus hijas, y además, *¿hace cuánto que no vienen?*, y el otro cuarto, el que cualquier anuncio anticuado definiría como «de matrimonio», *segundo matrimonio y también fracasado*, piensa mientras al meticuloso recorrido por cada rincón de cada habitación se superponen las imágenes de tiempos felices que parecen imaginarios.

El Súper regresa al salón y piensa que debería sentirse satisfecho. Pero no. Ningún vestigio de su vida anterior en este piso en el que hace seis años volvió a comenzar con Elena, convencido de que se merecía una segunda oportunidad. Ni siquiera sus compañeros de la Brigada serían capaces de encontrar aquí ningún indicio. Es lo que quería, pero no costó demasiado.

—Los muertos en vida tienen tan poco —piensa en voz alta— que, cuando se van, detrás de ellos no dejan nada.

Consulta el reloj y sabe que es la hora de tomar una decisión.

No enciende el teléfono porque tendrá por lo menos media docena de llamadas de Justo, de Dalia y, sobre todo, de Paco.

De todo lo que dirán los demás de él —aparte de Justo y Dalia y mucho antes que ellos en su lista de decepciones dolorosas— le preocupa lo que piense el comisario Francisco Bermúdez. Paco. Su adversario durante décadas. Tan distintos los dos, el duro policía de calle que miraba antes la vida que el reglamento, frente al oficial de carrera, siempre cerca del poder y con perspectiva global de la situación política, o, como diría Paco, «ocupado en que a la Justicia no se le desacomode la venda y vea un poquito la vida real».

El Súper mira hacia la puerta.

Lo que queda de su vida cabe en esa maleta un poquito más grande que las que admiten en las cabinas de los aviones, pero lo suficientemente pequeña como para suponer que quien la lleva no llegará muy lejos.

Cuando se incorporó a la Brigada de Severo Justo con la misión de espiarlo e informar al ministro sobre ese grupo policial creado para el fracaso, pensó que si realizaba bien esa tarea quizás recibiera el ascenso que haría volver a Elena. Ella se había cansado de esperar el éxito del comisario experto en relaciones institucionales, capaz de hablar varios idiomas y tan necesario que sobrevivió a todos los gobiernos, «tan íntegro, tan gilipollas», dijo antes de irse, «que no utilizó esos cambios para ir trepando peldaños rumbo a las cimas ministeriales».

Pero en lugar de aprovechar esa ocasión de oro, se contagió del espíritu desparejo, entre lúdico y suicida, que de modo inesperado Severo Justo dejó crecer en la Brigada Especial de Crímenes Internacionales, conocida muy pronto por la prensa y el público como Brigada de los Apóstoles.

Y quien pensó que sería la primera víctima de sus informes, ese tosco y anacrónico Paco Bermúdez —que en una Policía cada vez más llena de tecnócratas era apodado *el Último de los Ostiócratas*— se convirtió en su hermano. Le duele de antemano el dolor de Paco, la incredulidad con que rebatirá cada acusación en contra de ese hombre al que abrió las puertas de su casa y su familia, el enfado con que acusará a los demás de equivocarse porque Pablito no, su hermano no, si estaban ultimando los detalles para prejubilarse y montar una agencia de detectives y fueron juntos a comprarse las

gabardinas y los sombreros y se rieron de sí mismos; pero eso pasó hace meses y desde entonces la vida de Pablo comenzó a alejarse de cualquier futuro posible, pero lo hizo lentamente y con esa discreción diplomática suya, *Paco se habrá dado cuenta de que algo no va bien del todo*, temerá que la depresión haya vuelto a rondarle el sueño, estará atento a los indicios de una poco probable recaída en la cocaína, *no me arrepiento de habérselo contado, fue por poco tiempo y, desde que entré en la Brigada, en eso no volví a caer*, se dice con un orgullo absurdo. Porque ha caído en otras cosas peores.

Solitario insomne, sabe que lo de Difuntino Delgado se filtró en internet por la madrugada y llegó a dos conclusiones:

La primera fue matemática. El señor Dedé, *como le gustaba hacerse llamar al muy hortera*, solo era uno de los acreedores por deudas de juego que tendrán el nombre de Pablo Acuña asentado con tinta roja en sus libretas de morosos, *y si todavía no hicieron nada fue porque soy uno de los Apóstoles*. Si nadie hereda su deuda con Difuntino, apenas se librará del cincuenta por ciento de la ruina.

La segunda conclusión lo llenó de alarma. El caso será para la Brigada y Dolores no tardará más que unos minutos en hallar su rastro entre las cuentas del muerto. Eso, si Jorge Frontela no lo averigua antes, con alguno de esos métodos que no comprende pero que resultan tan eficaces. O quizás quien descubra su nombre sea Justo, siempre atento a los detalles; a lo mejor lo hace Dalia, en una de sus rondas nocturnas, o a lo peor, con ese delicado olfato de perro callejero, será Paco el que descubra que su hermano Pablito, *el Súper*, además de ser un ludópata, es el principal sospechoso del asesinato del prestamista muerto.

Piensa en llamar a las niñas, pero sería fabricarles un dolor que ahora no sienten por un padre al que casi recuerdan.

Piensa en llamar a la madre de sus hijas, pero sabe que él quedó tan atrás en su vida que cuando le dijera su nombre le preguntaría qué Pablo y no sería una ironía.

Piensa en llamar a Elena, pero no lo dejará hablar y comenzará a detallar los arreglos que hay que hacer en el chalé de la Sierra que le cedió sin resistencia durante el divorcio, el único lujo que Pablo

Acuña se permitió en veinticinco años de carrera y cuya hipoteca sigue pagando.

Mira el teléfono en su mano como a una cosa muerta.

Lo resucita y comienzan a sonar los pitidos de mensajes de WhatsApp.

Pablo se sobresalta y no alcanza a apagar el aparato antes de que brote la nueva llamada. En la pantalla pone «PACO» y, porque nunca se atrevió a escaparse más que de sí mismo, atiende, escucha y responde:

—Sí, pasé mala noche, pero no es nada grave, Paquito. Un catarrazo. Pero ya voy para allá. ¡Sí! Acabo de verlo en internet. ¿Que cómo lo supieron? Habrán untado a alguno en Jefatura. Tienes razón: es de locos, pero claro, cuenta conmigo, hermano. Tienes razón: ya que vamos a marcharnos del cuerpo, que sea por la puerta grande. ¡Vamos a atrapar a ese hijo de puta! Voy para allá, no detengas a nadie sin mí.

Y cuelga.

Sabe que siempre supo que no escaparía.

Que se quedará a enfrentar lo que le espere, sea la cárcel o la muerte.

—Lo que ocurra primero —murmura, recordando un viejo chiste que nunca le hizo ninguna gracia.

6

Tres iniciales

Severo Justo piensa, como siempre, que las escenas del crimen, cuando se han llevado el cadáver, adquieren condición de atrezo de una función fuera de cartelera. Todo se reduce a un juego de pistas previsibles o indescifrables, una simulación que le resta dramatismo al crimen que hace solo unas horas tuvo el lugar como escenario.

Los de la Científica ya se han ido, pero le parece escuchar su laborar silencioso, sembrando de letreritos los rincones y momentos del asesinato.

La furgoneta del forense está pronta a partir, y para el comisario Francisco Bermúdez es un alivio. Sigue sin gustarle ver el cadáver de una víctima, le provoca la sensación de haber llegado tarde, la culpa imposible de no haberlo impedido.

A paso rápido, pero extrañamente sonriente, se acerca Caronte García y, sincronizado con sus zancadas cortas, Libitina Molina, su ayudante en el arte de destripar muertos y conseguir que les cuenten los secretos.

—Buenos días, comisario. No sé si debía esperar a que llegaran…

—Gracias, Caronte. Desayuné fuerte. A ver qué te dice la autopsia…

Caronte y Libitina, sin mirarse, recitan a la vez:

—Ya hay algunas conclusiones preliminares, comisario.

—Genial —suspira Bermúdez, poniendo en escena su legendario y falso mal humor, que le suena a artificio cuando los ve tan enamorados—. Ahora nos las contáis, pero una estrofa cada uno, así se lucen mejor las voces.

Justo los alcanza. En las escenas de crimen suele abstraerse,

como si olvidara de que no está solo. Saluda a los forenses.

—¿Hay algo que ya nos puedan contar?

—En efecto —dice Caronte con una voz segura a la que todavía no se acostumbran sus compañeros, como tampoco a la ausencia de la ligera joroba que jurarían ocupaba una porción de la espalda del forense antes de la llegada de su colega al equipo—. Creemos que primero lo dejaron sin sentido con un fuerte golpe propinado con un objeto contundente de metal, quizás una maza pequeña.

—No fue un golpe mortal —agrega la pálida Libitina, en su lenguaje telegráfico. Piensa tan rápido que las palabras llegan detrás de las ideas—. Calculado para que perdiera el sentido y poder manipularlo para el ritual. La sangre de la inscripción proviene de un corte realizado con un bisturí.

—¿Conocemos la causa de la muerte?

—Es raro. —Caronte parece desorientado—. Una vez desmayado, pudo rematarlo con la maza, o degollarlo con el mismo bisturí, pero…

Libitina alza una bolsa para pruebas y la muestra:

—El doctor García y yo estamos prácticamente seguros de que lo mató con este abrecartas. Resulta absurdo, porque no está afilado…

Justo aparta la mirada de la bolsa de pruebas y busca algo en el aire.

—Un momento. Decís que la maza y el bisturí se los llevó el asesino.

—Así es —responden a dúo los forenses.

—Sin embargo, dejó el arma homicida. Eso tiene que significar algo…

El inspector Frontela, verdadera enciclopedia de conocimientos dispersos, pide permiso y toma con dos dedos la bolsa de pruebas. Analiza y dictamina:

—Es un abrecartas, sin duda parte de un juego de escritorio. Un regalo caro, dada la calidad de los materiales. Está hecho a medida y personalizado. ¿Veis las iniciales «J.P.A.» grabadas en el metal del mango?

Ya empezamos con los misterios, se queja mentalmente

Bermúdez, a quien le gustan los casos sencillos, que resuelve escuchando las voces de la calle. *Cuando hay pistas complicadas, hay demasiados muertos que me preguntan por qué no los salvé*, se dice. Pero en voz alta se pronuncia:

—El abrecartas no es de la casa. Las iniciales no son de Difuntino, ni de su mujer, aunque se cambia de nombre más que de bragas. Y tampoco de su abuela, que era una especie de bruja de la guardia que dirigió su vida mientras pudo. —Ante la mirada de los demás, se explica—: Hace menos de un año que la víctima vivía en este barrio pijo. Pero hizo su dinero lejos de estos privilegios. Prestamista, capitalista de partidas de juego ilegal y de algún que otro atraco del que recibía un excelente porcentaje. Lo conozco desde hace años. Y a su mujer, que es buena pieza. Si le sirve de algo mi opinión, Justo, yo creo que esto es un montaje de la Solange para quedarse con la pasta, o de alguno de los desgraciados que le debían demasiado dinero como para poder pagarle en esta vida y le pagaron con su propia muerte.

—Puede ser, Paco. Pero no podemos descartar nada y hay que seguir la pista del abrecartas. Frontela, ocúpate por favor de rastrear al fabricante. Si el objeto es tan selecto y está hecho de manera artesanal, no será difícil.

Con una misión que cumplir, Frontela sonríe satisfecho.

Bermúdez se acerca a Caronte García y le habla al oído:

—¿El muerto no te ha dicho nada?

El forense niega con la cabeza. Parte de su leyenda, verificada en todos los casos en que ha participado, afirma que los muertos le cuentan los detalles de sus asesinatos. Durante un tiempo, cuando comenzó la relación con la doctora Molina, pareció perder ese sentido especial de la observación, «y es lógico, la sangre se le va para otro lado», decía Bermúdez. Luego recuperó ese don que no se menciona.

—¿Has vuelto a perderlo? —se preocupa Paco.

—No. Pero el muerto fue reservado en vida. Y esos tardan más en hablar.

Justo despide a los forenses.

—Nos vemos luego. Muchas gracias por actuar con rapidez.

Caronte comenta algo, pero el jefe ya no está allí.

Contempla la escena del crimen. Detrás de Justo, Dalia, Bermúdez y Frontela guardan silencio. La costumbre surgió cuando advirtieron que Severo, en esos momentos, murmura en voz baja, se va a otro lugar, como si se hubiera alejado de su propio cuerpo y al volver le costase reconocerlo.

De ahí los respetuosos cuatro pasos de distancia que mantienen, sin que él lo sepa. Justo es lo contrario del investigador excéntrico, extrovertido, extravagante y todas las palabras iniciadas con *ex* que pudieran denunciar la soberbia típica de quien se cree en posesión de facultades geniales. Pero cuando vuelve de esos trances, siempre trae una información de utilidad.

En cuanto a lo que murmura, creían que hablaba consigo mismo. Pero una vez, Bermúdez se acercó más. Justo estaba al borde de un tejado por el que se había precipitado un supuesto suicida y el comisario temió que su jefe cayera o se tirara, *antes de Lorna, tenía mirada de suicida*, piensa Paco. Se adelantó dos pasos y descubrió algo que ni siquiera él propio Justo sabe.

Lo que murmura cuando se aleja de todos observando el lugar donde alguien acaba de morir no son deducciones ni teorías.

Son plegarias.

Sin saberlo, sigue rezando por los muertos, como cuando era sacerdote.

Él lo ignora y a veces se pregunta por qué, durante estas inspecciones, sus colaboradores se quedan en silencio.

Su vista recorre el elemento más buscado en este tipo de lugares, la silueta que marca la posición y el lugar donde fue encontrada la víctima.

Más ancho que alto, piensa, y se arrepiente, todavía no pierde la costumbre de arrepentirse de casi todo y por si acaso. Dirige la mirada a la gran pared desprovista del cuadro abstracto apoyado a un costado y, en el espacio que ocupaba, del mismo color que el resto de la superficie estucada —porque la casa es tan nueva que ni siquiera tuvo tiempo para establecer diferencias—, unas cifras escritas con sangre de la víctima, según informó la Científica.

En la parte superior, con trazo decidido —mano izquierda según los peritos y Dalia, que seguramente tendrá también un doctorado en Grafología, pero puede que el asesino sea ambidextro o haya ensayado el cambio de mano para confundir a los investigadores— y un rotundo número:

7

Debajo, en letra más pequeña, se lee:

12:11

—Qué extraño —comenta Severo Justo.

—Si es por los números, te aseguro que no fue la hora de la muerte. Según la Científica, lo mataron a las ocho de la noche.

—Lo sé, Paco. No es una hora. Es una referencia bíblica. Y tiene que ver con los siete pecados capitales. Eso es lo raro.

Bermúdez se siente más parlanchín que de costumbre.

—Se nota que no ves la tele, jefe. Cada vez que a un tarado le da por matar a alguien y quiere hacerse el estrafalario, abre una Biblia y copia un versito. Hay una película con el Brad Pitt sobre eso. Y desde entonces no hacen más que copiarla. El día que a Dios le dé por cobrar derechos de autor, se forra…

Frontela está por soltar una risita que se ahoga con el codazo de Dalia.

—Lo raro es el pecado al que se refiere —explica Justo—. ¿Ves ese número?

—¡Pues lo de los siete pecados capitales también estaba en la película y resulta que al tipo le dan una caja con…!

Severo lo frena con un gesto cortés pero firme.

—También la vi, Paco. Aunque hay varias formas de categorizar los pecados, una es la más extendida. El Siete indica el séptimo pecado. Y la frase, si no recuerdo mal, pertenece a Romanos 12:11: «Nunca dejen de ser diligentes; antes bien, sirvan al Señor con el fervor que da el Espíritu». Advierte sobre el séptimo pecado en orden de importancia: la Pereza.

—¿Difuntino, perezoso? Qué va. El gordito era como un ratón infatigable. Eso sí, lo que más le gustaba era el dinero. Y era usurero. ¿Estás seguro, jefe, de que no te confundes de numeración y el pecado es la Avaricia?

—Seguro. Salvo…

—¿Salvo qué, jefe?

—Que el pecado se refiera al asesino y no a la víctima. Hay que averiguar el origen del abrecartas. —Recuerda—. ¿Hay noticias de Pablo?

—Tiene un catarro de campeonato, pero ya lo conoces: ni loco se va a perder una investigación. Se nos unirá en Jefatura.

Justo asiente y salen. Pero él solo lo hace en apariencia.

Su mente se queda en la escena del crimen, convencida de que aquí hay más de lo que parece, exasperado por no poder descifrarlo.

Luego recuerda que Lorna puede dar a luz en cualquier momento y quizás eso es lo que lo hace sentir tan inseguro.

—Será eso —dice en voz alta.

Pero sabe que no.

7

Unas Ray-Ban con montura de oro

La humilde furgoneta, más que cuestionar la exclusividad del barrio en el que Difuntino Delgado vivió sus últimos meses y se murió para siempre, la ratifica.

No exhibe rótulo alguno en sus costados, porque se le suponen al propietario tantos oficios que no cabrían. Los nuevos ricos de España aprendieron del error de los ricos viejos: nada de tener la misma servidumbre durante años, acumulando secretos que luego puedan vender a la prensa o —peor— a la fiscalía. El mínimo personal posible y rotatorio.

Para el resto de tareas, la solución es un eufemismo: «externalización».

Traducido: contratar la empresa de un autónomo, casi siempre empleado y jefe de sí mismo, para realizar desde el mantenimiento de las piscinas hasta la jardinería ornamental, las reparaciones del hogar y la pintura de las partes externas, pues las internas siguen siendo coto privado de algún extravagante decorador de interiores.

Nadie ha mirado dos veces la furgoneta blanca, gastada y limpia. Ni siquiera ahora, cuando se marchan los coches de la comitiva policial y el comisario Bermúdez conduce masticando su impaciencia. No puede evitar que le hierva la sangre ante la lentitud que imponen los procedimientos y las previsibles horas a perder redactando o encargando informes.

A Paco, quien lo llama y le habla, quien lo escucha, es la calle.

Lo de Difuntino será un ajuste de cuentas a manos de un deudor que vio demasiadas películas. Él entiende de soplones, de camareros de toda la vida, de prostitutas sexagenarias que saben más que

cualquier ordenador, de camellitos de hachís de poca monta a los que les encanta presumir de conocer el ambiente, una población indefinida e indefinible que, sin embargo, habla la misma lengua que el comisario Bermúdez.

No ve la hora de dejar al jefe y a Dalia en Jefatura, para que sigan elucubrando motivos psicológicos y científicos, *no sería la primera vez que aciertan*, pero él apuesta por el crimen de barrio venido a más, *siempre es la pasta, el sexo o la venganza*, piensa Paco pero calla, mientras pasan junto a la furgoneta blanca que les ha cedido el paso obedeciendo escrupulosamente las señales de tráfico.

Si no hubiera estado tan sumido en sus pensamientos, quizás Francisco Bermúdez habría visto al conductor bajito, que apenas asoma por encima del volante, con su gorra de béisbol gastada, gafas de sol y piel cobriza.

Cualquier otro no lo habría mirado, pero Paco Bermúdez sí. Tiene un instinto para lo obvio que para el resto resulta a menudo indescifrable.

Suena el teléfono. Es Pablo. Bermúdez frena el coche en la intersección, mientras la furgoneta no se decide a pasar. Paco gesticula una disculpa de policía, es decir que no se disculpa del todo, y el conductor ladea la cabeza, humilde, mientras Bermúdez escucha que su compañero le propone un lugar de encuentro para que lo ponga al día de los detalles.

Cuando terminan, Paco cuelga, gira y está a punto de detenerse junto a la furgoneta para disculparse de verdad con el conductor, pero el otro tiene la ventanilla cerrada y él mucha prisa por encontrarse con el Súper. Acelera y se aleja.

Tal vez si hubiera esperado a que el conductor bajara la ventanilla, el espíritu de la calle del comisario habría pensado que la piel cobriza del evidente inmigrante era demasiado cobriza para ser cierta, y que el ancho de sus hombros desmentía la baja estatura.

Pero el coche ya busca la salida de la urbanización y dentro de la furgoneta el maquillaje se deshace en la capa de sudor iracundo que brota desde lo más profundo de Javier Avellaneda.

Se sienta correctamente, porque venía casi horizontal para disimular su estatura, y aunque no sea prudente, se quita las gafas

baratas y la gorra. Su pelo rubio y frondoso se derrama sobre dos ojos celestes que parecen falsos comparados con la falsa piel cobriza. Evita buscarlos en el retrovisor, porque no sabe si hallará en ellos furia o pánico.

Aspira hondo, hasta llenar los pulmones, que vacía en el doble de tiempo. Repite la operación aumentando el lapso, dos, tres, seis, nueve, doce veces, y al llegar a la decimoquinta, su pulso es normal y su respiración tranquila.

Recoge el pelo dentro de la gorra, pero en lugar de ponerse las gafas de mala calidad, busca sus Ray-Ban Aviator Solid Gold, con montura de oro pulido, más propias de un Rolls-Royce Phantom Drophead que de una furgoneta de servicio.

Al fin y al cabo, es lo que le corresponde. Aunque se vea condenado a llevar vehículos utilitarios en lugar de mejorar máquinas de primera calidad en su conducción magistral. Aunque en lugar de habitar en la mansión, tenga que vivir en apartamentos modestos, cambiando de apellido, en lugar de presumir del suyo. Todo por culpa del hombre serio y delgado que ocupaba el asiento del acompañante en el coche del comisario Bermúdez.

No quiere nombrarlo, para no perder el control otra vez, resulta insultante que alguien con tan poca alcurnia lo haya reducido a esta condición de fugitivo disfrazado de inmigrante pobre.

Un hombre del que, por más que ha gastado fortunas en busca de secretos oscuros, solo halló una ridícula rectitud sin fisuras.

—Se-ve-ro-Jus-to. —Mastica las sílabas y comprende que ya es tarde.

Acelera, sale de la urbanización y toma el camino de la comitiva policial, rumbo a la autovía; qué fácil alcanzarlos, acabar con todo aquí y ahora.

Solo sus reflejos de piloto profesional lo salvan de una muerte banal. Evita por milímetros el monovolumen que venía lanzado a una velocidad impropia de un padre de familia y seguido en estela por otros conductores también apresurados por llegar a sitios poco relevantes. Piensa en las cámaras, *ahora hay cámaras en todas partes*, pero no ve ninguna, se incorpora al tráfico y en la primera

salida comienza un recorrido de meandros para despistar a improbables seguidores.

No se dirige a su refugio.

En un polígono poblado de naves en venta, limpia la furgoneta. Se quita el maquillaje, cambia la ropa de trabajo por la odiosa vestimenta de un trabajador de clase media que araña cada mes el día veintiuno para no caer hasta la pobreza. En un gesto de desafío, se deja las Ray-Ban con marco de oro, busca la parada del metro y se mezcla entre la gente.

Tiene que controlar el odio, hacer que siga trabajando a su favor.

Avellaneda no conocía el odio. Una emoción ordinaria, de barrio, humilde.

Y él es cualquier cosa menos humilde.

Pero alguien le presentó el odio y desde entonces lo ocupa por completo.

Severo Justo. *Un simple policía. Por más medallas que acumule y más titulares que le conceda la prensa en busca de ídolos para distraer a la plebe.* Le perdonó la vida cuando pudo haberlo matado, lo sometió a la humillación de verse esposado y en un juzgado, lo obligó a poner en escena una poco distinguida fuga del psiquiátrico donde lo habían recluido en espera de juicio.

No se conformó con hacer de Javier Avellaneda un fugitivo, *de lujo pero fugitivo, menos mal que el viejo tenía dinero negro por todo el mundo, porque Justo hizo congelar las cuentas legales.*

Y todo porque, al parecer, hace más de veinte años, un día que venía ciego de todas las drogas y más lúcido que nunca, utilizó el emblema de su Mercedes como mira telescópica para cruzar a ciento ochenta por hora un semáforo en rojo, y casi se le escapan por poco las dos figuras que cruzaban creyendo en los códigos de circulación, *la más alta era una mujer esbelta, buena silueta*, alcanza a recordar, *la pequeña, su miniatura agarrada de la mano*; el golpe y la huida se parecieron a los de todas las otras veces de antes y después.

—Yo no maté a tu mujer y a tu hija por desquite, Severo Justo. Ni siquiera sabía de tu funcionarial existencia. Las maté porque puedo y porque sé.

Lo dice como si le hablara a su enemigo. El mismo que, saltándose todos sus preceptos, no solo ha perseguido por los cauces legales. Su buen dinero le cuesta a Javier mantenerse fuera del radar digital de la anciana *hacker* al servicio de Justo, y sabe que los muchos amigos que el policía hizo colaborando con Interpol lo buscan más allá de las órdenes internacionales de captura que periódicamente él hace desaparecer.

El policía cree que está cerrando el cerco en torno a Javier Avellaneda.

Lo que no sabe es que Javier Avellaneda es mucho más rápido que él y la cuenta atrás para el final de Severo Justo ya ha comenzado.

8

Lo que quieres oír y lo que no

Justo distribuyó las tareas entre lo que la prensa llama «el núcleo duro de la Brigada de los Apóstoles». Ellos trasladarán las instrucciones al pequeño ejército de jóvenes colaboradores que se ha sumado al grupo.

Como de costumbre, Frontela es de los últimos en salir. Detrás intenta partir Dalia Fierro, pero Justo le pide que se quede.

Ella se sienta y lo mira.

—¿Está todo bien, Dalia? No has dicho una palabra en la escena del crimen, ni tampoco al volver. Sabes que no me gusta presionarte, pero…

—… pero me presionas. Es pronto para trazar un perfil que sea más que un abanico de tópicos. Suelo fiarme del olfato de Bermúdez, pero me temo que este asesino volverá a atacar. Y dejará más elementos para identificarlo.

—Es un pobre consuelo —dice Justo, pero asiente.

—Lo del abrecartas y el mensaje con sangre suena a desafío. Me gusta tu teoría de que señala los pecados del asesino. ¿Es lo que querías saber?

—Sí, claro.

—No me jodas, Severo, que nos conocemos. A ti te pasa algo más.

El policía asiente y niega a la vez.

—Serán nervios por el parto inminente. No me hagas caso.

—¿Por qué no te tomas ya el permiso? Nadie te pedirá cuentas…

Espera del policía el moderado y sincero gesto de escándalo que le brota cada vez que le proponen algo poco reglamentario, por

mínimo que sea.

Pero no.

—Lo he pensado. Pero Lorna no me soporta en casa, todo el tiempo pendiente de ella, y dice, literalmente, que os siga dando la lata a vosotros, que cuando llegue el momento me avisa.

La carcajada de Dalia relaja la tensión.

—Siempre me pareció muy lista, la cabrona. —Vuelve a ponerse seria—. Y con respecto a lo otro…

Ha bajado la voz.

Es un tema que solo conocen ellos dos y Dolores.

Hace meses, Justo detectó que tenían un topo en la Brigada. No era un previsible espía del ministro para vigilar la libertad de la que goza el grupo desde que nació.

Era algo diferente.

Alguien, evidentemente desde dentro, había recopilado información sobre cada uno de ellos, datos poco conocidos o directamente ignotos, y se los sirvió de modo anónimo al ministro del Interior, enemigo silencioso de la Brigada, que, en un raro intercambio de cortesías, le dio los informes a Justo, quien se comprometió a disolver la Brigada antes de un año, con la condición de que ninguno de sus miembros sufriera represalias.

Desde entonces, trata de no pensar en el tema y no puede dejar de hacerlo. No tiene nada que ocultar. También confía ciegamente en los seis colaboradores con los que puso en marcha la Brigada cuando era apenas un intento publicitario destinado a fracasar. Y si no lo hicieron, fue por la confianza que se creó entre ellos. También le duele pensar que cualquiera de los nuevos colaboradores, que ya suman docenas, pueda ser un espía a sueldo de un millonario homicida y demente, con veleidades de supervillano y convencido de que Severo es un Holmes y él su Moriarty.

Respira hondo y aparta el nombre del centro de sus pensamientos.

—No sirve, Justo —advierte Dalia.

—¿El qué?

—Preocuparte, aunque no lo digas, por Javier Avellaneda. Llevamos meses sin noticias de él y Dolores ha pasado el planeta

entero por un colador con agujeros muy pequeños, no se le escapa nada. ¿No has pensado que, en un acto de justicia poética, quizás se estampó contra un muro durante uno de sus homicidios sobre ruedas?

—Sigue vivo. Lo presiento.

Dalia resopla, alzando un flequillo imaginario sobre su frente:

—Vosotros, los creyentes, sois la leche. Creéis en todo. ¿Desde cuándo Severo Justo, el policía metódico, se deja llevar por los presentimientos?

Él conoce la respuesta y ella también.

—Es lógico que te sientas vulnerable. Para ti es muy fuerte esta nueva vida con Lorna y una hija en camino. Disfrútalo y líbrate de las paranoias.

—Tienes razón. —Justo sonríe culpable—. Hoy, en la escena del crimen, llegué a pensar que quizás fuera cosa de Avellaneda. Todo tan teatral…

Dalia Fierro frunce el ceño y responde:

—Como soy tu amiga y no eres mi paciente, te diré primero lo que quieres oír y después lo que no. Avellaneda ha matado por lo menos a una veintena de personas utilizando un coche como arma. Es un patrón claro. Pero no suspires todavía, Justo. Hace dos años, todo cambió para él. Tú lo detuviste y, aunque pudo escapar gracias a los contactos y el dinero de su familia, desde entonces vive escondido. ¿Me sigues?

—Sí. Aunque no sé adónde vas.

—Voy a que quizás tengas razón y también estés equivocado. Nada indica que Avellaneda sea el autor de la muerte de Delgado. Pero no es el mismo desde que lo persigues. Siempre se sintió superior a sus víctimas y tú lo instalaste en la duda. Quizás haya decidido dejar de usar el coche para separarse de la sangre que derrama.

—¿Quiere decir que…?

—Quiero decir que ya no puedes sentirte a salvo fuera de las calles. Es probable que Javier Avellaneda empiece a matar de cerca.

9

Desde que era así de alta

Aunque sabe que es ella, tarda en reconocerla con esa ropa cara con demasiado brillo y esas curvas que nunca tuvo. Los labios son más grandes, los pómulos marcados, la piel más clara. Solo la mirada sigue igual, aunque ahora está apagada.

Bermúdez echa un vistazo al lujo que lo rodea, le dijeron que los recibiría en la «casa de invitados», *pero es dos veces más grande que mi piso*. La vivienda principal sigue clausurada para que la Científica busque nuevos indicios.

—Pues sí que te ha cambiado la vida desde la última vez, Jacinta.

Bermúdez necesita hacerse el duro cuando empieza un interrogatorio, para evitar el peligro de acabar empatizando con el interrogado. Es algo que está tratando con su terapeuta desde hace meses, pero todavía no llega a ninguna conclusión.

—Solange, si no te importa. Está en mi DNI, comisario.

Se lo alcanza con un gesto elegante un tanto exagerado. Paco lee en voz alta:

—«Solange Pérez Heredia». Tu DNI cambió, pero sigue oliendo al barrio.

Ella abandona la pose de nueva rica de culebrón y él la suya de poli duro. Se abrazan y la chica llora. Junto a ellos, el Súper parece en pleno viaje astral.

—Siento tu pérdida, de verdad —dice Bermúdez—. Pero ya sabes cómo va esto: serás la principal sospechosa.

—Me da igual, Paco. Cuenta con mi ayuda para lo que haga falta, porque quiero que atrapes al asesino de mi marido y lo metas al talego hasta que se pudra.

Bermúdez la mira, sorprendido.

—No te ofendas, pero hablas como si Difuntino te hubiera importado de verdad.

Se conocen desde que era una adolescente lisa como una tabla y con mano veloz para despojar a los incautos de sus carteras. Era poquita cosa, pero sus ojos tenían loco a todo el barrio. Venía de una familia de la que era mejor sentirse huérfana y cometía pequeños delitos para sobrevivir, sin perjudicar a nadie casi tan pobre como ella. Jacinta tenía sus códigos y Bermúdez se limitaba a detenerla, invitarla a comer y dejarla ir con la promesa poco creíble de que no volvería a las andadas.

No me la imagino haciendo matar al marido, se dice Bermúdez. Pero se dice también que la gente cambia cuando hay tanta pasta de por medio.

—Todo el mundo pensó que casarme con Difuntino fue una transacción, y al principio lo era. —Lo mira directamente a los ojos —. Pero pasó algo. Él me cuidaba. Y no me refiero a estos trapos carísimos y las operaciones. Me escuchaba y me apoyó cuando quise estudiar. —Sonríe con tristeza—. Me enamoré, Bermúdez. Así de simple. ¡No es justo que lo mataran, ya había legalizado la mitad del negocio! Estaba harto de hacer dar palizas a pobres infelices. Decía que su abuela y él habían vivido equivocados, que los mayores usureros en este país eran legales. Y debe de ser cierto, porque estaba ganando más que antes.

—Supongamos que te creo, Jacinta. Pero vas a heredar mucha pasta y…

Ella lo frena con un gesto leve.

—Las empresas y bienes quedan bajo el control de una fundación a nombre de su abuela. ¿Sabes cómo se llamaba la vieja? — Recupera el tono del barrio—: Primitiva. ¿A que manda cojones? Yo seguiré recibiendo una asignación mensual que calculo es cinco veces tu sueldo; además de la Visa Oro, que mejor no te cuento el límite, porque haría soltar un taco hasta a este amigo tuyo que parece mudo.

—No lo entiendo.

—Es sencillo. Aunque yo le gustara un montón, Difun no era un gilipollas. Firmé una cláusula prematrimonial. Seré su heredera universal cuando se cumplan veinte años de nuestro matrimonio. Ya llevábamos dos. —Vuelve a llorar.

—Te la jugó bien, el gordo —murmura Paco.

Ella se acerca y le da varios golpes que rebotan sin causar daño en el ancho pecho de Bermúdez. Se calma y lo mira con esos ojos de hace años.

—No entiendes nada, Paco. Difuntino sabía que podían quitarlo de en medio. Si yo heredaba todo, sería el próximo objetivo. —Llora sin espasmos—. ¿Comprendes ahora? ¡Puso esa cláusula para cuidarme!

Bermúdez se siente incómodo, le ocurre a menudo con los sentimientos ajenos y tendrá que volver a hablar de ello esta tarde con su psicóloga.

—¿Crees que lo mató alguno de los infelices que le debían demasiado?

—Quizás. No creo. A los reincidentes les daba nuevos préstamos legales, mediante su financiera. Aunque los intereses iban en negro y por otro lado, claro…

—Eso quiere decir que… —comienza a formular el Súper, pero calla.

—Que los registros de la financiera nos darán una lista de sospechosos —remata Bermúdez—. Dijiste que la mitad del negocio seguía bajo la superficie, ¿verdad?

Ella saca del bolso de Gucci un disco duro portátil.

—Aquí llevaba mi marido las operaciones en negro. Intenté ver el contenido, pero los archivos están encriptados. Supongo que tu gente podrá con ello.

Pablo Acuña, conocido como el Súper, siente que la tierra se abre bajo sus pies y se apoya en la robusta estantería de roble para no caerse. Bermúdez está atento a la muchacha, que contiene las lágrimas y vuelve a parecer poco más que una niña perdida por las calles más oscuras de Madrid.

—No aflojes ahora, Jacinta —le pide.

Ella recupera poco a poco la pose y parece otra, con los mismos

ojos y la misma soledad que trata de comprender pero no puede.

—Encuentra al que me mató al Difun, por favor. Solo me fío de ti, Paco.

Nunca sabrá por qué lo hace —o quizás sí—, pero no piensa comentarlo en terapia.

El comisario Francisco Bermúdez ejecuta una reverencia mientras dice:

—Prometo que no me detendré hasta atrapar al asesino de su marido, señora.

—Joder con la Jacinta —comenta ya en el coche—. La conozco desde que era así de alta y sé que ella no fue. Habrá que remover el avispero en esa fundación. Sigo pensando que fue uno que le debía pasta y quiso hacerse el listo con el montaje. —Saca el disco duro del bolsillo—. Cruzando los datos que hay aquí con la información de la financiera, vamos a tener un listado de la gente que más dinero le debía, Pablito.

Acuña alarga la mano.

—Dame, yo lo desencripto. No hace falta molestar a Dolores por algo tan simple.

Paco se lo alcanza, pero luego cambia de idea.

—No, no. Tú, a descansar, que tienes que recuperarte. Ese catarro parece grave y te necesito en forma, Pableras. ¡Si nos ponemos las pilas, el caso queda resuelto en veinticuatro horas! —Lo mira de reojo—. ¿Qué te pasa? Estás pálido. A ver si el catarro es más grave de lo que pensábamos.

—Cuenta conmigo, Paco —murmura Acuña—. Hasta las últimas consecuencias.

10

Olfato de sabuesa

Daniela Vélez revisa las noticias que inundarán la red durante un breve tiempo, antes de ser reemplazadas por un nuevo *clickbait* más atractivo que el asesinato de un usurero apuñalado. Va imprimiendo por puro reflejo y lee mecánicamente, para no renunciar a la euforia con la que comenzó el día y que se ha ido diluyendo con el paso de las horas. Anochece en Madrid, pero no se da por vencida.

Se recuerda a sí misma, corriendo con los tacones por los pasillos de la cadena, hasta su plaza de aparcamiento que milagrosamente todavía le respetan, y alejándose como si en el asiento del acompañante llevara una bomba y segura de que lo era.

Desde su casa llamó a la tele para decir que estaba enferma y le tomó el recado la ayudante del ayudante de la secretaria del Osito, que sin consultar le dijo que no se preocupara, con el tono con que le diría que daba igual que fuera o no fuera a trabajar.

En su ático de la calle Fuencarral, del que se despide a diario desde que la metieron en el *freezer* —después de maldecirse a sí misma por no comprar un bonito chalé adosado en las afueras, como tantos compañeros y compañeras de la tele, *con lo que pago de alquiler aquí y que pronto no podré seguir pagando, en estos años habría liquidado la hipoteca*—, Daniela desplegó la gran mesa del comedor, que hace ya mucho que no recibe invitados, y ordenó sobre ella los expedientes de su benefactor misterioso.

Perdió la noción del tiempo y gozó de la feliz fatiga de realizar un trabajo menor, de los que hace poco encargaba a sus auxiliares. La excita volver a ser la periodista ávida de éxitos, se siente nuevamente joven, como cuando no pasaba las vacaciones en clínicas estéticas, sino en islas insomnes y fiestas interminables.

Es extraño, hoy huele todo lo de esta casa suya y ajena: desde la cera que utilizan para darle brillo a los suelos, hasta las plantas de interior con su perfume de selva domesticada, y por supuesto el café, que preparó con una cafetera de émbolo que guardaba en el trastero como recuerdo de los tiempos pobres pero heroicos. Huele también a cigarrillo. El tabaco será, por estos días, un incentivo para la vieja/nueva Daniela, que lo olfatea todo como una sabuesa, como entonces.

Descarta el caso de Difuntino Delgado, los pecados que busca ocurrieron cuando ninguno de los Apóstoles era tan famoso. Daniela Vélez se siente en posesión de una lucidez periodística que se fue aletargando bajo capas de maquillaje, retoques estéticos y lisonjas de todos los mediadores con la realidad que le ahorraban el contacto con el común de los mortales *y me fui volviendo inofensiva, tenía que haber visto lo que iba a pasar, qué fácil acudir a la fábula del rey desnudo, pero no pienso mostrar las tetas en Instagram para recuperar el lugar que me pertenece, voy a volver como llegué, a golpe de noticias de verdad y no de cotilleos de alcoba, me encantaría ver la cara que se le pone a Lorna, la madre del año, cuando la supere, destronando del cariño público a su sacrosanto Severo Justo*.

Debe volver a los expedientes. Cada uno venía acompañado por un poema. Si no fuera porque algunos datos ya los había conseguido ella con cargo a los presupuestos de la tele, pensaría que se trata de una broma de mal gusto, o el delirio de un conspiranoico que la identificó como adversaria de los Apóstoles.

Llamaron su atención las partes tachadas con gruesos trazos negros, líneas completas en cada informe, como si ocultaran pistas a las que ella deberá llegar por su cuenta. En varios de los informes, las menciones a plazos de tiempo han sido actualizadas. Según calcula, los originales datan de unos seis o siete meses atrás. *Tiene que haber algo más.* La relación con los poemas es críptica, quien se los envió quiere jugar a los acertijos. Ha copiado cada uno y los ha buscado en internet para identificar a los autores, pero tampoco eso la ha llevado a ninguna conclusión.

Quizás si piensa en otra cosa, termine por encontrar sentido al

galimatías de poemas y expedientes.

Va a la cocina, prepara otro café espeso y con unas gotitas de ese whisky de 50 años que guardaba para las grandes ocasiones y se sienta delante de los folios con la noticia de la muerte del usurero. Los mismos datos en cada crónica, la misma escasez de palabras. La Brigada de los Apóstoles no suele ofrecer muchos detalles de una investigación en curso, pero algo suena extraño en la redacción del texto.

Lee y vuelve a leer. Comprende.

Enciende su móvil y busca «Manolo mecánico». El apodo oculta a un policía de medio rango, su contacto en Jefatura desde hace años, que le pasa información a cambio de un buen dinero, pero sobre todo para tener la ocasión de tontear con Daniela. No le cuesta imaginarlo con una camiseta bajo la que le asoma la barriga cervecera y un almanaque con modelos desnudas en las paredes de su despacho.

Está nervioso y ni siquiera bromea. Ella lo calma con ronroneos.

—¿Qué pasa, Manolo, ya no te acuerdas de mí?

—Tú eres inolvidable, reina. Y eso que no he podido catarte todavía…

El «todavía» indica que ha entrado en el juego que mejor juega Daniela.

—Pues me pasa lo mismo: y ahora tengo tiempo, con esto de que me tomé un descanso del programa…

—Yo había escuchado otras cosas…

—Quieres seguir escuchando otras cosas o escucharme a mí?

—A ti, diosa. A ti

—Además, te tengo un regalito…

—¿Y qué me pedirás a cambio? —Se alarma—. Espero que no sea algo de Justo, la última vez casi me meto en un lío tratando de conseguirte información…

—No es directamente sobre él. Y el regalo merece la alegría.

—Habitualmente se dice «que merece la pena».

—En este caso, será la alegría, Manolito. La alegría.

—¿Qué quieres saber?

—Difuntino Delgado. Las noticias dicen que fue asesinado, pero no cómo. Eso es raro. ¿Puedes averiguar cómo lo mataron?

—Lo intento. Pero no me sigas haciendo luz de gas, rubia.

—Si la información que me consigues es buena, la única luz que verás serán las llamas de la chimenea de mi dormitorio, Manolo.

Cuelga y sigue con los expedientes, busca el hilo conductor entre los enigmas. Es experta en los comunicados del portavoz de la Brigada, el comisario Pablo Acuña, más conocido como el Súper. *Y hay algo. O falta algo.*

Ya en sus inicios, Daniela clasificó a los policías en dos grupos: los que odian a la prensa más que a los delincuentes y los que enloquecen por salir en la foto. Unos por exceso, otros por defecto, ambos terminan diciendo más de lo que querían.

Acuña siempre fue un caso raro. Amable, sin ser obsecuente. Antes de estar con Justo, iba lanzado hacia la cúpula del ministerio y todos le auguraban un futuro brillante, que no llegó. Pero parece feliz de ser un Apóstol más. Siempre aporta información suficiente para que la prensa se dé por contenta. Y consigue que cada periodista se sienta especial sin hacerle la pelota. *Es lógico que no identifique aún el arma homicida. Mejor no darle vueltas y esperar el informe de Manolo.*

Se sumerge en la red de acertijos en torno a Dalia Fierro. Siempre sintió un especial respeto, *sé sincera, en realidad te da miedo*, por la pequeña mujer que colecciona doctorados y con la que solo se ha cruzado un par de veces. Le bastaron para saber que no debía meterse con ella y, si los datos del informe son ciertos, hizo bien en no irritar a la pequeña y peligrosa mujer. Relee:

> **Formación:** Posee seis doctorados y doce másteres (ver listado adjunto) en disciplinas relacionadas con la salud mental y el comportamiento humano. Especializada en Psiquiatría Forense. Ha colaborado con la Policía en diferentes etapas de su vida profesional, que alterna con una exitosa carrera como psicoanalista. Durante años fue la terapeuta del actual Presidente de Gobierno, aunque dejaron el tratamiento cuando él fue

proclamado candidato.

Habla al menos diez idiomas. Aunque no lo menciona y ha logrado que no figure en sus expedientes oficiales, tiene un Coeficiente Intelectual (IQ) superior a 230. Recuérdese que el IQ promedio de la población es de 100 puntos y solo un 0,5 % supera los 130. A modo de ejemplo: el IQ de Albert Einstein era de 160 puntos. Nota: un IQ alto, o altísimo como en este caso, no implica una inteligencia emocional equivalente.

Finanzas: Hija única de una acaudalada familia madrileña, heredó la fortuna familiar, que ha invertido con prudencia.

—Cerebrito y niña de papá, al fin y al cabo —murmura Daniela. Luego recuerda y busca más abajo en el folio:

… su resistencia y agilidad son comparables a las de una deportista veinte años menor. Es cinturón negro de kárate y aikido y no posee graduación alguna en otras cinco artes marciales que practica, pero en las que está claro que posee conocimientos previos más destacables que algunos de sus maestros. Nota: se indagará por qué oculta esta preparación superior en la lucha cuerpo a cuerpo, que la convierte en alguien capaz de matar con sus manos.

En el aspecto psicológico, su carácter es irascible y tiende a las explosiones de ira que logra controlar en base a una fuerte disciplina. Nota: a diferencia de sus colegas de profesión, que siguen terapias con otros profesionales, Dalia Fierro lleva años sin hacerlo. La última vez fue hace quince años, con un colega con el que mantuvo una efímera relación sexoafectiva y con quien no sigue en contacto en la actualidad. En notas privadas de ese terapeuta se menciona que Fierro le había confesado tener «varias voces que hablan a la vez dentro de su cabeza, pero solo una la asusta».

Hace unas anotaciones al margen, ya decidirá si conviene atacar a la mano derecha de Justo. Antes tiene que descifrar la relación entre el poema y el expediente. *No te engañes, Dani. No harás nada sin*

permiso de quien te mandó la carpeta. No es que oculte ella delitos graves, pero sí amaños de exclusivas, componendas políticas y situaciones íntimas comprometedoras que, de difundirse, acabarían con cualquier posible retorno a las alturas.

Pero Daniela lleva décadas acostumbrada a que la realidad se acomode a su teoría. Ya encontrará la manera de saltarse a su amenazante informador.

Llama Manolo y piensa que es muy pronto, incluso para el entusiasmo erótico del policía.

—¿Qué tienes para mí, guapo?

—Si yo te contara lo que tengo para ti…

Ella aparta el teléfono y suspira con hastío. Compone la voz y el gesto seductor.

—Mejor me lo muestras en persona, pero antes cuéntame lo otro. Vale, vale: te prometo que no publicaré la información, es para un dosier. Sí, sí, tengo papel y lápiz. Venga, dispara. —Escucha un momento, escribe y comenta—: ¡Qué fuerte! Parece uno de esos casos de película que tan bien le vienen a los Apóstoles, ¿verdad?

El policía, que ha intentado varias veces entrar al grupo pero no fue admitido por su mala praxis, despotrica un buen rato contra Severo Justo y sus santurrones.

Daniela lo frena. Y pide más datos.

—¿Un mensaje, con sangre? —Apunta—. ¿Y con qué lo mataron? Un abrecartas. ¡Qué raro! Suena a arma improvisada y esto tiene pinta de crimen bien planificado. Ah, que no era de la casa. ¿Y qué más? ¿Qué iniciales? —Daniela copia y oye ecos dentro de su cabeza, algo que suena remoto y se desvanece.

Manolo quiere su premio y ella sube la apuesta y lo invita este fin de semana a escaparse juntos a un hotel de lujo en Mallorca, con todos los gastos pagados, por supuesto. La inminencia del premio lo supera, pone excusas, su mujer es muy desconfiada, sin motivo, por supuesto; Daniela se muestra más comprensiva que nunca y cede: ya lo organizarán con tiempo, pero Manolo no se le escapa.

Cuando finaliza la llamada, imagina al policía temblando de excitación y de pánico. No reclamará su premio en mucho tiempo.

Vuelve, febril, a los expedientes, deja que la vista resbale sobre ellos, no sabe qué busca, pero sí que lo reconocerá cuando lo vea.

Al llegar al dosier destinado al Súper, se detiene y lee el nombre:

José Pablo Acuña

Compara con las iniciales apuntadas con tinta roja en su libreta:

J. P. A.

Recuerda los poemas, separa el de Acuña. Un fragmento de «¡Oh, la Pereza!», del poeta colombiano León de Greiff, fallecido en 1976.

Jauría de ensoñares —densa— azuza…
Oh Pereza que es Todo y Nada y Algo…!
Búho me apoden, díganme lechuza:
de mi Pereza y Noche nunca salgo…

La Pereza es sillón de terciopelo,
«sendero de velludo»…, la Pereza
es la divisa de mi gentileza,

y es el blasón soberbio de mi escudo,
que en un campo de lutos y de hielo
se erige como un loto vago y mudo…

Sigue sin tener sentido, pero Daniela intuye que ha encontrado el extremo de la madeja. ¿Qué hará cuando logre desenredarla?

Está claro que no desafiará sola a su misterioso colaborador.

Hace unos meses, cuando seguía en la cresta de la ola y era intocable, se hubiera atrevido. Ahora necesita de alguien más.

Alguien con mucho poder y tan ambicioso como ella.

Sonríe.

Ya sabe a quién tiene que llamar.

11

Un táper lleno de albóndigas

En cuanto se abre la puerta, sabe que el aroma de los fogones no es el mismo y, sin embargo, devuelve a Severo Justo a la infancia, en Sierra de Gata primero y después en Madrid, cuando su madre hacía que de las ollas surgieran fragancias que alimentaban tanto como los manjares que contenían.

Sonríe con la tristeza propia de acariciar lo que nos falta.

Un cariñoso capón lo devuelve a la realidad y la sonrisa de Dolores, octogenaria y franca, convierte el golpe en algo que se parece a una caricia.

—¿Por qué? —pregunta Justo sin queja.

—Porque bajas la guardia —gruñe la mujer, y vuelve a la cocina seguida como un niño por el policía—. Entiéndeme bien: me alegra verte feliz y sin la cara de velatorio que tenías cuando empezamos con la Brigada. Pero ahora tienes que estar más atento que nunca, Justo.

—Tienes razón, Dolores. Como siempre. —Se ruboriza, duda—. ¿Tienes… lo mío?

La anciana asiente, está a punto de preguntar algo, pero se encoge de hombros.

Baja el fuego, sirve dos copas de vino blanco y ladea la cabeza. Justo la sigue.

Al final de un pasillo, abre la puerta del diminuto cuarto de escobas y sonríe:

—Es una gilipollez, pero cada vez que lo hago me siento como una espía.

Toca en un punto por encima del marco de la puerta y la pared

trasera se descorre, dejando acceso a una habitación amplia, con clima agradable y varias pantallas de gran tamaño que laboran silenciosas pero infatigables.

Severo Justo nunca quiso saber cómo la abuela del inspector Frontela, y responsable de buena parte de sus éxitos, ha pagado esos equipos informáticos inalcanzables hasta para la Brigada Central de Investigación Tecnológica.

Sabe —aunque prefiere no saber oficialmente— que antes de sumarse a su grupo, Dolores ejercía de *hacker* justiciera en las redes, chafando los golpes de muchos estafadores, devolviendo a los incautos su dinero con más celeridad que lo haría la Justicia, y quedándose con un porcentaje de las ganancias mal habidas, para darse lo que ella llama «unos caprichitos». Juraría también que estos no son los mismos equipos que vio en este cuarto secreto la última vez. Parecen más nuevos y potentes.

Hace dos años, cuando la Brigada nació para morir, él tuvo que tragarse sus reservas ante los métodos de la anciana, porque tenía urgencia por resolver el caso para poder suicidarse en paz. Luego, todo cambió y le pidió ayuda extraoficial para localizar a su enemigo más temible. Varias veces han estado a punto de alcanzarlo, pero Javier Avellaneda siempre consigue escapar antes. Esa capacidad de anticipación lo preocupaba al principio y lo atemoriza ahora.

Ambos saben que el asunto es personal. El fugitivo de lujo quiere derrotarlo antes de matarlo. Justo se ha saltado muchos procedimientos con la coartada veraz de que cuando lo atrapen, lo entregará a la Justicia.

Pero no podrá hacerlo si Avellaneda lo mata antes.

Otro capón de Dolores en su nuca lo devuelve a la realidad.

—¿Ves? Ya estás otra vez con cara de funeral.

—¿Me has llamado para causarme lesiones leves? —dice Justo casi con ternura.

Con aire misterioso, ella saca una caja de uno de los armarios.

—Sinceramente, creí que sería mucho más pequeño, Dolores.

—Lo es, jefe. —Busca en un cajón de la mesa y le alcanza un pequeño estuche.

Él lo guarda, con gesto furtivo, en su bolsillo.

—¿Y esa caja es…?

—Un regalo para tu hija, que ya debe de estar golpeando la puerta por salir. Hubiera querido regalarle un revólver en miniatura, pero no los fabrican, ¿lo sabías?

Justo toma la caja como si sostuviera a la niña por venir. Dolores lo estudia.

—¡Ah, y además tengo algo para ti! —Le guiña un ojo mientras saca de su delantal una caja mucho más pequeña.

Al abrirla, el policía se queda sin palabras. Es un bello y elegante encendedor S. T. Dupont, completamente fabricado en plata.

—No te lo compré de oro, porque conozco tus manías de cura pobre.

—Es precioso y te lo agradezco, Dolores. Pero ¿no sabías que…?

—¿Que hace cinco años que has dejado de fumar? Claro que lo sé, y también sé que, cuando algún caso te pone nervioso, te escabulles y fumas a escondidas, como un adolescente. —Le pone el brazo sobre el hombro—. Vienen tiempos duros, jefe. Y ya que te vas a fumar ese cigarrito de la culpa, por lo menos que lo enciendas con un buen mechero. Mira, tiene tus iniciales.

Justo sonríe y, cediendo a un raro impulso, abraza a la anciana.

—Quita, quita. Soy una mujer comprometida, no lo olvides. Por cierto, hace días que no sé nada de Mingo. Está muy raro… ¿Sabes que me propuso matrimonio dos veces la semana pasada? Por supuesto, le dije que no y el muy capullo no insistió.

—¿Por qué?

—Después de esperarlo toda la vida, no voy a ceder antes del tercer intento… A ver si cree que soy una chica fácil.

Brindan y la cara de Dolores se vuelve seria.

—Y, ahora, algo menos alegre: Avellaneda. Está en España.

—¿Dónde?

—Ni puñetera idea.

—Entonces, ¿cómo sabes que…?

La mirada de Dolores, paciente e irónica, silencia a Justo.

—Desde que ese cabrón se escapó del psiquiátrico, no hago más que seguirle la pista. Hago barridos constantes para filtrar accidentes

mortales con huida de uno de los conductores, atropellos y fugas, o carreras ilegales en cualquier lugar del globo. También tengo alertas para pedidos de repuestos de los coches de alta gama que utiliza. Eso ya lo sabes. Y tus colegas de Interpol me mandan de extranjis información para completar la búsqueda. Que, por cierto, para ser tan apegados los reglamentos, nos estamos saltando unos cuantos, jefe.

—No me lo recuerdes. Lo lamento cada día y me haré responsable de…

—No seas tonto, lo digo por chincharte. No entendía cómo lograba esquivarme. Sabes que soy mejor que cualquier *hacker* que Avellaneda pueda pagar con su dinero.

Justo asiente, porque es cierto.

Nadie diría que hasta hace diez años, cuando Frontela le regaló a su abuela un curso de informática en una asociación barrial para que se entretuviera, Dolores no había tocado un ordenador en su vida. Allí descubrió su talento único para hacer que los aparatos la obedezcan. Los acaricia como a gatitos y los enormes equipos ronronean. Bajo su apariencia de abuela republicana y mal hablada, se esconde el legendario *hacker* @grafuwolf, reducción de la frase en inglés *granny fucks wolves.*

La carcajada de Dolores lo sorprende.

—¡Pero lo descubrí! Utiliza a varios *hackers*, que se *hackean* mutuamente e ignoran que trabajan para el mismo cliente. Ahora que lo sé, puedo quitarle esa ventaja. —Bebe un sorbo—. Pero no es todo. ¿Recuerdas que el año pasado el cabrón regresó y empezó a dejar por todos lados su ridículo logotipo de la «A» con pintura de oro? Fue cuando más pistas suyas detecté en diferentes lugares del planeta. Eran señuelos para que mirásemos hacia otro lado, mientras nos acechaba en Madrid.

Justo levanta la mirada.

—Quieres decir que…

—Que en los últimos siete días he visto pistas similares, siempre lejos de aquí. Apostaría mi puño americano con incrustaciones de diamante a que está muy cerca.

Dolores sigue hablando, pero el policía no la escucha.

A la anciana se le escapa un detalle. *Avellaneda sabe que el método del despiste no colaría por segunda vez. Si lo usa, es para desafiarme. Es tan soberbio que no le alcanza con venir a matarme. Quiere que lo sepa.*

Pero ya Dolores tira de él rumbo a la cocina.

—Ya que estás, te quedas a cenar —propone—. Pero solo si me prometes que no intentarás seducirme.

Justo sigue con la mente en otro sitio, pero disimula.

—Tienes razón, Dolores, si me quedo peligrarán dos parejas.

La carcajada de ella es todavía más contundente que sus capones y lo ayuda a posponer la decisión que sabe que tendrá que tomar en breve.

—Gracias por la invitación. Pero Lorna me espera a cenar.

—Vale. Por esta vez, te salvas. ¡Pero te llevas un buen táper con albóndigas, que tu mujer será muy lista y muy guapa, pero no tiene pinta de ser buena cocinera!

Cuando Justo sale de la casa, el calor del recipiente, con albóndigas suficientes para alimentar a cuatro personas, lo reconforta. Como le ocurrió al entrar, lo visita la imagen breve y oronda de su madre, llena de refranes y sonrisas. Con esa visión, cruza la calle en busca de su coche.

Desde un utilitario que dentro de seis meses ya no podrá circular por el centro de Madrid, Javier Avellaneda lo ve cruzar y, aunque no quiere, enciende el motor, mete la marcha y aferra el volante. Se congela.

Sus manos presionan con fuerza, hasta que los dedos pierden su color.

Cuando por fin Severo Justo sube a su vehículo y se aleja, Avellaneda suspira y afloja las manos.

—Ya falta menos —le dice a sus manos doloridas.

12

Queen Plus Acero 440 C

Lilí Leblanc termina de revisar los turnos para mañana y enciende un cigarrillo. Le encanta fumar en la peluquería vacía, *y llamarla «peluquería», que es lo que es, y no* «Beauty Space», *como tuve que poner en el cartel de la calle*, aunque antes de irse, como un adolescente culposa, ventilará el local y perfumará el aire con distintos aromas para que al día siguiente sus empleados no detecten que la propietaria hace lo que a ellos les prohíbe.

De hecho, oficialmente, Lilí Leblanc no fuma.

Pero antes de adoptar ese nombre —que es una marca en ascenso dentro del mundo de los esteticistas, con cuatro sucursales en Madrid y a punto de abrir una en Valencia y otra en Barcelona—, mucho antes —cuando se llamaba de otra forma y pasaba hambre primero y asco después por lo que tenía que hacer para no pasar hambre—, en ese tiempo se convenció de que un cigarrillo al día era una recompensa que merecía. Y por rota o cansada que llegara al final de la noche, incluso si no tenía dinero porque se había hartado de las tonterías del cliente y le había pegado una paliza y se había ido sin cobrar, incluso así, se permitía un cigarrillo como si fuera un lujo o una alegoría.

Las lecciones de esa vida dura y pretérita, que se niega a olvidar aunque nunca la mencione en las entrevistas, la hacen sospechar que todos sus empleados saben del cigarrito final, pero no dicen nada, por temor a un mal genio igualmente falso que ella interpreta a la perfección. Madrid está lleno de peluqueras con ínfulas y talentosas; no bastaba con hacer bien el trabajo, tenía que notarse, para que su nombre profesional fuera de boca en boca en una época en que las redes sociales y otras fórmulas de celebridad instantánea

estaban en pañales o ni siquiera estaban.

Por ejemplo, la historia no escrita pero tantas veces repetida de aquella vez que una actriz de medio pelo fue grosera con ella y le hizo un corte tan radical que tuvo que estar seis meses utilizando un turbante. También se le adjudican, y en algún caso con razón, los cambios de *look* de alguna política que subió en las encuestas y de varias cantantes que vivieron su momento de fama aunque hoy casi nadie las recuerde.

—Por eso prefiero la pasta a la celebridad —dice en voz alta, y sus palabras rebotan en el espacioso local, cerca del estadio Santiago Bernabéu.

Reflexiona y dice para sí misma que, *para hacer pasta, tuve que convertirme en una celebridad*. Suspira mientras disfruta de la decoración elegante y de vanguardia que predomina en todos los salones de Leblanc Group, pero especialmente en este, donde atiende ella en persona cuando se lo permiten sus obligaciones mediáticas.

Va apagando luces una por una, despacio, como si fuera enrollando la jornada en la oscuridad para que esté lista cuando el *show* vuelva a comenzar mañana.

Solo le falta un ritual por cumplir, y no se lo salta nunca. Le dio igual que el estirado decorador estuviera al borde del infarto cuando le informó que en el lugar más destacado de su primoroso proyecto tenía que poner —sí o sí— esa vitrina de madera y cristal que alberga su objeto más preciado, su talismán, el símbolo de que se puede cambiar de vida si tienes alguien que crea en ti. Sabe que en realidad no se queda para fumar a escondidas, sino para cumplir a solas con la ceremonia de cada noche, entre la superstición y la nostalgia. No es que tema que deje de irle bien si no lo realiza. Teme dejar de recordar. Por eso, cuando se queda sola y apaga las luces, se dirige al puesto que reserva para sí misma, lleva sus dedos a los labios y luego al cristal que cubre la tijera profesional Artero Queen Plus con acero 440 C.

Tarda un instante en asumir que hoy no está en ese altar improvisado donde la guarda desde hace años, inmune a la curiosidad de colegas y periodistas, que valoran la alta calidad de la

tijera de alta gama pero quisieran conocer su historia. Desde que él se la regaló, no ha pasado una noche sin que depositara un beso desplazado, primero en la tijera después de limpiarla cuando la utilizaba en sus primeros trabajos, luego cuando la colocó en la vitrina para que le recordara de dónde venía y gracias a quién había llegado hasta aquí.

Está tan habituada a verla en su sitio que solo la mira a última hora de la noche.

Por eso cree que sufre una alucinación, el pago tardío de los excesos de hace años; es imposible que no esté en su lugar.

Pero no está.

A su boca acuden todos los insultos que hace mucho que no utiliza, mezclados con las posibles explicaciones de alguna empleada resentida, *pero todos están de lujo aquí*, alguna clienta fetichista, *pero la hubiéramos visto*, alguien de la vida de antes que quiere hacerle daño, *pero nadie me ha encontrado en estos años*.

Gira buscando explicaciones, pero solo encuentra la figura vestida con el mono de trabajo azul, la máscara blanca, y absurdamente siente más alivio que miedo al ver que tiene en las manos su querida tijera de la suerte.

Por eso no ve la pequeña maza que tiene en la otra mano, hasta que le golpea la cabeza y ella cae, pero no pierde del todo el sentido, ve la silueta descender, con la tijera buscando su cuello, y mientras muere piensa que *por lo menos así tiene algún sentido todo esto*.

Luego ya no puede pensar nada.

La figura contiene el temblor de la mano, masculla un insulto que Lilí Leblanc ya no escucha, se controla y saca los utensilios para plasmar su macabro mensaje.

Elige el espejo más grande y en él comienza a pintar.

Primero un gran número «3» que chorrea sangre por el espejo.

Espera a que la lenta carrera de las gotas se detenga y escribe, debajo:

1 C 6:18

Cuando termina la tarea, retrocede dos pasos para ver el resultado, guarda los utensilios en la mochila y se dispone a buscar la salida trasera.

Y se detiene en seco. Suelta una maldición ahogada y vuelve hacia Lilí Leblanc desangrada en el suelo. Busca un pequeño objeto de metal en un bolsillo de la mochila, abre la mano de la muerta y la cierra lentamente con él dentro.

Murmura una frase apenas audible, que la muerta no podría escuchar aunque la gritara.

Es una disculpa.

13

Casi doce gramos y medio

Severo Justo piensa que debería dormirse, pero todavía no puede. Lo inunda una inusitada sensación de plenitud, con Lorna embarazadísima, bella y desnuda como una nube roncando suavemente a su lado, mientras afuera la noche de Madrid se desliza sin ruido. Lleva semanas esquivando este momento de soledad con el universo, pero sabía que tarde o temprano llegaría.

Lorna murmura y una caricia leve en la cadera espanta el conato de pesadilla. Sin abrir los ojos ni volver de este lado del sueño, ella toma la mano de Severo, la apoya en su vientre y se duerme sonriendo.

Él piensa en cuánto ha cambiado todo en tan poco tiempo y la memoria le devuelve el recuerdo fugaz de otra mujer, dulce e impaciente, que hace algo más de un lustro, en Bruselas, esperaba de él lo que él todavía no podía dar. Dijo que Severo Justo era un hombre inamovible, pero que no era una cualidad sino una condena: «Eres incapaz de cambiar», le dijo, y pasó seis meses tratando de cambiarlo. Luego se cansó y se fue.

Justo se reprende por ese pensamiento cínico, en un cajón de su mente sigue predicando el sacerdote que fue, el que neutraliza los duros datos sobre la naturaleza humana que la experiencia del policía ha ido acumulando en estas décadas.

En todo caso, aquella mujer dulce e impaciente, de cuyo nombre ha elegido no acordarse como tibia venganza, se equivocaba: todo han sido cambios en su vida, solo que ocurrían con demasiada lentitud como para que alguien con prisa los advirtiera.

Y vaya si ha habido cambios, piensa.

Cuando era poco más que un niño, sintió o creyó sentir la llamada de la fe y entró al seminario, aunque durante años sospechó que fue una autosugestión para espantar los impulsos violentos, casi homicidas, que sentía hacia su padre.

Y fue la joven promesa del episcopado, hasta que Alicia se cruzó en su camino y, puesto a elegir entre dos pasiones, el joven Severo Justo eligió la que sabía cierta. Colgó los hábitos y entró en la Academia de Policía porque seguía necesitando creer en algún orden predecible y exacto. Y fue el mejor policía, el mejor marido y, después, el mejor padre, hasta que una mañana un asesino en serie que usa el volante como arma mortal segó en un mismo golpe a su mujer y a su hija.

El cambio de Justo fue tan recóndito que, para la mayoría de sus compañeros de profesión, solo se acentuaron los rasgos ya definidos en aquel policía serio y ejemplar: respeto fanático al reglamento, moral inflexible y una ética insobornable que lo convirtieron en el oficial más condecorado de España, apartado de Asuntos Internos por ser demasiado honrado y merecedor de un exilio dorado y poco útil en Bruselas ante los organismos europeos.

Lorna gira con lentitud de galaxia, la pesada barriga toca su brazo y él contiene la respiración, como si al hacerlo garantizara el futuro de la niña y de la madre, esta segunda oportunidad que no merecía y la vida le ha dado.

Pero la memoria necesita recapitular para decidir y decidirá esta noche.

Han pasado veintidós años desde que Javier Avellaneda lo convirtió en viudo de esposa e hija; un tiempo en el que por fuera Severo Justo era el estereotipo de sí mismo, pero por dentro buscaba la forma de ofender a un Dios en el que cree todavía, aunque nunca le habla, como esos hijos ofendidos desde hace tanto tiempo con el padre que ya no tienen nada que decirle.

Hace dos años, supo que había encontrado la solución perfecta para un creyente: vengarse de Dios cometiendo un suicidio consciente y tranquilo.

Fue entonces cuando el Gobierno lo reclamó para que se pusiera

al frente de la Brigada Especial de Crímenes Internacionales, que, dado su pasado sacerdotal, fue bautizada por la prensa como Brigada de los Apóstoles.

Sabía que lo llamaron a él porque nadie más hubiera aceptado ese regalo envenenado: un asesino en serie que se ocupaba de matar a aquellos que creía que merecían morir y habían escapado del sistema. El sentido del deber se impuso y aceptó el desafío, que más que posponer el suicidio, le puso fecha: Justo resolvería el caso y luego se quitaría la vida.

Pero algo pasó en esas semanas, algo más poderoso que un resabio de instinto de supervivencia en alguien que ya no quería vivir; quizás fue el proceso de armar esa brigada de locos y rebeldes, capaces de saltarse los reglamentos que su jefe no podía saltarse, quizás fue una muchacha a la que podría haber llegado a amar y de cuya muerte se sintió culpable, quizás fue la silenciosa y rotunda llegada a su vida de Lorna Durán, que sonreía como si lo conociera, pero nunca lo daba por sabido.

Su cariño inteligente lo fue alejando sin forcejeos de esa decisión, y hace unos meses, cuando supo que estaba embarazada, todo volvió a cambiar. Justo fue feliz como nunca y conoció el miedo a perder, el terror a que la historia se repita.

Ahora, en esta noche que resbala lentamente al ritmo de la respiración de su mujer y su hija, Justo sabe que tiene que tomar una decisión. Se levanta con infinita delicadeza, casi levita en su empeño por que nada altere el sueño de Lorna. Desnudo como está, camina hacia su estudio. No podrá dormir hasta que decida y tiene la mente demasiado llena de preguntas. Cierra la puerta en cámara lenta, busca la llave y retira el estuche que contiene la Glock 19 Gen5, lo último en tecnología e ingeniería austríaca, más de veinte modificaciones de diseño respecto a su antecesora, la Gen4 880 gramos con el cargador de quince balas Luger calibre 9 milímetros. Tamaño y peso contenidos, pero muy eficaz si se posee la puntería de Severo Justo, que hace años dejó de participar en las competencias de tiro del cuerpo, porque ganar siempre le sonaba a pecado de soberbia.

La palabra «pecado» lo devuelve a los crímenes recientes, está seguro de que detrás de estos hay mucho más de lo que parece. Hace tiempo que no cree en las casualidades. Ha perdido la cuenta de la cantidad de cosas en las que ha dejado de creer. Solo cree en Lorna y en la niña, que todavía no tiene nombre, porque a su mujer le encanta provocar la risa, el desafío, todo lo que lo aleje de la tristeza en la que Justo vivió tantos años.

La propia Lorna propuso llamarla Alicia, en homenaje a su primera mujer, y él lo agradeció pero se negó con firmeza. Desde entonces, ella lo sorprende cada día con los nombres más extravagantes y a veces sospecha que le pide ayuda a Dalia para proponerle opciones en todas las lenguas del mundo, defenderlas con vehemencia como si de verdad quisiera que así se llamara su hija, y cuando él entra en la trampa, pasa y cierra la puerta, reírse en su cara con todo el amor del mundo. *Que se llame como ella quiera. Si no sonara horrible, la llamaría Mañana, pero Lorna es capaz de quitarme la Glock y pegarme dos tiros si le propongo algo así.*

Necesita concentrarse y decidir y para eso lo mejor es una actividad mecánica. Desmonta la pistola, la vuelve a armar sin mirar, revisa y la desarma otra vez.

Abre la ventana y fuma sin remordimientos, porque hace años que dejó de fumar. En la calle, los coches de siempre o algunos parecidos.

Dos nubes que opacan su cielo, por fin despejado.

Se asoma de puntillas hasta el cuarto y ella duerme con una calma que ojalá él fuera capaz de reflejar en un dibujo o en un cuadro, *pero solo puedo mirarla y grabarla en mi retina como si nunca más fuera a verla*.

Regresa al estudio. Hace tiempo que dejó de preguntarse si merecía la suerte de ser amado por esa mujer. Esta noche, cuando llegó, Lorna no había olvidado la promesa erótica de la mañana, aunque Justo pensó que la fatiga la haría desistir. *Ja.*

Ella había preparado una cena muy ligera. Velas en toda la casa y dos copas de vino, la suya con una cantidad testimonial. Brindaron y ella lo miró con suspicacia.

—No me digas que te has olvidado qué día es hoy…

—¿Viernes? —preguntó Justo con fingida inocencia.

Ella también simuló enfadarse.

—¡Serás capullo! Es el segundo aniversario desde que nos conocimos.

—¿Cómo pude olvidarlo? —Justo bajó la cara para que ella no viera su sonrisa.

—Bueno, no te preocupes, estás con mucho estrés… —Lorna comenzó a ordenar disculpas por él, y este sacó el pequeño estuche de joyería y se lo alcanzó.

Al abrirlo, la delgada cruz de oro, al igual que la cadena, brillaron con luz propia.

—Yo sé que no tienes resuelto el asunto religioso, yo mismo estoy en eso. Pero por lo menos úsalo hasta que nazca la niña, me quedaré más tranquilo…

Ella lo besó y se colocó la cadena al cuello.

—El hombre más lógico del mundo tenía que ser también supersticioso. Claro que no me la quitaré nunca. Pero lo de bautizar a la niña ya lo hablaremos, ¿eh?

Luego lo llevó hasta la cama y se quisieron con esa dulzura que practican desde que está la niña, y que, más que frenar, condensa la pasión con que suelen tenerse.

Después, Lorna lo miró como ella sabe y le dijo «Cuéntamelo».

Y Severo Justo, que no sabe mentir, optó por contarle solo media verdad, y habló de una de las nubes, como si la otra, la más preocupante, no existiera.

Ella lo escuchó con atención. Le dio un beso, puso cara de niña y dijo «Tú pillarás al topo, estoy segura». Lo acarició con ganas de repetir, pero el cansancio pudo más y se quedó dormida en sus brazos. Justo calcula que contuvo la respiración media hora, puede que más, hasta que ella comenzó a roncar ternuras.

Contarle lo del topo le proporcionó cierta calma. De la otra nube no le dijo nada.

La otra nube es asunto suyo.

Mirando al frente, vuelve a desmontar la Glock. Presiona hacia

atrás la corredera. Baja los clips de desmontaje a cada lado del arma, aprieta el gatillo apuntando al suelo —aunque quitó el cargador y no hay balas en la recámara— y, con el mecanismo destrabado, retira la corredera. Lo hace sin mirar y con precisión pero sin prisa, siempre le parecieron estúpidas las competiciones para ver quién arma y desarma más pronto una pistola. Cada movimiento mecánico, repetido y exacto permite que su mente una los datos dispersos que le sobrevuelan como buitres los últimos días.

Vuelve a montar el arma, y si cometiera la banalidad de cronometrarse, comprobaría que cada movimiento ha durado exactamente lo mismo en cada repetición. Muchas cosas han cambiado en él, pero algunas no cambiarán nunca.

Tras desmontar y montarla diez veces, ya sabe lo que necesitaba saber: que no sabe casi nada y lo poco que intuye es malo, muy malo.

Después de pensarlo un momento, incrementa el peso de la Glock con el cargador completo con los casi doce gramos y medio de una bala número dieciséis que deja en la recámara.

Apaga la luz del estudio. Se asoma a la ventana.

En la calle dormida cuenta los coches familiares o anodinos.

Vuelve a la cama.

Ha tomado una decisión. *La única posible.*

Abraza a su mujer y se duerme al instante, con esa calma libre de remordimientos de la que, según dicen, solo disfrutan los santos.

Y los locos.

14

De oro y brillantes

El comisario Francisco Bermúdez conduce plácidamente por las calles de Madrid rumbo a Jefatura. El otoño se porta como corresponde, el sol trabaja sin agobiar y Paco exhibe un gesto del que la mayoría de sus compañeros lo cree incapaz.

Sonríe.

El comisario Francisco Bermúdez sonríe.

El Último de los Ostiócratas sonríe con la libertad que le concede la ausencia de testigos. Es algo que solo hace a veces y ante sus seres queridos, que jamás lo comentan con el propio Paco pero sí entre ellos.

«Parece un niño que lleva meses ahorrando la paga para hacerle un regalo a su madre, y cuando falta una semana para la fecha, disfruta de antemano de la sorpresa de ella», comentó no hace mucho Ana, su mujer, en una cena con Justo y Lorna, mientras Paco en el patio controlaba la evolución de la barbacoa.

Bermúdez sonríe porque después de muchos años ama su oficio.

Se hizo policía por el mismo motivo que su padre, perdedor de la Guerra Civil, se hizo ladronzuelo: no tenía otro camino. Como no había trabajo para los rojos notables pero sin rango, el padre se tragó el orgullo y se dedicó a los robos menores y las pequeñas estafas para alimentar a la familia en un barrio de Lavapiés en el que se mezclaban recién venidos de las provincias con los que ya nunca podrían irse. El hijo, que también había aprendido los lenguajes secretos del barrio, optó por hacerse policía, no para limpiar el apellido del historial paterno, sino para aporrear a los matones, que es lo que siempre le gustó hacer. Ama ser un policía de calle y, ya que no pudo eludir los ascensos, exagerar lo tosco de su carácter le

permitió no terminar en los despachos como otros compañeros. La llamada de Justo para formar parte de la Brigada lo puso en el centro de atención y eso nunca le ha gustado. Pero sí que disfrutó de este tiempo de triunfos a contracorriente, y celebró cada éxito del grupo cuando los demás auguraban fracasos y caídas en desgracia, que por algo es hincha con carné del Atlético de Madrid y sabe que resistir es el camino.

Instintivamente, palpa la solapa y vuelve a echar en falta la insignia de oro y brillantes del club que le regaló su mujer por las bodas de plata. La echa en falta desde hace días, pero está tan unida a él que ni siquiera concibe una posible pérdida. La habrá cambiado de chaqueta para alguno de esos actos protocolarios que tanto le fastidian y en los que Pablo le encanta incluirlo con la excusa de que será bueno para el negocio que pronto emprenderán. Paco sabe que en realidad lo hace para incordiarlo un poco, un gesto más de esa amistad que parecía imposible entre hombres tan diferentes y que, sin embargo, es firme como una roca.

Y Pablo es el motivo de la sonrisa de Bermúdez mientras conduce camino a Jefatura impaciente por verlo y darle la buena noticia.

La bendita culpa, como siempre, la tiene Ana, su mujer, *que más que profesora de instituto, debería dedicarse a pitonisa, porque a mí, por lo menos, me lee el pensamiento del derecho y del revés.*

Hace tres noches, después de la cena, lo interrogó sobre la causa de ese malestar que trata de ocultar desde hace días cada vez que llega a casa.

Paco negó una vez, pero antes de la segunda supo que era en vano y le contó de su preocupación por la apatía de Pablo cuando le habla de la agencia de investigaciones que están a punto de montar, «es como si ya no le interesara, a veces siento que me sigue la corriente para no decepcionarme».

Y, entonces, Ana, sabia y más fuerte de lo que parece, le dio un capón que hubiera envidiado la propia Dolores, le recordó que su amigo acaba de pasar por un segundo divorcio que no esperaba, que lo más probable es que sus ahorros se hayan ido en ese chalé que se quedó la ex y que, además de una clara decepción por la

ruptura, lo más probable es que se haya quedado sin dinero ni crédito.

Y Paco lo vio claro y se sintió —como suele pasarle ante ella— igual que un alumno que por más que estudia no termina de aprender las lecciones. «Y yo metiéndole prisa para que ponga su parte y abramos la agencia, soy un idiota».

«Pero eres mi idiota y te quiero así», dijo Ana, y buscó el portátil; una libreta, lápices y tras rápidos cálculos le demostró que podían permitirse poner ellos la parte de Pablo y que él fuera pagando poco a poco con las ganancias de la agencia.

Hicieron el amor para celebrarlo y se rieron bastante, antes, durante y después, como siempre desde que se conocieron, aunque esas son cosas que nunca comentará con su terapeuta, *que todo tiene un límite*. Despertaron al amanecer para poder repetir y partir, ella hacia Granada, para ver a sus hijas; él al trabajo, con el cansancio dulce y las sonrisas similares.

Desde entonces busca el momento adecuado. Y será esta mañana. Ya encontrará la forma de hacerle la propuesta a Pablo sin ofenderlo. Debe quitarse la sonrisa cuando llegue y sabe que va a costarle.

Suena el teléfono y es Frontela, siempre es Frontela el que llama para darle buenas y malas noticias, el que aguanta sus gritos y su mal humor casi fingido cuando son malas.

Le da un mensaje breve: otra víctima, al parecer, del asesino de los pecados.

Paco asiente y dice que irá directamente a la escena.

Cuando el inspector le dicta el domicilio, la sonrisa de Paco desaparece como si nunca hubiera existido.

Finaliza la llamada y enciende la sirena, pero no la escucha; conduce a una velocidad demencial y solo sus reflejos entrenados evitan más de una colisión. Una palabra rebota dentro de su cerebro, creciendo cada vez que golpea uno de los extremos. Un «no» que se hace tan grande que apenas deja lugar para los consuelos de la lógica, *en Madrid y en ese barrio medio pijo, un número de portal puede abarcar muchas viviendas, varios locales;*

tal vez Frontela, en la prisa, se equivocó en un número y un número hace la diferencia entre el todo y la nada; ella no puede ser ella, no tiene por qué ser ella, qué tiene que ver ella con un asesino que castiga pecados, si ella los cometió todos y los ha pagado con creces.

Frena al ver la concentración de patrullas, las cintas, esos símbolos que conoce de memoria y sin embargo se le antojan crueles, ajenos.

No tiene que mostrar la credencial, los agentes lo conocen y le franquean el paso al local…, y es el local, ya solo queda el ruego culpable de que no sea ella, de que le haya pasado a otra, pero en cuanto entra en la escena del crimen, la víctima en el suelo, su mente le quita más de veinte años, incluso los rasgos de una opulencia que entonces no tenía. El comisario Francisco Bermúdez está paralizado.

Una voz familiar se cuela en un resquicio de la negación desesperada que resuena en su cabeza. Es Pablo, que ya estaba en el lugar de los hechos.

Ojeroso, como si hubiera dormido vestido, fue el primero en acudir, incluso antes de la llegada de la Científica, que ya comienza a desplegar su dédalo de letreritos amarillos. Le dice algo que Paco no comprende. No puede apartar los ojos de Lilí Leblanc, muerta y con la tijera clavada en la yugular.

En un gran espejo, lee la inscripción y no la entiende. Vuelve a leerla tres veces.

Fue escrita con la sangre de la víctima.

Pablo lo guía hasta un bar cercano y le pide un carajillo bien cargado. Paco bebe sin comprender que se está quemando la garganta.

—¿La conocías? —dice el Súper, y no es una pregunta.

—Desde niña.

—Querrás decir desde niño —corrige Pablo, y se arrepiente.

Bermúdez no discute. Todavía trata de aceptar lo que ha visto.

Pablo le pone la mano en el hombro.

—Vamos a cazar a ese cabrón, Paquito. Te lo prometo. Aunque

sea lo último que haga, lo va a pagar.

Bermúdez asiente apenas. Su instinto le dice que hay algo más.

—Suéltalo, Pablo.

El Súper busca en el bolsillo, saca algo y lo deposita en la palma de Paco.

—Lo tenía clavado en la palma de la mano. No debí traérmelo, pero me resultó conocido.

Bermúdez tantea en la solapa de su chaqueta el orificio familiar apenas perceptible donde hace poco estaba lo que ahora tiene en su mano.

La insignia de oro y brillantes del Atlético de Madrid, de la que no se separa casi nunca. Aunque ahora queda oculta en su mano, que se cierra hasta clavarse en la palma, que empieza a sangrar.

15

Como el Lobo Feroz

El ministro del Interior ha ejecutado los rituales necesarios para garantizar su intimidad, aunque ningún subordinado se acercaría a su despacho sin ser convocado. Por si acaso, antes de cerrar la puerta por dentro, se asomó para dedicar una mirada fulminante al secretario de su secretaria. Cada funcionario del edificio sabe que hoy se cumple un nuevo aniversario de su llegada al ministerio y que es el único superviviente, junto con el presidente, de un gobierno inicial que parecía tan frágil pero que aún resiste.

Se siente un poco tonto cuando abre el paquete —la caja envuelta en otra caja y en otra caja y otra más— que se hizo traer sin pasar por detectores, y revela la rutilante presencia de la tarta Sacher, que retira lentamente y sostiene con avaricia en sus pequeñas manos, *sí, ya sé que me llaman el enano, pero el enano sigue aquí y los NBA que querían mi puesto ahora están en el paro*, celebra.

Con la misma suavidad casi sexual, va colocando sobre la tarta las velas, una por cada año que lleva al frente del ministerio, las cuenta y recuenta. Por superstición, hizo que le mandaran una vela de más, aunque ese año empezará a cumplirse a partir de mañana.

De la nevera disimulada tras una falsa librería, saca una botella de champán francés, pagado de su bolsillo, *siempre hay algún listo vigilándome*, la descorcha y retumba como un disparo en el enorme despacho.

Nadie lo habrá oído, y aunque lo oyeran, no entrarían.

Prepara la copa y enciende las velas una por una.

Toma aire, su pequeño pecho se infla y se dispone a soplar como el Lobo Feroz, *el Ministro Feroz*, se dice.

Celebrará a solas un éxito que solo se debe a sí mismo.

En ese momento suena el teléfono especial.

Está dentro de un cajón con combinación que acciona con la celeridad que solo da la práctica. Extrae el aparato, «el teléfono rojo», lo llaman obedeciendo al dudoso sentido del humor del presidente —aunque desde hace tiempo decidió que fuera negro—, por aquello de que «todo se acaba sabiendo y no hay que perder a los votantes de centro». En apariencia, es un aparato como los de las películas de los años sesenta. Tiene incluso un disco giratorio que no provoca efecto alguno, ya que solo comunica con otro teléfono gemelo en el despacho presidencial. Una línea segura, a prueba de filtraciones —él lo sabe bien, porque se ha ocupado de pinchar los de todos sus colegas del Consejo de Ministros.

—¡A tus órdenes, presidente! —dice con un entusiasmo servil del que, como siempre, se arrepiente.

Al otro lado, sin apartar los ojos del espejo, el presidente no se burla como es habitual. Solo resopla.

—No me jodas, Interior, que pareces un cabo chusquero.

Al ministro le molesta profundamente que, después de tantos años, el presidente no lo llame por su nombre y sí por la cartera que ocupa en el Gobierno. Al principio le reía la gracia, narrada solo delante de acólitos devotos, sobre lo inútil que era memorizar los nombres de los titulares de sus ministerios, porque duraban tan poco que enseguida tenía que aprenderse otros nuevos, *pero el mío, no, joder, yo estoy desde el principio y voy a seguir estando*, piensa mientras ve cómo el champán pierde las burbujas.

—¿Cómo estás, presidente?

—Contento me tienes, Interior.

El ministro maldice a sus subordinados y hace una lista apresurada de aquellos que serán sancionados por no haberle informado de un evento de tal envergadura que pueda poner de mal humor al presidente.

—Calma, presidente, que estamos en ello —dice sin saber qué es «ello».

—Llevas mucho tiempo diciéndome lo mismo, pero ha vuelto a ocurrir.

Revisa mentalmente la lista de desastres posibles o inminentes, no se decide por ninguno. Pero hay algo en el tono enfurruñado y presidencial que le indica el motivo del enojo.

Sonríe porque disfruta un poco, aunque tenga que disimularlo.

—Las encuestas. Pero no podemos maquillarlas más, presidente…

—¡El puñetero Severo Justo me sigue ganando en popularidad! No entiendo por qué. Soy más joven y más guapo, pero en las encuestas es el favorito de casi todos…

—Por poco tiempo, presidente.

Interior duda si descubrir, por fin, su carta ganadora. La guarda en la manga desde la noche en que le entregó a Severo Justo esos informes anónimos sobre sus hombres a cambio de disolver la Brigada Especial de Crímenes Internacionales en un año. Y cada vez falta menos para esa fecha.

Opta por callar. Sabe lo que vendrá a continuación.

—¿No habías prometido acabar con Severo Justo y sus Apóstoles, Interior?

—Como acabas de decir, presidente: es el hombre más popular de España, aunque deberías ser tú, desde luego. Confía en mí, apostaría lo que sea a que…

—Lo estás apostando, Interior. Apuestas tu puesto. ¿Te atreves?

Interior sacude la copa de champán para que las burbujas resuciten y le presten el valor necesario. Consigue que no le tiemble la voz cuando dice:

—Me atrevo, presidente. Me juego mi puesto a que antes de tres meses la Brigada de los Apóstoles habrá desaparecido.

La pausa presidencial es larga y teme haberse excedido, pero hay rescoldos de respeto en la voz que llega por el teléfono.

—Hostias, sí que suenas seguro, Rafael. —Hace tanto que el ministro no lo escucha llamarlo por su nombre que tarda en reconocerlo—. Acepto tu apuesta. Será mejor que aciertes, si no quieres terminar en el paro.

—Por supuesto, presidente —dice Interior, y se avergüenza de haber juntado secamente los talones como un soldado ante su general—. Puedes confiar plenamente en mí, porque el trabajo

realizado pronto dará sus…

Comprende que el otro ha colgado. Vacía la copa en un jarrón y vuelve a llenarla con champán burbujeante. Da un largo trago.

Las velas sobre la tarta siguen encendidas y se consumen en clara alegoría a lo efímero de toda celebración. El ministro intenta darse ánimos, está seguro de que Justo cumplirá su palabra, *porque él es así. Pero… ¿y si no lo hace, si todo fue un truco para distraerme?*

De pronto ha perdido la sed y mira cómo las velas arden.

Suena otro teléfono. Su móvil, uno de los tres que tiene, el único que realmente es personal. Mira la pantalla y se extraña. Atiende.

—¿Daniela? Creía que te habías retirado…

—Soy como tú, ministro; ni me retiro ni me retiran. Solo estaba en cuarteles de invierno, pero ha llegado mi primavera y quizás la tuya…

La mirada ministerial se pierde en las velas sobre la tarta. Tiene la impresión de que hay una llama más, la de una pequeña esperanza.

—Suena interesante, Daniela.

—¿Esta línea es segura, ministro?

—Sabes que sí. Por eso me llamas a ella.

—Debo verte. Tengo algo que te alegrará el cumpleaños ministerial.

Interior siempre se sintió subyugado por la belleza de esa mujer. Pero no ha llegado hasta aquí por ceder a sus pasiones. Daniela Vélez ha caído en desgracia, quizás solo trata de conseguir una exclusiva. Lo mejor es darle largas.

—En estos días tengo que salir de viaje, Daniela…

—Calla, ministro —ordena, y él obedece.

Escucha un par de minutos, da un par de saltitos en el sitio y acuerdan un encuentro esta tarde en un piso franco que usa para asuntos no oficiales.

Cuando cuelga, bebe champán directamente de la botella.

Lo que queda de las velas refulge sobre la tarta Sacher.

El pequeño ministro del Interior se pone en puntas de pie, llena su pecho de aire y, de un solo soplido, apaga todas las velas.

16

A veces

Justo pregunta por el comisario Bermúdez, pero nadie sabe dónde está. Andará sonsacando a los vecinos y eso no es bueno, él se mueve como pez en el agua en los barrios obreros, *pero cuando nos toca un caso en algún sitio de clase media para arriba, se vuelve prepotente; menos mal que lo acompaña Pablo y sabrá contenerlo*.

Evalúa la silueta trazada en el suelo de la peluquería. *Era alta*, se dice.

Le suenan vagamente el nombre y el rostro de las fotos en compañía de actrices y cantantes que cuelgan de las paredes del lujoso local. Algo relacionado con la televisión, él no suele verla en casa, pero sí cuando le toca comer con Bermúdez en un bar cerca de Jefatura; *es increíble lo que le gustan a Paco los programas de cotilleo, de ahí me suena Lilí Leblanc*, concluye, y resuelto ese misterio, centra su atención en el otro: el mensaje con sangre en el espejo, el número rotundo y chorreado:

3

Y, debajo, la inscripción:

1 C 6:18

Sabe que el mensaje es para él. Se siente casi insultado por lo sencillo del asunto, aunque no logra relacionarlo todavía con la muerte de Difuntino Delgado.

La puesta en escena es casi idéntica, pero hay dos diferencias llamativas.

Para empezar, esta vez el arma del crimen la tomó del lugar y no

parece haber dejado ninguna pista del estilo del abrecartas con las iniciales. *Salvo que la propia tijera sea la pista del acertijo*. Pero la otra incongruencia llama más su atención. En el caso del prestamista, el pecado señalado era la Pereza, cuando lo previsible hubiera sido la Avaricia. Aquí, el supuesto pecado al que apunta el mensaje podría encajar en los esquemas de un asesino moralista. El número tres se refiere al tercer pecado capital: la Lujuria. *¿De la víctima o del asesino?*

Y la otra inscripción corresponde, sin la menor duda, a 1 Corintios 6:18: «Huid de la fornicación. Cualquier otro pecado que el hombre cometa está fuera del cuerpo; pero el que fornica, contra su propio cuerpo peca».

Repasa el informe de urgencia, «apenas un esquema, le prepararé otro más completo», dijo Frontela cuando le entregó diez folios llenos de información.

Lilí Leblanc nació como José María Zurruendo en un caserío de Vizcaya, del que se fue en cuanto pudo porque su cuerpo recio de mocetón del norte no se correspondía con la mujer que llevaba dentro. El mes que viene habría cumplido los cincuenta años, que en las fotos recientes parecen casi diez menos, las mismas imágenes en las que cuesta hallar, debajo de Lilí, al originario José María.

Algunos antecedentes policiales, de veinte años atrás: un par de detenciones por sospecha de ejercer la prostitución y otras tantas por posesión de mercancía robada. Un día desapareció de Madrid durante un lustro. Según los informes de Frontela, *¿cómo puede conseguir tantos datos en tan poco tiempo?, es un fenómeno este muchacho*, realizó estudios de peluquería en París, comenzó barriendo el suelo de un establecimiento de las afueras y se hizo un sitio, hasta trabajar en los salones más elegantes de los distritos más caros de la capital francesa.

Hace diez años volvió, totalmente cambiada. Se había sometido a varias operaciones para completar su transición. Pronto se convirtió en la estilista de las estrellas. Abrió un primer local, al que siguieron otros, y lo único que delataban sus raíces era la preferencia por contratar peluqueros y peluqueras de orígenes humildes, a los que pagaba la formación y ofrecía salarios generosos. No se le conocían

romances ni escándalos, y aunque resultaba raro en un ambiente tan volátil, al parecer, todo el mundo la quería. *Todo el mundo menos el asesino*, piensa Justo, y siente que la ira se le enciende, lenta y sólida.

El informe es incompleto, falta lo más importante, los años de sufrimiento, las contradicciones, todo lo que tuvo que soportar para cumplir el sueño que un asesino mesiánico le quitó asesinándola con sus propias tijeras.

Compacta la furia y la esconde, para usarla cuando sea necesario. Este crimen es un engranaje más de una máquina infernal cuyo funcionamiento empieza a intuir.

La lógica indica que si el primer asesinato apuntaba a un pecado del asesino y no de la víctima, más allá de las apariencias, en este segundo caso será lo mismo.

La lujuria de alguien que no es Lilí Leblanc fue la causa de su muerte.

Justo reza sin darse cuenta, mientras mira la silueta marcada en el suelo.

Mentalmente le promete que atrapará a su asesino.

Y lo ratifica al decir en voz alta:

—Amén.

Daniela Vélez está satisfecha. El encuentro con el ministro fue fructífero. Se sorprendió al saber que él ya había recibido, meses antes, los mismos informes sobre la Brigada de los Apóstoles, y que también ignoraba quién los había confeccionado.

Como él no mencionó los poemas, Daniela tampoco. Se sintió halagada porque el anónimo corresponsal había confiado más en ella que en el titular de Interior.

Mientras volvía a casa, comenzó el miedo. Recuerda la nota que acompañaba los informes, la orden de esperar instrucciones y la clara amenaza de ir contra ella si desobedecía. ¿Por qué lo hizo entonces? *Porque está en mi naturaleza, soy como el escorpión de la fábula y eso no lo va a cambiar nadie*, intenta darse valor.

Hay algo extraño en su casa, aunque todo está en su sitio.

Corre hacia la mesa donde tiene los expedientes y sus notas, pero

no falta un solo papel. Recuerda exactamente el orden en que los dejó y todo cuadra.

Y comprende lo que no cuadra.

Mira hacia el conjunto de sofás de cuero blanco que ocupa una parte del salón y ratifica sus sospechas.

Alguien ha estado aquí.

Y no es la muchacha que limpia, de la que pronto tendrá que prescindir para ahorrarse su sueldo. Ella, no consigue recordar el nombre, *conoce mi manía con los cojines*. Daniela detesta verlos uno junto al otro y siempre los pone formando rombos consecutivos y simétricos, que se tocan solo por los extremos. Así estaban cuando salió para ver al ministro. Pero ahora forman una sucesión odiosa que la enfurece y aterra, *ha estado aquí, el cabrón ha estado aquí*, se dice, y agarra un cuchillo de la cocina, no puede permitir que el miedo la paralice. Sin soltarlo, recorre la casa.

Hay cuadros cambiados de lugar, y hasta el orden de los cosméticos que acumula en su tocador ha sido alterado intencionalmente, el visitante quiere demostrar que puede desordenar su vida como y cuando lo desee.

Suspira, se sirve un whisky y trata de calmarse.

Va hacia la puerta para comprobar que está con llave y es entonces cuando ve el pequeño pósit amarillo pegado a la altura de sus ojos:

> No ha estado mal lo del ministro, pero le dije que esperase órdenes.
>
> No se impaciente, que ya falta menos.

Un segundo whisky le devuelve la calma, y el tercero, la determinación.

Esperará instrucciones, pero no le ha prohibido estudiar los expedientes. Debe comprender su relación con los poemas que los acompañan.

Cuando suena el teléfono y ve en la pantalla que es «Manolo Mecánico», siente la tentación de invitarlo a pasar la noche con ella, porque sabe que cuando el efecto del whisky se diluya volverá a

tener miedo.

—Pero yo soy Daniela Vélez, es a mí a quien tienen que temer —dice en voz baja mientras atiende la llamada.

El policía le ofrece un resumen del nuevo asesinato.

—¿Lilí Leblanc? —se extraña Daniela—. La investigué durante años, pero nada: ni fiestas, ni drogas. Aunque iba de reina por la vida, era una hormiga obrera…

—Un hormigón armado, querrás decir —se burla el policía—, parece que en sus buenos tiempos tenía una…

—¿También había inscripción? —lo corta ella.

—Sí. Y es rara de cojones, como la del prestamista. Apunta.

Daniela toma nota y Manolo, envalentonado, se ofrece a verla esta noche. Ella pretexta que está fuera de Madrid. Cuando vuelva, le agradecerá como se lo merece.

Intercambian frases de doble sentido que pretenden ser obscenas pero terminan siendo aburridas. Daniela sabe que Manolo nunca pasará de las insinuaciones, y a él le gusta jugar a creer, de vez en cuando, que ella lo desea siquiera un poco.

Cuando finaliza la llamada, la periodista revisa la anotación, lo que el asesino escribió con sangre en el espejo de Lilí Leblanc.

Busca en su libreta el mensaje de la pared de la casa de Difuntino.

Los compara y medita.

Los números escritos en tamaño mayor indican un orden, aunque no sean sucesivos. El mensaje es el que tiene que descifrar. *Además, en este caso no son solo números, también hay una letra, y lo peor es que el sabihondo de Severo Justo lo habrá descubierto hace tiempo, jodido cura retirado que…*

Su mente se congela, sus manos se multiplican, hacen volar folios y carpetas hasta que halla lo que buscaba: el portadocumentos que contenía los expedientes. Lee la etiqueta pegada en el frente:

Los pecados de los Apóstoles

Enciende el portátil y busca la carpeta en la que copió los fragmentos de poemas. Revisa los archivos y abre uno que, cuando hizo la búsqueda en internet, resultó ser parte de «A veces», de

Ángel González:

Tardes hay, sin embargo,
en las que manoseo las palabras,
muerdo sus senos y sus piernas ágiles,
les levanto las faldas con mis dedos,
las miro desde abajo,

les hago lo de siempre
y, pese a todo, ved:
¡no pasa nada!

Ha comprendido que cada poema corresponde a un pecado capital y en este caso solo puede ser la Lujuria, relacionada con la muerte de Lilí Leblanc.

Busca en los expedientes para ver a cuál de los Apóstoles correspondían los versos y comienza a leer:

Francisco José Bermúdez Lara. 48 años.

Cargo en la BDA: Segundo al mando, por debajo de Severo Justo.

Estado civil: Casado. Dos hijas.

17

Cocina de fusión o una gilipollez parecida

Dolores suele ir por Jefatura solo lo imprescindible, *que una cosa es trabajar con Justo y los chicos, y otra, ver a tanto madero junto que me da urticaria.* Republicana orgullosa y recalcitrante, *roja como mi sangre y a mucha honra*, ha conseguido permanecer fuera del foco público que enaltece a cualquier miembro de la Brigada. En parte, porque ignoran que la anciana que acude a ver a Frontela como ahora, con bolsas llenas de táperes con croquetas, albóndigas y otras exquisiteces, esa abuela alta que sonríe con la dulzura obligatoria para su edad *como si por ser vieja hubiera que sonreír como gilipollas todo el tiempo*, ese personaje colorido e inofensivo, es en realidad la *hacker* más temida de Europa. Y los escasos policías que lo sospechan se cuidan de señalarla: si saben quién es, saben también lo que puede hacer con un simple teléfono. Así que entre una mayoría que la saluda como si fuera a deshacerse en polvo en el próximo paso y unos pocos que hacen lo mismo pero con recelo, Dolores llega a las dependencias de la Brigada.

Entra directamente al despacho de Justo, que la mira entre molesto y divertido.

Ella se sienta y deja la bolsa llena de aromas en el suelo.

—No te gastes en decir que podría haber interrumpido una reunión, jefe. Me sé de memoria tu agenda. ¿Tu mujer se ha decidido a soltar a la cría?

—Hablas como si fuera un becerro.

—No. Pero siendo hija vuestra, será un animal de cuidado, esa pequeña.

Dolores se permite la ternura, pero él sabe que durará poco

tiempo.

—Tú dirás.

—Cierra la puerta y ordena que no te molesten, Justo.

El jefe de la Brigada Especial de Crímenes Internacionales, el policía más condecorado de España, que encabeza todas las encuestas de popularidad, el que se disputan los partidos como próximo candidato a presidente por más que les haya dicho que no a todos, se levanta obediente y cierra la puerta.

Dolores rebusca en su enorme bolso, saca un táper y le ofrece:

—Prueba qué galletas me han salido. Mezclé una receta japonesa con otra mapuche. Cuando esto de la Brigada se vaya a tomar por culo, creo que me voy a montar un restaurante de cocina de fusión o una gilipollez parecida.

Justo prueba y es cierto que las galletas están exquisitas, como es cierto que Dolores tiene algo más que mostrarle. Y no es nada bueno.

—¿Probaré todo el menú de tu futuro restaurante o tienes algo que contarme?

—Tengo, jefe, tengo. Pero pensaba mostrártelo después de la fiesta…

—¿Qué fiesta, Dolores?

—¡La que organizó Lorna! Llamó a todo el mundo, y sí que tiene don de mando, la jodía, hasta yo me puse las pilas. Llevo todo el día guisando.

Severo Justo se pone en alerta. Su especialidad es detectar en cualquier situación las piezas sueltas que tarde o temprano terminará por encajar. Pero eso será luego.

Dolores alza un dedo autoritario.

—Te lo cuento con la condición de que no hagas nada hasta mañana. No vamos a joderle la fiesta al personal y hoy ya no podemos hacer nada. ¿Vale?

Justo se reclina en la silla. Espera la exposición de Dolores, salpicada de tacos, pero también de información concisa y útil.

—No te informo de mis métodos para que no tengas que prohibirlos. Este puñetero grupo de majaras es lo más parecido a

una familia que tengo, aparte de mi nieto, y debo cuidaros, que seréis unos maderos cojonudos, pero hay mucho cabrón sin escrúpulos por el mundo, ¿entiendes?

—La verdad es que no entiendo nada. Pero sigue.

—Desde que empezamos, supe que los mismos medios de comunicación que te han puesto en un altar serán los primeros en hacerte caer de él. Y a nosotros contigo, ¿comprendes? —Dolores titubea, teme su reacción—: ¡Que llevo un tiempo colándome en la intranet de los diarios y portales más importantes, joder! Instalé programas que se activan cuando nos mencionan…

Severo Justo no llega a enfadarse, espera al final de la explicación.

—En fin —dice Dolores—, que los tengo pinchados para detectar a tiempo cualquier jugada contra nosotros. Y gracias a eso descubrí lo que voy a mostrarte. Es una información embargada, llegó de forma anónima a los medios y con el compromiso de no publicarla hasta mañana. Y por los *mails* internos de los directores que he leído, todos respetarán el plazo, así que por ahora no se sabrá…

—¿No se sabrá qué, Dolores?

—Que en la casa de Difuntino Delgado había una cámara, dentro de una escultura muy hortera de un leopardo de tamaño natural. Tu gente la encontró, pero no había nada en la memoria. Tampoco en las cámaras de vigilancia de la peluquera. ¿Comprendes? Eso me llamó la atención. Resumiendo: que los medios tienen estas dos fotografías del asesino en ambas escenas del crimen. Y se difundirán mañana a primera hora. Mejor te las muestro…

Dolores despliega las dos impresiones.

En ellas se ve aparentemente a la misma persona, vestida con un mono de trabajo azul, capucha y una máscara blanca que le oculta el rostro.

—Es imposible —murmura Severo Justo.

Y debería serlo.

Porque la figura que aparece en las fotografías es la del asesino que dio origen a la creación de la Brigada.

Un criminal mesiánico, convencido de que asesinaba a personas que merecían morir.

Se hacía llamar Nadie.

Y lleva muerto dos años.

18

Lo que no sabe Nadie

Otra vez está allí, indefenso y desnudo, con un aro de metal apretando su cuello y de él parte la cadena que se pierde en la pared, que se acorta o se alarga según la voluntad de su captor.

¿Cuánto tiempo lleva aquí?

La razón le dice que puede ser un día, acaso dos. La humillación le hace creer que son semanas, que si no se acaba pronto esto, terminará por desaparecer, ya no será Javier Avellaneda, sino un animal agradecido que le pongan comida en un plato, que recibe incluso los palos con alivio, porque después de ellos es cuando el amo le da de beber y lo alimenta, mientras le repite los motivos por los que debería morir y le prohíbe mirarlo aunque lleva una máscara absurda y una especie de túnica.

Javier sabe que esto es un sueño y que es cierto a la vez, que le ocurrió y que le está volviendo a ocurrir, reconoce el lugar con lo que queda en él de hombre y que el perro irá devorando poco a poco; este lugar es algo así como un establo modernizado, un criadero de caballos convertido en cárcel clandestina; sabe también que no es el único perro, el único prisionero, hay otros en compartimentos cercanos, los ha oído llorar, gritar y algunos incluso ladran cuando Nadie se lo ordena, porque así se llama a sí mismo su captor y se ríe cada vez que lo repite, como si fuera un chiste, a veces la carcajada da lugar a un baile agónico de las manos y del cuerpo, entonces Nadie abandona la voz exagerada, maldice y a veces llora hasta que logra calmarse y recupera el tono teatral y vuelve a enumerar los nombres y apellidos de todas las personas que Javier ha matado utilizando un coche como arma infalible. Algunos le suenan vagamente de la época en que coleccionaba los recortes de prensa

después de los accidentes, los atropellos, las carreras clandestinas con una jugada sucia y un participante muerto; a otros ni siquiera los reconoce, aunque Nadie se los repite una y otra vez antes de los golpes con el palo en su espalda, que anuncian el agua y la comida.

Javier Avellaneda no quiere ser un perro y se aferra a una mínima victoria: «Nadie no lo sabe todo. Nadie no sabe nada», se repite como un mantra para no perder la conciencia de quién es.

Por más nombres que mencione, ha descubierto que le falta el más importante, el primero, el imborrable, el nombre y los apellidos de aquel viejo jardinero del internado de Suiza que le reveló lo que sería la vocación de su vida. Esa minúscula ventaja quizás no lo saque de aquí, pero evita que se sienta inferior todo el tiempo, aleja al perro que Nadie quiere conseguir de él.

A veces, cuando Nadie se ha ido, ha intentado comunicarse con los prisioneros más cercanos, pero tienen miedo o han olvidado cómo hablar.

Satisfecho por la imprescindible constatación de que él sigue siendo más que los demás, Javier Avellaneda se duerme en un sueño dentro del sueño, duerme en tensión, porque sabe lo que ocurrirá después.

Imposible saber cuándo lo preparó todo, habrá drogado el agua o la comida, a saber cuánto tiempo estuvo Javier dormido desnudo sobre sus propios excrementos cubiertos de paja. La cadena es más larga ahora, ha soltado casi un metro más desde el mecanismo oculto en la pared y hay algo nuevo: una mesa blanca y pequeña.

Sobre ella, brilla una pistola automática.

Y frente al arma, de pie, el hombre del que hace unas semanas ignoraba su existencia y que ahora aparece en todos los periódicos y en todas las noticias.

Severo Justo. El hombre al que, según Nadie, Javier le debe una mujer y una hija que atropelló un domingo hace veinte años, ¿cómo acordarse de lo que hizo hace veinte años?, pero recuerda a una mujer guapa y ágil que vio en el último momento el Mercedes abalanzarse hacia ellas y tiró de la niña —que era su miniatura— en

un salto que podría haber salvado a las dos si Javier hubiera seguido de largo, pero él desvió el volante, les dio de lleno, las sintió romperse y partió a toda velocidad.

Ya no sabe si recuerda o es la voz de Nadie la que vuelve a narrarlo todo como si le contara una película de acción.

Severo Justo está de pie. Tiene el traje arrugado y una mirada extrañada, la mirada de alguien que no sabía o no se había atrevido a odiar. Tiene una herida en el brazo izquierdo, sangra bastante pero no parece darse cuenta.

Desde fuera de la vista, Nadie impone reglas con su voz de ultratumba. Soltará la cadena de Javier y el primero que llegue al arma matará al otro y será libre.

En el rostro de Justo se mezclan tantas emociones que acaban por convertirse en ninguna. Javier se levanta con esfuerzo, tira de la cadena con el cuerpo, siente el tope y también siente que cede y se estira, salta hacia el arma, pero el policía es mucho más rápido, la atrapa y lo apunta con ella.

Javier cierra los ojos y escucha la detonación.

Despierta bañado en el sudor. De nada sirven las técnicas de relajación con que se prepara para hacer algo diferente dentro del sueño. Ojalá que Justo le hubiera disparado a él, en lugar de intentar matar a Nadie, así por lo menos se le habría borrado al policía esa mirada santurrona que lo irrita cuando lo ve en la televisión, en fotos, o cuando lo ha seguido de cerca.

Si me hubieras matado, hoy no sería alguien que tiene que ocultar su nombre y sus ilustres apellidos, cambiar su aspecto, vivir en sitios que no están a su altura y conducir coches de menesteroso; si hubieras tenido el valor de matarme, no tendría que dormir casi todo el día para reducir la posibilidad de ser reconocido.

Lo enerva la insolencia del mínimo funcionario, que se ha permitido convertir a un príncipe en un mendigo. Se calma cuando piensa que al perdonarle la vida aquella vez, hace casi dos años, Severo Justo comenzó a edificar su propia muerte.

Le ha costado mucho tiempo, dinero y hasta dignidad.

Pero pronto todo habrá valido la pena.

Va a matar a Severo Justo.
Pero antes de hacerlo, lo destruirá.
Poco a poco.

19

Tres sorbitos de champán

Justo nunca fue muy dado a las fiestas, pero como cada caso resuelto de la Brigada podía ser el último, terminó por ceder al hábito de las celebraciones en un restaurante alejado de la prensa. La organización suele correr a cargo de Dolores, lo que permite a la *hacker* criticar los platos que consumen en comparación con los suyos.

Pero esta es una fiesta diferente. No celebran la resolución de un caso, sino la bienvenida inminente a la hija de Severo y Lorna, que sigue sin tener nombre oficial.

Le sorprende que en tan poco tiempo su mujer haya podido convocar a todos los miembros de la Brigada. Están desde los primeros policías que se sumaron a lo que sería un fracaso anunciado, hasta los jóvenes que se han ido agregando al grupo. Y todos impacientes por celebrar la felicidad del jefe.

La emoción le permite arrinconar la noticia que le dio Dolores, *que celebren tranquilos esta noche. Mañana comenzará el caos*, se dice.

La habilidad social de Lorna lo maravilla. Apenas conoce a muchas de esas personas, pero recuerda sus nombres de pila y los de sus parejas y sus hijos. Va de un grupo a otro, repite los datos sobre los kilos que ha aumentado y suelta alguna broma sobre Justo, que los subordinados celebran mirándolo de reojo.

La amo, piensa el policía. *A la niña también. Pero Lorna me ha devuelto la vida.*

Frontela propone un brindis y trae a la rastra a Paco Bermúdez y Pablo Acosta. Brindan y Justo detecta una aflicción parecida en ambos policías, pero vuelve a la figura de Lorna, locuaz y sonriente.

Todos parecen alegres y él se siente culpable de saber que esa dicha se acabará mañana.

Envidia la suave borrachera de Frontela, que no suelta la mano de su Beatriz Gutiérrez, la dura simpatía con que Dalia intercambia información sobre golpes casi letales con tres mocetones de más de un metro noventa de estatura —que no se atreverían a enfrentarse a ella en un tatami—, y hasta la rara elegancia de Caronte García, de traje gris claro y con la espalda casi recta, acompañado por Libitina Molina, su colega y pareja, de riguroso negro, como siempre, y con esa palidez tan adecuada a su nombre.

Justo tiene un vicio secreto: cuando está cerca de una pareja, no se limita a valorar las manifestaciones de afecto; acecha a cada uno de los miembros, capta el momento en que miran a la persona querida sin saber que son observados. Libitina y Caronte, más allá de las acrobacias eróticas en la morgue que suponen Dalia y Bermúdez, están profundamente enamorados.

Hasta hace un tiempo habría sentido una tibia y culpable envidia. Ahora es feliz cuando la gente que aprecia también lo es. A la lista intangible de deudas que tiene con Lorna, agrega la organización de esta fiesta, que le dará fuerzas para cumplir con su plan. Vuelve a mirarla sin que ella sepa que la mira y entonces comprende.

Y sonríe. Y la ama más.

Han hecho su efecto los tres sorbitos de champán que ella consintió para otros tantos brindis. Ya en casa, quisiera seguir celebrando a solas, pero está claro que la energía no le alcanzará para tanto. Justo la desnuda con delicadeza y la acompaña hasta la cama, *sería tan fácil dejarla dormir y que descanse, mantenerla al margen*.

—¿Tienes mucho sueño o puedo pedirte un favor?

—Si es lo que pienso, no es un favor —sonríe ella—. Aunque si me quedo dormida por la mitad, arruinaría mi leyenda.

Justo finge decepción exagerada.

—Ya que no me das ese gusto, por lo menos dime cuál es tu conclusión…

Es el turno de ella de simular sorpresa.

—¿Sobre qué?

Él suelta una carcajada y tiene que contenerse para no cubrirla de besos.

—Anoche te conté que hay un espía en la Brigada y hoy improvisas una reunión multitudinaria y vas de grupo en grupo, con todas tus antenas desplegadas.

Ella hace un pequeño mohín y asiente.

—Vale: organicé la fiesta para detectar al topo…, pero no pude. Quizás las hormonas nublan mi instinto. O ya no soy tan buena periodista…

—Apuesto por las hormonas. Sigues siendo la mejor.

Ella le da un beso en la nariz y suspira.

—Tienes razón. Descansaré, dejaré de pensar en ello y verás como acabo por recordar algo. —Lo mira, pero los ojos se le cierran —. ¿Vas a trabajar en el estudio?

—Creo que saldré a dar un paseo —dice con tono casual—. Necesito aclarar las ideas. —Le acaricia el pelo—: ¿No crees que ya es hora de que le pongamos nombre a la niña? Hoy me han preguntado unas veinte veces…

—¡Y a mí! Les asombra que Severo Justo, tan meticuloso, no haya decidido el nombre de su hija con meses de anticipación. —Bosteza —. Queda tiempo todavía. A lo mejor, esta noche se decide por alguno…

—A lo mejor —dice él, y la abraza hasta que se queda dormida.

Luego camina hacia el salón y mira por la ventana. Lleva meses estudiando los coches que aparcan cerca. Siempre los mismos. De supuestos habitantes de los edificios vecinos. Dolores no detectó nada raro en ellos cuando le pasó la numeración de las matrículas. *Todo es lógico y normal*, se dice. Y eso lo decide.

En el estudio rescata los cigarrillos. Se palpa en el bolsillo el encendedor de plata que le regaló Dolores. Se pone una chaqueta ligera que disimulará la Glock, que coloca en su funda sobaquera. Baja por el ascensor y sale a la calle silbando alguna antigua tonada extremeña de las que su madre le cantaba como canción de cuna.

El suyo es uno de esos barrios que fueron adquiriendo categoría

con los años.

Poco tráfico en las calles y ninguno en la suya.

Camina despacio por el centro del asfalto, deja que los pensamientos decidan por él. Tiene un plan, *pero a veces los planes fallan, y quizás lo mejor sea cortar por lo sano, nunca entendí esa expresión, se corta por lo enfermo para salvar lo sano*, se dice el policía, y enciende el cigarrillo.

Se detiene a mirar el cielo. Del bolsillo de la chaqueta extrae los auriculares, se los coloca y avanza a paso tranquilo, ladeando apenas la cabeza, como si una música relajante acunara sus oídos. Pero el cable que se pierde en el bolsillo no está conectado a ningún aparato. Por eso percibe el discreto arranque del motor de un coche y cómo se acerca, casi sin ruido, con las luces apagadas.

Cortar por lo enfermo, se dice Justo. Y también se dice que la decisión no será suya. *Si quieres jugar, juguemos, Javier Avellaneda. Si quieres matarme, inténtalo y puede que haya dos muertos.*

Acelera el paso y permite que la mano derecha golpee con cierta cadencia su costado, siguiendo el ritmo de un jazz imaginario.

A pocos metros, Avellaneda, casi irreconocible entre la peluca, los bigotes y el relleno que engrosa su figura debajo de la ropa, aferra el volante de un Renault Megane gris oscuro del año 2011.

No pudo contenerse al identificar la figura que caminaba despreocupada y por el centro de la calle. Se acerca a paso de tortuga, porque tiene que tomar una decisión.

Lo subleva la actitud indolente del policía, *sabe que voy a por él y el idiota se permite dar un paseíto a medianoche, escuchando música*.

Justo sigue andando, la espalda relajada, el paso elástico.

Avellaneda tarda en comprender, pero comprende, o eso cree.

Los viejos informes psicológicos que compró hablaban de viejas tendencias suicidas en Severo Justo, *sabe que lo voy a destruir y se da por vencido, es tan cobarde que ni siquiera quiere enfrentarme; como hace dos años, quiere morir con la conciencia tranquila, como si la conciencia sirviera para algo, no hay coches con conciencia, y si los hubiera, no los querría ni regalados*.

Sería tan sencillo… Solo meter la marcha, apuntar con el centro de

la capota del coche y recorrer en unos segundos los menos de cien metros que lo separan de la figura alargada del policía, que ahora sacude un poquito más la cabeza, *solo le falta ponerse a bailar, al hijo de puta*, se enfurece Avellaneda, y mete primera, tiene la tentación de dar las luces altas, que el otro sepa lo que le espera, reconocer en sus ojos ese miedo que es el motor de su vida, el mismo que tuvo el jardinero del internado y las víctimas que alcanzó a ver de cerca.

Avellaneda respira hondo.

No le voy a seguir el juego, sabe que ha perdido y quiere que le ahorre el sufrimiento, pero no lo haré. Primero destruiré a su Brigada y lo que ama y luego a él, se promete, pero la ira lo sacude, no sabe si podrá contenerse.

Justo se detiene, enciende otro cigarrillo y se queda quieto en el sitio.

No tiene miedo, pero ahora comprende que quizás muera sin saber qué nombre tendrá su hija y todo le parece absurdo, el argumento de una mala telenovela. Cambia de mano el cigarrillo y con la izquierda toca la culata de la Glock. La extrae y la deja pegada al cuerpo, *ven a llevarme de viaje, pero no me voy a ir solo, Avellaneda*, piensa, y desea que el otro se decida, siente la urgencia de resolverlo todo ya, que sea un acuerdo tácito, un pacto en el que los dos pierdan esta noche, *porque de lo contrario el juego seguirá y solo puedo perder yo*.

Quita el seguro de la Glock y vuelve a sacudir la cabeza, como si un ritmo más alegre, quizás la trompeta saltarina de Louis Armstrong, manejara sus movimientos, percibe el suave aceleramiento del coche, calculará el tiempo del que dispone según el bramido del motor, respira con suavidad y detecta el suave movimiento detrás, las luces que se encienden alumbrando a su derecha, y el coche que se pierde detrás de la esquina y se aleja acelera tanto que no alcanza verlo.

Severo se arrepiente de no haber girado y vaciado los dieciséis cartuchos contra el parabrisas del coche familiar. Eso no habría alcanzado para detener el vehículo, aunque sí a Avellaneda, *y la*

partida habría terminado en tablas, pero de ataúd.

De regreso a su casa, está a punto de encender otro cigarrillo, pero recuerda de repente que ha dejado de fumar.

Tampoco controla cuál de los coches conocidos falta, porque para mañana su enemigo ya habrá cambiado de arma.

Mientras sube por el ascensor, se dice que quizás hasta tenga tiempo de saber qué nombre llevará su hija.

II

EL PRINCIPIO DEL FIN

He cometido el peor pecado que uno puede cometer.
No he sido feliz.

JORGE LUIS BORGES

20

La puntilla

¿Puede un asesino volver de la muerte?
Si Nadie sigue vivo, ¿a quién mató la Brigada de los Apóstoles?
¿Severo Justo y su Brigada son un fraude?
Silencio oficial por parte del Ministerio del Interior.
Las redes arden pidiendo la cabeza de Severo Justo.

Daniela Vélez está furiosa. Lleva horas así, desde que a la madrugada comenzó a leer las noticias que han inundado no solo los periódicos y portales de noticias más importantes de España, sino también sus iguales en todo el mundo. Sabe que debe de ser cosa de quien le envió los expedientes, *pero si me hubiera hablado de esto, habría tenido en mis manos una exclusiva por la que Fabrizzio habría pagado millones, por fin mi desquite*, se dice mientras golpea con las manos cerradas sobre la mesa.

Se calma y disfruta al percibir cómo los mismos medios de comunicación que hasta hace veinticuatro horas batían récords de obsecuencia para con Justo y sus matones comienzan a poner en duda no solo el caso inaugural de la Brigada Especial de Crímenes Internacionales, sino toda la trayectoria de los Apóstoles.

Los medios opositores al Gobierno son más atrevidos, aunque van a esperar a que la popularidad de Justo baje y España haga con él lo que siempre hace con sus ídolos: tumbarlos sin piedad después de auparlos con fervor.

Por su parte, los medios afines a Moncloa intentan limitar daños circunscribiendo tibiamente las dudas a la figura de Justo y sin mencionar siquiera al ministerio.

Los tuiteros, libres de cualquier control, despliegan teorías que

abarcan desde la participación de Severo en una secta masónica hasta la probabilidad de que el policía sea un reptiliano infiltrado para preparar la conquista del planeta.

Pese a lo absurdo de las acusaciones, Daniela disfruta. Antes, ni siquiera estos adalides de la verdad sin fuentes se atrevían a meterse con los Apóstoles.

Escucha la radio y, pese a la prudencia de algunos locutores, que indican que nada demuestra que este nuevo asesino sea el mismo Nadie que hace dos años sembró el terror en España, la mayoría de la gente tiende a creer en la conspiración.

«A saber a quién habrán matado, seguro que a un pobre infeliz», dijo hace un rato una señora enfadada con el mundo.

«Mientras ese Severo Justo gana millones, a mí no me alcanza la jubilación para llegar a fin de mes», agregó otra, y Daniela sonríe. Le da igual que sea mentira y el sueldo de Severo Justo sea el exacto para su cargo y antigüedad, da igual si el misterioso asesino sea el verdadero Nadie o alguien que sigue sus pasos.

Lo importante es que los Apóstoles se tambalean.

—Pero no han caído todavía —dice en voz alta, y comprende el peligro.

Justo y los suyos han resuelto casos imposibles. No sería raro que atrapen a este nuevo Nadie y les bastaría un par de éxitos para recuperar el prestigio.

Por eso me ha enviado estos expedientes. No comprendo del todo la trampa que le han tendido a Justo, pero sí que seré yo quien le dé la puntilla.

Le encantaría ver ahora la cara de los que han defendido durante este tiempo al inmaculado Severo Justo, en especial la de Fabrizzio, y parece que lo hubiera convocado, porque en su móvil parpadea su número, identificado como «Osito», y Daniela, aunque no sea una videollamada, se arregla el pelo y abre un poco la camisa antes de contestar.

Finge estar ofendida, pero la oferta es inmejorable: un programa especial para investigar los temas que ella crea convenientes. Y tendría carta libre: no más limitarse a la prensa del corazón.

—*Daniela Vélez Investiga* —propone Fabrizzio, y ella ve las letras en gran tamaño, tan grande que se distrae, el productor la supone reacia y mejora incluso la oferta económica del suculento contrato anterior.

Simula seguir dolida, pero dice que cenarán esta noche para ultimar los detalles.

Cuando cuelga, comprende que todo esto ha sido planificado: *no sé quién ni por qué me dio los expedientes. Pero su plan es perfecto: Severo Justo y sus Apóstoles están perdidos. Y yo otra vez en la cima. Espero que no afecte a la pobre Lorna, que estará por parir. En cuanto me devuelvan a mis asistentes, haré que le envíen un buen ramo de rosas.*

21

En toda la frente

La reunión le recuerda a las que tuvieron en esta oficina hace dos años. Aunque entonces solo estaban ellos siete y ahora se apretujan los policías jóvenes que abandonaron la seguridad de sus carreras para unirse a lo que la gente llama la Brigada de los Apóstoles.

Los perros viejos del cuerpo saben que esto no puede durar, *siempre lo supieron*, piensa Justo. *Cuando me trajeron de Ginebra para capturar a Nadie, era un secreto a voces que seríamos chivos expiatorios de un previsible fracaso. ¿Cuándo se ha visto un grupo con tanta libertad, dependiente solo del ministro, que lo único que hizo fue colgarse medallas y conspirar contra nosotros?*

Los veteranos se limitaron a contemplar el vertiginoso ascenso de los Apóstoles y ahora se frotan las manos calculando el ruido que harán al caer.

Lo rescata de esos pensamientos el desconcierto en esos rostros pendientes de él, como si de sus labios pudieran brotar las palabras mágicas que disuelvan el miedo.

Solo Dolores permanece ajena al pánico incipiente. Hace punto con una precisión matemática que a Justo siempre le pareció coherencia binaria con sus habilidades informáticas. La *hacker* octogenaria, capaz de localizar información a la que no llega la Brigada Tecnológica, parece una plácida abuela fatigando las agujas mientras rezonga que como sigan entrando niñatos en la Brigada dejará de tejerles bufandas y las comprará con cargo al presupuesto en El Corte Inglés.

Levanta la mirada y, aunque él no cree en la telepatía, escucha la voz de la anciana en su cabeza: «Yo creo en ti, tú puedes, chaval».

Y Justo no sabe aún cómo detener a un asesino serial muerto y

enterrado.

—Frontela ha preparado copias de un dosier que recogerán al salir —comenta como si fuera una reunión de rutina—. Pero sería bueno que antes de repartir las tareas nos ofrezcas un escueto resumen, Jorge.

El nieto de Dolores tiene la coronilla casi despoblada, pese a su juventud. Desgarbado, se endereza bajo la mirada de la inspectora auxiliar Gutiérrez. Enarbola un grueso taco de folios impresos y Paco Bermúdez murmura:

—Menos mal que dijo «escueto».

—Hace tres días se cumplieron dos años desde que la Brigada localizó al asesino serial autodenominado con el apodo de *Nadie*, que fue neutralizado…

—¡Con un tiro en toda la frente y desde lejos, que le pegó la doctora Fierro, vaya puntería, Dalia! —evoca Paco con entusiasmo.

Justo lo frena con la mirada y alienta a Frontela a seguir.

—Según sus diarios, Nadie elegía a sus víctimas entre quienes consideraba que merecían morir; culpables de graves delitos que habían escapado a la Justicia, o responsables de acciones moralmente repugnantes, aunque quizás no punibles.

—¡Qué bien habla mi nieto! —le dice Dolores a un policía a su lado.

Frontela prosigue.

—Seguía siempre el mismo ritual: inmovilizaba a la víctima, envolvía su rostro en film de cocina y, tras matarla, dejaba sobre el cuerpo un letrero con la leyenda «Me llamo Nadie». El ministerio ocultó su existencia para evitar el pánico. Pero cuando asesinó al banquero más importante de España, crearon esta Brigada para…

—¡Para que nos comiéramos el marrón cuando se llenara el país de colgados poniendo en el Twitter a quién había que matar! —dice Paco—. Pero lo jodimos. ¿A que sí, jefe? Lo jodimos bien jodido.

—Es una forma peculiar de decirlo, Paco —apunta Dalia—. Sobre todo porque, al parecer, Nadie ha vuelto de entre los muertos…

Frontela le agradece con la mirada y se prepara a rematar su resumen.

—Como sabréis, hace tres días fue asesinado el prestamista

Difuntino Delgado. A la noche siguiente, Lilí Leblanc, nacido José María Zurruendo. Se han filtrado a la prensa fotos de cámaras de seguridad en la casa de Delgado y la peluquería de Zurruendo. Y en ellas se ve a una persona con atuendo idéntico al que usaba Nadie para sus rituales. Aunque no se utilizó el film de cocina ni dejó el letrero, otras peculiaridades en la precisión del método indican similitudes con…

Frontela quiere seguir, pero Justo lo detiene.

—Un momento, Jorge. Sabemos quién era Nadie y yo lo vi morir, así que no puede ser la misma persona.

La mano que se levanta con timidez al fondo es la de Caronte García.

—Yo le hice la autopsia y le aseguro que ese no vuelve, señor Justo.

—¡Ah, entonces me quedo más tranquilo! —comenta Paco.

—Perfecto. Si descartamos un retorno de ultratumba, ¿qué nos queda?

—Un imitador —propone Gutiérrez—. Antes de que lo abatieran, Nadie había logrado al menos en parte su cometido de alterar a la opinión pública.

—O algo peor —dice Dolores sin frenar las agujas—: un admirador. Esos jodidos locos mesiánicos siempre encuentran eco en las mentes más débiles.

—Todo es muy peliculero —declara Bermúdez—. No sería la primera vez que alguien emula un asesinato en serie para tapar un crimen doméstico.

—Pero aquí hablamos de dos crímenes. Y sin más conexión aparente que el asesino. —Justo se pone de pie—. Vamos a trabajar en todas las hipótesis. Paco, tú ocúpate de seguir esa línea de investigación y llévate los efectivos que necesites.

—En cuanto venga Pablito nos apañamos solos, jefe.

—Vale, pero que hable conmigo para unificar el mensaje que daremos a la prensa. Dolores —dulcifica la voz cuando habla con la *hacker*—, ¿crees que podrías rastrear a los admiradores de Nadie por las redes?

—¿Y tú crees que el sexo sin protección embaraza? —contesta burlona la anciana—. Si no lo creías, ahora lo sabes, ya que estás por ser papá.

Todos sueltan una carcajada que relaja un poco la tensión.

—Claro que lo haré, jefe. Pero con la repercusión que tuvo el asunto de Nadie, estamos hablando de cientos de posibles sospechosos.

—Ya iremos afinando la puntería. Dalia, necesito un perfil del posible imitador, a ver si podemos ir reduciendo el número de sospechosos.

Los rostros parecen más animados, pero en cuanto salgan de allí volverá a golpearlos la duda. Sabe lo que debe hacer, pero no le gusta. Busca con la mirada a Dalia primero y a Dolores después y ambas lo alientan.

Justo se pone de pie y camina entre su gente.

Odia de antemano el tono entre marcial y eclesiástico que va a usar.

—Antes de que os marchéis, quiero deciros a todos y a todas que confío en vuestra capacidad. Hemos resuelto casos que parecían imposibles, porque a eso nos dedicamos. Tenemos una libertad que ya quisiera el resto de los compañeros, pero eso no significa que nos saltemos los procedimientos ni las garantías de los ciudadanos, ¿está claro?

Contestan con un sí rotundo.

—Dicho esto, me da igual que este supuesto Nadie sea un delincuente de poca monta, un admirador idiota emulando a su ídolo, o un imitador en busca de fama. Sea quien sea, lo vamos a atrapar y lo vamos a poner a disposición de la Justicia.

Los mira uno por uno, sabe que necesita un golpe de efecto final.

—Y no se dejen influir por todo lo que se publicará. El Nadie original está muerto y enterrado. ¡Pero incluso si hubiera resucitado, lo vamos a devolver al lugar del que nunca tuvo que salir!

La algarabía de los Apóstoles resuena por toda la Jefatura, y Justo, con una malicia nueva en él, piensa que eso afligirá a los que están esperando verlos caer.

22

Que se joda Janos

Lorna Durán pasea por el parque del Retiro y su barriga prominente sigue el suave mecer de los árboles al compás de una brisa con cadencia de nana. Está inquieta, pero se niega a culpar de todo a las hormonas, *que las pobres ya tienen bastante tarea*. El trabajo de parto puede comenzar en las próximas horas y eso mantiene en tensión a la parte de Lorna que nunca duerme, eso que Justo llama su «instinto de cazadora».

Tiene un dato, pero no sabe cuál es.

Por más que reprodujo fotograma por fotograma la película de la reunión con los miembros de la Brigada, en busca de alguna mirada fugitiva o contradictoria, las conclusiones son demasiadas y ninguna. Al fin y al cabo, toda esa gente, los más curtidos y los nuevos, saben que forman parte de una tribu en peligro constante de extinción, y al menos una parte de ellos espera el final con cierto alivio. Otros, la mitad, quizás, temen que después del nacimiento de la niña, Justo se retire en la cima y la Brigada acabe convirtiéndose en un grupo operativo más.

Algo captó, pero no sabe qué.

Algo inesperado.

Le gusta pasear por el Retiro a esta hora, después del mediodía, cuando solo tiene que compartir el parque con corredores irredentos, *que nunca sé si persiguen o son perseguidos por el tiempo, equipados, eso sí, a la moda que dicte TikTok u otros jueces provisionales de lo estético*; ancianos tranquilos que establecen contacto telepático con el sol, los árboles y el viento para contarse mutuamente batallitas, *los he visto asentir levemente, con la media sonrisa tardía de quien evoca un momento feliz*; y parejitas

adolescentes *que habrán hecho pellas al instituto, y me alegra que no esté Justo aquí, o iría a reprenderlos*.

También hay gente venida de otros países, otras ciudades, a quienes habrán dicho que el Retiro es visita obligatoria en Madrid, con sus ciento dieciocho hectáreas de superficie, su Pabellón de Cristal y su estanque con patos que parecen haberlo visto todo y no alterarse por nada. Los visitantes provenientes de regiones áridas toman nota de cada árbol, más de ciento cincuenta especies y una cantidad total de ejemplares que nunca acaba de llegar a la cifra redonda de veinte mil. Se distingue pronto a los que han llegado desde lugares donde el verde es constante y exhaustivo: es difícil que los árboles del Retiro impresionen a un canadiense o un gallego.

Lorna sabe lo que está haciendo.

Siempre le ha funcionado. Durante su ejercicio del vicio del periodismo, cuando los datos se amontonaban en su mente y no lograba ordenarlos, representaba una de esas desapariciones que cierta prensa maliciosa adjudicó a misteriosos amantes célebres o alguna adicción secreta, *lo difundía mi querida Daniela, quién más podía ser, aunque ella supiera que yo funcionaba así, que pienso mejor en movimiento, dejo que la mente se vaya por ahí y el inconsciente haga lo suyo, que para algo le pago en sueños*. Las especulaciones finalizaron cuando se hizo pública su relación amorosa con Severo Justo, pero a él no tuvo que explicarle nada, *es tan perfecto que a veces lo patearía, mi amor*.

Se detiene, como siempre, en la glorieta del Ángel Caído, y contempla la estatua, la expresión de Lucifer, hijo predilecto y rebelde, la boca abierta en un grito que no se sabe si es de dolor por ser expulsado del cielo o un sonoro insulto liberador, las alas extendidas y hermosas en un vuelo hacia abajo, contradicción tan humana como terrible, *también en esto que ocurre, en este lazo que se cierra en torno a Justo, hay algo de eso. Todo tiene dos caras que pueden mirar para el mismo lado y que se joda Janos*, se dice Lorna cerca de la revelación, porque piensa en dos enemigos paralelos. Sí, volverá a casa y dormirá una de esas siestas que ahora forman parte de su rutina y dejará que el subconsciente resuelva. Intuye que la

madeja tiene dos puntas, aunque seguro que se unen en algún punto y en esa unión estará la clave.

Además, el paseo ha sido demasiado largo.

No solo para ella, sino también para quien la está siguiendo.

No se tomó el trabajo de identificarlo o tenderle trampas, porque lo más probable es que sea algún policía devoto y novato que Justo ha puesto tras sus pasos para protegerla. Y no es malo, jamás lo hubiera percibido si no fuera por el juego que Severo y ella jugaban antes del embarazo, cuando Lorna aún podía moverse con agilidad: seguirse el uno al otro, sin previo aviso, y luego, en la cena, o después del amor, revelar los detalles y decidir quién había ganado la partida. *Siempre él*. A veces Lorna se pregunta cuánto hay de su marido que aún ignora.

La niña se despereza y suelta una leve patada que la devuelve a su condición de madre cerca del estreno y la fragilidad por duplicado.

¿Y si quien la sigue con tanto disimulo no es un policía sino Javier Avellaneda o algún sicario suyo, quizás ese Nadie resucitado que no puede ser el mismo pero mata con la misma eficacia?

Lorna busca en el bolso la botella de agua, bebe un trago y emprende un lento y bamboleante retorno en busca de la salida, donde abundan los corredores —que si no son los mismos, se parecen—, los ancianos que cierran los ojos para ver la película de su vida proyectada por el sol, las parejas adolescentes que creen —ingenuamente— que nadie advierte sus juegos de manos y de sexos, y los visitantes ocasionales que suspiran y abandonan el verde para volver al cemento con sus ruidos y su encanto.

Lorna sonríe confiada y vuelve a dejar la botella de agua dentro del bolso, pero no cierra la cremallera.

Dentro y en posición, está preparada la pistola Ruger LCP, cargada con sus seis balas de calibre .380 Auto / 9mm. Corto que su marido le regaló cuando supo que estaba embarazada.

«Me hubiera conformado con unos patucos», bromeó ella esa vez, pero enseguida se reveló como una tiradora de primera en las prácticas que realizaron en polígonos deportivos. El propio Justo,

que tiene una puntería envidiable, suele halagar la celeridad con que ella dispara y da en el blanco.

Con su oscilar inocente, Lorna busca la salida del parque para volver a su casa.

Una mano se apoya en su planetaria barriga con ternura infinita.

La otra empuña dentro del bolso la Ruger, a la que le ha quitado el seguro.

23

Lo malo y lo peor

El silencio de dos en un coche casi siempre es incómodo. Y más si uno de ellos es el comisario Francisco Bermúdez. Todos en la Brigada saben que su infatigable verborrea le ayuda a conectar pensamientos e indicios. Pablo Acuña, alias *el Súper*, suele hablar menos, pero vincula esas pistas y ambos celebran después con una suculenta cena esa eficacia por la que en la Brigada los apodan *el Dúo Dinámico*.

A punto estuvieron de comprarse un par de chalecos rojos de lana para imitar esos cantantes de los años sesenta, pero se enteraron de que el apodo se refería a la manera en que en esos mismos años llamaban a Batman y Robin.

«¡No pienso ser Robin!», se quejó Paco. «Todo el mundo sabe que Robin era…».

Y Pablo, siempre tan serio, lo miró con gravedad y dijo: «Yo soy Batman», con una voz que habría hecho temblar al mismísimo Christian Bale.

Rieron tanto que por poco chocan con un camión de frente.

Fue hace unos meses.

Ahora, el silencio los acorrala tras visitar la financiera de Delgado. El mutismo de Acuña *se deberá a ese gripazo, está pálido como un muerto*, piensa su amigo. Por su parte, Bermúdez necesita silencio para tomar una decisión irreversible.

El Súper es el primero que habla.

—¿Qué opinas de la financiera, Paco?

El otro pospone con alivio el momento que llegará tarde o temprano.

—Está más sucia que los pies de Espinete. ¿Te acuerdas de Espinete, aquel muñeco gigantesco de felpa que salía en la tele…?

—Claro que me acuerdo —dice Pablo, taciturno—. Pero ¿qué opinas del gerente? ¿Habrá sido él quien organizó el montaje?

—No. Lo conozco. Un estafador tan torpe que siempre lo pillaban y lo molían a palos. Pasaba más tiempo en el hospital que en la calle. Difuntino le explicó que con su sonrisa y lo bien que le quedaban los trajes, podía vivir bien y sin huesos rotos. Lo nombró gerente y le fijó un gran sueldo. Y para evitarle tentaciones le advirtió que como faltara un solo billete haría que sus extremeños lo cortaran en rodajas finas.

Pablo lo mira con admiración:

—¿Cómo sabes todas esas cosas, Paco?

—Me las cuenta la calle. ¿Sabes por qué nos cuesta conseguir información? Porque hacemos preguntas. A la gente le gusta contar cuando ellos quieren. Si preguntas y te contestan, es como si obedecieran. Si te cuentan por su cuenta, es una manera de restregarte que saben más que la poli…

—Deberías patentar el método.

—Creo que no es solo mío. Fíjate en Caronte. Lo miran como a un loco porque dice que los cadáveres de las víctimas le hablan…

—Y porque eres raro de cojones, Paco.

—También. Y mira el pedazo de novia que se ha buscado. Un poco flaca, pero yo veo las mesas de autopsia más lustrosas que nunca…

—Mira que eres bruto, hermano.

—Da igual. Que gocen de la vida, entre tanta muerte. No me distraigas, que me lío. Lo de Caronte no es un don sobrenatural, sino una manera de canalizar sus observaciones. Con esa pinta, no quiere llamar la atención, pero destaca como forense por ver lo que los demás no ven. ¿Me sigues?

—Te perdí hace rato, hermano. ¿A qué te refieres?

—Sospecho que un proceso psicológico de protección lo hace interpretar como visiones lo que es el fruto de una capacidad insólita de observación.

El Súper silba, admirado.

—Hay que ver lo fino que hablas últimamente, Paco. Tienes que dejarme uno de esos libros que llevas forrados para que no se vean las portadas…

La brusca maniobra de un taxista casi genera una colisión múltiple y ahorra a Bermúdez la respuesta. Ni su mujer sabe de sus lecturas sobre psicología y sus sesiones de terapia. Empezó en eso para estar a la altura de sus compañeros, y sigue porque lo ayuda a comprender mejor a las personas, *por qué viven y por qué se matan*.

—Lo que quiero decir es que a Caronte no le hablan los muertos. Es él quien los escucha. A mí, con la calle, me pasa lo mismo.

Mientras aparcan, vuelve cada uno a las sombras de sus pensamientos. El Súper sabe que Dolores lo identificará muy pronto en el disco duro de los deudores de Difuntino. Por no hablar del abrecartas que falta en el juego de escritorio que Elena le regaló en el primer aniversario, cuando creía quererlo todavía.

Debería contárselo a Paco, pero siente demasiada vergüenza.

Lo mejor será hablar con Justo cuanto antes.

Bermúdez se toca la palma de la mano perforada por la insignia de oro y brillantes del Atlético de Madrid que Pablo encontró clavada en la mano de Lilí Leblanc y que la rabia le hizo apretar dentro del puño por la estúpida muerte de su amiga. Por eso la guardó con doble llave en el cajón de su despacho mientras decidía qué hacer, pero lo sabe perfectamente.

Entregársela a Severo Justo y que todo siga su cauce.

Lo malo es que su sangre se habrá mezclado con la de la pobre Lilí, así que puede despedirse de su carrera policial. Lo peor es que su mujer lleva dos días en Granada, visitando a las niñas, *que no van mal en la universidad, pero les gusta demasiado la fiesta*, y no tiene coartada para la noche en que asesinaron a la estilista.

Pero lo peor-peor será que los buitres darán por sentado que fuimos amantes, ensuciando después de muerta a esa pobre muchacha, a ese muchacho que nació muchacha por dentro y tuvo que aguantar tanto rechazo, incluso cuando era joven dentro del mundo del delito, donde Paco la conoció todavía sin transicionar. Y como hizo con Jacinta en su momento, optó por cuatro bofetadas en

lugar de aumentar su endeble historial de delitos menores. Lilí todavía se llamaba José María en el DNI.

Bermúdez apartó prejuicios inculcados y le preguntó qué quería hacer en la vida. A la muchacha dentro del muchacho se le iluminaron los ojos y dijo que sería peluquera, pero no una cualquiera, sino la preferida de las estrellas de cine y que terminarían invitándola a las galas de los Goyas y, a lo mejor, hasta a las de los Oscar.

El Bermúdez de entonces se conmovió, pero sabía que la calle está llena de farsantes, así que la arrastró hasta la peluquería de Yéssica —una exprostituta que renunciaba a lo de «ex» cuando escaseaba la clientela del negocio—, obligó a la propietaria a sentarse en el sillón frente al espejo y le dijo a la futura Lilí que mostrara lo que sabía hacer. Quedaron fascinados por el talento natural de aquellas manos. El policía, por la celeridad con que parecía esculpir el cabello de su amiga. La experta, por lo que era capaz de hacer aquel muchacho de mirada triste con unas tijeras.

El resto fue historia, una de tantas en el expediente no escrito de Francisco Bermúdez, *el Último de los Ostiócratas*. Le dio a elegir a José María entre cumplir puntualmente en un trabajo como operario que le consiguió en una fábrica semiclandestina, o partirle la cara si volvía al trapicheo. Durante dos años lo vigiló en la distancia y, cuando comprobó que no volvía a las andadas, lo invitó a comer de menú en una fonda barata y le preguntó qué planes tenía.

Dijo que en un par de años ahorraría lo suficiente para pagarse el viaje, estancia y un curso en París, «para aprender donde aprenden los grandes». Paco le preguntó cuánto le costaría eso y se negó a decírselo, pero él insistió. Dos semanas más tarde, José María Zurruendo volaba a la capital francesa. En la maleta llevaba a Lilí Leblanc y una tijera profesional Artero Queen Plus con acero 440 C, que el policía le había regalado, junto con el dinero para iniciar su sueño.

Meses después, le devolvió por giro bancario el préstamo con intereses. Y, aunque Paco protestó, se apresuró a devolver la suma al fondo de ahorro que ya habían creado para pagar los futuros estudios de sus hijas.

Cuando Lilí volvió convertida en una estrella, *me invitó a cenar, me dio las gracias, dijo que solo yo había creído en ella y que en todo ese tiempo no había dejado de recordarme, que estaba enamorada de mí*.

Se sintió culpable por no corresponder esos sentimientos y le explicó que lo honraban, pero que seguía tan enamorado de su mujer como la primera vez que la vio.

Ella lo encajó con dignidad y le pidió que siguieran siendo amigos. Y lo fueron, aunque cenaran solo tres o cuatro veces al año, en lugares discretos, y ella le contaba de sus desamores y entusiasmos y él la ponía al día de cómo crecían las niñas, del formidable carácter de su mujer y de los planes para una jubilación lejana. La sencilla felicidad del policía alegraba a la estilista de moda, que compartía con él los cotilleos de su mundo de glamur, aunque estaba claro que se sentía sola.

Lo peor será lo que dirán, lo que inventarán, lo que mentirán. Sabe que su mujer no va a creerlo, pero el resto del mundo sí. Y no se preocupa tanto por su reputación como por la de Lilí, que nunca volvió a proponerle nada, aunque todos los hombres que dejaba entrar en su vida se parecían a Bermúdez.

En fin, lo importante es no retrasar más lo inevitable.

Saca del bolsillo ese llavero frondoso en el que no recuerda qué abren muchas de las llaves, aunque identifica de inmediato la que corresponde al cajón de su escritorio.

Abre, aparta los papeles, busca con calma, vuelve a buscar.

Saca el cajón y vacía el contenido en el suelo.

Revisa en vano.

La insignia ensangrentada ha desaparecido.

24

Demasiados diplomas

El atardecer acecha fuera de la consulta-vivienda de Dalia Fierro. *No son horas de siesta*, se dice. *Y, además, yo no duermo siestas.*

En realidad, casi no duerme tampoco por las noches, atenta como está al regreso de las voces, sobre todo la de Ráfaga.

Pero sigue sola dentro de su cabeza.

No ha servido de mucho acudir a uno de los *dojos* de extrarradio donde todavía no la conocen, para golpear y ser golpeada con ferocidad por contrincantes que la doblan en tamaño, incluso dejarse pegar a propósito para que la rebeldía traiga de vuelta a su querida enemiga, sin resultados.

Es como si las voces hubieran muerto, se dice, y se le escapa una lágrima impar.

Nació y creció con las voces.

Cuando era niña, sus padres ricos y siempre ocupados creyeron que hablaba de amigas imaginarias. La detección temprana de su altísimo cociente intelectual sirvió para explicar cualquier rareza sin preguntarle nunca a la pequeña Dalia qué le ocurría.

Y le ocurrían las voces, cada una diferente. Y, al fondo, el miedo terrible que le provocaba esa que, aún de niña pero ya despiadada, se limitaba a gruñir en lo profundo de su cerebro y solo se hizo presente en la adolescencia.

Se estira en el sillón italiano, busca el vaso de agua en la mesita próxima y traga los dos somníferos. Necesita dormir para dejar de decepcionar a Justo y los demás. No está siendo de ninguna utilidad cuando más la necesitan. Se asume deshabitada sin esa multitud con la que discutir y reconoce que sin Ráfaga se siente frágil.

Se estira en el sillón.

—Sé que estás enfadada. Pero si regresas, prometo no reprimirte.

Le responde el silencio y recuerda con qué brutalidad se hizo oír cuando su cuerpo comenzó a tener curvas, cómo incentivaba sus deseos, cómo la guio en sus primeros encuentros sexuales y la defendió cuando alguien se dejó engañar por su breve estatura. Recuerda a Ráfaga convenciéndola con su voz ronca: *debemos aprender a defendernos*. Y la brillante Dalia Fierro, que cursaba tres carreras en simultáneo, convirtiéndose en una experta no federada en cinco artes marciales, tres de ellas potencialmente mortales.

Le pesan los párpados, pero necesita seguir recordando, como quien recoge el sedal sin saber todavía si el pez ha mordido el anzuelo. La primera de esas salidas nocturnas justicieras a las que Ráfaga la llevaba para pegar palizas brutales a maltratadores que salían bien librados fue después de que Sonia quedara en coma por los golpes de Yago, su exnovio rico y violento.

Ráfaga aprovechó la culpabilidad de Dalia, que había convencido a su joven amante y paciente de enfrentarlo de una vez. Por eso se hizo cargo de cuidarla todos los años que Sonia estuvo en coma.

Y ya que Yago había huido, Ráfaga y ella salieron a buscar otros Yagos.

Evoca la lucha entre ambas por verificar que esos tipos merecían esas golpizas, porque a Ráfaga le alcanzaba con la sospecha, pero Dalia demandaba certezas.

Desnuda sobre su sillón italiano, Dalia Fierro se balancea entre el sueño y la vigilia, como si las separase una línea de tiza en el suelo impreciso de su mente y no sabe si será capaz de cruzarla.

Concentra la vista de los ojos entornados en la multitud de diplomas que cubren todas las paredes. Los odia, pero no se atreve a quitarlos. Toda su vida profesional se limitó a acumular en cajas los certificados de sus carreras universitarias, másteres, doctorados y menciones honoríficas. Los pacientes que acudían a su consulta no necesitaban ratificaciones enmarcadas.

Pero cuando Sonia resucitó del coma, con su entusiasmo casi adolescente intacto, y supo todo lo que ella había hecho durante

esos años, insistió en colgar en el despacho cada uno de esos diplomas. Ella misma compró los marcos, decidiendo dónde colocarlos, hasta que comprendió que eran tantos que se limitó a usar los espacios disponibles. Dalia no pudo negarse, aunque supo que era una forma indirecta de culparla por lo que había logrado mientras Sonia tenía la vida detenida.

Cuando todo acabó entre ellas, tuvo la tentación de quitar los diplomas, pero entonces comenzaron a callar las voces y los dejó para sentirse menos sola.

Sus ojos se han cerrado y una paz química y controlada se extiende por su cuerpo, *ojalá que vuelva Ráfaga. Me temo que sola no podré defender a Justo y su familia de esta trampa que se va cerrando en torno a ellos sin que yo pueda desmontarla*. *Es un cepo afilado que cuando se cierre los destruirá a ellos y a todos y yo no puedo hacer nada, tan sola y tan pequeña, pobre niña superdotada y feroz*.

Mientras se duerme, le parece escuchar una voz familiar y terrible que dice: *duerme pequeña. Ya estoy aquí y detendremos a quien haga falta. Y si hay que morir, moriremos matando.*

25

Lo que sea

Acuña y Bermúdez se miran sin entender cómo han llegado a la vez, desde extremos opuestos del pasillo, a la puerta de Severo Justo. Él parecía esperarlos, porque la abre, en triangular sincronía. Retrocede y se sienta detrás de su escritorio.

—Adelante —dice con su amabilidad de siempre.

Intentan entrar a la vez y no caben por el marco de la puerta.

—Esta película la vi muchas veces, de niño. —Hay un destello de humor en la mirada del jefe, que se diluye al instante—. Pero ninguno de los dos está tan gordo ni tan flaco, así que mejor se ponen de acuerdo para entrar…

Lo habitual sería cederse el paso con insistencia. La amistad entre estos dos policías tan diferentes es de las que eternizan las sobremesas en restaurantes, porque se disputan el derecho a pagar la cuenta, llegando incluso a los gritos que luego dan lugar a los abrazos.

Pero ahora ocurre lo contrario.

—¡Yo primero! —dice Paco.

—¡No, primero yo! —dice Pablo.

Y vuelven a atorarse en el marco de la puerta.

Ya no queda vestigio de broma en la mirada de Justo.

—Los dos. Retrocedan un paso.

Obedecen como niños sorprendidos en falta por el maestro.

—Tú, Paco: da tres pasos al frente.

Las zancadas de Bermúdez lo sitúan en el centro del despacho.

—Ahora, un paso a la izquierda.

El comisario obedece.

Le da las mismas órdenes a Acuña, pero el paso final es a la derecha, de manera que quedan ambos a menos de dos metros del escritorio del jefe.

—Si van a montar el mismo numerito para decidir quién habla primero, mejor buscamos una moneda.

—¡Soy un ludópata y le debía dinero a Difuntino Delgado! —exclama el Súper—. ¡Además, el abrecartas con que los mataron es parte de un juego de escritorio que tenía en mi casa!

—Yo conocía desde hace años a Lilí Leblanc y no dije nada por miedo a las habladurías! —explica Bermúdez como si lo suyo fuera peor.

—¡Ya, ya, pero yo encontré clavada en su mano la insignia del Atlético de Madrid, la reconocí como tuya y la hice desaparecer del lugar del crimen!

—¡Pero yo la escondí! ¡Y ahora ha desaparecido, Justo!

—Siéntense ya los dos, pero, antes, que uno cierre la puerta. —Como se mueven a la vez, casi grita—: ¡Pablo, cierra tú y ven a sentarte! ¿Me quieren explicar esta competencia para ver quién ha metido más la pata?

—Está claro que yo —dice Bermúdez—. Pablo lo hizo para protegerme, pero yo tenía que haber entregado de inmediato la insignia y haberle contado sobre mi relación con Leblanc.

—Sí, sí, pero yo, cuando supe de la muerte de Difuntino, tendría que haberle confesado lo de las deudas. Lo mío es imperdonable.

—Sustraer evidencia del cadáver no es poca cosa, Pablo —dice Justo.

—¡Sí, pero esconderla, como hice yo, y además perderla, es peor, jefe!

La paciencia de Severo Justo es proverbial.

Solo alza la voz para hacer alguna arenga a sus hombres, de esas que lo hacen sentir falso pero sirven para tranquilizarlos. Si tiene que reprender a alguien, basta un atisbo de decepción en su mirada. Si hubiera que elegir una palabra para definir el carácter de su jefe, sería «imperturbable».

Por eso se sobresaltan cuando el hombre delgado levanta la mano

a la altura de su cabeza y la deja caer con fuerza sobre el escritorio, generando un estampido que hace saltar a los dos policías de sus asientos y que se habrá oído en todas las dependencias de la Brigada.

—Silencio, por favor. —Su voz es tibia, sus ojos arden—. Hace dos años, cuando te uniste a la Brigada, Pablo, supe que te enviaba el ministro para espiarnos. Te respeté, porque obedecías órdenes. Y te respeté más cuando decidiste sumarte a nosotros, olvidando esa misión secundaria. En cuanto a ti, Bermúdez, sabía que a veces dejabas ir a pequeños delincuentes si tenían posibilidad de redimirse, pero también que eras incorruptible. Hubiera puesto la mano en el fuego por cualquiera de los dos. Y ahora resulta que ambos están relacionados con las víctimas, habéis ocultado información y hasta pruebas. Esperad un momento.

Abre su agenda y pasa las hojas hasta dar con una anotación.

Consulta la hora y mira a los policías.

—Os felicito. Os había dado de plazo hasta el viernes por la noche, pero veo que ha podido más la lealtad que el miedo.

—No entiendo —dice Pablo.

—Yo sí. Usted lo sabía todo el tiempo, ¿verdad, Justo?

—No todo el tiempo, Paco. Pero sí muy pronto. —Mira al Súper—. A Dolores no le costó localizarte en el disco duro de Delgado, Pablo. Además, las iniciales del abrecartas coincidían y estaba claro que lo utilizaron para comprometerte. En cuanto a ti, Paco, si confié en alguien con métodos tan poco ortodoxos, fue porque antes te investigué a fondo. Conocía tu amistad con Leblanc. Y por si quedaba alguna duda, Caronte detectó en el cuerpo la punción donde había estado la insignia y calculé que, como Pablo llegó primero, si ya no estaba, tendría que ver contigo…

—Pero, pero, pero ¿por qué nos has dejado…?

Justo se adelantó en el escritorio.

—La Brigada está en peligro. No solo nuestras carreras, también nuestras vidas. Enfrentamos a un monstruo con demasiadas cabezas. Quería estar seguro de que seguían limpios, a pesar de ser tan brutos. —Baja la voz—. Hace meses, detectamos que alguien pasaba información personal y poco conocida sobre todos nosotros.

—¡Un topo! No lo puedo creer —murmura el Súper.

—Habrá sido el que me robó la insignia del cajón —dice Paco.

—No. Fui yo. —Justo muestra una bolsa de pruebas con la insignia ensangrentada dentro—. Quería ver cómo reaccionabas y habéis hecho lo correcto, los dos. Pero vuestra relación con los muertos se hará pública tarde o temprano, así que, de momento, quedáis oficialmente apartados de la Brigada.

Ambos bajan la cabeza vencidos. Algo parecido a una risita, inverosímil en Severo Justo, los hace levantar la mirada.

—He dicho oficialmente. Pero si queréis ayudar (sin hacer preguntas) en otras tareas, unas que jamás os podría pedir como vuestro jefe…

Imposible determinar cuál de los dos responde primero:

—¡Lo que sea!

26

Solo para mis ojos

—¡Otra vez, otra vez, otra vez! —exclama Daniela Vélez, dando palmadas como una niña que acaba de presenciar un truco de magia. Pero no parece una niña, enfundada en el pijama de seda roja de las grandes noches y con los pies dentro de los altísimos zapatos de tacón que compró de camino a los estudios, aunque allí la esperase el equipo para grabar la promoción. Cada miembro de ese par vale el triple de la cantidad mensual que se había asignado de sus ahorros para superar la previsible época de vacas flacas, que ahora le suena a prehistoria.

Bebe un sorbo de champán directamente de la botella.

Quería celebrar sin testigos y por eso esperó a que se marchara la peluquera, feliz de que Daniela la haya confirmado en el puesto, dentro de la escabechina que hizo en su nuevo equipo.

Nadie podrá negar que fui magnánima, piensa tomando otro sorbo.

Despidió a un tercio de sus colaboradores de siempre, algunos porque no le expresaron la suficiente la solidaridad con la gran injusticia que se cometía con la mayor estrella de la televisión. A los que lo hicieron los perdonó, aunque sabe que habrán brindado en secreto cuando se decretó su caída, *pero no con un champán tan bueno como este*. A los demás los fue cambiando por un método aleatorio. Lo importante era demostrar que había vuelto y con más poder que nunca. También se ocupó de la rubia aquella que había hecho el comentario desafortunado en la cafetería. Y como no estaba segura de quién era, localizó a las tres rubias más parecidas, hizo que las despidieran y Fabrizzio no protestó siquiera. Propuso tibiamente una celebración íntima esa misma noche, pero se mostró

dócil ante la negativa de Daniela, que lo hará sufrir antes de dejarlo volver a meterse en su cama.

El ejecutivo le concedió todo sin dudar, *está claro que hay alguien detrás, no me extrañaría que fuera el ministro, aunque no creo que ellos hayan organizado este regreso del supuesto de Nadie, pero están dispuestos a certificar la caída de Severo Justo*.

Maniobra sin resultados el teléfono y mira el enorme televisor, que se ha quedado otra vez en negro, como estuvo estos meses, cuando no quería mirarla porque sabía que dentro de esa pantalla no estaría su imagen. Ahora todo ha cambiado, salvo la falta de pericia de Daniela para entenderse con los aparatos digitales. Se negó a pasar por la humillación de pedir que viniera un técnico y por eso, mientras atardece y abre la segunda botella de champán, vuelve a ver el tutorial de YouTube, sigue los pasos y sabe que lo ha conseguido. Podrá volver a proyectar en su fantástico televisor el vídeo que tiene en el teléfono. Con otro sorbo más, piensa que es un esfuerzo en vano, ya que bastaría con sintonizar cualquier canal y esperar un rato para ver el anuncio: su cadena no solo lo ha insertado en su propia pauta, sino también en las de la competencia.

Pero ella quiere sentir que esto es solo para ella, *solo para mis ojos, ¿no era el título de una película de James Bond?*

Presiona el teléfono, se ilumina la pantalla y suena una música ominosa, sobre imágenes superpuestas y terribles pero difusas, y por encima su voz, gobernándolo todo mientras late en el centro un número 7.

—¡Siete pecados capitales! —El tono es solemne, majestuoso.

Sobre el mismo fondo pasan siluetas.

—¡Siete Apóstoles a los que hemos confiado nuestra seguridad! —recita despiadada la voz de Daniela, que se corporiza delante del fondo; la iluminación es perfecta y no se ve una sola arruga en su rostro. Aunque el traje de chaqueta sea demasiado serio para su gusto habitual, enfatiza sus formas y las gafas de diseño que se puso sin necesidad, ya que los cristales son transparentes, agregan el toque intelectual que necesitaba el anuncio.

»Nos conocemos. Soy Daniela Vélez y durante los últimos meses,

junto con mi equipo —abarca con la mano un imaginario arco de colaboradores, aunque delante de ella solo están las cámaras—, hemos investigado a fondo los temas más candentes de este país. ¡Porque ya es hora de que conozcamos la verdad! —La cámara se acerca, *que no se pase o se verán las patas de gallo*, piensa, pero el zoom se detiene—. ¡Y llegó la hora de la verdad, sin concesiones!

Detrás de ella brotan unas letras que pasan por delante, pero sin cubrir nunca su rostro, ni la mirada desafiante. La voz de un locutor lee innecesariamente el mensaje:

—¡*Daniela Vélez investiga*!

La figura de Daniela se convierte en otra silueta, vuelve su voz con mayor modulación, *bien por el técnico de sonido, debo memorizar su nombre para no darle una bofetada por equivocación*.

—Este viernes, dedicamos el primer capítulo a responder algo sobre lo que se interroga todo el país y parte de Europa. ¿Hemos vivido engañados durante dos años? ¡Sépalo este viernes a las 22 horas!

Las letras se vuelven tenebrosas, pero esquivan la silueta de Daniela mientras se lee y escucha:

—¡Los pecados de los Apóstoles!

Vuelve a aplaudir y congela la imagen.

Quien le envió los informes le ha devuelto lo que le habían quitado y mucho más. La repercusión del retorno de Nadie ha debilitado a la Brigada de los Apóstoles y esta vez no irá directamente a por Justo.

Sería un error. Los desmontará uno por uno.

Se descubre pensando que ojalá haya otro crimen y de inmediato cruza los dedos y se arrepiente. Trata de no pensar en cuál es su papel dentro de esta trampa, ni en lo más obvio: quien la ayuda puede estar vinculado con un asesino. Se consuela diciendo que ella no la buscó y que, al fin y al cabo, *la labor de una periodista es contar lo que ocurre, no cambiarlo*, pero el temor sigue ahí y crece cuando se pregunta qué pensará de este anuncio que inunda todas las pantallas y canales digitales la misteriosa persona que le envió los informes, los mismos que en su momento hizo llegar al ministro, pero con más pistas.

Si se molesta, diré que fue cosa de la cadena y que no pude evitarlo, piensa Daniela, y no suena convincente ni para ella misma. *¿Qué otra cosa esperaba que hiciera con esa información?, ¿para qué me la dio, si no quería que la difundiera?*

Cuanto más razones busca, más se atemoriza y menos champán queda en la botella. Suena el teléfono móvil y se sobresalta.

Es un número desconocido, como la voz metálica y distorsionada que pronuncia cuatro palabras:

—Bien hecho. Siga así.

Daniela parece no oír el chasquido cuando la comunicación finaliza y sigue escuchando el silencio.

Por fin procesa el mensaje. Es sencillo y directo. No hay nada de lo que preocuparse. Solo disfrutar del triunfo y lamentarlo un poco, solo un poquito, por la pobre Lorna y su pobre marido.

Levanta la botella de champán, termina el contenido de un trago, piensa en ir a buscar otra a la nevera, pero no se atreve con esos tacones *y no es cuestión de torcerme el tobillo a dos días del estreno*.

Con suavidad, deja la botella vacía sobre la mesa, junto a la otra.

Es champán del caro.

De la misma marca con la que, hace unos días, el ministro celebraba su cumpleaños en el cargo.

Pero eso Daniela Vélez no lo sabe.

27

El pequeño matarife

Son las diez de la noche cuando Caronte García ingresa en el Instituto Anatómico Forense. Nadie le pide explicaciones, *ventajas de ser uno de los Apóstoles, aunque sea el Apóstol jorobado*, piensa tratando de reírse de sí mismo aunque no le sale.

Al incorporarlo al grupo, Severo Justo lo rescató del ostracismo impuesto por exceso de eficacia en sus tareas como forense. Una historia antigua que todavía duele. Ocho años, quizás. Hartos de que hallase en la víctimas indicios que para ellos resultaban invisibles, algunos colegas difundieron rumores sobre su relación con los cadáveres. Solo denuncias anónimas, pero le abrieron un expediente.

El propio Justo, entonces en Asuntos Internos, llevó su caso y Caronte supo que estaba perdido. La rectitud del policía era legendaria, y aunque él no era culpable de lo que se decía, sí que manipulaba a los muertos, los maquillaba después de las autopsias, les borraba heridas y cicatrices, incluso los vestía, no con las ropas que habían llevado en vida, sino con las que Caronte sabía que les hubiera gustado llevar.

Rechaza la oferta de ayuda de un joven forense, *que se siente a la vez aliviado de no tener que compartir espacio conmigo y decepcionado por no hacerlo*. Ser un hombre de Severo Justo le proporciona cierta aura de intocable, *aunque antes tampoco nadie quería tocarme*, vuelve a intentar en vano la broma.

Busca los cuerpos, los localiza y los lleva a las mesas de autopsia.

Se siente expuesto y furtivo, como cuando Justo, antes de dejar Asuntos Internos, lo citó y lo miró a los ojos, con esa forma suya que parece llegar hasta el otro lado de la nuca, y le preguntó por

qué.

—¿Por qué, qué? —Caronte esperaba la sentencia por crímenes que no cometió.

—Sé que usted no practica ningún rito sexual con los cadáveres, Caronte. Las denuncias se basan en la envidia que provocan sus éxitos. Pero lo cierto es que usted sí interacciona con los cuerpos. Necesito saberlo: ¿por qué intenta en vano borrarles las huellas de la muerte?

Fue entonces cuando Caronte le devolvió la mirada sorprendido:

—Se equivoca, comisario. Yo no oculto las obras de la muerte, trato de borrarles las putadas que les hizo la vida.

Justo dijo que recomendaría una leve sanción y lo invitó a un bar.

No le pidió que le contara.

Solo bebieron en silencio, hasta que Caronte García empezó a hablar.

Por fuera y por dentro.

Para el comisario y para sí mismo.

Le habló del chiquillo contrahecho del que todos se burlaban en su pobre barrio de pobres, más pobre él todavía, sin padre a la vista y con una madre adicta que intentaba en vano desengancharse y alquilaba su cuerpo porque el alma se la había dejado en el asiento trasero del coche de un cliente, a saber cuál si ninguno repetía. Le habló de la costumbre de encorvarse para que en la curva de su espalda resbalaran las burlas de los grandes depredadores del barrio, que en lugar de golpearlo le frotaban la chepa para atraer a la suerte y luego le arrojaban piedras cuando su número no salía; habló de cómo empezó a trabajar en un matadero y su breve cuerpo, su ancha espalda y sus brazos se volvieron fuertes de tanto cargar y descargar animales muertos que lo doblaban en tamaño, y cómo un día, cuando uno de los matarifes se quiso burlar de él, descubrieron su habilidad con el cuchillo, capaz de despiezar una res en la mitad de tiempo que cualquiera.

Justo no decía nada. Solo lo miraba sin juzgar.

Caronte le contó que un día el muchacho fue a darle a su madre una buena noticia: lo ascenderían a matarife, ganaría mucho, ella podría dejar la calle, curarse, alejarse de la mierda que le comía las

venas; él la cuidaría y nadie volvería a hacerle daño; y cómo la esperó todo el día y toda la noche, cómo salió a rastrearla por los peores callejones donde solía a buscar clientes miserables, cómo la encontró degollada al pie de una escalinata, con el mísero bolso de imitación abierto y vacío. Cómo la cargó hasta su casa, a pesar de que algún vecino madrugador dijo que había que esperar a la Policía, pero retrocedió al ver el gesto fiero del muchacho jorobado y advertir por primera vez el grosor de sus brazos. Cómo la bañó meticulosamente, la dejó como si durmiera, echó mano de los ahorros de ese tiempo en el matadero y salió a comprarle el mejor vestido en una tienda del centro de Madrid y maquillaje de alta calidad, del que ella nunca pudo permitirse. Le habló de cómo al volver ocultó de su cuerpo cada moratón, las ojeras de la calavera que llevaba tiempo empujando por asomar debajo de ese rostro que alguna vez fue hermoso, cómo cosió el tajo del cuello y lo cubrió con una fina chalina que había comprado en la calle Preciados, cómo su madre, después de muerta, parecía aquella que pudo haber sido en vida.

Justo le acercó otro vaso de whisky, brindó en silencio con él y le preguntó si fue entonces cuando los muertos empezaron a hablarle.

Caronte hizo un gesto vago, de hombre que ha bebido demasiado, y el policía le respetó el silencio, pero dentro del forense seguían los recuerdos.

Porque no podía contarle a Justo que el corte en el cuello de su madre no había logrado disimular las marcas de una correa que lo había ceñido durante horas, ni cómo fue reconstruyendo esa última noche con datos que le aportaban sus compañeras de trabajo, antes competidoras feroces y ahora solidarias en la desgracia. Tampoco le dijo que dejó pasar los meses hasta que estuvo seguro, trabajando doble y triple turno en el matadero, estudiando durante las noches para terminar el instituto examinándose por libre; y mucho menos revelaría que había averiguado la identidad del verdugo de su madre, un marroquí con deidades de mafioso y predilección por el masoquismo. Se llamaba Hammed, era alto y esbelto y lo apodaban *el Largo*. Cuando lo veía por el barrio, saludaba al joven matarife con

benevolencia.

Caronte rechazó el whisky que le ofrecía un Justo un poco mareado, por temor a terminar contándole cómo, tras aprobar la selectividad e ingresar en Medicina, esperó una noche a que el Largo dejara el bar donde fanfarroneaba y con un afilado cuchillo del matadero, sin decir palabra, le rebanó la garganta.

Al día siguiente se fue del barrio. Siguió en el matadero para costearse los estudios el primer año. Luego comenzaron a llover las becas.

Justo esperó, respetando el silencio de García. Cuando se despidieron, le aseguró que la sanción no pesaría en su expediente y que pronto podría retomar su exitosa carrera como forense.

Caronte mira los cuerpos y sonríe con amargura.

En aquel entonces, Severo Justo era bastante ingenuo. En cuanto él se fue a Bruselas y dejó de protegerlo, cayeron sobre Caronte con la menor excusa, hasta que lo cansaron y dejó la actividad oficial, dedicándose a maquillar cadáveres en funerarias del extrarradio. Justo lo localizó en una de ellas, hace dos años, para sumarlo a la Brigada y volver a salvarlo.

Por eso se lo debe.

Debe averiguar de una vez qué le están diciendo estos dos muertos.

Solo sabe que es algo terrible.

Algo que gritan con tanta fuerza que lo aturden y no logra escucharlo.

28

Sexo tántrico y origami

El piso de Jorge Frontela es más grande de lo que parece, quizás porque cada pared está ocupada por estanterías y vitrinas con objetos extraños y toda clase de fascículos, enciclopedias, libros y, por supuesto, cómics. Como le dijo hace años el comisario Bermúdez, cuando fue a visitarlo porque estaba en cama con un fuerte catarro: «¡Esto no es un piso, macho: es un cinturón de castidad! Cualquier mujer que entre aquí recupera la virginidad al instante…».

No fue el caso de Beatriz Gutiérrez, que se incorporó naturalmente al paisaje de esa vivienda que más bien parece una biblioteca de rarezas. A ella no le gusta nada el piso que comparte en Vallecas con seis estudiantes más jóvenes, y desde que comenzó su relación con Frontela, duermen aquí las noches que pasan juntos. Aunque duerman poco para desarrollar unas prácticas amatorias que habrían asombrado a Bermúdez.

A veces, Jorge la mira y piensa que vive en uno de esos relatos de ciencia ficción que nunca escribió, en el que el protagonista diseña a la mujer perfecta y cobra vida. La madrugada que se lo contó, ella rio sin alegría y dijo que era cualquier cosa menos perfecta y que, cuando se quitaba el uniforme, el mundo le seguía dando miedo. Pero que allí, con él, se sentía segura.

Hace un año comenzó el romance que llevan con discreción en Jefatura, aunque «lo saben hasta las papeleras; cuando os miráis, el aire huele a feromonas», se burla con afecto su abuela Dolores. Fuera del trabajo disfrutan de las coincidencias físicas y mentales que han desarrollado.

A ella le encanta la precisión científica con que él aplica los

conocimientos leídos en tantos textos de sexualidad oriental; a él, la furia dulce con que ella lo abraza y lo suelta, se deja llevar y toma el control.

Si fuera solo eso, sería maravilloso para un Frontela que venía de una vida sentimental irregular. De la suya, Beatriz prefiere no hablar y Jorge no pregunta, porque le adivina tristezas. Su comunicación trasciende lo sexual. Ella es capaz de sacar de los estantes que tapizan las paredes cualquiera de los miles de libros y fascículos y volver a colocarlos en su lugar exacto sin siquiera mirar.

A él le daría igual que mezclara los tomos de grafología con los tratados sobre venenos primitivos o costumbres antropológicas en las tribus australianas. No le importaría pasar un buen rato recogiéndolo todo cuando ella se marcha. Hasta le gustaría, porque en cada objeto tocado por Beatriz reviviría la ternura que le produce su interés por todo eso que a él le interesa y ni siquiera sabe por qué. Cuando Beatriz se va, el piso queda como cuando llegó, salvo la sonrisa de Frontela, porque sabe que en unas horas ella volverá.

Pero esta noche, él está en otra parte. Ella ha propuesto partidas de diferentes juegos en la Play —en los que se ha vuelto una temible contrincante—, desplegar un tablero para competir en estrategias, o seguir plegando juntos figuras de origami, una de sus pasiones comunes más recientes.

Solo las cosquillas en el cuello de Frontela, como si sus dedos rasgasen el aire sobre las cuerdas de un arpa, lo sacan del mutismo, se disculpa y parece más triste.

—A ti te pasa algo, Jorge. ¿Por qué no me lo cuentas?

Él ya sabe por qué no se lo dirá.

Beatriz también es policía y no piensa arrastrarla en su caída.

Por primera vez en su vida, Frontela ha hecho trampa.

No le llevó más que unas horas averiguar que el abrecartas utilizado para asesinar a Difuntino Delgado era obra de un joyero artesano del barrio de Salamanca y que las iniciales J. P. A. coincidían con el titular de la tarjeta de crédito con la que se pagó: Juan Pablo Acuña. El Súper. Le cuesta creer que sea capaz de cometer un crimen y menos de ese tipo.

Si hubiera hablado con Justo o con Dalia, el asunto sería irreversible.

Si se lo contaba a su abuela, ella tomaría las riendas.

Y si se lo hubiera dicho al comisario Bermúdez, su mentor y protector a regañadientes, le habría causado un dolor terrible.

Esta vez, él cuidará de sus compañeros. Aunque tiene una excelente puntería y supera holgadamente las pruebas físicas, la gente tiende a verlo como un técnico, un policía de escritorio más que de acción.

Los dedos de Beatriz vuelven a jugar cerca de su cuello y él se estremece, mira los tomos sobre saberes diferentes y asume que ninguno contiene la respuesta a este misterio. No implicará a Beatriz. Sabe que ella llegó hasta aquí trabajando doble turno en tiendas y cafeterías hasta ahorrar lo suficiente para poder ir a la academia, sin familia que la apoye y un origen humilde del que no habla porque le recuerda tiempos de tristeza. También debe cuidarla.

—No es nada —miente, y le duele hacerlo—. Temo por la salud de mi abuela. Creo que ha vuelto a fumar, aunque jura que no. Y además está la campaña en contra de la Brigada… Pero tú tranquila, que todo saldrá bien.

La preocupación se atenúa en la mirada de ella y le contagia a Jorge una calma bienhechora aunque precaria.

Así que al tercer acorde sobre el arpa de su nuca, él se vuelve, la abraza y se van quitando los miedos junto con la ropa.

Hoy no realizarán prácticas avanzadas de sexo tántrico, solo se dejarán llevar por la urgencia de formar una burbuja que deje fuera al mundo.

Un resquicio de responsabilidad intenta advertirle que por la mañana el mundo seguirá allí, con su cuenta atrás.

Pero ahora Jorge Frontela es más que un policía.

Es un hombre que se zambulle en la vida.

Dalia Fierro se siente llena de confianza al despertar. Sabe que ha tenido un sueño tranquilizador, pero no recuerda qué soñó. Tampoco

tiene muy claro por qué se está duchando a esta hora de la noche, cuando lo recomendable sería tomar una infusión y seguir durmiendo para recuperar el sueño perdido.

Más que sorprenderla, la desorienta la seguridad con que sus dedos palpan detrás de la estantería de libros y presionan el botón que la hace deslizar hacia la derecha, dando acceso a un escueto cuarto oculto de un metro setenta de alto por otro tanto de fondo y ancho, más que suficiente para lo que tiene que ocultar de miradas indiscretas. Le robó la idea a Dolores y su falso cuarto de las escobas que da paso a su central informática, aunque lo suyo es más modesto y breve.

Dalia siempre se sintió un poco tonta cuando realizaba esta operación. Ahora no siente. Hace y sabe lo que está haciendo, pero no por qué, cuando descuelga de su soporte uno de los trajes negros de Kevlar ligero pero resistente a los golpes, con refuerzos en zonas vitales que más de una vez tuvo que agradecer.

La asusta un poco la exactitud mecánica con que se coloca el uniforme, las botas ligeras con punta de acero, el chaleco también reforzado en Kevlar y lleno de bolsillos que albergan los dos táser y algunos trucos más.

Antes ejecutaba este ritual como si fuera otra, cuando Ráfaga y ella salían a repartir miedo entre gente acostumbrada a vivir del miedo ajeno.

Esta vez no. Esta noche, el vértigo es dulce y sólido, le recuerda a cuando de pequeña aprendió a nadar sola y a escondidas, siempre en lo más hondo de la enorme piscina familiar, sin admitir el pánico que le provocaba no tocar el fondo y luego la sensación de triunfo cuando volvía a hacer pie.

Dalia Fierro se pregunta con voz alta:

—Pero ¿qué coño estoy haciendo?

Se mira en el espejo y se gusta. Aunque no debería gustarse.

—Lo que sea, menos estar tan sola.

¿Incluso mal acompañada?, cree que imagina la voz ruda en su cabeza. *¿Tanto tiempo llamándome y ahora que he vuelto te vas a hacer la sorda?*

No tiene sentido, pero parece que la del espejo hubiera cobrado vida propia al margen de Dalia. *No empieces con tus truquitos psicológicos, doctora. Sabes que somos la misma, para bien o para mal.*

—¿Por qué has vuelto? —pregunta en voz alta, para mantener una dudosa independencia de la voz temida y anhelada.

Porque me necesitas. Y porque tu querido Severo Justo, que en el fondo siempre te hizo tilín, pero nunca te atreviste a dar el paso, está en peligro. Este no es uno de esos casos que se resuelven con deducciones. Hay un traidor en la Brigada y un asesino muerto que resucitó.

—Lo dices como si te divirtiera.

Es que me divierte, doctora. Me divierte que reconozcas que te hago falta, que para resolver esto y ayudar a tus amigos habrá que romper huesos y quizás alguna cabeza. Y que eso te encanta, aunque luego me culpes a mí.

Busca un argumento para discutir, pero no lo encuentra.

Aunque para salir a la calle se pondrá sobre el uniforme negro una gabardina oscura que lo disimule, cumple el ritual de completar el traje con el pasamontañas negro con refuerzo en la nuca, y en esa silueta se desvanece Dalia, que al mismo tiempo es más Dalia.

—Bienvenido, Ráfaga. Vamos a machacar cabrones, que la noche es larga.

29

Rosa ***gold***

Los dos hombres han desarrollado una gran proximidad en este tiempo, y sin embargo nunca estuvieron físicamente tan cerca. La corpulencia de Bermúdez y la estatura de Acuña hacen que sus cuerpos se rocen en la cabina del pequeño Fiat 500 en el que realizan la vigilancia encomendada.

—No me jodas, Paco. Esto es un cante.

—Es un coche eléctrico que no contamina y es fácil de aparcar.

—Sí. Y de color rosa chicle.

—Rosa *gold* —corrige Bermúdez, y se encoge de hombros—. ¿Qué querías que hiciera? No podíamos usar un coche de la Brigada porque oficialmente estamos de permiso y extraoficialmente nos van a mandar a la puta calle en cualquier momento. Y mi Renault se lo llevó Ana a Granada para ver a las niñas. Ya sabes que a ella le gusta conducir…

—¿Y por qué no se fue con este chicle con ruedas? —protesta el Súper.

—Porque este es ideal para moverse en la ciudad…

—Y es de color rosa chillón. En esta calle y a esta hora de la noche, dos tipos de nuestra edad… ¿sabes lo que pensará cualquiera que nos vea?

Bermúdez, seriamente influido por sus lecturas recientes, mira a su amigo:

—Pablito, debes empezar a deconstruirte. —Recuerda—. ¿Y tu coche?

—En el mecánico. Hacía un ruidito… —Se arrepiente—: No más mentiras, Paco. Lo perdí hace tres meses en una timba de Difuntino

Delgado.

Bermúdez lo mira sin juzgarlo.

—¿Por qué no me contaste?

—Si no llega a ser por ti y tu familia, no hubiera podido dejar la coca cuando Elena me abandonó. Creían que ya había salido a flote, tu mujer me estaba buscando novia entre sus amigas… ¿Cómo le iba a explicar que yo, que presumo de rectitud, me convertí en un jugador compulsivo en busca de una fortuna que hiciera volver a una mujer que nunca me quiso de verdad?

Bermúdez pone su manaza en el hombro del amigo, que lo abraza.

Dos muchachos que pasan junto al coche silban burlones.

Se miran y consiguen sonreír, que ya es mucho.

—Bueno. Pero tú lo dijiste: no más mentiras, que vamos a ser socios…

—Después de esto, no nos contratan ni como vigilantes de un súper.

—Ya será menos, Pablo. Ambos tenemos historiales intachables…

—Que acabamos de llenar de tachones. La única salida es que Justo gane este juego, pero como no explicó nada, no sé a qué estamos jugando…

—A lo que hicimos siempre, Pablito. A creer en el jefe. Ese tipo es casi un santo y se dejaría matar por cualquiera de nosotros.

—Casi no hay diferencia entre un santo y un fanático. ¿Te acuerdas de lo que hablábamos al principio, cuando Justo llegó de Bruselas?

—¿Te refieres a…?

—A la mirada de suicida. Tú me lo dijiste. Yo tengo menos calle, pero tú la habías visto muchas veces.

—Es cierto… ¡Pero cambió! Lorna lo cambió, nosotros lo cambiamos, Pablo. ¿Te has dado cuenta de todo lo que hemos hecho en este tiempo?

—Lo que no sé es lo que haremos de ahora en adelante, porque de la jubilación ya me voy despidiendo…

—Todavía no termina la partida, Súper. —Sube la voz—. ¡No, no,

por favor, no fumes en el coche de mi mujer!

El espanto en el rostro de Bermúdez desata la carcajada de Acuña.

—Vaya par. Tantos años en el cuerpo y aquí nos tienes, haciendo una vigilancia que no entendemos y en un coche de mariquitas…

—De verdad, Pablito, te lo tienes que hacer mirar, lo del machismo, ¿eh?

—A este paso, terminas invitándome al desfile del Orgullo en Chueca.

Las pullas los alejan del miedo al futuro inmediato.

—Hay algo que no entiendo —reflexiona Acuña—. Si este Nadie quiere imitar al original, ¿por qué no les envuelve la cara con film?, ¿por qué no deja el cartelito?

Bermúdez echa mano de sus conocimientos recientes de psicología.

—Porque quiere homenajear al primero, quizás vengarlo. Nadie borraba la cara de sus víctimas para que representaran a todos los que cometían esos pecados: el político corrupto, el constructor estafador…, ¿me captas? Este Nadie les deja la cara descubierta e indicios que señalen, no a las víctimas, sino a otros pecadores. Nosotros. Los elige para señalar nuestros pecados.

—¡A eso me refiero! —salta el Súper—. Se cargó a Difuntino para joderme a mí. Pero ¿por qué el pecado de Pereza? ¿Te parezco perezoso?

Paco enciende un cigarrillo, se acuerda, lo tira y abanica el aire.

—Es nuestro enemigo, ¿me captas? Cree que le debemos algo. Podría haber intentado matarnos, pero prefiere destruirnos.

—Menos mal.

—Y después de destruirnos, nos matará. Tiene lógica.

—Creo que pasas demasiado tiempo charlando con Dalia, Bermúdez.

—Ojalá, Pablito. Tienes que pensar como este Nadie. A mí, por ejemplo, me señala como lujurioso por mi amistad con Lilí. Seguro que me investigó y sabe que no es cierto, pero también que es lo que más daño me haría…

—No te pregunté si tú y ella, alguna vez…

No hay ofensa en la cara de Bermúdez. Solo dolor.

—¿Ves? Hasta tú tienes dudas. No me importa que piensen que ocurrió lo que no ocurrió, pero sí que ensucien a esa chica que era una persona maravillosa. ¡Esa es la psicología del asesino! Te acusa de Pereza, porque en el fondo te culpas, como hizo Elena, de falta de ambición para llegar a puestos más altos. Lo que hace peligroso a este Nadie, es que nos conoce a la perfección y sabe darnos donde duele.

Acuña sopesa los argumentos y mira a su amigo.

—Eres el tipo más listo que conozco, y el más noble. Y no me importa si tenemos que pasar nuestros últimos días como policías haciendo una vigilancia absurda en un coche para mariquitas de color rosa chicle…

—Te dije que era rosa *gold*, Pablito.

—¡Mira, mira, ahí sale! ¿Qué hacemos?

—Lo que nos dijo. Quedarnos aquí y vigilar. Además, muy lejos no podríamos ir. Me olvidé de enchufar el coche y creo que en cinco o seis kilómetros nos quedaríamos sin carga.

—Eso debe de tener alguna interpretación psicológica, Paco.

—Fijo. ¿No tendrás un chicle?

30

Creer

Semidormida, Lorna trata en vano de girar el cuerpo y palpa con la mano el espacio vacío a su lado en la cama. No le hacía falta para saber que Justo ha salido a dar uno de esos paseos que últimamente ocupan parte de sus noches. Su marido, tan respetuoso de las distancias y los espacios, ignora que cuando duermen se abraza a ella como un niño a su madre.

Relaja el cuerpo y se exige volver al sueño en el que comenzaba a comprender, o eso cree. No le preocupan las salidas nocturnas de Justo. Son tan diferentes que se parecen y puede que él también necesite que el cuerpo lo lleve sin rumbo al encuentro de las respuestas. La niña está quieta y todo marcha a la perfección. La ginecóloga dice que quiere usarla como ejemplo para despejar el miedo a la primera maternidad de las mujeres de cuarenta. Sin embargo, Lorna se siente frágil, sabe que no es por el parto, *aunque acojona mucho más de lo que me atrevería a confesar nunca*, suspira volviendo a dormirse. Es otra cosa, algo intangible y malévolo, totalmente irracional. Sobrenatural, diría, si no supusiera renunciar a sus principios. Desde que comenzó la historia con Justo, evitan cualquier discusión sobre la fe religiosa que ella no sintió, ni siquiera cuando la obligaron a tomar la primera comunión, y su marido evita enfrentar porque teme reconocer que, pese a estar enfadado con Dios, sigue siendo un creyente. *Es mala cosa que siga peleado con Dios.* Toca con una mano la barriga y con la otra acaricia el crucifijo que él le regaló y que no se quita ni siquiera para ducharse.

No es que haya comenzado a creer en un Dios improbable.

Es que cree más que nunca en su marido, y vuelve a dormirse.

¡Basta!, dice Ráfaga, y Dalia se detiene. El hombre, tendido en el callejón, ha perdido el sentido. *¿Cómo quieres que hable, si le has roto la boca, doctora?*

Dalia vuelve de un lugar en el que había dejado de tener miedo y la temían a ella. Francisco Ordóñez Ruiz no volverá a levantarle la mano a sus hijos, por lo menos hasta que se le curen las fracturas. Y, probablemente entonces, la imagen de una sombra breve, casi letal, le recuerde que siempre habrá alguien más violento que él.

Dalia y Ráfaga se alejan, encienden el móvil de prepago, hacen la llamada anónima a Urgencias y lo arrojan a un contenedor. *Tampoco es cuestión de que se muera, el hijo de puta*, dice Ráfaga, y Dalia comprende que es la voz terrible la que intenta calmarla a ella y no al revés.

Se quita las nudilleras. Las manos no duelen, pero mañana dolerán, recordatorios de que algo dentro de ella está mal. *No empieces, doctora. Salimos a buscar un dato y lo conseguimos, ¿verdad?*

—Verdad —dice Dalia en voz alta, como si fuera el nombre de alguien.

Ahora que la sangre vuelve a retirarse a sus escondrijos habituales, considera que sería mejor volver a la consulta. Para su sorpresa, Ráfaga dice, con voz cautelosa, *tienes razón, doctora. Creo que es lo más prudente*.

—¿Y tú me recomiendas prudencia?

Se acomoda el pelo y entra en un bar con música estridente y tan poca luz que pasará inadvertida. No hay cola en el baño de mujeres. Por algún motivo, la gente que en Madrid sale todas las noches los jueves se recata.

El espejo del baño demuestra que no hubo daños: el único golpe de Ordóñez no dejó marca. Vuelve a la barra, pide una copa y piensa en nada.

¿Te decides a preguntarme o no?, pregunta Ráfaga.

—¿Cuánto me costará esta verdad? —murmura Dalia.

A su lado, un tipo borracho, triste o las dos cosas la mira con cierto interés que se evapora ante la mirada quemante de la mujer

pequeña.

Tú conoces todas las verdades, lo que pasa es que te gusta olvidarlas.

Dalia sigue el diálogo, cabeza adentro: «¿Cómo sabías?, ¿cómo sabíamos?».

Y Ráfaga explica que hace dos años, cuando Avellaneda escapó del psiquiátrico en el que estaba recluido en espera de juicio, era evidente que debió de tener a alguien dentro. Pero la investigación oficial no pudo relacionar a ninguno de los empleados del turno nocturno.

Entonces investigué a todo el personal, no solo a los que trabajaban esa noche, señala Ráfaga. Y *supimos que el cómplice era Ordóñez Ruiz, aunque no podíamos demostrarlo y por eso no me dejaste darle su merecido.*

Dalia bebe despacio. El vecino de barra parece un buen tipo. Quizás le mejore la noche con un paseo hasta su consulta, algo de sexo atlético o nostálgico y una despedida sin nombres. *Vale, si quieres te lo tiras. Pero antes me escuchas; porque, si no, le vas a joder el polvo al pobre, y a saber cuándo se ve en otra.*

—Cuéntame la verdad.

La verdad no se cuenta, casi siempre se recuerda. Atrévete.

Y Dalia se atreve y recuerda que mantuvo una vigilancia sonámbula sobre Ordóñez Ruiz y constató que la vida del empleado de la clínica no cambiaba significativamente, pero mejoraba de un modo discreto y sostenido. No cambió el coche por uno de alta gama, pero sí por uno nuevo, cuya cuota pagaba religiosamente con su nómina, el único gasto que salía de sus ingresos oficiales. El resto de lujos que se permitía los pagaba al contado. Por ejemplo, la ropa de marca con la que acudía a los bares exclusivos del barrio de Salamanca, o las escapadas turísticas a destinos lujosos aprovechando puentes y vacaciones, siempre en compañía de escorts de primera categoría. Estaba claro que Ordóñez tenía otro trabajo al margen de la clínica psiquiátrica de la que ayudó a escapar a Avellaneda. Y el heredero asesino era un psicópata, pero no un idiota. Pagarle una enorme cantidad para auxiliarlo en su fuga

habría conseguido una ayuda inmediata y fugaz que sería detectada de inmediato. Mantenerlo en nómina con un sueldazo en negro le pegaba más. Para evadir las órdenes de captura emitidas en su contra, el asesino necesita secuaces. Y el único que Dalia conocía era Ordóñez.

«Es», bonita. Sigue vivo, corrige Ráfaga, mientras la sirena de la ambulancia pasa por la calle. *Le dimos duro, pero no tanto.* Lo suficiente.

Un señorito como Avellaneda ama los coches, pero no se ensucia las manos de grasa. Necesita un mecánico de confianza. Ahora, además de los nudillos hinchados, Dalia y Ráfaga tienen un nombre, descripciones y hasta la dirección del taller.

Sabe que Ordóñez no dará la alarma. Lo certifica su mirada de pánico cuando hace un rato le advirtió: «Si lo pones sobre aviso, volveremos», y él miró hacia los lados, buscando al segundo atacante invisible.

Hoy estás alterada, dice Ráfaga con dulzura. *Mejor volvemos a casa.*

—La verdad —insiste Dalia Fierro, mirando su vaso.

¿Quieres la verdad? Llevamos meses siguiendo a Ordóñez, me pediste que me hiciera cargo pero que no te contara que lo hacía. ¿Sabes lo que eso significa, doctora?

«Sí», responde en silencio. «Y tengo ganas de irme a mi casa con un hombre triste de mirada buena, que no vivo lejos y la madrugada está muy cerca».

Y le sonríe a su vecino, que tiene pinta de poeta.

31

Un palacio de escombros

Obdulio Sosa entra en el solar abandonado con la precaución de quien ha tendido demasiadas emboscadas como para permitirse caer en una.

Le da igual que Mingo tenga fama de ir de frente y que en los últimos años se haya consolidado como un mediador prudente en el submundo de los sin rostro de las calles de Madrid. Los que piden para sobrevivir. Los que pueblan las aceras sin recibir nunca una mirada frontal y conocen los movimientos de comercios, policías, oficinas…, datos que alimentan más de un robo cuando cae la noche. Los que no tienen un lugar a donde ir, o los que olvidaron que lo tenían.

Ese inframundo invisible, que la sociedad no llega a detectar, se rige por un tenue código que casi todos respetan. Cuando hay conflictos, Mingo los soluciona con justicia salomónica y alguna que otra vez a golpes, aunque no le gusta.

Menos le gusta a Obdulio Sosa la injerencia del viejo en sus asuntos.

Es *vox populi* que el grupito de Sosa se dedica a robar a los que venden en el metro tres Chupa Chups por un euro, mecheros, pequeñas linternas o llaveros, que despojan a los músicos que pasan la jornada recordando los promisorios tiempos del conservatorio cuando soñaban con la Scala de Milán y no con la estación de Ópera. No hay pruebas, pero sí evidencias y más de algún enfrentamiento con grupos dispuestos a frenar a los suyos.

El asunto incluso ha salido en los informativos, como simples peleas entre sintecho, pero eso no le conviene a nadie y, en lugar de seguir por un camino que acabaría en guerra, muchos han

propuesto que decida Mingo y Sosa tuvo que aceptar de mala gana, aunque no piensa ceder ante un viejo que hace tiempo que no rompe ninguna cabeza.

Pero debe mantener las apariencias.

Para extrañeza de sus seguidores, se ha ocupado de dejar bien claro que acatará lo que decida Mingo y que respeta su papel de mediador.

Y aunque haya sospechas, no podrán relacionarlo cuando el jodido viejo aparezca muerto.

Tiempo, paciencia y pasta le ha costado localizar su guarida, una casa de verdad escondida debajo de un montón de escombros en un solar abandonado, *el gilipollas se debe creer Batman en su baticueva de batibasura*, dice Sosa para darse ánimo. Porque aunque está seguro de que las leyendas exageran, la de Mingo es suficiente como para hacer dudar a quien quiera tenderle una trampa.

Por eso su idea es genial. Porque es sencilla.

Se va a plantar en su puerta ofreciendo disculpas y, al menor descuido, lo coserá a puñaladas *y que vaya a ejercer de mediador al infierno o donde le toque*.

El lugar está a oscuras, pero una pequeña luz entre los escombros le marca el camino. Piensa que el viejo es muy listo, porque de no haber tenido el dato exacto, nunca hubiera localizado ese escondite.

No estoy entrando en la boca del lobo. Es el viejo estúpido el que le abre la puerta al lobo, piensa, mientras una parte del aparente muro de escombros se mueve y el hilo de luz se amplía.

Sosa se dice que esta noche cambiará su vida. El viejo ha bajado la guardia y será fácil liquidarlo.

Ha visto a Mingo pocas veces. No le gusta ejercer el poder ni hacerse notar. Si tuviera que describirlo, no sabría.

Ahora se va a grabar su cara mientras lo mata.

La luz lo encandila hasta que una sombra lo interrumpe.

El golpe de abajo hacia arriba, con algo contundente, le da en la barbilla y cae, pero alcanza a ver una figura que decididamente no es la de Mingo.

Un mono de trabajo quizás azul, enmarcado por la luz que lo

convierte en silueta.

El rostro es una máscara blanca sin expresión.

El segundo golpe lo mata, pero ya ha perdido el sentido, así que no se entera.

La figura enmascarada lo arrastra dentro y se dispone a ejecutar el ritual de la sangre y el mensaje, pero recorre con la mirada la casa escondida y no encuentra ninguna pared libre de libros.

Un temblor furioso sacude sus manos hasta que las controla.

Observa la habitación y se decide. Con parsimonia, comienza a desplazar los muebles hasta dejar suficiente espacio en el suelo de cemento.

Luego prepara las herramientas, practica el corte, recoge la sangre y empieza a escribir.

32

Estoque

Cada vez que le preguntan su nombre, ella responde, jocosamente: «Dolores, viuda de Frontela, gracias a Dios». Pero hoy no tiene ganas de bromas y además es atea desde que puede recordar. Dolores se siente un poco culpable. No ha sido capaz de desentrañar los hilos de lo que se le antojaba una madeja y quizás sea una red, con la muerte acechando en un rincón. Para tranquilizarse, como hace siempre cuando está a solas, toma el bello bastón que Mingo le regaló hace tres cumpleaños, con empuñadura de plata finalmente labrada y cuerpo de roble americano, duro y flexible. Presiona el botón oculto en la empuñadura y extrae el delgado y filoso estilete que es el verdadero motivo de usar un artilugio ortopédico que, por suerte, todavía no necesita.

Lo limpia y lo afila mientras piensa.

Avellaneda los sobrevuela como un buitre, desde antes de que comenzara esta historia de asesinos muertos y pecados capitales. Intuye que está relacionado con el regreso del supuesto Nadie, pero tiene la certeza de que hay algo más. Algo tenebroso y oscuro que hace temblar a esta mujer indómita.

Y lo peor es no saber nada de Mingo. El fiero gesto que detectó en él cuando le habló de Avellaneda no augura nada bueno. Luego desapareció entre la gente, como suele hacer desde hace años, mientras los imbéciles lo imaginan un mendigo o un sintecho, y los mendigos y los sintecho lo respetan como un patriarca que reparte justicia y combate a las mafias de la miseria.

De pronto, Dolores asume que, si le faltara Mingo, su vida dejaría de tener sentido. Guarda el estoque reluciente en el bastón y saca de su bolso el puño americano, oculto en un estuche de cosméticos

para que ni por casualidad lo pueda hallar Angustias, su hija ultracatólica y ultraconservadora. Limpia concienzudamente el artefacto que tantas veces le ha sido de utilidad cuando no alcanzaban los algoritmos para cumplir su tarea de *hacker* justiciera, antes de entrar a la Brigada.

Piensa en Mingo, en todas las épocas de Mingo en su vida.

Sonríe y va hacia el cuarto, en el que brillan por su ausencia los cuadros de la Sagrada Familia y santos diversos que Angustias le ha ido regalando durante años con la esperanza de que la edad le enseñara a su madre de izquierdas el temor a Dios.

Los cuadros, envueltos y apilados, duermen en el trastero, bajo un montón de revistas viejas. Su ateísmo se ha vuelto menos beligerante, pero suelta una risita al imaginar que su hija la viera ahora, encendiendo una vela en el diminuto altar que oculta en su mesita de noche. Solo Mingo lo conoce y, más que ofenderse, comparte la broma. Se le ocurre que es una forma de convocarlo para que venga y ría con ella.

La llamita vacilante ilumina la foto de sir Simon Campbell, responsable de la creación de la Viagra, al que agradece cada noche por permitirle tener una vida sexual *que ya quisieran muchas.*

Se tumba en la cama y piensa en ella y en Mingo, en la historia de ambos, que habría servido de argumento para uno de esos dramas con los que Corin Tellado alimentó los deseos secretos de jóvenes crecidos durante el franquismo. Pero a doña Corín jamás le hubieran permitido contar una historia como la de Dolores y Mingo, criados en un barrio que intentaba ser demasiado pobre en una España de pobreza.

Él, siempre alto y serio.

Ella, indómita desde pequeña, incapaz de callarse aunque sus opiniones pudieran traerle problemas, y dispuesta a liarse a golpes con quien intentara hacerla de menos. Dolores nunca permitió que la llamaran Lola. Ya que sus padres le impusieron un nombre agorero, decidió convertirlo en lo contrario. En la adolescencia asumió y disimuló los sentimientos que le generaba la proximidad de su amigo de infancia. Ahora sospecha que Mingo lo supo antes. Y por eso levantó entre ambos una barrera que en ese tiempo era

infranqueable. De la noche a la mañana, declaró haber recibido la llamada del Señor e ingresó en el seminario, *hay que ser raro para renunciar al mundo si dices que quieres salvarlo*, piensa Dolores, y piensa también que Mingo y Justo se parecen bastante y por eso se entienden sin palabras.

La Dolores de ese tiempo, rebelde y orgullosa, tan guapa y brava que le perdonaban las faltas de respeto al régimen y las opiniones incorrectas, por puro despecho aceptó las proposiciones de noviazgo de Arturo Frontela, un muchacho apocado con un trabajo gris en un ministerio de paredes amarillentas. Los padres de Dolores hubieran descorchado una botella de champán de disponer de semejante lujo, pero simbólicamente brindaron con vino barato y dieron gracias al Dios en que su hija no creía: al fin había sentado cabeza.

—Ja —dice Dolores.

Y al estirar los brazos en la cama, toca el bastón con el estoque, que ha traído sin darse cuenta. Lo acaricia como si acariciara a Mingo, se sorprende del relieve del mango y por primera vez descubre al tacto que están labradas las iniciales de ambos, las de ella, sin la «F» prestada por un marido al que nunca quiso.

—El cabrón nunca dejará de sorprenderme —murmura Dolores.

Como la sorprendió cuando, después de tres años de tedioso noviazgo con Frontela y sin saber de él, Mingo regresó convertido en un joven y apuesto cura, asignado a la parroquia del barrio. Nunca hablaron de su marcha apresurada después de aquellos primeros besos que no fueron a más, pero resultaron tan intensos como si hubieran compartido el sexo más profundo.

El orgullo de Dolores tomó el mando. Aceptó la proposición de matrimonio de Frontela y —por supuesto— pidió que la casara su amigo, el padre Domingo. En el barrio, muchos daban por hecho que habían sido amantes antes de que el muchacho sintiera la llamada de Dios, pero no hubo demasiados cotilleos, que una boda lo tapa todo.

Lo que fue imposible de tapar fue el escándalo cuando esa noche, en plena celebración del humilde matrimonio, Dolores se fugó con el cura.

Una semana después, despertó sola, en la cama demasiado ancha de un hotelito barcelonés cerca del mar. Aprieta la empuñadura del bastón y presiona el botón que libera el estoque. No estaba sola del todo: había una nota en la que Mingo explicaba que aquello era imposible, que él había hecho un voto y lo había roto, por lo tanto, no volvería a ser sacerdote, pero tampoco tenía derecho al amor de ella. Recuerda que en aquel pueblo había procesiones, *aunque esa semana desaforada en la cama que no tuvo nada de santa, pero todo lo que hicimos fue divino*, piensa ahora recordando cómo volvió a su barrio con la frente en alto y nadie se atrevió a decirle nada, ni siquiera Frontela.

Tampoco nadie hizo cuentas estrictas cuando nació Angustias. Todo estaba en orden, cada cosa en su lugar. Doña Corín Tellado no hubiera admitido un argumento tan simple y la vida tampoco. Después de que Dolores enviudó, Mingo apareció por el barrio, sin aparecer. Era y no era él. Se instaló en el solar de enfrente, aparentemente en ruinas —aunque luego ella supo que el terreno le pertenecía—, e instaló en él una pequeña casa confortable y disimulada entre escombros.

Durante dos años no se atrevió a dirigirle la palabra. Fue ella quien cruzó la calle, buscó la puerta casi escondida y le pidió cuentas.

Mingo se las dio. Durante esos años se había vuelto un viajero infatigable, había practicado mil oficios y no todos legales, había estado en varias guerras buscando la muerte, pero volvió al comprender que no podía negar lo que sentía. Y ya que no iba a tenerla, por lo menos quería verla de vez en cuando, aunque fuera de lejos.

Dolores le dijo que se dejara de tonterías y que, si todavía le funcionaba lo que tenía que funcionar, había que recuperar el tiempo perdido. Y lo hicieron en secreto, durante años, en parte porque ella le fue cobrando la ausencia, en parte porque Angustias podía morir de un infarto si conocía la verdad.

Periódicamente, Mingo le pide matrimonio y ella le da largas por coquetería y porque aplica su sabiduría directa y brutal: «Marido ya tuve y me aburrí como una ostra. A ti te tengo de amante y me lo

paso pipa; no vayamos a fastidiar el asunto».

Un leve crujido, casi inaudible, la alerta.

Dolores conoce los sonidos mínimos con que la vivienda le habla. Este es nuevo. Ajeno.

Alguien ha entrado en su casa.

Aferra el estoque y se pone de pie.

33

Un angelote de porcelana

Dolores se asoma al salón protegida por la oscuridad. En la mano izquierda, «la peligrosa», suele decirle Mingo, sostiene el estoque. En la derecha, el corto puñal que hace meses compró en el internet más turbio.

Hay alguien en el salón.

No es Mingo, porque aunque tiene llave desde hace años, jamás llega sin avisar, *en realidad sin ser invitado, el muy orgulloso*. Quien se ha colado en su salón sabe lo que hace, el ruido fue apenas perceptible y cualquier otra noche no lo habría oído porque ya estaría durmiendo. También debe de ser hábil para forzar la robusta cerradura que su nieto insistió en instalar en la puerta principal. *Pero no importa cómo es, sino cómo va a quedar, y eso lo sé*, piensa Dolores: *como un jodido colador.*

Quiere darse ánimos.

Aunque está en excelente estado físico —hace ejercicio regularmente, y según su médico tiene una edad biológica inferior a los sesenta años—, debe aprovechar la sorpresa si quiere derribar a la figura que casi imagina entre las sombras. Solo tendrá una oportunidad.

Permanece inmóvil, tratando de captar la respiración del otro.

No es ningún novato, el asesino. Sabe lo que hace, pero ella también.

Las oportunidades hay que aprovecharlas, se dice con ironía mientras toma un pequeño y horrible angelito de porcelana que Angustias le regaló por su santo y que a ella no le queda más remedio que exhibir en lugar visible. Retrocede hasta que un

aparador la deja —o eso cree— fuera de la vista del intruso. Con cuidado, mete el cuchillo en el bolsillo de su bata. Con la mano derecha a la altura de las rodillas, arroja el angelote hacia el otro extremo del salón. La presencia se convierte en movimiento, casi en silueta, y hacia allí salta Dolores, con el estoque por delante, mientras aferra el puñal con la mano derecha. Falla por unos milímetros, como si la figura hubiera adivinado la trampa. Ella gira, buscando el cuerpo del atacante con el puñal, su muñeca es desviada por el antebrazo del hombre, que resopla y rueda por el suelo. Dolores gatea detrás, no piensa dejarlo escapar. Lanza otro tajo y siente que toca carne, pero no de lleno. El adversario está acorralado o casi. Desde hace años, Dolores se entrena recorriendo la casa en la oscuridad. Se lo enseñó Mingo, *¿en qué guerra lo habrá aprendido?* Y ella lo practica encantada, porque esos juegos suelen terminar con abrazos y otro tipo de lucha en el dormitorio.

¡Tú no tendrás esa suerte!, piensa mientras busca con el estoque el cuerpo del hombre, que trata de alejarse. Ataca con velocidad, pero el otro es más rápido y Dolores sabe que ha perdido, espera el golpe, no le importa por ella, sino por Mingo y por el resto de la Brigada, porque no podrá ayudar a detener a…

La luz se enciende y ve el rostro de su oponente.

—¡Me cago en tu padre, jefe! No me des estos sustos, que casi te agujereo…

En el brazo de Justo crece una mancha de sangre. Le hace un gesto y apaga las luces. Van hacia la cocina. Postergando preguntas, Dolores hace lo que haría cualquier abuela: busca el botiquín y le cura la herida, que por suerte es superficial. Saca una frasca de ese licor casero e ilegal que fabrica para fastidiar a su nieto. Sirve dos vasos.

—¿Ahora me explicarás qué coño pasa?

Justo consulta su reloj.

—Creo que vas a comprender de un momento a otro.

Un estruendo de sirenas, de distinto calibre y procedencia, converge en la calle, frente a la casa. Dolores corre hacia la ventana, pero él frena su mano, que descorre la cortina lo justo para ver la ambulancia, los dos coches de policía con las luces encendidas y los

hombres que penetran en el solar aparentemente en ruinas.

—¡Mingo! —grita Dolores, y se lanza hacia la puerta.

Justo tiene que utilizar todas sus fuerzas para arrastrarla hasta el pasillo.

—Mírame.

Ella estudia aquellos ojos en los que aprendió a leer. Respira.

—Entonces, ¿a Mingo no le ha pasado nada?

—Está en Valencia. En el hospital, con dos costillas resentidas, pero nada más. Insistí en que quede en observación, porque allí estará más seguro.

—No entiendo. ¿Y lo de ahí fuera? Creí que Nadie…

—Si me prometes que mantendrás la calma, te lo explico.

Vuelven a la ventana y ven cómo los sanitarios sacan en camilla un cuerpo cubierto con una manta de aluminio.

—No es Mingo —dice Dolores—. Es más bajo y grueso. ¿Quién es?

—No lo sé. Todavía.

Se retiran a la cocina. Ella hace café y rellena los vasitos de licor.

Justo explica.

—La semana pasada, hubo en Valencia una carrera ilegal de coches. Participó en ella (y la ganó obligando a colisionar a dos competidores) un hombre que podría encajar con la descripción de Avellaneda. Con los contactos de Mingo, creía que él podría averiguar algo.

—Y era una manera de alejarlo de Madrid, ¿verdad?

—Supongo que él también lo sospechó, pero me siguió la corriente.

—Lo mandas a Valencia para ponerlo a salvo y termina en el hospital. Menudo protector estás hecho…

—Lo siento. Ya sabes que en ese ambiente Mingo es muy conocido. Lo convocaron para que mediara en un conflicto… Y a uno de los grupos no le gustó su decisión. Creo que solo querían darle una paliza o derribar un mito.

—Y lo consiguieron.

—Yo diría que no. Tiene dos costillas magulladas, pero de los tres que lo atacaron, dos van a pasar semanas hospitalizados y el tercero necesita una barbilla nueva. ¿Sabes lo más curioso? En el lugar de la

pelea, además de los tres malheridos, apareció un puño americano, idéntico al tuyo…

—Bueno, ya sabes que esas cosas, por internet, se consiguen…

Justo sonríe y sacó del bolsillo el artilugio. Lo deja sobre la mesa.

—Pero pocos llevan grabada en el interior la frase «Te quiero, cabronazo», con la firma «D». —Lo empuja hacia ella—. Gentileza de los compañeros de Valencia. Mingo ya ha evitado allí unos cuantos derramamientos de sangre.

—Eso está bien, pero explícame el jaleo de allí enfrente y cómo lo sabías.

—Está claro que este nuevo Nadie quiere atacar a los siete miembros originarios de la Brigada e identificarnos con los siete pecados capitales. Ya comprometió al Súper y a Bermúdez. —Despliega los dedos—. A Dalia y a mí nos dejará para el final. Quedan Caronte, tu nieto y tú. Y, aunque respeto la labor de ellos, sin ti andaríamos a ciegas.

—¡Pero yo ni siquiera formo parte de la Brigada!

—Oficialmente. Este Nadie nos conoce, sabe de tu trabajo y de la relación con Mingo. Pero él estaba en Valencia. Luego pensé que si no lo encontraba, quizás intentara algo contigo. Cuando llegué, vi un hilo de luz en la muralla de escombros que disimula la puerta de la casa de Mingo. Me asomé y encontré a un tipo degollado y en el suelo la inscripción con sangre. Decidí ponerte sobre aviso y verificar que no habría hecho un doble trabajo.

—Todo eso está bien, pero ¿cómo lograste abrir la puerta?

—Te sorprenderían las cosas que se aprenden en un seminario…

Dolores preparó un comentario anticlerical, pero la duda pudo más.

—¿Qué pecado me adjudica? Me ofende que no sea la Lujuria…

Justo le pide papel y lápiz. Apunta algo y se lo muestra.

Un gran número:

5

Y debajo, en tamaño más pequeño, los números:

21:34

—Voy por la Biblia. La pesada de mi hija me regala una cada año.

—No hace falta, Dolores. El número del pecado es claro: la Gula. Así que los versículos deben de ser de Lucas. —El policía frunce el ceño, cierra los ojos y recita—: «Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día».

—¿La Gula? —protesta la anciana—. Además de asesino, es gilipollas. ¿Tú has visto el tipín que tengo? A Mingo lo traigo loco…

Ríen con cierto alivio y beben mientras se apaga el ruido en la calle.

Bromas aparte, la elección del pecado indica que la labor del topo es impecable: la avidez de Dolores por recoger información es la excusa para señalarla. El verdadero motivo sería poner en relieve lo irregular de su participación en la Brigada, su relación con Mingo, su condición de abuela de uno de los policías y puede que hasta algunas de sus andanzas de *hacker* justiciera anteriores a sumarse al grupo.

Dolores señala con la barbilla hacia fuera.

—¿Avisaste tú?

Niega Justo con la cabeza.

—Quien mató a ese desgraciado había esperado dentro de la casa, convencido de que sorprendería a Mingo. En cuanto estuviera a salvo, llamaría a la Policía y posiblemente también a la prensa.

—¿Tienes un cigarrillo? —pide Dolores.

—¿No habías dejado de fumar?

—Porque me lo pidió mi nieto. Entre nosotros, solo fumo después del sexo o cuando me entero de que han intentado degollar al gilipollas del que llevo enamorada toda la vida.

Justo inclina la cabeza y le da fuego.

—Vaya encendedor más guapo. Estás mejorando tus gustos, jefe.

—Lo mejor son las amistades y los regalos que me hacen.

Va hacia el salón y regresa.

—Hay cinco unidades móviles de televisión. Si salgo por la puerta principal, aparecemos en las noticias. Sé que la casa no tiene puerta trasera, pero quizás desde el patio pueda saltar a la del vecino y trepar a un tejado.

Dolores lo guía.

—Ve con cuidado de no caerte, o por lo menos que no te vean mis vecinos, que soy una viuda decente y tengo una reputación que defender.

Justo le da un beso en la frente y salta la pared con agilidad.

La anciana se queda pensativa y aferra el puñal del bolsillo de su bata.

34

Insomnios

Caronte García vaga por las calles de Madrid como si buscara el amanecer y lo evitara al mismo tiempo. Cualquier GPS que registrara su recorrido en las últimas horas, desde que salió del Instituto Anatómico Forense, marcaría un trazado demente, el de alguien que no quiere encontrar su casa para no quedarse a solas con las voces de los muertos.

Porque esta noche le hablaron. Todos a la vez. Pero de verdad.

Los muertos siempre le han contado cosas, con sus gestos finales, los secretos de golpes y abrazos que no habían dejado huellas a simple vista, con indicios que su empatía sabía seguir como un rastro hasta hallar lo que otros colegas no habían detectado. Mete la mano en el bolsillo del abrigo y saca otra botellita, no sabe si de J&B o de Jack Daniel's; compró dos docenas al azar en un chino de Moncloa, cuyo dueño todavía estará sonriendo. Mientras camina, las va abriendo y las vacía de un sorbo, pero no las arroja al suelo, solo las cambia de mano hasta que no le caben más. Entonces busca una papelera y sigue tratando de ahogar en licor las voces de los muertos.

Vuelve a pensar en Libitina, en llegar a su casa, tocar el timbre, pedirle refugio en su cama y su cuerpo y su amor paciente. No lo hará, con tanto alcohol en el cuerpo. Desde aquella vez en que casi le cuenta a Justo la historia del pequeño matarife asesino, no bebe en público. Solo con ella, antes y después del sexo. El vino tinto y denso como la sangre se ha vuelto parte de sus ceremonias. Con ella, el vino le quita la vergüenza, le aplana la joroba, lo convierte en otro hombre, se siente bello al mirarse en sus ojos sin fondo.

Pero esta noche no. Esta noche terminaría por contarle de

Hammed el Largo, de su madre, de todo lo que siempre calla. En estos años, casi disfrutó de la leyenda del forense jorobado al que le hablaban los muertos. En realidad, solo escuchaba con todos los sentidos los testimonios que otros convertían en simples datos estadísticos.

A Caronte García nunca le hablaron los muertos en el sentido literal.

Hasta esta noche, en el Anatómico Forense, cuando comenzaron a gritar sus verdades a la vez, superponiéndose en un discurso indescifrable. Lo asustaron tanto que apenas alcanzó a devolver los cadáveres a su sitio, antes de salir casi corriendo de la morgue, a buscar tiendas que le vendieran botellas de plástico imitando las de cristal, fuego líquido para quemar las palabras que atruenan en su mente.

El deambular y la borrachera lo protegen de la leyenda cumplida.

Caronte García no podría dormir aunque encontrara su casa.

No le asusta que los muertos hayan empezado a hablarle de verdad.

Le aterra llegar a comprender lo que le cuentan.

Jorge Frontela no consigue dormirse después del sexo con Beatriz. Ella suele apagarse poco a poco, mientras charlan de cualquier cosa, y cuando brotan de su garganta esos pequeños ronquidos que tanta gracia le hacen a él, se abraza al cuerpo de su novio tendido boca arriba en la cama, con las manos detrás de la nuca. Demorar su sueño hasta que el de ella sea profundo le otorga la ilusión de protegerla. Luego se duerme en paz.

Pero hoy no. Se siente culpable. Le da vergüenza su dicha mientras el resto de la Brigada está en peligro. Además está lo otro.

No será el número uno, pero es uno de los Apóstoles. Está en la mira de este Nadie retornado de la muerte.

Siete pecados capitales, atribuidos de manera arbitraria, con un sentido del humor retorcido. Siete miembros originales de la Brigada.

Justo.

Dalia.

Bermúdez.

El Súper.

Caronte.

Dolores.

Y él.

Más allá del ruido periodístico, ni Bermúdez ni el Súper serán imputados, pero sus carreras se habrán acabado, que es lo que busca ese asesino vengativo.

Debería temer por su abuela, pero no ve de qué manera podría dañarla Nadie. Si revelaran las intervenciones informáticas irregulares de Dolores, quizás la acusaran, pero jamás iría a la cárcel y se convertiría en una heroína popular.

¿Qué puede hacerle Nadie a Caronte? ¿Resucitar las sospechas de tratos carnales con las víctimas? Ya lo intentó Daniela Vélez y sin resultado. Desde las redes sociales le rebotó la ira de quienes creían que estaba atacando a un discapacitado. Justo y el Súper siempre destacan la labor de Caronte y es público que, gracias a sus habilidades, han capturado a peligrosos asesinos. Pero internet no lo defendió por eso, sino por una joroba que a veces parece que ni siquiera tuviera. Sonríe Frontela ante la paradoja.

Respecto a Dalia, ocurre como con su abuela. Si Nadie trata de vincularla al Ráfaga justiciero que maltrataba maltratadores, terminará consiguiendo que le levanten una estatua.

Y está claro que dejará a Severo Justo para el final.

Solo queda un candidato a víctima inmediata.

Soy el próximo, concluye, mientras Beatriz se agita, respira como un pájaro pequeño asustadizo y por fin se calma.

Nadie asesina a alguien vinculado al Apóstol que quiere señalar, expone sus errores y los magnifica para acabar con la credibilidad del grupo. No hace falta que sea un gran crimen, basta con que lo parezca.

No hay nada que pueda utilizar contra mí, piensa.

Nada que figure en mi expediente.

Pero hay algo con lo que podrían hundirlo. Fue hace mucho

tiempo. Debería hablar con Justo, pero le da vergüenza. Si sale a la luz, cargará con las consecuencias.

Toma conciencia de la tibieza de Beatriz contra su costado y comprende que quizás la utilicen en su contra y le arruinen la vida, o peor, se la quiten.

Frontela ha tomado una decisión: cuando esté despierto y más sereno, le hablará a Justo de ese punto negro en su pasado.

Se da cuenta de que ha murmurado sin llegar a hablar en voz alta.

Ella despierta un poco y le pregunta qué hora es.

Él sabe que es incapaz de mentirle y que notará la preocupación en su rostro, como lo hizo por la noche. Entonces la acaricia en esa parte del cuello debajo de la barbilla que dispara su deseo y le dice al oído:

—Si no tienes mucho sueño, es hora de probar un nuevo origami con el que soñé.

35

Sin dioses

Dalia Fierro se pone la bata de seda. Le gusta el tacto suave sobre su piel, pero esta mañana le gusta más.

José, el vecino de barra, resultó estar menos borracho y triste de lo que esperaba. Fue un amante eficaz, atento, preciso sin ser mecánico. *Y por suerte no era poeta*, se burla Ráfaga, que al menos permaneció en silencio el resto de la noche, espectadora cómplice.

Mientras lleva dos tazas de café a la cama y ven comenzar el día juntos, Dalia deduce que José es un hombre unidireccional. Simple. *Depende de cómo lo mires, doctora. Anoche hicisteis unas cuantas posturas más bien complicadas.* Dalia sonríe y piensa en lo relativo que es todo. Desde un punto de vista estrictamente objetivo, fue una buena noche de sexo, muy buena. Pero no la mejor de su vida, *de la mía creo que sí, oye*, protesta Ráfaga.

Charlan tendidos sobre el sofá italiano como si compartieran una balsa sobre un lago tranquilo donde antes había un mar agitado. José tiene cuarenta y muchos años, un trabajo estable como bibliotecario en una universidad privada. Estuvo casado, pero no funcionó. No tuvo hijos. Le apasionan los libros de una manera calmada y no le cuesta imaginarlo leyendo con lentitud, paladeando cada frase, un niño que en lugar de devorar la golosina que deseaba la mordisquea de a poco para que le dure más.

Tampoco se pone pesado pidiendo nuevas citas. Antes de marcharse, saca de la americana una pluma de buena calidad, *típico de bibliotecario, aunque ahora me imagino que todo será informatizado*, y escribe un número de teléfono en la última página del libro que tenía en el bar.

Homero, Ilíada, de Alessandro Baricco.

Ella ha oído hablar de esa novela en la que el autor italiano reinterpreta el poema de Homero sobre la guerra de Troya, quitando de la ecuación a los dioses del Olimpo, excusa fácil para explicar las pasiones humanas.

Él le entrega el libro.

—Por si alguna vez te apetece charlar o lo que sea.

—¿O lo que sea?

—Ayer te sentías sola, me ofreciste acompañarte y lo agradezco. Fue un privilegio. Me encantaría conocerte más, aunque algo me dice que no es lo que buscas. Pero como suelo equivocarme, por si acaso te dejo el número.

Ella señala el marcapáginas que sobresale hacia la mitad del volumen.

—Pero no has terminado de leerlo…

—Es la tercera vez. Si no me llamas, podré tratar de no pensar en ti recordando el libro palabra por palabra.

La mira como si tratara de grabarla en su memoria porque quizás no volverá a verla y, cuando lo acompaña a la puerta, Dalia le devuelve el libro.

—Entiendo —dice José, el hombre unidireccional, disimulando la tristeza.

—No entiendes nada, y no seas antiguo. —No sabe si es la voz de Dalia o la de Ráfaga muy suavizada—. Soy un desastre y pierdo los libros.

Busca su teléfono móvil, lo activa y le dice:

—Toma, apúntame tu contacto aquí.

Cuando se despiden, deja caer la bata y, desnuda, lo abraza con la puerta abierta y le da un largo beso. Luego lo empuja hacia el pasillo, porque de lo contrario ni ella irá a Jefatura ni él a su biblioteca. Cierra con prisa.

Y antes de que la vergüenza se lo impida, corre hacia la ventana, espera hasta verlo salir del portal, cruzar la calle y caminar rumbo a la Gran Vía.

Es un hombre normal. Un visitante más de una noche.

Otro encuentro en la oscuridad que no volverá a repetirse.

Venga, bonita, ponle música, y tienes un bolero de los clásicos, dice Ráfaga. *Que yo sepa, nunca antes le has dado tu teléfono a ninguno, ni mucho menos le has hecho café. Hasta donde recuerdo, a todos esos chulazos que te sueles traer, a todas esas mujeres espectaculares, los usas, te usan, lo pasáis bien, no me cabe duda, y los despachas, antes de que sea de día, sin nombres, sin promesa*s. Pero parece que José normalito te ha calado hondo y no solo donde yo me sé.

Dalia abre la boca para contestar, pero sería inútil porque la voz tiene razón.

José ha detenido un taxi y se sube a él.

Dalia murmura:

—Fejl, *omyl*, *napaka, viga*, *akatsa*, *virhe*, *erreur, errore, kļūda, ошибка, salah, kesalahan, грешка, hata, pohehe…*

Seguiría recitando «error» en varias lenguas, pero Ráfaga interrumpe:

El resto me las sé, pero lo de «pohehe» es nuevo, doctora…

—Mahorí —contesta Dalia, apartándose de la ventana.

Y por eso no se percata del coche gris del montón que estaba allí cuando llegó anoche, que se pone en marcha y sigue al taxi de José.

36

Los cincuenta movimientos

El tercer asesinato de Nadie acaparó titulares en programas matinales de la radio y la televisión y, por supuesto, inundó internet. La red se ha poblado de memes, algunos ingeniosos, la mayoría de ellos torpes o directamente crueles. Nadie ha podido relacionar con algún miembro de la Brigada al mendigo y delincuente menor que hallaron muerto. Pero es cuestión de tiempo.

El ministro del Interior se retrae en la silla y siente que sus pies bailan en el aire. Olvidó colocar el pequeño artilugio de madera que oculta bajo llave cada vez que sale, para que nadie lo detecte. Un pequeño escalón que le permite apoyar las suelas de sus zapatos italianos y sentirse seguro en esa silla con reminiscencias de trono.

Revisa las noticias y mira instintivamente al cajón entreabierto del escritorio. El teléfono rojo parece una amenaza anacrónica, sacada de una vieja película de espías. Sonará de un momento a otro.

Y no sabe qué decirle al presidente, no puede confesarle su colaboración con Daniela Vélez o la existencia de unos dosieres anónimos sobre los colaboradores de Justo, en su poder desde hace meses.

Su juego es jugar con el miedo del número uno a saber demasiado y verse implicado luego en algo ilegal. Funciona siempre. Cada vez que el presidente exige explicaciones, él le dice que para eso tendría que informarle de pormenores incómodos y el otro se conforma mientras le garantice que las cosas saldrán bien.

Ahora tendrá que mentirle.

Y el muy cabrón siempre sabe cuándo miento.

Decide recurrir a uno de los trucos más antiguos del oficio de ministro, algo que su antecesor llamaba la Ley del Gallinero: «La

gallina que está en el palo más alto caga y les cae a todas las que están abajo», le confió cuando le entregó el despacho. «Aquí tienes a muchas gallinas por debajo y solo una por encima. Pero cuando veas que se prepara, más te vale apartarte a tiempo y que le caiga a otro».

Llama a Severo Justo. Marca el número directo y se arrepiente. ¿Un funcionario español de alto rango, en su despacho, a esta hora de la mañana?

El policía atiende. Interior vacila al reconocer su voz y se identifica.

—Buenos días, ministro.

Ahueca la voz para que suene más importante y comienza.

—Quería comunicarle que cuenta con mi total apoyo ante los infundios que pretenden menoscabar la brillante labor que…

—Le agradezco, ministro —lo corta Justo para ahorrarse la introducción.

—Nada que agradecer. Pero, como comprenderá, aún no puedo salir a pronunciarme públicamente en un sentido o en otro…

—Lo comprendo, ministro. Si eso lo tranquiliza, le informaré de cada avance de la investigación, hasta el más mínimo detalle…

—No, no, no —se espanta—. No cambiaré el estatus de independencia de la Brigada. Tienen una trayectoria envidiable y un historial de logros que…

—Le agradezco nuevamente. Pero supongo que me llama por algo más…

—Sí. Tengo una consulta que hacerle. ¿Usted cree que Nadie ha…?

—¿Resucitado? No. Y espero estar en lo cierto. Imagínense un asesino inmortal que mata para dar ejemplo… Nadie estaría a salvo en España. Ni siquiera usted, ministro…

El pequeño hombre traga saliva.

—¿Yo? ¿Por qué lo dice?, ¿es que cree que merezco…?

—Lo creía el Nadie original. —Miente sin remordimientos—. Entre los papeles que encontramos, estaba la lista de futuros candidatos a desaparecer. Y su nombre en ella. No difundimos la información,

claro…

El ministro se asoma al borde de su alta silla para que sus pies rocen el suelo. La voz se le estrangula en la garganta.

—Hi-hi-zo, hizo bien, Justo. ¿Y usted cree que este nuevo Nadie…?

—¿… pretende continuar con la cruzada del original? Estoy seguro. Pero no se preocupe. Tengo un plan.

Hay alivio en la voz del ministro. Se recompone. Representa su papel.

—No esperaba menos de usted. Ojalá funcione, Justo.

—Confío en ello. Por si acaso, le recomiendo que duplique su custodia. O mejor: triplíquela, por las dudas.

El titular de Interior no sabe quién ha colgado primero.

Sigue con los pies en el aire y se sobresalta cuando resuena el timbre prepotente del teléfono rojo del presidente.

Cae sentado en el suelo.

La alfombra es tan gruesa que no se hace daño. Ahí se queda.

Para no hacer esperar a su jefe, coge el teléfono directamente y responde, mientras alza la cabeza y el cielo ornamentado del ministerio se le antoja remoto, como el techo de un enorme gallinero.

Severo Justo, en efecto, tiene un plan. Pero no le gusta. Va en contra de todo lo que ha defendido y ni siquiera está seguro de que funcione. Pero quizás sea el único posible.

Al señor ministro le dará igual que detenga o no al asesino, mientras no lo perjudique a él ni al Gobierno. Para Justo, más allá de las implicaciones personales, es prioritario detener a este nuevo Nadie que mata con impunidad. También está en deuda con las mujeres y hombres que confiaron en él para entrar en la Brigada. Pero, por encima de todas las cosas, tiene claro que no permitirá que la historia se repita. Hay dramas que son excesivos para cualquier vida, incluso si ocurren solo una vez.

Justo tiene un plan, pero como el escribiente del libro de Melville, *preferiría no hacerlo*. Como preferiría no haber venido hoy a esta casa señorial.

Sabe que debería haber pedido cita, aunque solo fuera para salvar

las apariencias. El hombre al que va a visitar ya no tiene una agenda llena de actividades, como entonces. Se dedicará a leer, o a escribir esa novela que nunca publicará, pero de la que habló hace ya más de veinte años, durante la cena que tuvieron tras la decisión de Justo.

El obispo ya no es obispo, pero parece cualquier cosa menos un jubilado cualquiera. Los años han pasado benignamente por él. Está, quizás, un poco más esférico, con la piel más sonrosada y la sonrisa menos eclesiástica. Pero sus pequeños ojos, posiblemente los más astutos que Justo ha visto, tienen la misma vivacidad.

Se levanta para darle la mano, pero el policía, en un acto reflejo, se inclina y le besa el anillo.

—No me jodas, Justo. A estas alturas… —dice el obispo, y le da un abrazo que busca reconfortarlo.

Lo invita a sentarse mientras sirve dos pequeñas copas de un excelente coñac. Propone un brindis.

—Por tu hija. Espero que me permitas el lujo de bautizarla…

El obispo jubilado sabe que su antiguo protegido ha venido a verlo por algún motivo y que lo expondrá cuando esté preparado.

—Si convenzo a la madre, cuente con ello. —Justo comienza a hablar antes de que el otro le pregunte por el nombre de la niña y tenga que contarle que todavía no tiene ninguno—. Verá usted, excelencia…

—Siento mucho lo que te están haciendo los medios de comunicación.

—Bueno, son gajes del oficio…

—¡Es una putada! —se enfada el anciano, y se persigna con ligereza, como si tuviera costumbre de hacerlo varias veces por día —. Perdona, hijo. Es que estoy indignado. Me han contado que los periodistas rondan la diócesis buscando trapos sucios en tu pasado como sacerdote. Que no los encontrarán, claro. Por no hablar de la temible Daniela Vélez, que quería hacerme una entrevista para que le hablara de ti. Ni le he contestado. —Se inclina hacia adelante y habla con picardía—. Entre nosotros, pensaba pedir autorización para dar una rueda de prensa hablando a tu favor, pero he decidido

convocarla por sorpresa el lunes. Ya conoces el dicho: es mejor pedir perdón que pedir permiso. Que seguro que no me lo darían.

La risita del obispo desmiente la preocupación de sus ojos. Justo piensa que este hombre inamovible se ha vuelto más sabio con los años.

—Se lo agradezco. Pero no quiero que tenga problemas por mi causa…

—¿Y por qué otra causa los voy a tener, hijo mío? ¡No sabes lo que he presumido yo de ti! Hasta me he permitido el pecado de soberbia de decir que yo te había enseñado todo lo que sabes…

El obispo vuelve a llenar las copas y Justo piensa que este prelado anciano y algo cínico está ahora más cerca de Dios que antes, *si es que Dios deja que alguien se le acerque de verdad*.

—Y ahora cuéntame por qué has venido.

—Tengo que pedirle tres favores.

—Lo que quieras.

Severo duda, se ruboriza:

—Quería que me confesara. Hace mucho tiempo que no lo hago y solo me atrevería con usted.

—Cuenta con ello, hijo. ¿Cuál es el segundo favor?

—Una partida de ajedrez. Ahora.

Al obispo le sorprende el pedido. Desde que Severo era poco más que un niño con enorme potencial que descubrió el seminario y decidió tomarlo bajo su protección, demostró una inteligencia inusual, a menudo un tanto frustrante para el sacerdote, al ver lo rápido que el alumno superaba en todo al maestro.

En casi todo, piensa el obispo. Con una mente analítica como la de aquel muchacho, resultaba lógico iniciarlo en el ajedrez, una disciplina en la que el obispo habría llegado fácilmente a Gran Maestro Internacional de habérselo permitido.

Como era previsible, Justo aprendió con rapidez, no solo las reglas del juego, también sus mecanismos. Muy pronto no tuvo rival entre sus compañeros ni entre los sacerdotes, a quienes ganaba con facilidad.

Pero hubo alguien contra quien nunca pudo. El obispo.

Pero no solo era por eso por lo que jugaba a menudo con su

discípulo. Durante ciertos momentos, en ciertas partidas, Severo Justo se volvía más terrenal, perdía esa distancia que mantenía con todo y detrás de sus ojos asomaba una furia temible que luego controlaba y seguía jugando. Pero cada vez que perdía con el obispo, es decir, todas, le costaba disimular la rabia.

Tiempo después, cuando se alejó de la Iglesia pero no de la amistad con el viejo sacerdote, siguieron jugando una vez al mes, como otra forma de mitigar en silencio la viudez de Severo Justo. Hace siete años, cuando lo enviaron a Bruselas, las partidas se interrumpieron y desde que volvió no han tenido tiempo de jugar, aunque sí que ha pasado varias veces a saludarlo.

El viejo obispo se pregunta por qué querrá jugar ahora. *Quizás, después de todo, Severo también es humano, habrá aprendido mucho estos años y quiere darse el gusto de ganarme antes de que yo estire la pata*, piensa.

Y también piensa que no le dará el gusto.

—¿Qué va primero, la partida o la confesión?

—La partida —pide el policía.

Colocan las piezas, reconociendo en el otro los gestos y los movimientos familiares después de tantas décadas.

Cuando comienzan, el obispo comprueba que el ajedrez de Severo ha mejorado mucho. Quizás no logre derrotarlo esta vez. Pero hay algo extraño en su manera de jugar, fría y frenética a la vez.

Reconoce el arranque de distintas estrategias y movimientos, la estela de diferentes maestros; es como si Justo estuviera jugando docenas de partidas a la vez y fuera cambiando de una a otra. El obispo, implacable, corta cada inicio, cada acometida planificada por parte de Justo con varios movimientos de anticipación. Pero aunque el sacerdote sigue siendo un ajedrecista de nivel mundial, no logra acorralar definitivamente al policía.

Consulta su planilla.

—Te felicito, Justo. Por una vez no podré ganarte. Ya hemos superado los cincuenta movimientos cada uno sin mover peones ni capturar piezas. Podemos declarar tablas.

—No me sirve —murmura, y con la mano izquierda va tumbando

todas las piezas del tablero, tanto las blancas como las negras, que parecen caer en cámara lenta.

El obispo imagina que eso tiene algún significado.

Su protegido se había venido a comprobar algo y lo ha hecho. No parece aliviado.

—¿Aún quieres confesarte?

—Ahora es más necesario que antes.

Van hacia un lugar alejado del despacho, ponen dos sillas una junto a la otra y, sin mirarse, realizan el ritual.

—¿Hace cuánto que no te confiesas, hijo?

—La última vez fue hace veintidós años, padre.

El anciano mira su reloj, pero recuerda con quién está hablando. Poco habrá pecado en tanto tiempo.

—Dime, hijo.

—Acúseme, padre, porque voy a pecar —responde el policía.

Y le cuenta su plan. Hasta el último incierto detalle. Cuando termina de hablar, el rostro del viejo muestra un color ceniciento. Se sobrepone.

—No puedo ponerte penitencia, porque te la has puesto tú mismo. Tampoco te pediré que te arrepientas, lo has hecho de antemano, pero eso no cambiará nada.

—No tengo otra salida, padre. Acabo de comprobarlo en el tablero.

—En cuanto a lo de absolverte…

—Sé que tampoco podrá, no se preocupe.

Sin mirarlo todavía, la voz del obispo recupera la antigua autoridad:

—¡No me vas a decir tú a mí lo que puedo y no puedo hacer! —Extiende sus manos y recita—: «Yo te absuelvo de tus pecados, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo».

Justo apoya su mano sobre la de su maestro y más viejo amigo.

—Gracias, padre.

—Dijiste que eran tres favores. ¿Cuál es el tercero?

Se lo explica y espera. El obispo asiente.

Justo se levanta y se marcha sin mirar hacia atrás. Parece un

hombre que arrastra un peso inmenso, pero está dispuesto a llevarlo hasta el final.

El sacerdote va hacia el tablero y comienza a guardar las piezas.

No está seguro de que Dios lo respalde en la absolución que acaba de conceder, *pero este hombre desea que lo consigas, Severo Justo*.

Antes de cerrar la caja, comprueba que faltan dos piezas.

Busca en el suelo y no están. Han desaparecido el rey blanco y el rey negro.

De rodillas todavía, el obispo se queda mirando hacia la puerta.

37

Un espartano

Otra vez el olor, la desnudez indefensa, la cadena al cuello, otra vez la voz teatral dictando las reglas de un juego que Javier Avellaneda sabe que va a perder.

Otra vez, de pie ante él, Severo Justo, la sangre chorreando en un brazo, la espalda recta, la mirada terrible, el odio que casi se puede respirar.

Otra vez la pequeña mesa y, sobre ella, el arma, equidistante de ambos.

Otra vez ellos dos dispuestos a saltar.

Otra vez Nadie anunciando que soltará la cadena de Javier y el primero que llegue al arma matará al otro y será libre.

Otra vez el chasquido metálico del mecanismo, la cadena que cede, el salto de Javier hacia el arma, pero ahora él llega antes que Justo, la levanta, apunta entre las cejas del policía y dispara.

Javier Avellaneda suspira al abrir los ojos.

Por fin ha cambiado el final del sueño.

Ahora solo falta cambiar la realidad.

Lo inquieta la reciente pasividad de Severo Justo.

¿Acaso se sabe vencido y piensa que si no da batalla será perdonado?

Pero eso es imposible.

Javier Avellaneda no podría detener la máquina que ha puesto en marcha aunque quisiera. Y no quiere.

Pese a algún error inesperado, todo conduce al final que planeó.

Es lo bueno de la gente como Severo Justo: que se atiene a

rituales, a leyes, a sentimientos, debilidades que se pagan al más alto precio cuando llega el momento.

Le molesta un poco el hombro, pero lo mueve con cuidado y, al entrar en calor, el dolor se amortigua.

Mejor así.

Prefiere no tomar ningún relajante muscular.

Necesita disfrutar de lo que va a ocurrir con todos los sentidos alerta.

Además, el riesgo de participar en la carrera de Valencia fue compensado de sobra con la arriesgada maniobra que, además de darle la victoria, provocó el choque de los dos pilotos más hábiles. Uno acabó ingresado en estado crítico, el otro salió mejor parado: moratones y una lesión en la espalda.

Lo que es seguro es que ninguno de ellos volverá a correr en una carrera como aquella, sin reglas ni límites.

Ya no le quedan contrincantes en España y puede que tampoco en Europa. Cuando acabe con Justo y compañía, emigrará a Estados Unidos. En Texas hay gente que tiene lo que hay que tener para jugarse la vida al volante.

Rastrea las noticias.

En portales y radios hay cierta confusión y la ola de críticas contra los Apóstoles parece remitir ante la muerte de un mendigo sin nombre, un delincuente de poca monta, la nueva víctima del Nadie resucitado.

Avellaneda maldice el error de identidad que altera el orden de sus planes, pero sonríe y decide que es mejor así. Una fama tan sólida como la de Severo Justo puede resistir más de un embate, pero este vaivén es engañoso como la esperanza, y cuando caiga definitivamente, el estruendo será mayor.

Además, cuando su plan llegue a la última fase, dará igual lo que piense el mundo de la Brigada de los Apóstoles y de su jefe.

A veces se pregunta qué hará después de acabar para siempre con Justo, de diferentes maneras y en todos los niveles. Es probable que tenga que seguir un tiempo bajo la superficie, hasta que pueda volver a disfrutar de su fortuna sin esconderse.

Pero será un tiempo de gloria, sin la persecución implacable de la

vieja *hacker* loca, del policía sacerdote y su panda de fenómenos.

En estos años de clandestinidad, con la ayuda de la abogada, Avellaneda tuvo acceso al verdadero origen de la fortuna de su padre, los negocios sucios y los asociados miserables. Sin saberlo, Severo Justo le hizo un favor con su persecución fanática, porque lo endureció más de lo que hubiera creído posible.

Cuando todo termine, Avellaneda multiplicará por mil esos negocios que el conservador de su viejo mantenía escondidos.

Se ducha y luego observa el pequeño apartamento, que hasta hace poco le resultaba insoportable por la medianía de los muebles, la escasez del espacio y la falta de lujos.

Optimista por haber cambiado el final del sueño, Javier Avellaneda piensa que el lugar ha sido como un austero cuartel para el necesario entrenamiento.

Hoy se siente un espartano capaz de vencer en cualquier batalla.

Completa su sencillo disfraz antes de salir a la calle.

Vuelve a pensar en Justo y lo imagina en su despacho, arrinconado, rezando tal vez. Consciente de que se acerca a su final y que no podrá detenerlo. Por un instante teme que el policía cumpla aquel viejo plan de suicidio nunca confirmado. Pero no lo hará.

No tomará el camino rápido.

Severo Justo hará lo que hace siempre, seguir los pasos indicados adecuados previsibles.

Los mismos que lo conducirán al desastre.

III

EL FIN

No olvides nunca que un santo
es un pecador que persevera.

NELSON MANDELA

38

El vuelo de Campanilla

Daniela Vélez ya no sabe qué hacer con sus nervios. Cambia de humor cada cinco minutos, pasa de la euforia al miedo, de la quietud a la hiperactividad.

Para colmo, su flamante ex primera asistente, *Lucía, Luciana, a saber cómo coño se llamaba, solo llevaba tres años conmigo y tampoco me voy a aprender el nombre de memoria de toda la gente, ¿no?*, haciendo uso de una confianza que nunca le otorgó, le advirtió que si no se serenaba volverían a aflorarle las arrugas.

La palabra «arrugas» no le molestó casi.

Eso es algo que le ocurre a las demás mujeres, *vale, a la cabrona de Lorna, no. Pero ya le ocurrirá después de todo esto, ya verás*. A Daniela, antes de que asomen, le basta con acudir a la magia de un cirujano discreto y carísimo.

Fue el verbo «volver» el que la enardeció.

¿Cómo que volverán a asomar las arrugas, si ella nunca tuvo?

Por eso la echó a la calle con un gesto, mientras el resto del equipo miraba hacia otro lado, temiendo que les tocara un disparo de rebote.

Ahora que ha vuelto a caer en una desesperación calmada comprende que necesita, al menos para el programa de mañana, que *Luisa o como coño se llame* siga siendo su mano derecha; *tampoco exageremos: meñique derecho, que yo llevo el timón de todo*, así que finge un gesto magnánimo y ordena que la detengan antes de que se marche, *pero Lourdes estaba en la cafetería, como si supiera que me iba a arrepentir*.

Daniela simula que no ha ocurrido nada, le encarga tareas y le dice que hará que le suban un veinte por ciento el sueldo, mientras

toma nota para deshacerse de ella en cuanto se afiance el programa, *no quiero tener cerca a nadie que me considere previsible, esos son los peores enemigos del futuro*.

Solventada la décima crisis de la mañana, se retira a su camerino de lujo y, a solas, abre la cajita de plata que le hizo llegar Fabrizzio, acompañada por una tarjeta en la que reza:

Para mi querida Campanilla.

No hace falta abrirla para saber lo que contiene, pero la abre.

Blanca, seguramente colombiana y la mejor que puede conseguirse en Europa.

Su inseguridad pierde impulso ante este nuevo intento del directivo por recuperar viejas complicidades *y no solo en la cama, que ya sé que estoy buenísima*, y se detiene antes de pensar «para mi edad», pero a él le interesa otro tipo de poder, *el que tuve, el que volveré a tener*.

Vacila ante la cajita, pero sabe que lo hará.

Saca la pequeña bandeja de plata pulida, también regalo de Fabrizzio, grabada con una fecha de hace unos años, cuando nada amenazaba su reinado catódico, saca un poco de cocaína y corta con una tarjeta Visa Oro una larga y delgada raya.

De otro estuche en su cajón, saca un billete flamante de cien dólares sin estrenar. «Los usados son para los pobres», solía decirle Fabrizzio cuando le regalaba esos fajos con ese fin.

No se decide. Le preocupan los nuevos acontecimientos. Todos los medios se han apropiado de la nueva víctima de Nadie y ella necesita algo nuevo que contar, algo que vuelva a referirse a la Brigada, y todo antes del programa de mañana por la noche.

No ha soltado el teléfono en todo el día, lo mantiene en vibración pero pegado al cuerpo para apartarse si reconoce una llamada de número no identificado, una comunicación de su informante que la ayude a sellar el éxito de mañana.

Pero no ha habido nada.

Vuelve a revisar los archivos sobre la víctima de Nadie, un pequeño delincuente menesteroso, un mendigo y ladrón degollado

en su propio refugio. Tiene sobre el tipo lo mismo que el resto de los medios y muchos ya especulan con que la cruzada del nuevo Nadie no tiene que ver con los Apóstoles de Severo Justo. Al fin y al cabo, el primer muerto era un conocido prestamista y el segundo una transexual peluquera de moda pero con pasado oscuro. *Incluso hay quien se atreve a insinuar que mi programa de mañana será un intento inútil por manchar la imagen de Justo.*

Contempla la blancura de la cocaína, el brillo de la plata, la tarjeta del directivo como una oferta para volver a lo de antes, a su destino de estrella en público y amante con promesa de matrimonio siempre a punto de concretarse; la apodaba *Campanilla* porque con los polvos mágicos ella echaba a volar y él volvía a sentirse un niño eterno como Peter Pan.

Un Peter Pan con un puñal demasiado corto entre las piernas, piensa con cierto rencor. Hoy Daniela es un péndulo humano que por momentos trata de aferrarse al resurgimiento de su carrera y lo que le propone el Osito, pero al instante siguiente teme caer todavía más abajo de lo que estaba.

Y aunque no trate de pensar en ello, le ronda el otro pensamiento, *que una cosa es asumir que una es una hija de puta capaz de cualquier cosa con tal de llegar a donde merece llegar, y otra negar que estoy colaborando con un asesino despiadado*; ignora el papel de su informante, pero le da tanto miedo que la llame como que desaparezca de su vida.

Enrolla el billete de cien y hace desaparecer la línea de cocaína en dos rápidos trayectos. El subidón la marea, quizás presienta que al bajar volverán los miedos con más fuerza. Pero ahora se siente capaz de todo. ¿Cómo decía aquel libro que tanto le gustó? ¡Ah, sí! Siente que el universo conspira a su favor. No sabe si la frase es de Neruda o de Pablo Coello, ya se lo preguntará a Lucrecia antes de volver a despedirla.

Vibra el teléfono y se sobresalta. La pantalla marca un número sin identificar y ella atiende con la euforia artificial de la cocaína.

—Aquí estoy, preparada y dispuesta.

—Me alegra oírte tan animada —dice la voz deformada

electrónicamente, que esta vez parece la de una niña—. Creí que estarías preocupada…

—Sabía que llamarías —miente, y se atreve a tutearlo.

—Pareces demasiado segura. Por cierto, te prohíbo que me menciones. Tampoco a los expedientes. Todo el mérito será para ti. Y te ahorras líos.

Ella asiente, un tanto decepcionada. Esperaba algo más.

—¿No puedes decirme nada que relacione a la Brigada con el mendigo?

—Te lo dejé por escrito. Pero si sigues mezclando alcohol, ansiolíticos, antidepresivos y cocaína, es probable que no te hayas dado cuenta…

Amortiguado, como el golpe con una almohada, recibe el dato de que conoce sus movimientos. La euforia le dura todavía.

—Tomo nota —dice con voz seductora, y se siente extraña hablándole así a lo que parece ser una niña de diez años—. ¿Te puedo hacer una pregunta?

—Poder, puedes.

—En realidad, son dos.

—La coca te vuelve atrevida, Daniela. Pero venga. Primera pregunta…

—¿Por qué quieres hundir a Justo y los suyos?

—Por venganza. Como tú, pero con más motivos. Segunda pregunta…

Quizás la cocaína empieza a perder efecto, a través del pulso acelerado y la mente disparada asoma el miedo, pero ya no puede echarse atrás.

—La segunda pregunta es… ¿Tú eres Nadie?

—Nadie es Nadie —responde con dulzura la voz de niña antes de colgar.

A Daniela le tiembla el pulso cuando arma la segunda raya.

Luego se arrepentirá, pero ahora necesita volver a sentirse segura.

Aunque sabe que no lo está.

39

Hombre-montaña al rescate

La imagen de Justo en su despacho no encaja con lo habitual. Parece más apropiada para una viñeta de un cómic de novela negra, con el típico detective que mira el techo, mientras tiene los pies sobre el escritorio y se afloja la corbata.

Lleva dos horas así.

Esperando.

Quiere darle otra oportunidad. Se la merece.

Para vencer la impaciencia y cumplir los pasos que ha decidido, marca el teléfono de su padre.

Hasta la voz del viejo es imponente por el teléfono, delata su tamaño y su dureza mineral, pero al mismo tiempo está ansioso y feliz.

—¿Ya ha nacido la niña, ya ha nacido la niña?

—No, padre. Todavía no, pero falta poco.

Justo piensa en cuánto nos cuesta abandonar las costumbres, incluso las que no tienen sentido. Toda su vida guardó un resentimiento absurdo contra ese gigante serio al que consideraba poco menos que un maltratador de su madre y solo después de la muerte de ella lo ha conocido de verdad. Sus silencios se parecen, como se parece la devoción que sentían por la pequeña mujer muerta hace menos de un año. Y, sin embargo, aunque ya no tiene motivos para la distancia, le resulta difícil acortarla. Lorna, en cambio, habla a diario con el hombre-montaña, que masca la impaciencia en su casa de la Sierra de Gata esperando la noticia de la llegada de la nieta.

—¿Cómo está la pierna? —pregunta el hijo.

—Bien, pero con la escayola, moverse por el pueblo es un

engorro. Ya sabes que todas las calles son empinadas hacia arriba o en barranca…

Hace un mes, unos turistas imprudentes se internaron en la sierra jugando a los expedicionarios y se perdieron. La búsqueda se organizó en un sentido lógico, pero el viejo escuchó a la montaña y ella, eterna amante, le habló. En lugar de pedir ayuda, fue solo en la dirección más escabrosa y terminó encontrando a la pareja, que llevaba casi dos días en una hondonada. Como había ido preparado, les lanzó una cuerda y los hizo subir uno por uno. Estaban muertos de hambre y tan débiles que casi tuvo que llevarlos en brazos hasta el pueblo.

Eusebio Justo, como siempre que se internaba en la montaña, volvió intacto. Pero después, en la fiesta que la pareja organizó en su honor al día siguiente, había bebido dos copas de más y bajó por la escalera de la taberna del lado equivocado.

Justo todavía recuerda que se lo contó con un humor que nunca le había conocido, porque no le dio ocasión.

—Padre…

—Dime, hijo.

—A pesar de la pierna, ¿usted podría…?

—¿Ir a Madrid para estar con vosotros cuando nazca la niña? ¡Por supuesto que sí! Esta tarde llego.

El entusiasmo cambia el humor de Severo Justo y lo enternece.

—Voy a enviarle un coche con conductor para que…

Espera el grito y la protesta del viejo, que es una fuerza de la naturaleza, por lo que lo sorprende la docilidad con que dice:

—Lo que tú dispongas estará bien, hijo. Y gracias por permitirme compartir con vosotros el momento.

—Gracias a usted, padre. Luego hago que lo llamen para arreglar el viaje. Pero quería preguntarle algo más.

—Tú dirás.

—¿Todavía tiene el .38?

El viejo no se extraña ni se alarma. Ha aprendido pronto que este hijo serio no habla por hablar.

—Aceitado y con municiones de sobra.

Ni Justo le pide que lo traiga ni el viejo necesita que se lo pida.

Se quedan en silencio, el policía se decide:

—Padre… No sé si está usted al tanto de…

—Claro, hijo. Pero no quise molestarte. ¿Estás bien?

—Estoy. Y espero seguir estando. Pero si falto… Le encargo a Lorna y a la niña.

Un nudo en la garganta del viejo le enreda la voz.

—Cuenta con ello, hijo. Haz lo que debas hacer. Pero vuelve, por favor.

—Gracias, padre —dice Justo, y cuelga sin prometer nada.

Decide que ya ha pasado tiempo suficiente y marca el número en el móvil. Se sobresalta al escuchar el timbre conocido delante de su puerta, que se abre y entra Frontela. Se quedan mirando, ambos comprenden la coincidencia de la llamada de uno con la visita del otro.

Por fin Frontela cuelga y Justo hace otro tanto.

—Cierra la puerta y pasa, Jorge.

Cuando el policía entra, le dice:

—Tenemos que hablar.

40

Ya nadie come de menú

En cualquier barrio, el mediodía despuebla las calles una vez que han acabado los retornos colectivos de niños o trabajadores. Desde la cafetería, una Dalia Fierro con pañuelo en la cabeza y un abrigo que le queda grande aparenta una edad que aún no tiene, *o la que tengo pero peor llevada*, se dice. Vigila la puerta del taller mecánico.

Ráfaga está en silencio, pero sigue ahí por si la necesita. Ni siquiera se ha burlado la media docena de veces en que ha evocado a José el bibliotecario durante la mañana. Tienen una misión y eso es lo primero.

A Dalia siempre le pareció que los disfraces al estilo Tom Cruise, con máscaras y otros excesos, están bien para la tele y el cine, pero no para la vida real. La gente no se fija en la gente, salvo que sea exuberante o peligrosa. Vamos buscando estereotipos en los que encajar a cada persona que vemos o conocemos, *yo por ejemplo, ahora soy una mujer menuda golpeada por la vida, con una situación económica no muy sólida y que viene del último fracaso amoroso de su vida, por eso pido un coñac tras otro, por eso parezco hablar sola. Por eso ya ni me miran. Soy la casi vieja abandonada y borracha, ni siquiera una alcohólica habitual que pueda montar un lío, una pobre mujer a la que evitan volver a mirar por miedo a que les cuente su triste historia*.

Y eso impide que vean, tras el primer sorbo de cada copa, que deja caer el resto en la papelera que por suerte tiene doble bolsa. El dueño o encargado sabe que más vale gastar un poco más en plástico que fregar el piso dos veces.

El taller tiene una puerta no muy grande y ha estado cerrado toda

la mañana. Por supuesto que ella no ha cometido la torpeza de hacer ninguna pregunta al respecto, preguntar es otro error, siempre es mejor escuchar.

La gente necesita demostrar que sabe cosas y, si no tiene nada nuevo de lo que hablar, pues vuelven a los temas de siempre. Por ejemplo, un parado gordo y de rostro enrojecido critica «lo flojo que es el Joaquín, que casi no abre el taller», aunque según un hombre arrugado y sin edad, «dice que tiene encargos importantes y no acepta arreglar los coches de los vecinos, que una multinacional lo tiene en nómina para que se dedique exclusivamente a los coches de sus ejecutivos», pero con un escupitajo un jubilado bravío y furibundo duda de los presuntos ejecutivos, «que la mayoría de los coches que trae son normalitos, ese seguro que los arregla para el narco y cualquier día cae aquí la Guardia Civil, o lo encontramos con el culo roto en una esquina, usted perdone, señora», y Dalia mueve la cabeza con coquetería vencida, como si solo hubiera escuchado el tono gentil del hombre y no lo demás.

Otro comenta que «da igual quién le paga al Joaquín, lo que jode es que se haga el misterioso y casi no alterne con los del barrio, y que aunque mantenga la casa arriba del taller se haya mudado a un vecindario más aparente después de divorciarse de su mujer y sus hijos», y el camarero logra aportar el dato de que «ella a veces vuelve, porque aquí tiene a la madre y, aunque sigue enfadada con él, presume de que le paga una estupenda pensión y el alquiler de un piso precioso y amplio en el ensanche de Vallecas, con garaje y todo, oye». «Ya, pero en un décimo piso», dice el viejo. «Si te caes de ahí, no cuentas el cuento». «Vale, Tomás, y si tú te caes del taburete, tampoco», se burla el tabernero, y todos le ríen la gracia. Parece que el viejo está a punto de enfadarse, pero invita a una ronda para todos, «incluida la señora», que cabecea nuevamente, perdida en su mundo de tristezas.

Cuando el viejo Tomás dice que se la apunten, parece que va a haber bronca, pero otro de los habituales que pasan allí la mañana le recuerda al camarero que «los jubilados y los parados somos los únicos clientes fieles, porque no tenemos otro lugar a donde ir y, aunque sea poco, cobramos algo todos los meses, que no todos

vamos a tener la suerte de Joaquín».

Dalia ya sabe lo que necesitaba y mira furtivamente hacia la persiana metálica cerrada. La puerta de al lado de la casa será la que conduce a la vivienda de arriba, con las persianas también bajas.

El camarero le dice con cortesía un poco brusca que en diez minutos van a cerrar, antes abría a mediodía para dar menús, «pero ahora la gente o come en su casa o se compra una puta ensalada en el Carrefour, como si eso fuera alimento».

Ella hace temblar un poco la mano cuando saca el dinero para pagar, y se olvida de la vuelta, que no es tanto como para llamar la atención pero sí suficiente como para que el camarero se aproveche del supuesto olvido.

No es la última en marcharse, sino la penúltima. Se aleja con paso errático calle abajo, rumbo a una parada del autobús, y allí se detiene.

Cuando ve salir al camarero y la calle queda desierta, cruza de acera y se acerca hasta la puerta del taller mecánico. El balcón que sobresale del primer piso no está muy alto y por la noche podría escalarlo, pero dijeron que el tipo no vive ahí, tendrá que recurrir a Dolores para averiguar el otro domicilio.

Mientras va otra vez en dirección a la parada del autobús, llega por la calle el coche rojo, alemán y llamativo, el mismo que anoche le describió Ordóñez, que ahora está en el hospital, la misma terminación de la matrícula.

Sigue alejándose despacio, entre borracha y triste, el coche pasa y, al llegar al portón, suena un chasquido y la puerta se abre mecánicamente.

Joaquín Peñalverbes, el mecánico con suerte, hace rugir el coche antes de meterlo dentro de su amplio taller, le encanta cómo resuena y también cómo relucen las herramientas y las paredes, que antes estaban llenas de grasa. *Ahora esto parece un quirófano*, piensa mientras la puerta de metal se cierra y no advierte la breve figura que rueda hacia dentro y se coloca detrás del coche.

41

El más joven de España

Pedro Ramírez está cansado pero satisfecho. Se dice que hace años que podría haber ampliado el despacho y contratar a un batallón de ayudantes para que repartan turnos, organicen esperas y él solamente tenga que llegar, firmar y sellar.

Otros colegas, más veteranos, tienen varios despachos contiguos para que los clientes esperen sintiéndose más cerca de la preciada firma, mientras ellos van de uno a otro resolviendo el trámite. Como cada mediodía, se repite que eso no es ilegal, pero sabe que no lo hará.

Un poco en broma y un poco en serio, su mujer siempre le recuerda que se casó con un notario con alma de obrero. No es una queja, sabe que Rosa prefiere que sea como es, aunque no vivan en una mansión sino en un piso cómodo y ella pueda hacer su tesis de doctorado en Filología Hispánica sin preocupaciones. Es justo. Rosa trabajaba mientras él preparaba las oposiciones, ella hizo posible la hazaña de Pedro Ramírez, el notario público más joven de España.

Va apagando, una por una, las luces de los despachos.

Siempre es el último en marcharse. Tendrá el tiempo justo para llegar a casa, comer algo con su mujer y regresar. Solo él sabe que su forma de trabajar es el pago diario de una deuda que nunca terminará de cancelar. Su acreedor jamás vendría a cobrarle o a recordárselo.

Pero a Pedro Ramírez le basta con saberlo él.

Es un secreto que jamás compartiría con Rosa.

Cada vez que cruza el despacho donde lo llaman «señor notario» se sigue sonrojando por dentro, *por fuera he aprendido a disimular,*

o eso creo, *los signos del síndrome del impostor*.

Algunas veces se arrepiente. No son muchas.

Pero el miedo sigue ahí, en especial desde hace un año, cuando aquel tipo que parecía un agente del FBI de las series de la tele vino a hacerle preguntas sobre su amigo de la infancia. *Sería un periodista de los que interrogan a los que tuvieron que ver con los Apóstoles*, intenta convencerse.

Tampoco parecía un policía, *aunque era muy correcto, pero parecía tenso, como si estuviera conteniéndose*.

Recuerda su estremecimiento cuando lo vio meter la mano dentro del abrigo y esperó la previsible pistola *o revólver, nunca sé distinguirlos*, pero el otro sacó un sobre lleno de billetes que desparramó sobre su mesa como si fueran cartas de una jugada maestra de póquer.

—Sé que los notarios viven bien —le dijo—. Si trabaja para mí, ganará el triple casi sin trabajar y tendrá tiempo libre para pasar con su bella mujercita…

Pedro Ramírez tuvo miedo y estuvo a punto de ceder.

Pensó en su amigo, el hombre al que le debía todo.

Negó con la cabeza.

El tipo con pinta de agente del FBI —cuando intenta recordarlo tiene la impresión de que estaba disfrazado, o maquillado, quizás sea solo su imaginación— se puso las preceptivas gafas oscuras aunque era de noche y le dijo que no temiera, que el señor notario no era tan importante, apenas una pieza minúscula en un juego demasiado grande, y que la información que necesitaba la obtendría de otra manera, pero que si hablaba con alguien de su visita, podía despedirse de su familia para siempre.

Todavía tiembla al recordarlo.

Cada mañana se siente miserable por no advertir, aunque sea mediante un *e-mail* anónimo, al hombre al que le debe tanto y que, si está en el objetivo del extraño sujeto, llevará casi un año en peligro.

Como cada mediodía, se plantea llamarlo, cambia de idea y deja la decisión para la noche.

Se convence de que hoy sí lo hará y lo sigue pensando cuando llega a la sala de espera principal.

Tarda en advertir la presencia del hombre alto que lo espera de pie.

—Tú —dice Pedro Ramírez, el notario más joven de España.

42

Has sido tú

Al fondo del taller mecánico hay una puerta y de ella nace una escalera por la que se accede a la casa. Se nota que nadie vive allí desde hace un tiempo. Los muebles están tapados con lonas y una fina capa de polvo que se ha ido colando por rendijas invisibles lo recubre todo.

A Dalia Fierro le ha costado subir el cuerpo de Joaquín Peñalverbes, pero no podía dejarlo en el taller. Demasiadas herramientas y posibilidades de que durante su ausencia lograse soltarse y poner sobre aviso a su jefe.

La mordaza que le silencia la boca es innecesaria. El pobre tiene tanto miedo que no se atrevería a gritar. Ya lo obligó a decirle todo lo que sabía. Que no es tanto, pero tiene el teléfono móvil al que Avellaneda lo llama cuando necesita que el mecánico le lleve o recoja alguno de los vehículos de apariencia vulgar, pero con motor y mecánica de lujo, con los que se mueve por la ciudad para pasar inadvertido.

Según le contó Joaquín, para evitar más golpes suele cambiar de vehículo cada cuatro días, por la noche, en localizaciones de las que le informa por teléfono en el último momento. Es decir que esta noche Avellaneda llamará. Para entonces, Dolores tendrá pinchado el teléfono y habrá realizado su vudú informático que permita localizarlo.

Revisa las ataduras de pies y manos. Con una cuerda que pilló del taller, lo ata al sofá después de ponerlo en la posición más cómoda posible. Revisa la cocina y el resto de la casa, pero no hay nada, es como si la vida hubiera huido de ahí de repente y solo hubiera quedado la cáscara de lo que una vez fue un hogar.

Se acerca a Joaquín, le gira la cabeza, pero él no quiere mirarla a los ojos, ha evitado verla desde que recibió los primeros golpes.

—Vale, no me mires. Pero asiente si me escuchas.

El mecánico obedece.

—Este es el trato: desde el punto de vista legal, te has limitado a trucar coches para un tipo que, por lo que me dices, cambia de aspecto pero rondará los cuarenta años. No soy experta, pero creo que no es un delito grave. Si eres listo, puedes quedar al margen de cosas muy chungas que ha hecho tu jefe y conservar lo que te haya pagado en este tiempo, ¿me entiendes? Si lo que me has contado es cierto, hay trato. Pero si me has mentido, ignoro qué consecuencias legales puedes tener, pero lo que está claro es que volveré y esta vez no habrá clemencia. ¿Comprendes?

Está tan asustado que aunque lo dejara libre se limitaría a huir lo más lejos posible de Madrid. Le busca una almohada y unas mantas.

—Ahora te vas a quedar unas horas aquí y luego vendré yo, o enviaré a alguien a liberarte. Y si todo va bien, podrás seguir con tu taller, aunque me temo que vas a tener que volver a aceptar coches de los vecinos.

El mecánico asiente con fuerza.

Mientras se prepara para salir, Dalia piensa que tal vez debió darle algo de comer, porque no sabe cuándo volverá, pero Ráfaga se burla despiadada: *Es que desde que te me has enamorado te has vuelto maternal, chica.*

Dalia Fierro no piensa discutir. Tiene cosas más urgentes que hacer.

Espía por la mirilla.

La calle sigue latiendo a ritmo lento de siesta. Sale con su indumentaria de borracha vencida metida en un bolso que encontró en el dormitorio. Al llegar a la avenida, busca una serie de contenedores y duda en cuál abandonarlo. *Mira qué ecológica está la niña*, dice Ráfaga.

Cuando para un taxi, sube y da la dirección de su casa. Siente que la última hora, desde que entró rodando por debajo de la puerta del taller, fue un sueño o una película que ha visto demasiadas veces.

Tiene una duda, aunque prefiere no exponerse a la voz burlona.

Pero es difícil engañarse a sí misma.

No preguntes, pero yo lo contesto, doctora. Estás en lo cierto. Toda esa violencia matemática y despiadada con la que redujiste al terror al pobre infeliz no la dirigí yo. Has sido tú. Durante mucho tiempo te dejé creer que era yo porque me dabas pena.

Pero la bestia siempre fuiste tú, doctora Fierro.

43

Más nombres que una infanta

La carcajada hace temblar los cuadros y las paredes. Severo Justo, que hubiera jurado que jamás había escuchado reír a su padre, recupera de pronto ese sonido monumental de la niñez, desmintiendo los prejuicios que luego construyó con los años, en los que confundía la pesadumbre del hombre por los negocios fallidos con mal humor y su silencio con hosquedad.

Lorna se tienta y lo sigue.

Suena como cuerdas de cristal afinadas por un genio o un ángel.

—¿Entonces es cierto? —El viejo mira al hijo y a la nuera y ellos se miran tratando de mantener la seriedad, pero estallan en risas.

Eusebio sacude la cabeza, sorprendido.

—¿O sea que la niña puede nacer hoy y todavía no le habéis elegido nombre?

—No.

—Es que nos gustaban tantos que si le poníamos todos iba a parecer una infanta —bromea Lorna—. Queríamos llamarla Antonia, como a ella, pero…

—¡Quita, quita! —Mira al hijo—. Tu madre era la mujer más bella que he visto en mi vida, pero tenía un nombre horrible. Es como si hubiera sido niño y le pusieras el mío… Vamos, que os desheredo.

—Habrá que elegir nombre o terminaremos llamándola «la niña»…

—Ya se nos ocurrirá algo. —Lorna siempre esquiva el tema.

Últimamente, tiene la sensación de que Justo se va despidiendo de todo.

Dalia le dijo que será la vulnerabilidad por tener otra hija y otra mujer cuando había pensado que ya no tendría vida.

Dolores, menos psicoanalítica, le explicó, cuando le preguntó en la fiesta de la Brigada, que «tu marido siempre fue una especie de monje-soldado, muchacha. Pero no esperaba verse metido en la guerra que viene, con más de cincuenta, una mujer hermosa y un bebé. Aunque esté feliz, creo que se sentiría más cómodo si tuviera que pelear a mano limpia contra diez navajeros. Ya se le pasará, después de los primeros treinta años».

A Lorna le pesa el cuerpo y la niña se revuelve. Sale de cuentas este fin de semana y de alguna manera la presencia de Eusebio la tranquiliza. Sabe que Justo necesita rondar, *hacer lo que sea que está haciendo para garantizar la seguridad de todos y ojalá que lo consiga*.

Siente que ama tanto a ese hombre que le duele. Pero es un dolor bueno, le recuerda que está viva y dará vida.

Después de los postres, Justo recibe un par de llamadas, pretexta que tiene que salir y entre la mujer y el padre poco menos que lo echan para que no se quede en la casa dando vueltas como una fiera enjaulada.

Lorna se empeña en prepararle la cama. La escayola de Eusebio parece interminable. El viejo mide casi dos metros y vuelve a reírse cuando le cuenta la tonta manera en que se rompió la pierna.

El viejo demora en abrir la maleta y ella lo mira con ironía.

—Espera un momento —pide, y sale. Cuando vuelve, le muestra la Ruger LCP .9mm—. Venga, ahora la tuya —dice.

El viejo sonríe y saca el largo .38, que reluce como solo puede hacerlo el arma de un hombre que más que limpiarla la acaricia.

—Como venga por nosotros se llevará una sorpresa —dice Eusebio.

—No creo.

—¿No crees que venga?

—No creo que se sorprenda. Este asesino es inhumano. —Luego sonríe con esa calidez cómplice que han desarrollado y que, más que dejar fuera al hijo del gigante, lo incluye al ritmo en que él necesita ir asimilando las cosas—. Bueno, no nos pongamos tan dramáticos. Si prometes no decirle nada a Justo, nos tomamos un chupito de ese

licor tan bueno que me mandaste.

El viejo acepta y, cuando van hacia el salón, Lorna, casi cómica en la redondez de su figura, se gira y lo mira.

—Eusebio.

—¿Qué, hija?

—Si alguien intenta atacarnos, tira a la cabeza. Porque es lo que yo haré.

—Y yo, Lorna. Y yo.

44

Un tazón de tila

—Hola, hola. ¿Me recibes, Bermúdez? Cambio.

—Te recibo, Pablo. Pero mejor utilizamos nombres en clave. Cambio.

—Cierto. No me acostumbro a los *walkie talkies*. Pero tienes razón. Tu nombre en clave será Rosa Chicle. Cambio.

—¿Estás graciosito? Pues yo te llamaré Canario One. Cambio.

—No me jodas, Paco. Esto me suena a venganza. Cambio.

—De eso, nada. Justo dijo que era mejor no alquilar un coche a nuestro nombre, para no dejar pistas. Entonces me acordé del coche de la niña, que no se lo llevó a Granada porque no tira para subir las montañas, pero aquí en Madrid… Además, ya sabes que es un clásico. Cambio.

—Un escarabajo Volkswagen del año de la polca y encima pintado de color amarillo chillón. Cambio.

—Por eso te llamo Canario One. Si te digo Escarabajo, te delato enseguida. Cambio.

—Esto no es serio. Además, no entiendo las instrucciones. Cambio.

—Son muy sencillas. Tú vigilas tu objetivo y yo el mío. Cambio.

—¿Y los demás? Cambio.

—Vete a saber, se los habrá encargado a otros de la Brigada. Cambio.

—Eso habrá sido. Ojalá que les den patinetes eléctricos, joder. Cambio.

—No cambias nunca, Canario One. ¿Te dejo el Rosa Gold? Cambio.

—¡Quita, quita! No cambio. Cambio.

—Tú te lo pierdes. Cambio.

—Oye, que detecto un movimiento de mi objetivo. Lo sigo. Cambio.

—Si la cosa se pone fea, avisa y llego en unos minutos. Cambio.

—Espero que no corra mucho, que con este trasto… Cambio.

—Tranquilo, que tú puedes con todo. Cambio.

—Gracias, Rosa Chicle. Cambio.

El Súper pone en marcha el Volkswagen de 1972 y el motor responde con obediencia de maquinaria conservada.

Normal, se dice. *Paco no iba a dejar que su niña fuera en un coche poco seguro. Aunque le podría haber elegido otro color, joder.*

Daniela Vélez pasea por su ático, que de repente se le antoja demasiado humilde para el futuro que tiene por delante. Necesita descansar, dormir por lo menos hasta el mediodía de mañana si quiere aparecer impecable en la pantalla y hacer su retorno triunfal.

El contenido de la cajita que le envió el Osito hace ya horas que se terminó, pero Daniela fue capaz de no escribirle pidiendo más. Eso sería desvelar una posible debilidad. Pero siempre tiene una reserva escondida en casa, que en los meses pasados no utilizó para ahorrarse las depresiones del día siguiente, cuando su carrera parecía haber terminado.

Por momentos canta y baila, ensaya su rostro de mañana, el que conservarán en la mente generaciones de espectadores. Por momentos se excita, se mira al espejo desnuda y concluye que *estoy tan buena que si pudiera me lo hacía a mí misma*. Por momentos tiene miedo. Un miedo sin nombre ni forma definida, porque es un miedo sin rostro y cada vez que lo piensa tiene una voz diferente y artificial.

No me contestó la segunda pregunta. Tiembla al pensar que quizás Nadie estuvo en su piso y podría volver a hacerlo.

Una raya más diluirá el miedo en prisa y entusiasmo.

O disparará la paranoia.

Daniela se resiste, apela a su coquetería, ya que el sentido común se fue de vacaciones, *y si te sigues metiendo rayas, mañana vas a*

parecer un espantajo, querida. Recuerda que Lorna estará mirando.

Eso la convence. Necesita descansar y no pensar.

Se prepara una tila triple en un tazón, que acompañará con solo medio somnífero, *no me la voy a jugar ahora*.

La pista que le dio la voz de niña era excelente. Solo tuvo que revisar los dosieres al volver a casa, conteniendo las prisas que la hacían saltar de uno a otro. Se impuso una calma enervada y fue buscando el nexo entre un mendigo muerto y la Brigada de los Apóstoles.

Cuando lo encontró, estuvo a punto de enfadarse consigo misma por no haberlo visto antes. Pero ahí está el vínculo. Ha memorizado cada palabra, aunque posiblemente mañana no las recuerde. Pero ahora sí, mientras entibia la tila:

> **Dolores Forte, viuda de Frontela. 82 años.**
> **Formación:** No posee formación académica más allá de la educación básica. Sin embargo, tiene una inusual habilidad para la informática, hasta el punto en que detrás de la fachada de una anciana fervientemente republicana y de carácter fuerte se esconde uno de los *hackers* más legendarios de las últimas décadas: @grafuwolf, reducción de la frase en inglés *granny fucks wolves*.

Hace *scroll* en su mente como si fuera la pantalla del móvil y ejecuta el movimiento con el índice en el aire. Lo detiene.

> Vive en la misma casa desde hace más de cuarenta años (ver ficha y mapa anexos) […] Ha realizado una reforma encubierta en la casa, transformando lo que fue un cuarto de escobas en el acceso secreto a un pequeño cuartel general dotado con equipos de última generación (ver croquis), desde el que realiza la mayoría de sus funciones para la BDA, porque según sus propias palabras: «Lo de salvar al país varias veces por mes no es una excusa para tener la casa sin recoger».

Daniela detesta a las viejas con sentido del humor, aunque las

abrace y sonría cuando le piden una selfi. Desliza el dedo:

Cargo nominal en la BDA: Asesora civil.
Cargo real: Responsable de los aspectos de las investigaciones relacionados con redes informáticas, redes sociales, archivos digitales, etc. Ejerce como aglutinante del grupo, en especial del núcleo duro de la BDA, con una autoridad moral que es respetada incluso por el propio Severo Justo. Según se dice, no es propensa a dar consejos, pero sí unos fuertes golpes en la cabeza del necio de turno, tanto en las variedades conocidas con el nombre de «capón» como en las llamadas «collejas».

O sea que la momia es vital para los Apóstoles. Sigue buscando:

Vida sentimental: Mantiene desde hace décadas una relación intermitente con Domingo Ramos Valverde. […] Al parecer, Mingo, como se lo conoce en la actualidad […], sigue ejerciendo como una especie de patriarca de los sintecho de Madrid, que acuden a él para dirimir disputas o combatir a las bandas organizadas que explotan la mendicidad.

—¡Y ahí estaba el nexo! —grita feliz—. Y falta lo mejor.

Busca entre las carpetas el croquis y el mapa de la casa de Dolores. Besa el folio en el que trazó un círculo con bolígrafo rojo: el solar en el que apareció el mendigo degollado por Nadie.

Exactamente en frente, el portal de la casa de Dolores.

Ha ido dando sorbos a la infusión.

Pues sí que es eficaz la tila doble, piensa. *Y yo usando esta mierda de somníferos.* Agita el envase. Eligió esta marca hace años porque le recordaba a las medicinas de las películas; nada de blísteres de plástico o papel de aluminio para ella: un buen frasco de cristal marrón oscuro que permite comprobar a contraluz el contenido. *Hubiera jurado que quedaban más pastillas, pero desde que empezó este lío ando un poco descontrolada, menos mal que la tila, menos mal que la tila, menos mal que la tila…*

Mientras se adormece, consigue enfocar la mirada.

Frente a ella ve la silueta que la observa, ¿desde hace cuánto? Imposible saberlo.
—¿Tú? —dice.
Y se duerme.

45

Un punto rojo y otro azul

Si Dalia tuviera todas sus voces en funcionamiento, la de la psiquiatra forense, tan dada a los cálculos, podría hacer la conversión de pasos a metros para establecer la superficie total de la casa de Dolores.

—¿Te quieres quedar quieta, joder? —se queja la anciana.

—¡Es que el menor error hará que perdamos la única pista en dos años!

—Te dije que avisáramos a la Brigada, pero has preferido que lo hagamos solas. Mira que te lo dije…

Dalia detiene el paso, gira y la mira burlona:

—¡Te pillé! Te has pasado al bando del «te lo dije» y eso es cosa de vieja.

—¡Coño, tienes razón! —Le sirve un café ligero y va hacia su cuarto secreto de ordenadores. Al volver dice que «no» con la cabeza.

—Y que sepas que si voy cada cinco minutos a vigilar los monitores como una gilipollas es para tranquilizarte, porque la localización será automática. Y el teléfono del mecánico lo tienes en tu mano.

Dalia tiembla de impaciencia.

Dolores le acaricia la cabeza.

—Sé lo que piensas: hace dos años tuviste al maldito Avellaneda a tu merced, lo torturaste un poquito, en realidad bastante, para obligarlo a confesar en vídeo antes de que llegaran los policías y…

—Tampoco fue para tanto —protesta sin ganas Dalia.

Dolores le pega un suave capón.

—No me jodas, que si lo dejas un minuto más, muere

desangrado…

Siempre me gustó esta vieja, dice la voz de Ráfaga, *si tuviera unos años menos, entre las tres limpiábamos España de cabrones*.

—Tú calla —murmura Dalia.

—Vale, me callo —asume Dolores—. Pero no necesito media docena de doctorados para saber que piensas que deberías haberlo dejado morir.

—No hubiera podido. —*Yo sí*—. Estaba Justo. Elegí creer en la justicia.

—Y toda esa mierda —dice Dolores—. No es mala elección, pequeña. Te lo dice alguien que se ha saltado muchos límites. A veces hay que parar en el punto que nos mantiene del lado de los buenos.

—Como si los buenos existieran…

—Los buenos somos nosotras, niña. No me jodas.

Vibra el teléfono sobre la mesa y en la pantalla se lee la palabra «Jefe».

Como tono de llamada, el rugido de motores superpuestos.

Dalia lo mira fijamente, quisiera levantarlo, atender la llamada *y explicarle a ese hijo de puta que todavía está a tiempo de desaparecer para siempre, si no quiere que lo hagamos desaparecer nosotras*. Pero, según lo planeado, deja que suene mientras Dolores hace lo suyo.

Se pone el chaleco y la cazadora, revisa el equipamiento de su traje de Ráfaga, y va hacia la puerta con las llaves del coche en la mano. No suele conducir, por temor a que Ráfaga tome el control del volante y haga un estropicio, *entonces ¿por qué cambias de modelo por el último cada año, bonita?*

Dolores la alcanza y le da otro teléfono móvil encendido.

—Está en el Polígono Norte, en San Sebastián de los Reyes. Sigue las indicaciones de este aparato. Si te das prisa, lo encuentras.

—¿Y si vuelve a llamar?

—Atiende y corta. Creerá que Joaquín se ha quedado sin cobertura o sin batería y le dará unos minutos para solucionarlo antes de volver a llamar.

Dalia le da un beso en la frente y corre con un móvil en cada mano.

Sube al flamante MINI John Cooper Works GP. El color es Particular Enigmatic Black metalizado, recuerda que decía el catálogo. Sube, coloca el teléfono que le dio Dolores en el soporte y el otro en el asiento junto a ella. Enciende el motor del pequeño coche, que suena como si fuera mucho más grande. Ráfaga comienza a hacer una broma sexual sobre tamaños, pero Dalia la corta.

—Ahora no. Por favor. Ahora no.

Hay poco tráfico a esta hora de la noche, pero evita una velocidad excesiva que podría terminar en accidente imprevisto o persecución de algún policía con ganas de ganarse el sueldo. Parte de su atención está en la pantalla. El punto parpadeante y rojo es la posición de Javier Avellaneda y el punto azul, el Mini que se desplaza por las calles de Madrid buscando la salida.

Oye, esto huele a nuevo, dice Ráfaga. *¡Mira, si hasta tiene el resto de los plásticos! Cuando se acabe todo esto, ¿me lo prestas?*

—Cuando se acabe esto, si acaba bien, te lo regalo.

Recorre el paseo del Prado, llega hasta Santa María de la Cabeza y, cuando se transforma en la autovía de Toledo, se permite pisar el acelerador y el pequeño coche salta hacia adelante. Puede estar allí en diez minutos.

Ráfaga pregunta si tienen un arma y Dalia responde que bien sabe que no, que con ellas nunca se sabe.

Pues estamos apañadas. El tío es un excelente tirador, según nos dijo Justo. Y no creo que vaya desarmado.

—Improvisaremos —dice Dalia.

Ambas se alarman cuando el teléfono de Joaquín el mecánico vuelve a sonar. Revisa el tiempo que falta: menos de cinco minutos. Recuerda las instrucciones de Dolores: busca el aparato, atiende y corta. Lo apaga.

Vigila la pantalla del otro teléfono y teme ver moverse el punto rojo.

Significaría que Avellaneda descubrió la treta y escapa a tiempo,

como siempre.

Pero sigue parpadeando inmóvil. *Ha colado, aunque no sé por cuánto tiempo.*

El mini da otro brinco hacia adelante. Por suerte hay pocos coches, pero ninguno podría disputarle el carril rápido, *verás el multazo que nos cae, doctora*.

Cuando llegan al desvío, aminoran. Y, al entrar en el polígono, Dalia apaga las luces y da un rodeo para que no la vea llegar desde un sentido opuesto al tráfico. Detiene el coche en una calle perpendicular al punto rojo, que sigue quieto y latiendo como el corazón de Dalia Fierro, que saca la nudillera y se la calza en la mano izquierda. En la derecha aferra la porra corta y sólida. Palpa en los dos bolsillos que ocultan los táser y baja.

Avanza con precaución y asoma detrás de un poste de alumbrado.

Ahí está.

Un Ford Fiesta de por lo menos hace quince años, ya había dicho Dolores que, pese a que al sujeto le encantan los coches de lujo, se movería en utilitarios, aunque no hay que descartar que estén modificados por arte del buen Joaquín, al que luego tendrá que ir a desatar.

Las luces de posición del Ford están encendidas.

Por encima del reposacabezas del conductor asoma el cabello de Avellaneda, que espera confiado para volver a llamar a su lacayo.

Se acerca dando un rodeo, agazapada y fuera del campo de visión del retrovisor.

Cuando llega a la puerta, se incorpora, rompe el cristal con la porra y se detiene.

En el asiento del conductor no hay nadie.

Solo un palo sobre el que descansa una peluca rubia de hombre.

Observa una pantalla más sofisticada y grande que la de un móvil, con un mapa en el que el Ford Fiesta es un punto verde detenido y a pocos metros parpadea en rojo la ubicación del Mini. *Este cabrón no será Dolores, pero tiene buenos expertos en tecnología*, piensa Ráfaga.

Y no piensa nada más, porque algo se apoya en su cuello, una

fuerte descarga eléctrica la sacude y pierde el sentido.

46

Ya lo dijo Jardiel

Como todo solitario por obligación, Caronte García es un lector incansable y memorioso. Aunque hasta hace poco no tenía con quien compartirlas, suele memorizar frases de libros, que lo acompañan como si siguiera dialogando con los autores. Cabecea pesadamente y recuerda una en particular, de un libro de Enrique Jardiel Poncela, *¡Espérame en Siberia, vida mía!*: «Quien se libra durante años enteros de morir atropellado por un camión, acaba muriendo atropellado por un triciclo».

Durante años, cuando se imaginaba en charla mundana con alguna de las mujeres que admiraba desde lejos, sacaba a relucir esa frase como una muestra de ingenio para amortiguar el efecto negativo que causaba su profesión de forense. Las charlas no ocurrieron, pero la experiencia en la morgue, indagando en las historias de los cuerpos sin vida, ratificaba la humorada de Jardiel Poncela.

Ahora le ha ocurrido a él.

Y no tiene gracia, pero ya no puede hacer nada.

Por la mañana llamó al trabajo, anunciando que estaba enfermo y no acudiría. A Libitina le prohibió que viniera a verlo, seguro de que había pillado algo contagioso.

En realidad, se autorecetó un surtido de estimulantes para mantenerse despierto y perdió la cuenta de los pasos que caminó dentro de su apartamento, aunque siente que ha formado un surco en el suelo. Comió ligero y de pie y se mantuvo despierto midiendo la energía, cambió libros y muebles de lugar, limpió la casa hasta el último rincón y siempre sin llegar al agotamiento, volvió a recurrir a las pastillas, decidido a desterrar el sueño de su vida para siempre.

Pero siempre es una palabra muy larga, también lo leyó en algún libro. Por eso su primer pensamiento es irónico, necesita reírse de sí mismo y de la carrera ridícula que mantuvo contra el sueño y acabó perdiendo cuando atardecía.

Ahora es noche cerrada, ni siquiera quiere mirar el reloj, sabe que es tarde para bajar al chino más próximo y comprar botellas de licor en miniatura.

Con la fuerza de un vendaval, vuelven a él todas las voces que le hablaron en los sueños, las de los muertos mezcladas con las de los vivos.

Quisiera volver a dormirse, pero ya es tarde también para eso.

Con la falta de prisa característica de los condenados, se prepara una cafetera bien cargada y busca los auriculares que Libitina le regaló para que en la Brigada dejaran de burlarse del cambio de sus preferencias musicales, cuando la felicidad lo hizo pasar de la música sacra a las canciones románticas.

Selecciona en la aplicación *Der Ring des Nibelungen* de Richard Wagner, con Herbert von Karajan, por supuesto, dirigiendo la Filarmónica de Berlín. Adelanta hasta el Acto III de *La valquiria* y pone el volumen al máximo para apagar las voces de los muertos.

Sabe que será en vano.

Pero tiene que intentarlo.

Dalia recupera el sentido. Está tumbada sobre un suelo de piedra o cemento. Permanece inmóvil, contiene la respiración para distinguir los sonidos. Una potentísima luz atraviesa sus párpados y la hace sacudir la cabeza.

—No finja, doctora Fierro. Estamos entre profesionales.

La voz del hombre es educada y pedante. El tipo de persona que hasta cuando insulta trata de hacerlo con corrección académica.

La luz retrocede y la figura la intercepta parcialmente. Dalia tiene las muñecas atadas a la espalda con dos precintos de plástico. *Son tres.* Lo sabe porque hace años aprendió la manera de librarse de uno. *Pero con tres no hay nada que hacer.*

De nada vale seguir disimulando. Abre los ojos y ve la silueta

masculina, de pie y con las piernas separadas, *como si estuviera posando para un calendario de bomberos*, piensa Ráfaga. Detrás de él, en las sombras, perciben otra presencia.

—Los primeros informes que me llegaron sobre usted decían textualmente que era «demasiado inteligente» —dice la voz del hombre—. Pero nadie es demasiado inteligente, doctora Fierro. Salvo yo. —Suelta una carcajada teatral—. ¿Tan torpe me creyó como para no tener un protocolo de seguridad con el mecánico? Y vaya paliza que le ha pegado. Creo que estaba tan aturdido que olvidó avisarla de nuestro código, que cambia cada semana. Cuando no siguió ese procedimiento, supe que algo estaba mal. Al revisar las cámaras remotas que instalé en el taller de Joaquín, vi que era usted y que actuaba por su cuenta. Ráfaga, el justiciero, ¿verdad?

—Javier Avellaneda, supongo. ¿Piensas matarme de aburrimiento o tienes algún otro método en mente? —Dalia finge una indiferencia que está lejos de sentir.

—En efecto: soy yo. El hombre que ha derrotado a la Brigada de los Apóstoles.

—No cantes victoria todavía, señorito asesino al volante. No me creo ni por un momento que seas capaz de matar a alguien frente a frente. Tú no eres Nadie, Avellaneda. Solo un megalómano con pasta.

La presencia detrás del hombre se remueve inquieta.

Él estira una mano detrás de su cuerpo, como conteniendo a alguien.

—Eso lo descubrirá muy pronto, doctora. Pero no todavía. Si algo me molesta es que se altere el orden de mis planes. A usted y a Justo los guardaba para el final. ¿Cree que olvidé su numerito de hace dos años, cuando me clavó una navaja en la femoral para hacerme confesar? Ya llegará su turno. El error de anoche en casa del mendigo, la confusión, en realidad —dice mirando hacia atrás—, altera un poco el orden, pero todo seguirá su cauce. La verdad es que me ahorró trabajo viniendo hasta aquí. Revelar sus violentos actos como Ráfaga hubiera sido contraproducente, así que nos podemos ahorrar el paso previo de la caída en desgracia y así la reservo para el último acto de este drama.

—*¿Drama? Querrás decir comedia barata*. —Es Ráfaga quien lo desafía. Sabe que no puede librarse, pero callar es peor.

La figura detrás de Avellaneda adelanta un paso, por él la frena con suavidad.

—¡La soberbia de la Brigada de los Apóstoles! ¡El dogma de Severo Justo, que pretende ser un santo, cuando es el peor de los pecadores, porque él fue quien interrumpió la primera cruzada de Nadie para recuperar la moral en este país que ha perdido el rumbo!

A Dalia le cuesta prestar atención a las palabras de Avellaneda. Parece un mal actor recitando un pésimo diálogo para un público selecto. Un público de uno. La sombra detrás de él. Detecta un blanco por donde atacar.

—*Pero ¿de qué hablas, si quien le pegó un tiro en la frente a ese hijo de puta fui yo? Por eso sé que no puede haber resucitado…*

El reflector que está detrás de Avellaneda es desviado por la figura, que intenta avanzar hacia ella, y en otro movimiento el haz vuelve a cegar a Dalia. Hay un forcejeo, la voz de Javier Avellaneda susurrando palabras amables. Luego, dos pasos hacia ella.

Y le aplica una descarga eléctrica tras otra, hasta que pierde el conocimiento.

Cuando despierta, está sola. La oscuridad es total. Grita y el eco le indica que está en un espacio muy amplio, pero al hacer rodar su cuerpo comprueba que las paredes están cerca. Con esfuerzo, logra ponerse de pie apoyándose en el muro.

Vuelve a gritar y escucha el eco.

El cubículo en que está no tiene techo. Es un recinto dentro de un recinto mucho mayor. Recorre la pared, palpando con las palmas de las manos.

Pues nos han jodido bien, doctora, dice Ráfaga.

—Esto no termina todavía —murmura Dalia—. Dolores ya se habrá olido algo y pondrá sobre aviso a los demás. Ellos nos salvarán.

Primero tendrán que encontrarnos. Y si piensas en el GPS de tu cochecito, lo más seguro es que lo deje en el otro extremo de

Madrid. Si sabe tanto de nosotros, también conoce a Dolores y sus habilidades.

—¿Desde cuándo eres tan escéptica?

Desde que dejamos que nos pille un señorito pringado y nos electrocute tres veces. ¿Has visto lo que jode? Si salimos de esta, habrá que replantearse lo de usar los táser, bonita.

—Si salimos de esta, te llevo de vacaciones al Caribe para que te pongas morena.

¿Las dos solas o con José unidireccional?

—¿Quieres dejar que me concentre?

Inspira hondo. Separa los olores por capas. Desinfectante industrial. Encierro y polvo. El sitio no ha sido utilizado en mucho tiempo. Otro aroma, húmedo, que le recuerda algo. Ya sabe dónde está. Solo falta comprobar si…

El silencio se llena de ecos vacíos. Dalia toca un tubo de metal que sobresale apenas medio centímetro del muro. Mete dentro un dedo. Recorre el borde, afilado tras el corte de la pieza en que finalizaba. Por suerte, estará a un metro del suelo adoquinado. Comienza a raspar sin prisa los precintos de sus muñecas.

Si funciona, tardará un buen rato.

¿Puedo preguntarte algo?

La voz de Ráfaga es cautelosa.

—Dime.

Avellaneda no estaba solo.

—No.

¿Quién estaba detrás de él, que lo tenía tan preocupado?

—Nadie.

47

Defender el milagro

Cuando abre los ojos, ya sabe que Severo no ha dormido junto a ella. Las rutinas diarias del embarazo ocupan el centro de su atención y arrinconan preguntas. Acaricia el bulto donde siente el peso de la niña y le pregunta en voz baja:

—¿Ya te has decidido?

Se ríe de sí misma mientras espera la respuesta.

Cuando quedó embarazada a sus cuarenta y un saludables años, asumió que quizás fuera la última vez. Ni bajo tortura de cosquillas hubiera confesado que las primeras veces se acariciaba la barriga, miraba hacia arriba, a algún lugar incierto, y murmuraba: «Vale que yo no he creído en ti, pero tampoco he sido mala persona. Cuídame este milagrito, por favor».

Se gira con cuidado en la cama.

Lo malo de las bromas que te haces a solas es que no puedes renunciar a ellas, te asaltan cuando menos lo esperas, te hacen sonreír o te persiguen. En el momento en que supo que la niña sería niña, una voz desconocida de su mente, como esas que alguna vez Justo le comentó que habitan a Dalia, le ordenó con tono de beata: «Ahora te corresponde llamarla Milagros».

—Y una mierda —se escucha decir con ternura, mientras acaricia la barriga.

La niña aún no tiene nombre, porque quiere que ella lo elija. Cuando están a solas, Lorna abre una aplicación en su móvil, de la que van brotando, uno tras otro, cientos de nombres de mujer. Y ella los recita en voz alta, para que la niña decida.

Las promesas que una se promete también tienen sus reglas.

Somete a la aprobación de la niña todos los nombres que aparecen en la lista, aunque los más horribles los lee rápidamente, para abreviar el peligro de que los escoja. Lorna es una mujer racional y sabe que la niña no puede entender todavía esos nombres. Pero sabe también que no le pondrán un nombre que ella no elija.

Revisa el móvil. Un mensaje de Severo. Seis de la mañana:

Te amo como nunca, como siempre. Os amo.

Le suena un poco meloso para él, pero Lorna sabe de los mecanismos de la culpa de su hombre. Justo, que se culpa a sí mismo de todo, ahora lo hace por el retorno de Nadie, el peligro que los acecha, por no estar con ella constantemente, y seguro que si lo interroga, hasta se culparía de que la niña todavía no se atreva a nacer porque el padre no ha vuelto más seguro el mundo para ella.

Vamos allá, pequeña. Toca la «r» y, por favor, no me elijas un Romualda.

Comienza a leer nombres:

—Rachel, Rada, Rafaela, Raga, Rahel, Raia, Raina, Rajani, Ramona, Randi, Rania, Rashida, Rebeca, Regina, Reiko, Reina, Remberta, Remedios, Renata, Reyes…

Solo veinte nombres por lectura, *tampoco es cuestión de fatigarla, pobrecilla, tan pequeña y tiene que elegir algo tan trascendental y tan banal como un nombre.*

—Cuando escuches uno que te guste, ya sabes: dame tres pataditas.

Nada. La comprende. No es fácil decidir.

Ella, por ejemplo, odió el Lorna durante la infancia y la adolescencia; en la primera juventud se reconcilió con su nombre a medias porque sonaba misterioso, y como periodista fue una ventaja porque era fácil de recordar. «Lorna Durán suena a nombre de modelo de *Playboy*», se burlaba Daniela Vélez, entre el cariño y la envidia. Se pregunta qué le hizo, qué pudo hacerle para que la odie tanto.

Sobre el desacostumbrado camisón, se pone una bata que le

compró Justo para la ocasión, con esa eficacia que tiene para recordar lo importante, en contraste con su torpeza para los detalles. Es dorada.

Se la pone, se mira al espejo, sonríe y dice:

—Te quiero, jodido cura, aunque parezco una campana de la catedral.

En el salón se encuentra con la enorme figura de Eusebio Justo, sentado en la misma silla en que lo dejó anoche. La interminable pierna escayolada es una superficie impecable, como si la limpiara cuando no lo ven.

Le sonríe para disimular la preocupación.

—¿Qué tal has dormido? —pregunta ella.

—Bien… Ya sabes, la pierna me molesta, así que me he levantado temprano…

Lorna da un paso adelante y trastabilla como si fuera a caer. A una velocidad sorprendente, el viejo gigante se ha puesto de pie y la sostiene.

Se miran. Instintivamente, Eusebio trata de recuperar el aspecto fiero con el que siempre se defendió de los sentimientos. Ella, mucho más bajita, lo mira hacia arriba.

—Eusebio Justo, sabes que te quiero, debo de tener debilidad con los hombres locos de tu familia. ¡Pero a mí no me mientas! No te has levantado de esa silla en toda la noche. El salón huele a café, te habrás bebido por lo menos un litro. Separaste los muebles para tener un espacio por el que caminar a pesar de tu condición de cojo momentáneo. ¿Me cuentas qué te preocupa o te pego una patada en la escayola?

El gigante asiente lentamente y parece muy pequeño cuando le dice:

—Es que… Severo no ha vuelto en toda la noche. ¿Suele hacerlo?

—Últimamente, sí.

El rostro del viejo se desfigura.

—¿Estáis bien entre vosotros? Sé que los embarazos son difíciles y… ¿No se habrá enredado con alguna? ¡Mira que le parto la cabeza si…!

La carcajada de Lorna lo interrumpe.

—Sois tan diferentes y tan parecidos al mismo tiempo… —Le pone la mano en el hombro—. Estamos mejor que nunca. Jamás he podido amar a alguien como a tu hijo… y llámame vanidosa, pero creo que está loquito por mí. Siéntate mientras hago el desayuno. Me haré un café ligerito y a ti una tila, para que duermas.

—Sí, mamá —dice el viejo, y abre uno de los libros que siempre tiene cerca.

Lorna se mueve con cuidado por la cocina, necesita sentir que sigue siendo autosuficiente y lo consigue.

La voz de Eusebio la sobresalta por la proximidad.

—¿Qué ha estado haciendo Severo esta noche?

—Lo que debe, lo que corresponde, lo que él cree justo. Casi nunca lo que le conviene, aunque espero que esta vez sí. En resumen, que no sé lo que estuvo haciendo, pero sé que está bien hecho.

—¿Y crees que él está bien? Sé que es feliz contigo. Pero me cuesta leer en él. Siempre fue un niño excepcional, aunque hosco y cabezota…

—¿A quién habrá salido?

—… pero por momentos, debajo de la felicidad, sigo preguntándome si está bien.

Lorna le alcanza la taza con tila.

—Desde que conozco a tu hijo y me enamoré de él, me lo pregunto cada día. Luego despierto, me mira con ese gesto serio y asombrado y me olvido de todo. Pero en algún momento la pregunta vuelve y la espanto. ¿Sabes por qué, Eusebio?

El viejo asiente.

—Porque te da miedo la respuesta.

Lorna señala el salón con un dedo inequívoco.

—Y si ya hemos terminado la sesión de terapia, ve para el salón mientras hago las tostadas. Y, de paso, pon la tele y vemos las noticias.

Eusebio hace un saludo marcial y marcha hacia el salón.

Ella se afana en los preparativos para no pensar en la última pregunta del suegro.

Han pasado cinco minutos y Eusebio suelta un insulto que hace temblar las paredes. Luego grita:

—¡Lorna, Lorna, ven!

48

Un excelente acento de Oxford

Javier Avellaneda olvida toda precaución, porque la furia que lo invade es incontenible. De sus diferentes refugios en barrios de Madrid, este ha sido el menos insultante para Avellaneda, ya que se había permitido el lujo de balcones con vistas al Jardín de las Vistillas. Por eso se inventó una identidad difusa que no levantara sospechas entre los vecinos, la mayoría de parejas jóvenes o de mediana edad, *por fortuna pocos niños entrometidos, ninguna vieja cotilla*. Si alguien hubiera preguntado por el inquilino del cuarto B, dirían que era un profesor de universidad, extranjero, y que casi no habla español. Algunos apuntarían que alemán, otros que holandés. Si alguien le hubiera interesado hablar de él más allá de la primera semana en que llegó al edificio, dirían que es un tipo cordial y discreto, «ya sabes cómo son los europeos», que le pone mucha voluntad para hablar español, aunque no entiende casi nada de lo que le preguntan, «eso sí: habla un inglés digno de Oxford», según la del tercero A, que nunca permitirá a los vecinos olvidar que estudió tres años en la afamada universidad.

Si hablaran sobre él, dirían también que viaja con frecuencia de vuelta a su país, alguien apuntaría que es viudo, un capricho que fomentó con un comentario irreflexivo, quizás porque nunca se quita del pensamiento a Severo Justo.

En resumen: el vecino ideal. No hace fiestas. No pone la música alta. No trae mujeres, *aunque la que estuvo en Oxford me mira con ganas, pero con ganas se quedará*. Ni siquiera gasta el ascensor porque le gusta subir y bajar por las escaleras, paga puntualmente los gastos comunes y jamás protesta por ningún motivo.

Por eso sus vecinos se sorprenderían si lo vieran ahora, a medio disfrazar, con la televisión a todo volumen, destruyendo meticulosamente cada mueble del piso mientras maldice a la entrometida Dalia Fierro.

Por suerte para ellos, es viernes por la mañana y todos trabajan.

Si alguien se atreviera a tocar la puerta para reclamarle por el escándalo, lo arrojaría directamente por la ventana, para verlo estrellarse contra la acera.

Se mete en la ducha vestido. Abre el agua fría, luego la caliente, intenta distraer la furia. Sale. Baja el volumen de la televisión.

Se desnuda, se seca y comienza a hacer ejercicio, hasta que el agotamiento le permita recuperar el control.

Profundos ejercicios de respiración lo van calmando por etapas, aunque la violencia amenaza con volver a la menor distracción.

Finalmente, se impone la razón.

El desfile de imágenes mudas en la televisión se repite en bucle a medida que se agregan nuevos testimonios. Algo ocurre. Algo urgente.

Necesita entender y saber. Respira hondo y sube el volumen.

El rostro de la presentadora parece sinceramente afligido.

El rótulo es tan grande que ocupa un tercio de pantalla:

¡Daniela Vélez, secuestrada!

—Se confirma lo que venimos informando desde primeras horas de la mañana: anoche tuvo lugar, en su ático del barrio de Salamanca, el secuestro de nuestra compañera periodista y estrella de esta cadena, Daniela Vélez. No se ha pedido ningún rescate, pero los directivos han declarado que la seguridad de nuestra compañera no tiene precio. El hermetismo oficial es total. Sin embargo, nuestras fuentes aseguran que no se habría hallado, en la vivienda de la estrella periodística, ninguna pintada con sangre dentro del ritual característico del asesino en serie llamado Nadie.

Avellaneda se queda sin respiración.

Sigue sin comprender, pero trata de adecuar estas circunstancias a su plan.

La voz en la televisión sigue:

—Como es de público conocimiento, Daniela estrenaba esta noche en *prime time* su nuevo programa de periodismo de investigación con un capítulo centrado en la Brigada de los Apóstoles de Severo Justo y en los crímenes del asesino conocido como Nadie. Las preguntas se multiplican. ¿Estará relacionado su secuestro con ese programa?, ¿será un simple delito con motivos económicos?, ¿hay oscuros poderes moviéndose detrás de esto?

Avellaneda bosteza. Le ha dado sueño.

Después de todo, Daniela Vélez no era una pieza indispensable en su juego.

Vuelve a bajar el volumen y trata de rearmar el plan en su mente.

Un movimiento imprevisto en la pantalla llama su atención.

La presentadora recibe un folio de manos de alguien que entra en cámara, aunque no se le ve la cabeza. La mujer lee y el papel tiembla en sus manos.

Avellaneda sube el volumen.

—Repetimos que esta es una información de última hora. Difundiremos grabaciones de las cámaras de seguridad de la vivienda de Daniela Vélez, que han llegado de forma anónima a nuestra redacción. Como corresponde, luego las entregaremos a la Justicia, pero lo primero es que estén ustedes informados. Aquí van las imágenes.

Son nítidas y en color. Se ve a alguien salir del piso de Daniela, cargándola en brazos. Ella parece sin sentido. Su cabeza impide ver la cara del secuestrador. Pasa a otras imágenes frontales de la planta baja del edificio antes de llegar a la entrada. El plano se acerca.

Y se ve con nitidez el rostro del secuestrador de Daniela Vélez.

El comisario principal Severo Justo.

Jefe de la Brigada Especial de Crímenes Internacionales.

Avellaneda se muerde el brazo para no gritar.

Se impone la calma. Se viste con la mejor ropa del profesor. Hace la maleta.

Limpia meticulosamente y con manos enguantadas sus huellas del piso.

Cuando sale al pasillo desierto, cambia de idea, deja la maleta allí y vuelve a entrar. Abre la ventana del patio interior.

Va hasta el televisor, en el que se repite la imagen congelada de Justo.

Tira del aparato, arranca los cables de antena y corriente. Lo abraza y camina hasta la ventana del patio interior.

Lo arroja y lo mira caer hasta que estalla en el suelo.

Con calma alemana —u holandesa— sale del piso, cierra la puerta con llave y toma el ascensor.

49

El protocolo PEC

Cualquier funcionario del Ministerio del Interior con un mínimo de experiencia o instinto de conservación se mantiene lejos del alcance de la furia del ministro en el caso de que asome y busque una víctima.

Los colaboradores más cercanos, los ayudantes de los ayudantes de los ayudantes de las tres salas sucesivas que ejercen de filtro y exhibición de poder para los visitantes, esos veteranos han aplicado lo que llaman PEC: Puñetero Enano Cabreado —aunque si algún oído indiscreto u obsecuente preguntase, la respuesta sería Protocolo Excepcional de Crisis.

Oficialmente, consiste en que todos los miembros avisan a sus familias de que no volverán a los respectivos domicilios hasta que se resuelva la situación —de la que no pueden hablar—, para estar disponibles ante cualquier necesidad que tenga el ministro. En la realidad, consiste en un rápido campeonato de piedra, papel o tijera, tras el que la mitad ganadora partirá cuanto antes, reclamada por una urgencia médica u otra gestión de importancia, mientras que los perdedores se preparan a acampar en la antesala del pequeño hombre enrabietado.

Uno de los sobrevivientes —ya estaba aquí cuando el ministro tomó posesión de la cartera que le quedaba literalmente grande— señala con la cabeza hacia la enorme puerta de doble hoja y con filos dorados.

Controla la hora en su reloj.

—Es raro —murmura—. No ha salido a gritar ni a amenazarnos…

—No creo que sea para tanto —comenta un funcionario más joven

—. El Gobierno trabaja en la caída de Justo desde que no cayó por su cuenta en la primera misión. Ahora no han necesitado empujarlo, parece que se arrojó él mismo al vacío. Seguro que el pequeño hasta se termina poniendo una medalla…

Una mujer que cuando entró a trabajar renovaba a diario el manojito de lilas que ponía en un pequeño jarrón acaricia con cuidado el cactus por el que las cambió desde que se aclimató a los vaivenes del humor ministerial.

—No entiendes nada, chaval —dice—. Está jodido, pase lo que pase. Y esta vez de verdad. Lleva dos años adjudicándose los méritos de Justo y su gente. Así que ahora será el pararrayos de la furia del Sonrisas.

—Pero si el presi… —el funcionario joven corrige—, el Sonrisas tiene más fotos con Severo Justo que el enano…

—¿Y qué? Todo el mundo sabe que le ponen y le quitan los acompañantes de foto y a veces ni se entera. Seguro que en Moncloa están borrando ya esos archivos o tirando de Photoshop para quitar a Justo.

La joven de gafas, que entró hace cuatro meses, convencida de que aquí aprendería el funcionamiento intrínseco de la Justicia, y ahora no sabe en qué creer, aporta la voz de la calle:

—Pero ¿no os parece extraño que Severo Justo haya secuestrado a esa periodista? No le pega nada.

El veterano bufa mirando el reloj en espera de la pausa que aprovechará para tomarse un gin-tonic —mejor dos— en el bar más cercano:

—Vamos a ver: si a mí alguien me hubiera estado tocando los cojones como hizo la Vélez todos estos años con Justo y su mujer, la hubiera tirado al río atada de pies y manos…

—Pues como fuera el Manzanares seguro que se mataba con el golpe, porque ahogarse está complicado —interviene el camarero andaluz, que llega con una ronda de cafés.

Los presentes realizan un ritual colectivo, tocando rítmicamente con los índices las comisuras de sus labios. Es su particular adecuación a los aplausos sin sonido que se han puesto de moda en algunos bares musicales, para no molestar a los vecinos que ya

nacieron molestos.

Jamás se atreverían a soltar una carcajada y menos varias a la vez. Eso podría despertar a la fiera, que no por pequeña es menos terrible y habita en extraño silencio esta mañana al otro lado de la puerta excesiva.

—Eres un cachondo, Rafael —dice el más viejo—. Deberías dedicarte a los monólogos.

—Lo digo en serio —susurra la muchacha que aún porfía en buscarle lógica a las situaciones políticas—: Severo Justo es distinto. ¿Sabíais que desde que empezó a funcionar su Brigada la confianza de la población en las instituciones ha crecido notablemente? Y en cuanto a su imagen personal…

—Que sí, que sí, Encuestitas —corta despectivo el viejo a la muchacha, que oficia de *community manager* del ministerio—. ¿No conoces la historia de ese hombre? Ya que se hiciera cura primero y policía después, es raro. Aunque siendo policía, por lo menos tienes permiso para follar, y eso es una ventaja. Luego está lo que le pasó a su mujer y su hija. Después de veinte años atrapa al cabrón que las mató, pero como el Avellaneda tiene más lana que todos los jerséis de El Corte Inglés, poco menos que lo dejan escapar por la puerta principal. Y ahora tiene otra mujer, que estará por parir, y reaparece Nadie para joderle la vida…

—¿Y eso qué tiene que ver con Daniela Vélez?

—No te enteras, muchacha. Sal a ver el mundo, que no todo es TikTok. La Vélez estaba con la mierda al cuello y de pronto la relanzan como la estrella más grande de la tele, con programa nuevo y anunciando exclusivas sobre la Brigada, en un momento en el que todos le dan la espalda.

—Casualidad.

—Casualidad se llamaba una prima mía, que cada año que iba a la feria del pueblo volvía preñada —dice el camarero.

—¿Ves? Hasta Rafael sabe lo que pasa. ¿De dónde ha sacado Daniela Vélez información que ni siquiera tenemos aquí? Está claro que trabaja con el tal Nadie. Por eso a Severo Justo se le acabó la paciencia y se la llevó para hacerla hablar.

La muchacha no se rinde.

—¿No te parece raro que alguien con tanta experiencia como él deje que lo pillen dos cámaras de seguridad?

—Lo raro es que no se la cargara ahí mismo y le prendiera fuego al puto ático —cierra la discusión el veterano, acariciando unos galones imaginarios en los hombros de su chaqueta de color gris ministerio.

Cada uno vuelve a su trabajo, lo importante es sobrevivir y el que pregunta demasiado acaba perdiendo.

Pero, de vez en cuando, miran extrañados a las grandes puertas de marcos dorados, tras las cuales, en lugar de los gritos rabiosos y habituales del ministro, solo se escucha silencio.

50

La respuesta evidente

Dolores abre la puerta con expresión severa, pero ve a Lorna y sonríe.

—La que faltaba. Venga, pasa.

Detrás de ella calibra la presencia montañosa de Eusebio.

—¿Y este pedazo tío de dónde lo has sacado?

—Es el padre de Severo —explica.

—Chica, creo que te quedaste con el Justo equivocado —bromea Dolores.

La embarazada, que conoce la casa de memoria, sigue hasta la cocina.

La *hacker* le guiña un ojo a Eusebio.

—No hagas caso de las tonterías que digo, es para animar a la muchacha.

El hombre-montaña asiente, apabullado por la energía de la mujer, que continúa:

—Pero agradece que estoy prometida, que si no…

El descaro de Dolores no engaña a Eusebio. Algo urgente bulla dentro de esa mujer. Es el último en entrar a la cocina, que parece una reunión vecinal. Le suenan algunos de los rostros. Dolores hace las presentaciones.

—Este es Bermúdez, aquel el Súper y ese tan guapo y alto es mi nieto Jorge Frontela, con su Beatriz de la mano. A Caronte me costó localizarlo, pero está de camino con Libitina. ¡Ah! Y este es Mingo, mi novio. Se ve canijo, pero es peligroso. Así que no te pases de listo conmigo, Justo grandote.

Lorna los mira a todos, comprende y dice:

—Gracias.

—Estamos aquí —anuncia Dolores— porque Avellaneda capturó a Dalia y el jefe ha secuestrado a la cabrona de Daniela Vélez. El mundo se ha vuelto loco.

—¿Dalia capturada? —se extraña Lorna.

—Es complejo de explicar, pero es la clave de nuestro error. Cada uno ha hecho la guerra por su cuenta, tu marido el primero. A este par los ha tenido haciendo no sé qué tareas, a mi nieto lo mismo. Dalia y yo hemos jugado a las espías y nos salió mal. Mientras tanto, Avellaneda y Nadie están ganando la partida.

—¿Qué propones?

—En ausencia del jefe, la doctora es la que manda, pero tampoco está. Y ya que Paco me ha cedido amablemente el cetro, digo que hagamos lo que tuvimos que hacer desde el principio. Hablar claro, planificar, actuar como un equipo.

Todos asienten.

—Empecemos por el principio. Tenemos un topo en la Brigada y lleva meses pasando la información confidencial a Avellaneda.

Algunos se indignan, otros bajan la cabeza desalentados. Dolores prosigue.

—Justo no investigó a fondo, porque le dolería comprobar que un Apóstol de la Brigada era un Judas, y perdón por la alegoría fácil.

—Como descubra quién fue, le arranco la cabeza —promete Bermúdez con el rostro encarnado y el gran puño cerrado.

—Eso ahora no importa, Paco. Debemos saber contra quién luchamos. Me preguntaba si Nadie y Avellaneda son la misma persona. Y la respuesta es: sí y no.

—Ahora sí que no entiendo —confiesa el Súper.

—Creo que se refiere a la dualidad del ser y… —empieza Bermúdez.

—No nos líes con tu rollo psicoanalítico, Paco —lo frena Dolores—. Quiero decir que quizás no son la misma persona, pero sí trabajan en conjunto. Nadie ha utilizado los dosieres del chivato de Avellaneda para saber dónde pegarnos. El asesino al volante está rondando a Justo, como si esperase verlo caer para pasarle por encima con uno de sus deportivos de lujo. Demasiada casualidad.

Hay un nexo, pero no sé todavía cuál es.

Suena el timbre, se marcha y vuelve con un Caronte ojeroso y pálido, de la mano de una Libitina afligida.

—Coño, Caronte, que pareces uno de tus clientes —dice Bermúdez.

—Creo que tengo un virus, así que me mantendré alejado para no contagiaros.

Dolores mira a la doctora Libitina Molina:

—Mira que te dije, niña, que no lo destaparas cuando te lo trajinas. En fin, luego os cuento los detalles, pero estamos reunidos para actuar en conjunto. Tenemos dos objetivos: rescatar a Dalia, Avellaneda la atrapó, después os cuento, y tratar de localizar al jefe antes de que lo encuentren otros. Paco, te daré la dirección del taller mecánico donde estuvo ayer Dalia. Puede que encuentres en la casa de arriba a un tipo amarrado. Busca la manera de entrar y dale unas cuantas hostias, para que te cuente todo. Pero no le pegues muy fuerte, creo que Dalia lo machacó bastante. Tira de chapa y de amenaza policial. ¿Entendido?

Bermúdez se pone de pie.

—Cuenta con nosotros.

Dolores mira al Súper.

—Y tú, Supercito, lamento separarte de tu novio, pero necesito que vayas a la localización donde desapareció ayer Dalia. Avellaneda puede ser muy listo y habrá borrado huellas, pero no es un profesional. Tú sí. Mira si encuentras pistas y también toma nota de las naves más cercanas.

—Entendido. ¿Puedo hacer una pregunta?

—Si no es una gilipollez, sí.

—¿Por qué no utilizamos a todos los miembros de la Brigada?

—¿Ves cómo sí era una gilipollez? Dije que tenemos un topo y no queremos que se entere de nuestros movimientos. ¿Te parece un buen motivo?

El Súper asiente.

Dolores es una máquina de organizar el operativo:

—Beatriz. Quítate el uniforme, ponte guapa y te vas al edificio de Daniela Vélez. Estará lleno de periodistas. Finge que eres una

youtuber, di que buscas material para su *podcast*. Tontea lo necesario, a ver si puedes sacar algo más de información.

Frontela levanta un dedo para objetar, pero Dolores lo interrumpe.

—A ti te necesito conmigo, Nieto. Por lo menos un rato. Tú y tu novia sois los únicos que manejan los ordenadores por encima de la media. Y no protestes, que le dije que tontee, no que se los beneficie.

Otra risa, compartida hasta por Eusebio. Pero lo que los alivia es sentir que están haciendo algo, en vez de esperar el próximo ataque.

Dolores mira a Caronte y Libitina.

—Mis forenses favoritos: a la morgue, pero nada de revolcones. Quiero que volváis a estudiar a las víctimas y reviséis los informes de las del Nadie original. Buscad algo que desconocemos pero que sí sabe este imitador de tres al cuarto. ¿Te pasa algo, Caronte? ¡Había olvidado que estás enfermo!

—Estoy algo mareado, pero cumpliré con mi tarea.

—La tarea que vas a cumplir es meterte en la cama con un caldo caliente que te voy a preparar ahora. Creo que es mejor que lo hagas sola, Libitina, seguro que le das otro enfoque. Cuento contigo, doctorcita pálida.

Ella asiente y pasa la mano por la frente de Caronte. Dolores golpea las palmas.

—¡Venga, a mover el culo!

—¿Y nosotros? —pregunta Lorna.

—Tú bastante tienes con no echar a la niña al mundo todavía. Es mejor que te quedes aquí, así no me vuelves loca por teléfono. —Se vuelve a Eusebio—. En cuanto a ti, grandote, espero que sepas cocinar, yo tengo que meterme con los ordenadores.

Asiente el gigante. El resto se pone en marcha. A Frontela le cuesta no seguir a Beatriz y ella lo tranquiliza con un gesto.

Dolores va hacia el cuarto de los ordenadores y su nieto la sigue.

Se sienta la anciana ante las pantallas y comienza a activar el teclado iniciando operaciones en los tres enormes monitores que la rodean.

—Abuela.

—Qué.

—Las tareas que ha repartido pueden dar algún resultado, pero tienen pinta de callejón sin salida. Creí que tenía un plan.

Dolores se acerca a la pantalla del centro, intrigada. Luego retrocede.

—¿Lo ves ahí? —Señala un punto en la pantalla.

Frontela se acerca.

—¿Dónde?

—Ahí. Acércate más.

Cuando el policía lo hace, la anciana le descarga un sonoro capón en la nuca. Luego lo atrae hacia ella y le da un beso en la sien.

—¡Ay, mi nieto, con todo lo que sabe y no sabe nada! Parece que no me conocieras. Claro que tengo un plan. Otra cosa es que funcione.

51

Un rentista viejo venido a menos

El jubilado camina con lentitud solemne. Su equilibrio se adivina frágil, pero la coquetería lo priva de utilizar el bastón que sus piernas necesitan.

Habrá sido un hombre apuesto, en otro siglo. Delgado y puede que alto. Ahora su espalda tiende a la curva aunque se empeñe en derrotar la gravedad y el calendario. Una barriga abovedada y pequeña tensa el tejido de la rebeca de rebajas con que se protege del clima. El color de la prenda es indeciso y bien podría definirse por oposición con el de la gorra enorme que le cubre la cabeza, de la que asoman unos pelos casi blancos y mal cortados. Lleva colgando del hombro derecho una descolorida bolsa de deportes de cuando España no ganaba Mundiales de fútbol ni Eurocopas. Las gruesas gafas de pasta se ven gastadas y una de las patillas ha sido reparada con cinta americana, con tal pericia que solo se advierte si lo miras de cerca, pero ¿quién se va a acercar a un hombre triste y viejo?

Parece despistado, solo un poco, como si estuviera a punto de recordar algo importante. Al llegar a la esquina comprende el error, mira el letrero de la calle y vuelve sobre sus pasos.

En dirección contraria, avanza un veterano Mercedes Benz Clase S 300S, con la digna fatiga instalada en cada pieza. De 1991 o 1992. El color, *bordeaux* oscuro, ha perdido el brillo de un modo parejo. El conductor hace juego con el coche. Viste como lo hacía un madrileño pudiente de finales de los ochenta, uno que ya no puede tanto, pero conserva la misma ropa y el mismo coche. La postura de la espalda del conductor es digna pero laboriosa de mantener. Avanza sin mirar a los costados, y se cruza con el jubilado

despistado que viene por la acera, pero tampoco lo mira. Dobla en la esquina y el hombre, que necesitaría un bastón pero no lo usa, mantiene el paso lento en la calle desierta. Al llegar a la altura del solar abandonado, mira en todas direcciones, se cuela bajo la simbólica frontera de la cinta policial y se mimetiza entre los escombros; es un escombro más.

Espera mientras espía la casa de Dolores.

Repite de memoria la matrícula del Mercedes, pero sabe que no servirá de mucho. Se pregunta si lo habrá reconocido y concluye que no. Avellaneda se ha revelado como un enemigo formidable, pero sigue siendo tan soberbio que se cree el único capaz de disfrazarse. Y lo cierto es que daba el pego convertido en un rentista viejo venido a menos.

Pero, a pesar de todo, Justo lo descubrió.

Avellaneda a él no. Lo imaginará escondido lejos de la ciudad, ahora que enloqueció y secuestró a la periodista. Con una navaja corta el precinto policial de una escena del crimen a la que nadie volverá, y entra en la casa de Mingo.

Se mira en un espejo de cuerpo entero y le cuesta reconocerse.

Le parecían paparruchas los cursos de caracterización que hizo cuando colaboró con el FBI y luego con Interpol, pero si algo que sabía hacer Severo Justo, era cumplir. De modo que, aunque se sintiera ridículo, se aplicó en aprender y reveló una gran facilidad para la caracterización. Una de esas habilidades de las que, más que sentirse orgulloso, se avergüenza. Tanto que ni siquiera se lo ha contado a Lorna.

El nombre le desata la ternura y tiene que contenerse para no cruzar la calle a la carrera, golpear la puerta de Dolores y abrazar a su mujer.

Pero eso lo estropearía todo. Es más útil desde aquí. Además, Avellaneda volverá a pasar dentro de un rato.

Justo hace los cálculos. ¿Qué haría él en su lugar? Si pasas dos veces seguidas por la misma calle en un barrio ajeno, puede parecer que te has perdido. Pero siempre alguien se fijará en ti. Si dejas pasar un rato entre las dos rondas, pensarán que te has perdido.

Calcula que alguien impaciente como Avellaneda se tomará otros diez minutos y eso le da tiempo de hacerse un café y revisar en su teléfono móvil la aplicación que le instaló Dolores.

Sonríe ante la pericia de la anciana y su tierna ironía. En la pantalla, sobre el plano del barrio, en el portal de Dolores, parpadea el icono de un corazón, y dentro de él, otro más pequeño.

No había reparado en ese detalle cuando probó el dispositivo que le pidió hace unos días: el minúsculo transmisor de GPS oculto en el crucifijo que le regaló a Lorna. Por eso supo que estaba en casa de Dolores e improvisó este plan dentro de otro plan que cambia a cada paso.

Piensa que nadie lo buscará allí. Y si Mingo vuelve de Valencia, cuenta con su discreción, aunque luego tendrán los dos que enfrentar la furia de Dolores por no haberle dicho dónde estaba. *Si es que hay un «luego» para mí.*

Recompone su disfraz de jubilado al borde de la ruina, busca en la bolsa de deportes y saca la Glock.

Tras mirar por una ventana oculta, sale a la trinchera de escombros y se aposta en un ángulo en el que no lo verá cuando pase.

Pese a la gravedad de la situación, hay algo reconfortante en haber abandonado toda precaución, torcer los planes de Avellaneda o de Nadie para hacerles perder los nervios, dejar de ser presa y empezar a ser cazador.

El motor perfectamente afinado del viejo Mercedes apenas hace ruido cuando vuelve a pasar a velocidad de cortejo fúnebre.

Justo prepara el arma. Siempre fue un excelente tirador. Bastaría un disparo desde aquí para acabar con la mitad del peligro. No sabe si será capaz de dispararle casi por la espalda. Además, si falla o solo lo hiere, escapará y perderá la única pista. Sabe que está buscando excusas, ese hombre debe morir como quizás muera él mismo para que esta historia se acabe.

Comprueba el ángulo para un tiro seguro.

Justo apunta. Debe hacerlo ahora.

Si Avellaneda vuelve a pasar, será dentro de un par de horas, cuando haya calculado el cambio de turno de posibles policías

ocultos vigilando la casa.

Ve pasar el Mercedes.

Guarda el arma.

Entra en el refugio de Mingo. El café se ha enfriado.

Justo se mira otra vez en el espejo y sabe que ve la imagen del futuro que le esperaba si no hubiera conocido a Lorna y se hubiera atrevido a vivir otra vez. De llegar a viejo sería un caminante perdido, murmurando nombres muertos y mortalmente enfadado con el Dios que permitió que murieran.

Si Avellaneda o Nadie ganan, aunque yo sobreviva, este volverá a ser mi futuro, piensa. También piensa que no tendría futuro, porque fue Lorna quien, con su presencia, lo hizo descartar la idea del suicidio acuñado durante tanto tiempo. Lorna y su inteligencia ultrasónica, su ironía paciente, su sexo generoso y cálido, su forma de mirarlo como si lo hubiera estado esperando toda la vida.

—Por Lorna y por la niña —dice.

Pero sabe que también es por él.

Por todos, tiene que acabar con Avellaneda y con Nadie.

Pero no por la espalda.

Saca el teléfono móvil, deposita dos besos en la yema del dedo índice y los trasplanta al corazón con otro corazón más pequeño dentro que late en la pantalla.

52

Cristo y la Décima

Lo primero que percibe Daniela Vélez al despertar es la comodidad del colchón en que dormía y la suavidad de las sábanas. Lo siguiente es una sucesión de imágenes religiosas finamente enmarcadas que cuelgan de las paredes. Se diría que forman una colección que no pretendía serlo y ha ido sumando miembros con el paso de los años.

Frente a ella, el televisor de pantalla plana apagada se antoja un cuadro de la oscuridad. Lo que rompe definitivamente el conjunto es la presencia en el muro, junto a un crucifijo bellamente labrado, de un gran cuadro con marco dorado que realza una lámina del equipo 2013-2014 del Real Madrid, tras ganar la décima Copa de Europa.

La iluminación es indirecta y cautelosa. Más que crear un ambiente, permite que ella lo imagine, aunque su cabeza todavía sigue dando vueltas.

En la pared a su izquierda, del suelo hasta el techo, una estantería de libros encuadernados. Lomos de cuero y oro. Algunos muy viejos. Al final del recorrido visual, la nota discordante. Tres estantes llenos de los libros de pequeño tamaño que no le cuesta reconocer como novelas de Agatha Christie.

Y, completando el cuadro, se asoma por la derecha un cura bonachón y sonriente, con una taza de café en la mano.

—¿Estás bien, hija?

—Sí, padre. Pero ¿dónde estoy, qué ocurrió?

—Espera a estar un poco más recuperada, por favor —le ruega con una autoridad tan amable que ella obedece.

Toma la taza de café y el olor la vivifica. No ha visto lujo en este cuarto, pero en cuanto al café este cura se trata bien. Colombiano,

quizás. Del mejorcito. Da un sorbo.

Está caliente, se quema un poco, pero aun así recupera sensaciones.

—¿Usted me salvó?

—El único que nos salva es Dios, hija mía.

—¡Ahora recuerdo! Severo Justo me secuestró en mi casa y…

Intenta incorporarse, pero se marea.

—Ten calma, Daniela. Aquí estás a salvo —dice el cura.

Ella bebe otro sorbo. Sabe que es un efecto placebo, pero su mente se despeja.

—Pero no entiendo qué hago aquí…

—Es el único lugar en el que Nadie no te buscaría.

No nota ya el calor excesivo y sí la temperatura justa y el placer de un buen café.

—Pero ¿cómo llegué aquí?

—Te trajo Severo Justo.

Se sobresalta, pero no llega a volcar el líquido porque apenas queda en la taza. La deposita en la mesita de noche.

—Pero… ¡si él me secuestró!

—Te equivocas, hija mía. Él te salvó. Estabas en la lista de Nadie. ¿Nunca pensaste que tu oposición a la Brigada fue lo que contribuyó a hacerla más famosa?

—Yo…

—Nadie tenía un plan meticuloso y organizado. Un orden que se alteró cuando mató al mendigo equivocado. Tú serías la próxima víctima, porque eso revolvería a la opinión pública en contra de Justo. Por eso te trajo aquí.

—¡No, por eso me secuestró! Pero no entiendo que usted sea cómplice… Su cara me suena… —Daniela se sienta en la cama. ¡Usted es el obispo Suárez, el protector de Severo Justo cuando era cura! O sea que todo esto es una conspiración que también abarca la cúpula de la Iglesia… ¡Esto sí que es una primicia! Me marcho de inmediato, y no intente detenerme, que he tomado clases de kárate, defensa personal y boxeo…

Daniela se marea. Su cuerpo resbala en la cama y se acomoda

para un nuevo sueño. Su mente investigadora deduce que fue el café, que han vuelto a drogarla, pero esta vez con algo más suave.

—Pero estaba bueno el café —murmura antes de dormirse.

El obispo la arropa y apaga la luz de la mesilla.

Sabe que lo que está haciendo le costará caro, pero es lo que debe hacer, aunque ni la diócesis ni el Vaticano lo entenderán.

Espera que Dios lo haga.

Se persigna mientras sale apresurado y no advierte que la dirección del gesto abarca tanto el crucifijo como el póster del Real Madrid.

53

Un pequeño favor

El teléfono del Súper muestra un número sin identificar pero que le parece familiar.

Cuando atiende, una voz ronca lo llama por su nombre y su apellido.

—Sí, soy yo. ¿Y usted quién es?

—¿Está solo?

—¿Es una broma, Paco?

—Ninguna broma, Acuña —cambia a tono oficial el ministro del Interior—. Está usted en un buen lío. Hace dos años lo coloqué en la Brigada para que me informara, pero eligió ser un Apóstol más del culto de Severo Justo.

—No coincido en su visión, pero sí en los hechos, señor ministro.

—Y, además, está el asunto de las deudas de juego. Veo muy turbio su futuro. Me preocupo por usted.

En el Súper despiertan los instintos adquiridos en tantos años recorriendo los pasillos del poder: reconoce en el otro los preámbulos que, como una danza de apareamiento, prometen sin prometer y ofrecen sin dar. Respira hondo.

—Le agradezco la preocupación. Pero las cosas son como son.

—Las cosas son como uno quiere que sean, Pablito. Con Justo como secuestrador prófugo, ¿quién recordará el pequeño desliz de un funcionario ejemplar como tú? Un curso de rehabilitación, un tiempo fuera de los focos y otra vez estarás en carrera…

—¿Ahora nos tuteamos, ministro?

—Depende de ti.

—Yo cometí un error y no puedo viajar al pasado para repararlo.

—Puedes pensar en tu futuro. Esto supone el fin de la Brigada.

Pero ha dado excelentes resultados y me da pena perder esa energía… Aunque, si no recuerdo mal mis estudios, la energía no se pierde: se transforma, Pablo.

Vértigo leve.

Va a ofrecerte algo y no quiere que pienses en el precio que pagarás a cambio.

—No comprendo la aplicación de esa teoría en nuestro caso, ministro.

—Sé que tú y tu amiguito Bermúdez habéis sido apartados de la Brigada. Eso os beneficia, si esto termina pronto y bien. Dentro de unos meses resucitamos al grupo, con la imagen renovada y un nuevo líder: tú. ¿Te parece interesante la teoría?

—Mucho. Pero supongo que no bastará con que me mantenga al margen…

—Por supuesto que no. Necesito un pequeño favor. Formas parte del núcleo duro de la Brigada, que estará tratando de ayudar a Justo. ¡Yo también quiero ayudarlo! Por su propio bien. Cuanto antes lo detengamos, mejor para él. El secuestro de Daniela Vélez demuestra que está desequilibrado y puede cometer actos violentos. De un momento a otro comenzará la cacería y nunca se sabe cómo acaban…

Lo peor es que el cabrón está en lo cierto, piensa el Súper, y le duele pensarlo.

—¿Qué sugiere?

—Tus compañeros, ejerciendo un concepto de lealtad mal entendida, se negarían a hacer lo que hay que hacer para salvar a Justo. Tú eres un profesional, Pablo.

—Siga, por favor.

—La vieja loca de los ordenadores y los demás estarán tratando de localizar a su jefe, si es que no lo han localizado ya. Te enteras de dónde está, me avisas y te garantizo que lo detendré sin que sufra daño alguno. Lo estarás salvando a él, a tu carrera y a tu amigo Bermúdez. Y todos felices. ¿Qué respondes?

El Súper piensa en Elena viendo por televisión su nombramiento, en sus hijas respetándolo otra vez, en volver a frecuentar los despachos en los que todo ocurre amortiguado, donde el poder y el

bien común se deciden entre susurros.

Compara esa imagen con el caos de la cocina y a Dolores repartiendo capones a un grupo desorientado sin su líder.

Se decide por lo obvio.

—¿Nunca se preguntó por qué me hice policía, ministro, si se me dan tan bien la diplomacia y las tareas palaciegas?

—La verdad es que no.

—Quería formar parte de algo como la Brigada, pero me dejé tentar por los despachos y la falsa convicción de que lo que hacíamos era importante. Pero lo importante lo hace gente como Paco Bermúdez en la calle. Eso usted no puede entenderlo, ministro. Hace dos años yo tampoco, pero ahora sí. ¿Sabe cómo nos llamaban a los policías de despacho y ministerio? «Los trajeados». Llevo veinticinco años en la Policía, pero solo dos siendo un policía de verdad. Gracias por la oferta, pero se equivoca de hombre. Yo antes era un trajeado. Ahora soy un Apóstol.

Y cuelga.

54

Leche de avena y papel maché

Bermúdez detiene el coche a una distancia prudencial del taller mecánico, que lo sitúa psicológicamente más fuera que dentro del barrio, más cerca de la avenida que de las calles inmediatas, en las que cada paseante tiene nombre, apellidos e historias conocidas por todos.

Piensa un poco y toma una decisión. Acelera lentamente y, cuando pasa a velocidad normal, ignora el taller y recorre con una mirada casual la cafetería de la acera de enfrente, la cantidad de clientes —cuatro— y el cartel con el horario. Sigue de largo, vuelve a la avenida y, después de un rato, encuentra aparcamiento.

Aprovechando que no hay nadie de la Brigada, pide un café con leche de avena en la coqueta cafetería que ocupa una esquina de la avenida, contagiada de la gentrificación que se extiende por los barrios de Madrid. Vuelve a observar los locales cercanos y trata de recordar este barrio hace quince años, cuando solía patrullarlo. Es obvio que ahora la arteria principal tiene más pulso comercial, aunque habría que comprobar si ese signo vital se extiende cien metros más allá de la avenida.

¿Gentrificar o no gentrificar?, se pregunta. Desde que acude a terapia y lee casi tanto como Frontela, reflexiona antes de adoptar una opinión. La difícil elección se resuelve cuando pide la cuenta y verifica el precio del café con leche de avena. Se marcha imperturbable, pero por dentro va sumando uno a uno todos los insultos que conoce, y son bastantes. Sube al coche y se aleja rumbo al centro, porque, gentrificada o no, sigue siendo la venida de un barrio y cualquier desconocido llama la atención.

Cuando se ha perdido de vista, se mete por una calle secundaria

hasta llegar a la que conecta con la del taller mecánico. Aparca, camina hasta una parada de bus cercana y es ahora cuando echa de menos el mejor aliado del policía en vigilancia: el periódico de papel. Ha conseguido que en su casa la familia le respete la costumbre dominical de caminar un buen trecho hasta encontrar un kiosco superviviente y traerse un ejemplar de cada diario, incluso de aquellos cuya lectura lo hacen enfadar. La acumulación de papel prensa generaba en pocas semanas una pila acusadora en un rincón visible del salón.

Dejó de ser un problema cuando el lado hippie que siempre le inquietaba de la más pequeña se convirtió en ventaja: su habilidad para confeccionar objetos en papel maché terminaba con todos los periódicos y a veces Paco compraba dos ejemplares de cada uno para abastecer a la muchacha. Ahora se siguen acumulando y cada mes y medio, cuando Ana o él se escapan a Granada, llenan el maletero del coche de malas noticias que Lorena recibe como buenas.

A falta de periódico para fingir que espera el autobús, saca el móvil del bolsillo, busca un diario deportivo, va pasando las noticias sin mirarlas en realidad, porque al Atlético últimamente no le va muy bien. *Tampoco mal. Le va.*

De la cafetería sale un cliente con paso vacilante. Luego, un jubilado que va protestando contra el tiempo o contra sí mismo. Dos minutos más tarde, un tipo flaco y muy arrugado, como si le hubieran cambiado el esqueleto por uno más pequeño y el sobrante de piel se distribuyera en pliegues proporcionales. El último en salir es un muchacho que, por la manera de palparse la cazadora, teme que se le haya caído del bolsillo la china de hachís. El alivio en la postura de sus hombros asegura que no.

Paco cuenta hasta veinte, cruza la acera y comienza a caminar. Cuando pasa junto a la cafetería, el camarero está comenzando a bajar la persiana desde dentro. Con una agilidad sorprendente para su corpulencia, Bermúdez abre la puerta, se cuela dentro, empuja al hombre y termina de bajar la hoja metálica. Ni siquiera saca la placa, pero no hace falta: puede leer en la mente espantada del hombre la palabra «madero».

—Hablemos claro —dice Bermúdez—: me da igual tu trapicheo de hachís. He hablado con algunos compañeros y sé que si busco en el almacén encontraré objetos robados que compras o intermedias para vender a los chorizos del barrio.

La cara del hombre palidece.

—Puedo olvidarme de todo eso. Pero no de tu otro trabajo.

La cara del hombre se vuelve blanca. Bermúdez continúa.

—Así es. Te pagan para vigilar el taller de enfrente, ¿verdad? Para que informes de cualquier movimiento extraño, o si el mecánico se va de la lengua.

El hombre quiere negar, pero asiente y vuelve a negar.

Ya es tarde. Bermúdez lo toma de la camisa.

—Te lo explico. Tú crees que el dinero en negro que te llega cada mes viene de la empresa para la que arregla los coches el tal Joaquín. Por eso ayer informaste que había estado por aquí una mujer desconocida, ¿verdad?

Nuevamente, el movimiento contradictorio de cabeza.

—Esa mujer es importante para mí. Y está en peligro de muerte, si no la han matado ya. En ese caso, unas chinas de hachís y cuatro ordenadores robados no van a ser nada comparado con el paquete que te va a caer. Y eso si decido ir por lo legal. ¿Me comprendes?

Solamente hay un movimiento enérgico, de arriba hacia abajo.

—Si estás de vigilante, debes de tener un número al que llamar. Me lo vas a dar.

El hombre lo recita de memoria y Bermúdez no lo apunta. Es el mismo que le anticipó Dolores. Extiende la mano libre con los dedos índice y medio visibles.

—Tres condiciones. La primera es que no llames ni avises de ninguna manera. Eso marca la diferencia entre que sigas abriendo tu cafetería y haciendo tus negocios o que termines en el trullo. ¿Comprendido? Segunda condición. A partir de ahora trabajas para mí. Gratis. Por poco tiempo. Me vas a dar tu número de teléfono y te voy a dar el mío, y cualquier cosa que ocurra ahí enfrente me llamas.

—¿Y la tercera condición? —pregunta el hombre.

Bermúdez transforma la mano con la palma hacia arriba

esperando algo.

—¿Cómo te llamas? No mientas, que lo pueda averiguar.

—¡Or-orlando Rodríguez Peralta!

—Me basta el nombre de pila. Me apuesto tu futuro a que el jefe sin rostro te hizo llegar una copia de la llave de ahí enfrente.

Orlando el camarero busca en el bolsillo pequeño del vaquero y le da la llave flamante. Paco le acomoda la camisa.

—Perfecto. Ahora te vas a ir a tu casa y seguir con tu vida normal. Si se te ocurre avisarle, vas a tener un problema demasiado grande.

Mira el local.

—¿Qué hiciste con el dinero que te pagaron? Parece que no lo has invertido en el bar.

—Lo-lo guardé, po-porque no quería llamar la atención.

—Mira qué previsor. Si quieres un consejo, pégate un garbeo hasta la avenida y mira cómo están las cafeterías de allí. Gasta ese dinero en decoración, *empijece* un poco el local y verás cómo funciona. Eso sí: no te pases con los precios del café.

Orlando asiente. Salen juntos del local. El camarero echa la llave y camina con ganas de correr rumbo a su casa. Paco se pregunta si avisará a Avellaneda o no. Concluye que en el fondo da lo mismo. Lo más probable es que el maldito millonario psicópata haya plantado cámaras en el taller o en la casa. Dalia es buena moviéndose en lo clandestino, pero no es profesional. Seguro que así fue como la pillaron. Camina hacia la parada de autobús y vuelve a revisar las noticias. Llama por teléfono a Frontela, le explica su hipótesis y el inspector coincide.

—Yo apostaría por cámaras de vigilancia remota. Por lo que usted cuenta, Avellaneda contrata a sus colaboradores de manera aislada, no lo imagino pagándole a alguien para que esté veinticuatro horas delante de la pantalla a ver qué hace un mecánico. Y mucho menos que él se dedique a ese trabajo. Las cámaras grabarán en tiempo real y él revisará lo grabado cuando lo necesite.

Paco pregunta qué tal está el ambiente en casa de Dolores y Frontela dice que bien, pero su tono dice que mal. Se despiden.

Diecisiete minutos después, camina sin prisa hacia el taller. Nadie

a la vista. La puerta da a la escalera de la casa en la planta superior. *Según Dolores, está abandonada, así que ahí no va a poner cámaras Nadie.* No ve ninguna por el pasillo, pero nunca se sabe. Se mueve con rapidez.

Al llegar al salón de la vivienda familiar abandonada, ve el bulto en el sofá.

Marca un número.

—Sí. Dame con Dolores, Jorge.

Espera un instante.

—¿Cómo sigue Caronte?… Bueno, va a tener que espabilarse un rato, jefa. Te voy a mandar una foto. Al mecánico lo degollaron de un solo tajo, y no soy forense pero diría que fue la misma mano que degolló al mendigo.

55

Una pelotita de nervios

Dolores no parece una abuela ni una *hacker*. Es un general que reparte órdenes. La casa es un centro de operaciones y ella los dirige a todos como a una orquesta dispersa por las habitaciones. Se han sumado a la operación cuatro agentes de confianza por los que Bermúdez puso la mano en el fuego.

Tras ratificar la intuición de Paco sobre el corte en la garganta del mecánico, Caronte propone incorporarse al grupo, pero Dolores le ordena que tome una tila y dos pastillas y lo lleva de vuelta al cuarto de invitados. Teme que el forense acabe por colapsar, la suya no es una enfermedad contagiosa, es el viejo miedo de siempre.

Hace un rato, en sueños, discutía con las voces de los muertos. Sus palabras no se entendían, pero sí el pánico que le provocaban. Cuando por fin duerme otra vez, Dolores va hacia la cocina a verificar cómo marcha la comida.

Eusebio, con su estatura de gigante magnificada por la pierna de escayola, se maneja con habilidad entre los fogones, auxiliado por Mingo, que tiene un brazo en cabestrillo. *Vaya par*, piensa Dolores. *Entre los dos igual haríamos uno completo, pero sería uno formidable.*

Vuelve hacia el cuarto de ordenadores donde Frontela y Beatriz hacen lo suyo frente a los teclados. Se diría que tocan un piano a cuatro manos.

—¿Algo nuevo?

Su nieto está confuso.

—Avellaneda no ha vuelto a conectarse. El móvil de Dalia está apagado. Y acertabas con lo del GPS del Mini: el coche está en una

calle de Guadalix de la Sierra.

Beatriz sigue con la mirada fija en la pantalla. Sus dedos no se detienen.

La anciana pone una mano en cada teclado y los frena.

—Un argentino que conocí hace tiempo decía que en situaciones de crisis «es mejor ser una pelotita de nervios que un nervioso pelotudo». Creo que no necesita traducción. Tenemos que dar lo mejor de nosotros, pero sin atolondrarnos. Tomen descansos por turnos. Es en esos momentos donde se nos ocurren las ideas que no habíamos contemplado. —Acaricia el pelo de la inspectora auxiliar—. Beatriz, ¿has podido seguir la pista de la abogada que tenía la familia de Avellaneda? Siempre sospechamos que lo ayudó de alguna manera, pero supo protegerse bien.

—Ni rastro. Es como si hubiera desaparecido del país.

La anciana da dos palmadas en el aire.

—Venga, cambiad esas caras y separaos un poco, que vais a terminar siameses, coño. Jorge, tú necesitas que te dé el aire. Vete al taller mecánico donde estaba Bermúdez con el fiambre. Llévate un detector de cámaras y de micrófonos, pero sobre todo de cámaras. Trata de localizarlas y de interceptarlas, pero que no te pillen. No creo que nos conduzcan directamente hasta Avellaneda, pero nunca se sabe.

Frontela se despega dolorosamente de Beatriz, pero al mismo tiempo se advierte su alivio por ponerse en movimiento. Dolores ocupa su lugar.

—Lo mismo para ti, Beatriz. Deja de fustigarte, que ya has hecho lo tuyo.

La muchacha sigue mirando al frente.

—No conozco mucho a Dalia Fierro, pero Jorge le tiene mucho cariño —dice.

—Todos queremos a esa pequeñaja psicópata. ¿Sabías que desde que se divorció algunas noches sale de ronda para vigilar que todos estemos a salvo? Otras, ya sabes, la cabra tira para el monte y se va de bares, a ver si se encuentra a alguien con quien despertarse, para olvidarlo después. Podría tener fama mundial en cualquiera de

sus disciplinas, con ese jodido cerebro que tiene. En un tiempo fue terapeuta del presidente y, aunque no necesita dinero, los nombres más importantes del país querían atenderse con ella.

—Wow. Sabía que era un genio, pero no tanto.

—Pero ella eligió estar con nosotros, en una brigada que inventaron para que no superara su primer caso. Aunque parezca contradictorio, si Justo es el cerebro de la Brigada, Dalia es el corazón.

—Pero usted hace cosas muy importantes. Y Jorge es mucho más necesario de lo que parece, aunque no le gusta darse importancia.

Dolores le acaricia el pelo.

—Lo sé, muchacha. Lo sabemos todos. Mi nieto es así: maneja tanta información a la vez que no suele quedarle tiempo para pensar en él. Pero tú sí que piensas en él y te preocupas por él.

La cara de Beatriz se descompone, a punto de llorar.

—Tranquila, que no está en peligro, pequeña. De momento, no. Lo quieres mucho, ¿verdad? —Le acaricia el cuello con suavidad de madre.

—No he conocido a nadie como Jorge. —Se ilumina la cara de Beatriz—. Es el hombre más bueno y generoso que existe. Al principio puede parecer un poco raro, pero es una maravilla la cantidad de cosas que sabe…

La mano de Dolores se endurece en su cuello y la obliga a mirarla.

—Y si lo quieres tanto, ¿por qué lo traicionaste, Beatriz? —Algo punzante presiona el costado de la muchacha. Es el puñal que Dolores empuña con firmeza—. ¿Por qué, desde que llegaste, has sido el topo de Javier Avellaneda? Necesito que me convenzas de que no eres una maldita hija de puta que, además de romper el corazón de mi nieto, conspira para acabar con todos nosotros. Convénceme, Beatriz, o te atravieso el bazo.

56

Alma de culebrón

Beatriz apenas llora, pero Dolores puede sentir cómo se desarma.

—Yo… yo… ¡le juro que no lo hice solo por el dinero!

—Eso es lo que me preocupa, muchacha. Lo del dinero explicaría la tentación pero no la traición continuada. Ahórrame la historia, que la conozco. ¿Crees que cuando alguien se incorpora a la Brigada no investigo hasta la papilla que le daban cuando era bebé? Sé que tu familia no era una familia sino un desastre, que huiste de casa siendo adolescente, que has sumado un trabajo de mierda tras otro, hasta poder permitirte entrar en la academia. Eso lo sé. Pero no alcanza para entender que jugaras así con mi nieto y con todos nosotros.

Dolores ha visto llorar a mucha gente en su larga vida y podría escribir una enciclopedia de lágrimas. Por eso sabe que las de Beatriz son sinceras, que venían acumulándose, como la culpa, dentro de su cuerpo joven y desorientado.

—Creo que no lo sabe todo, Dolores. Cuando me fui de casa de mi padre…, por lo que usted ya puede imaginar, porque no lo denuncié, descubrí que la vida podía ser dura también fuera. Era imposible conseguir trabajo, porque era menor de edad. Conocí a mala gente y terminé… —Intenta decirlo, pero no consigue articular la palabra.

—¿Prostituyéndote?

—Sí. Solo unos meses. En cuanto reuní algo de dinero, volví a escaparme y, como ya tenía dieciocho años, pude conseguir trabajos mal pagados, pero trabajos al fin.

—¿Avellaneda utilizó eso para presionarte?

—Supongo que fue él. Me contactó por teléfono cuando fui

aprobada en la Brigada. Me amenazó con desvelar mi pasado.

—Pero ¿qué pruebas tenía…? —Dolores comprende—. No me digas que…

—Sí. Rodé una película, así conseguí el dinero para dejar aquella vida. No está en internet ni llegó a publicarse. Pero, de alguna manera, él se hizo con el original.

—Y te obligó a espiarnos a cambio de silencio y un buen dinero.

—Al principio, no me pedía nada en particular, solo algunos detalles de algunos de vosotros, pero nada importante. Hábitos, hobbies, cosas así. Creí que era alguno de esos periodistas que siempre están investigando a la Brigada. Una vez al mes recibía una llamada de un número desconocido, que cortaba cuando atendía y luego, en el buzón de mi piso, encontraba un sobre con cuatro veces mi sueldo en efectivo. En billetes usados.

—Se ve que lo de las treinta monedas ya se ha actualizado —comenta Dolores.

Beatriz la mira, pero no puede sostenerle la mirada. Vuelve a llorar.

—¡No he tocado ni un euro de ese dinero! Lo aceptaba, pero me quemaba. Alquilé una caja de seguridad en un banco y lo fui acumulando. No sé para qué. Supongo que creí que así podría devolverlo en algún momento. Además, no me pedía nada que comprometiera la seguridad de nadie. Preguntaban si Justo había vuelto a fumar, o qué tal se llevaban Bermúdez y el Súper. —Vuelve a llorar—. Sé que no tengo perdón. Pero era mucho dinero por nada y pensaba dejarlo.

—Pero no lo dejaste. ¿Por qué?

—Porque me enamoré de Jorge y el que me pagaba lo supo, no me pregunte cómo, y me amenazó con revelarle mi pasado y la traición. Prometió que ni él ni vosotros correrían ningún peligro. Me negué. Y al día siguiente, cuando fui a abrir mi correo electrónico en Jefatura…

—…Te encontraste con una foto o algún trozo de aquella película guarra que grabaste.

Beatriz asiente.

—Entonces cediste y allí comenzó a pedirte datos y más datos sobre nosotros.

—Me convencí de que estaba escribiendo un libro sobre la Brigada y quitando algún detalle personal, no había nada que fuera negativo. Aun así, me sentía como una basura. ¡Pero no quería perder a Jorge y al final lo he perdido!

El Súper ha vuelto y hace amago de entrar, pero el gesto de Dolores lo fulmina.

Cierra la puerta y se aleja por el pasillo.

Dolores retira el puñal y abraza a la muchacha.

—¡Ay, pequeña, que te has enamorado de verdad! Pero parece que no conocieras a mi Jorge. ¿Crees que él te hubiera dejado por eso?

—No lo sé. Todo es tan irreal. ¡Pero ahora Dalia está en peligro por mi culpa!

—No solo por tu culpa, muchacha. Pero, volviendo a mi nieto, ¿te acercaste para conseguir información y terminaste enamorándote?

Beatriz sacude la cabeza indignada.

—¡Claro que no! Pero en cuanto lo vi, no pude dejar de mirarlo. ¿No ha visto lo guapo que es? Y es listo y cuidadoso y…

—¿Y en la cama? Debe de ser bueno, si te tiene tan entusiasmada…

Beatriz se sonroja, sonríe y llora otra vez.

—¡Ese es mi nieto! —dice Dolores, tratando de bromear—. Ahora, cálmate. No le diremos nada a nadie, de momento. Todavía podemos salvar a Dalia y a Severo. Pero necesito tu ayuda. Si tuviste que disimular todo este tiempo ante gente que querías, no te costará hacerlo con un cabrón como Avellaneda…

La mirada es limpia, esperanzada.

—Haré lo que usted quiera, pero después quiero contarle la verdad a Jorge y al resto de la Brigada. No me importan las consecuencias.

Dolores le da un suave capón en la nuca.

—Mucho millennial, mucho millennial, pero al final tenéis tanta alma de culebrón como teníamos nosotros. Sécate los mocos y

límpiate la cara, que el pelmazo de Jorge puede volver en cualquier momento y no quiero que te vea así.

La muchacha se recompone.

—¿Cómo le enviabas los informes?

—Al principio, a una dirección de correo electrónico. Luego me dio un número de teléfono y lo cambia más o menos cada semana. Es para que le dé informes puntuales sobre nuestros movimientos. Hace días que no lo llamo, ni él me llama a mí.

—Pues dentro de un rato lo llamas y le dices que estamos alarmados porque Dalia Fierro ha desaparecido. Cuéntale lo del mecánico, pero no que Paco entró y lo halló degollado. Si ve que sabes demasiado, desconfiará. Y dile que Justo me llamó y he localizado el número. —Escribe una cifra en un papel y se lo da—. Si te pide que lo consigas, di que lo intentarás, hazlo sufrir unos minutos y luego le das este. ¿Podrás?

Asiente la muchacha.

—¿Y usted podrá perdonarme?, ¿podrá Jorge?, ¿podrán los demás? No hablo de mi carrera, ni del delito que cometí. Eso lo pagaré. Ni siquiera pido que comprendan mis motivos…

—Te seré sincera, muchacha. Con Jorge no vas a tener problema, y con los demás, si alguno se pone muy loco, siempre tengo mi puño americano. Lo de que pierdas el trabajo y vayas a la cárcel… Primero rescatemos a Dalia y luego le preguntamos a Justo. Él fue cura, le corresponde decidir si perdona o no tus pecados. Aunque algo me dice que sí.

57

Una vida normal

Dalia siente calambres en los brazos. No puede comprobar el avance en su tarea de cortar los precintos con el trozo de tubería. Si pudiera separarlos, sería más fácil. Pero están juntos. Debe conseguirlo antes de que vuelvan Avellaneda y Nadie.

Ráfaga hace lo posible para distraerla del dolor.

Oye, que te tomo la palabra si nos salvamos: lo del Caribe y todo eso. También te recuerdo que me regalaste el coche.

—Y el sofá italiano, si quieres.

Quita, que le das tú muy buen uso. ¿Puedo preguntarte algo sin que te enfades?

—Mal empezamos.

Pues te lo pregunto igual. ¿No estás cansada?

—¿De qué?

De mí, por ejemplo.

—Es una pregunta con trampa.

¿Por qué crees que nos fuimos, tus voces?

—No lo sé. Pero cuando os fuisteis, me sentí sola por primera vez en mi vida.

Pero yo volví. Porque te sirvo para echarme la culpa de tus impulsos.

Dalia siente que uno de los precintos cede. Acelera el movimiento.

—¿Y las demás?

No me jodas que todavía no lo has comprendido… Cuando eras pequeña y escuchabas tus voces, ¿qué pensabas?

—Que estaba loca, que estoy loca. ¿Quién mejor que yo para diagnosticarme?

Nadie peor, doctora. Parece que está por ceder el segundo precinto, dale caña. Nos inventaste tú, para contarnos lo que no podías decir a los demás. Nacimos para que no te vuelvas loca. Y las demás callaron porque las has aceptado.

—¿Y tú?

A mí nunca me aceptarás del todo y siempre me vas a necesitar. Estás convencida de que soy tu lado salvaje, cuando en realidad soy tu lado más racional.

—Suena a rollo psicoanalítico pasado de moda.

Es que vamos teniendo una edad. Aún no me respondes: ¿no estás cansada?

—Un poco, sí. Pero el mundo académico me aburre y tengo esa rabia tuya, bueno, mía, de quien sea, siempre a punto de aflorar…

¿Lo digo yo o lo dices tú?

—Me rindo: me gustaría llevar una vida normal, con amores que se queden y de los que recuerde el nombre, con problemas normales…

Como un José normalito…

—Vale, sí. No sé si es él o lo que él representa.

¿Ves que es más fácil cuando te sinceras? ¡Ha cedido el segundo precinto!

Dalia está agotada, pero siente que Ráfaga la ayuda a presionar el precinto restante contra el filo escaso de la tubería. Solo unos minutos más… A diferencia de Severo Justo, no cree en nada sobrenatural, pero le reza al techo en penumbras de esta nave enorme, pidiendo unos minutos más.

El deseo no es concedido.

Suenan los tres cerrojos de la gran puerta, que se abre, se vuelve a cerrar y los pasos que se acercan. Dalia rueda por el suelo hasta el otro extremo del cubículo. Cuenta los pasos. Solo una persona. *Zapatos caros*, dictamina Ráfaga.

Se abre la puerta y en la oscuridad se recorta la figura de Javier Avellaneda.

—Falta poco para el fin, doctora Fierro. —Se queda mirándola—. Está agitada. ¿Por qué está agitada?

Recorre con la mirada el recinto y es inevitable que acabe descubriendo en el suelo de adoquines los dos precintos cortados y más arriba la tubería, que ha perdido el óxido por la fricción y brilla como una bengala. Dalia Fierro y Ráfaga saltan hacia Avellaneda, hay que distraerlo. Él las esquiva, pierde los nervios y comienza a patearlas en el suelo. Ellas se hacen una bola, ofrecen las zonas menos vulnerables del cuerpo, de nada serviría pedir clemencia, *hay que dejar que se canse y se vaya antes de reparar en los precintos.*

Avellaneda pierde furia. Se contiene. Respirando trabajosamente. Golpea con el puño cerrado la puerta de metal.

—¿Es que a todo el mundo le da por desobedecerme hoy?

Respira profundo. Varias veces.

—Sé lo que intentaba, doctora. —Vuelve a sonar calmado.

Dalia suelta un insulto. Avellaneda sonríe.

—No la mataré antes de tiempo. Quiero que Severo Justo la vea morir.

Gira para salir. Pita su teléfono móvil. Lee un mensaje, responde y anuncia:

—No se preocupe, que pronto tendrá compañía.

Cierra y se aleja silbando. Suenan la gran puerta, las tres cerraduras y el motor de un potente coche que se pone en marcha.

Dalia mira fijamente hacia los precintos cortados en el suelo.

Con la boca ensangrentada, sonríe con ferocidad.

58

El plan

Justo oye crujir la puerta. Se esconde detrás de un aparador, con el arma preparada.

—Sal, jefe. No me seas capullo —dice la voz de Dolores.

Cuando lo ve aparecer disfrazado de jubilado distraído, suelta una carcajada.

—¡Pues vaya pintas que tienes, no me jodas!

En las manos trae un táper de buen tamaño. Se lo alcanza. Está caliente.

—Albóndigas de las mías, supongo que no habrás comido y sé que te gustan.

Justo busca cubiertos y empieza a comer directamente del recipiente.

—¿Lorna? ¿La niña? —ahorra palabras.

—Estar bien. Lorna Gran Barriga. Niña pegar patadas. Ser futbolista en futuro. ¿Qué nombre ponerle?

—¿Por qué hablas así?

—Si te comunicas como los comanches de las películas, te contesto igual.

Sonrisa de buena voluntad por parte de Justo. Es fugaz.

—¿Cómo sabías que estaría aquí?

Dolores ríe, saca una botella de vino de un anaquel escondido y sirve dos vasos.

—¡Ay, jefe! No te doy un capón porque te vas a atragantar con la cuchara. ¿Recuerdas que me pediste un crucifijo con micro GPS para localizar a Lorna si la secuestraban?

—Sí.

—¿Y recuerdas que cuando te lo entregué te hice un regalo?

Justo busca en los bolsillos y saca el encendedor de plata.

—¿Me pusiste un localizador?

—Teniendo en cuenta tu tendencia a ir solo al sacrificio, era lo más razonable.

La mira y asiente.

Dolores se asusta. Hay algo de animal acorralado en la mirada de Severo Justo. Una determinación desconocida, asesina y suicida al mismo tiempo.

—Hay cosas que no sabes, Justo. Avellaneda tiene a Dalia.

El policía salta en la silla, se calma y escucha la narración.

—Pero ¿cómo se os ocurrió actuar por vuestra cuenta?

—¿Y a ti cómo se te ocurre secuestrar a la periodista más famosa de España?

—Quería ponerla a salvo. Está en un lugar seguro.

—Inexacto —dice Dolores, imitando una máquina—. Seguro que querías poner a salvo a esa cabrona, pero también despistar a Nadie y Avellaneda, obligarlos a reaccionar. Pero a mí no me engañas. En el edificio pijo de Daniela hay cámaras por todas partes y el vídeo que mandaste a la tele era un montaje de dos localizaciones, destinado a que se te identificara sin la menor duda.

Justo baja la mirada y vuelve a las albóndigas. Toma un trago de vino.

—Vale, yo también actué por mi cuenta. Pero se supone que soy el jefe, ¿no?

El golpe de Dolores sobre la mesa hace saltar el plato y una albóndiga se eleva casi diez centímetros para volver a sumergirse en la salsa.

—¡Jefe, mis ovarios, Justo! Te portas como un niñato, haces la guerra por tu cuenta y los demás te imitamos porque eres nuestro ejemplo. ¿No sabes que la única manera de acabar con Avellaneda y con el Nadie que sea es trabajando en equipo?

—Tienes razón. —La mira con desesperación—. ¡Pero no puedo permitir que vuelva a matarlas, Dolores! Él llevaba la iniciativa y yo iba a perder la partida. Tenía que patear el tablero, alterar el orden de los pasos que estableció.

—Visto así… —concede la anciana—. ¿Tienes un cigarrillo?

Justo se lo alcanza, junto con el encendedor.

—¿No era que solo fumabas después del sexo?

—No me hables, que tengo a Mingo y a tu padre de cocineros y no hago más que pensar cosas raras. ¡Qué pedazo de hombre, tu viejo, niño!

Justo suelta una carcajada. Ella enciende el cigarrillo y le devuelve el mechero.

—Hay más. He descubierto al topo.

—¿Beatriz Gutiérrez?

—¿Ya lo sabías?

—Lo deduje. —Baja la cabeza apenado—. Después de sospechar de todos y cada uno de vosotros hasta sentirme sucio. Un colaborador cualquiera de la Brigada no tendría acceso a información selecta. Y por tu nieto pasa todo. ¿Quién mejor que su pareja para sonsacarlo? Me costaba creerlo, parece enamorada de Frontela y ama ser policía. Avellaneda le habrá pagado muy bien.

—No es mala chica. Ya te contaré. Y nos ayudará a rescatar a Dalia. —Saca de su bolso un teléfono voluminoso y de aspecto tosco —. Es un móvil ruso *rugerizado* e indetectable. Yo convocaré a la gente en mi casa y en media hora lo enciendes y esperas. Beatriz le mandará un mensaje a Avellaneda diciendo que te he localizado en este número de teléfono y me apuesto la escayola de tu padre a que no se resiste a la tentación de llamarte para proponerte un canje por Dalia…

—¿Por qué estás tan segura?

—La psicóloga es Dalia, pero tú has desbaratado su plan y tendrá que quemar etapas. Sabe que no puede seguir escapando de nosotros. ¿Qué mejor que desafiarte para que vayas solo y matarte a ti y a Dalia? Al menos, es lo que yo haría…

—A veces me preocupas, Dolores.

Ella se levanta, va hasta un armario y saca un abrigo. Lo sacude. Se lo pone al policía por encima de los hombros.

—Si quieres ir disfrazado de jubilado, es asunto tuyo. Pero abrígate, que ha bajado la temperatura. Además, la pistola canta un montón en el bolsillo de la rebeca. ¿Es una Glock?

Justo sonríe y asiente. Ella le da un abrazo y tardan en separarse.

—Bueno, el táper y los cubiertos los friegas tú. Yo voy a dar de comer a esos cabrones. Por si acaso, hasta el último momento no les diré que estás aquí. En cuanto Avellaneda te llame, me avisas.

—¿Y si no llama?

—Llamará. Te odia demasiado. —Lo mira fijamente—. ¿Estamos de acuerdo? Somos la Brigada de los Apóstoles del puñetero Severo Justo y vamos contigo hasta el final, pero juntos. Aquí nadie juega al llanero solitario. Ni siquiera tú.

—Estamos de acuerdo —dice Justo.

Dolores se marcha y él comienza a fregar el táper.

59

La vida es una moneda

Termina de limpiar la pequeña cocina de Mingo, aunque no era necesario. Faltan veinte minutos según el plan de Dolores. Pero él, últimamente, cree más en los presentimientos que en las tácticas.

Enciende el pesado móvil y se familiariza con su funcionamiento. Por muy ruso que sea, el *software* está en inglés. No hay un operador visible, así que probablemente será satelital. Hasta hace poco se preguntaba si era prudente permitir que Dolores comprara esos aparatos con parte de la comisión que se quedaba tras expropiar a timadores cibernéticos y devolver a los estafados su dinero de forma anónima.

Ahora no se pregunta nada. Ni siquiera si finalmente lo hará. Porque sabe que sí.

Se pregunta qué pasaría si cruzara la calle a la carrera, entrase a la casa de Dolores, le diera un abrazo a su mujer y saliera corriendo otra vez. Le duele físicamente no poder abrazarla, palpar el bulto movedizo de la niña en su barriga.

Rebusca en las estanterías de Mingo, a ver si encuentra una moneda.

En una novela absurda que leyó hace años, el protagonista estaba cansado de equivocarse y confiaba cada decisión a una moneda… que siempre se perdía en una alcantarilla o bajo un mueble, de modo que no le quedaba más remedio que decidir.

Recuerda también que hacia el final de la historia, ante una decisión crucial y por primera vez, la moneda caía en su mano. El protagonista la tiraba hacia atrás sin mirar, porque ya estaba acostumbrado a equivocarse por su cuenta.

—Gilipollas —murmura Justo, al que siempre le costó decir tacos. De pronto asume que se pasó la vida buscando que alguien o algo decidiera por él: el odio que se inventó contra su padre, un Dios que en realidad nunca lo llamó, o una institución policial en la que ya le cuesta creer. *Al final resulta que el gilipollas era yo*, se disculpa con el protagonista de la novela cuyo título no recuerda.

Solo han pasado tres minutos. El teléfono vibra. El número es desconocido.

—Avellaneda.

—¿En qué ratonera se ha escondido, Severo Justo?

—Yo no me escondo, Avellaneda. Lo estaba esperando.

—Vaya lío ha montado. ¿No está usted un poco mayor para iniciarse en el oficio de secuestrador?

—Nunca es tarde. Y los gustos, ya sabe: hay que dárselos en vida.

—Pasé toda la mañana preguntándome por qué lo hizo. Luego lo comprendí: necesitaba hacer algo, provocarme para que cometiera un error.

—Toda su vida es un error, Avellaneda. Pero pronto lo voy a solucionar.

—En televisión suele parecer un hombre mesurado, Justo. Ahora suena como un matón.

—Como un verdugo, quizás. Su verdugo.

La risa es demasiado aguda. Avellaneda hace esfuerzos por controlarse.

—Me temo que ese papel me toca a mí. ¿Recuerda a Dalia Fierro? La reservaba para el final, quería que usted fuera testigo de su muerte, antes de matarlo…

—¿Usando un triciclo, una bicicleta, o un patinete eléctrico? Usted solo sabe matar a distancia, Avellaneda.

—¿Sabe lo que veo durante una fracción de segundo, cuando atropello a alguien? La aceptación de lo inevitable. El reconocimiento de que estoy en mi derecho de matarlo. Pero tiene razón: desde el volante de un coche hay mucha distancia. Con Dalia Fierro voy a practicar su consejo. Voy a matarla de cerca y lentamente…

—No —dice Justo—. Ella y los demás son solo extras en su juego.

Usted me quiere a mí. Pero ya no tengo nada que perder. Después de lo de Daniela Vélez, solo me queda desaparecer. Mate a Dalia y le aseguro que, aunque pase su vida buscándome, no me encontrará. Yo a usted, sí.

Silencio en la línea.

—¿Qué es lo que propone?

—Fue usted quien llamó. Supongo que tendría algo que proponerme.

La carcajada es seca, tensa.

—Después de todo, es un buen adversario, Justo. Pese a su origen plebeyo y su condición de simple funcionario hay cierta grandeza en usted. En efecto, tengo una propuesta. Aunque no creo que tenga el valor de aceptarla.

—Pruebe.

—Los dos solos. Liberaré a Dalia Fierro y sobrevivirá el mejor. O sea, yo.

—¿Como sé que cumplirá su palabra?

—Porque está en lo cierto: el objetivo siempre fue usted. Si desaparece, nunca podré acabar este infierno de clandestinidad al que me condenó. Pero ya que lo menciona, ¿cómo sé que vendrá solo y no con sus domesticados Apóstoles?

—Yo no tengo alcurnia, pero tengo palabra.

—Júrelo por Dios, ya que fue cura.

—Se lo juro por mi hija, ya que seré padre.

Avellaneda de reflexiona.

—De acuerdo, entonces. Por algún motivo ese teléfono no es rastreable…

—Cosas de rusos. Antes eran los japoneses los que inventaban todo, pero ahora…

—Le iré dando instrucciones a medida que se acerque. Me fío de su juramento, pero nunca está de más tomar precauciones. ¿Tiene algún coche a mano?

—A cinco minutos de distancia.

—En cinco minutos lo llamo.

Avellaneda corta. Justo revisa la Glock y las dos pequeñas

Berettas. Quiere quitarse el disfraz de jubilado, pero ya lo hará cuando esté cerca. Ahora es un prófugo y cuanto menos gente pueda reconocerlo, mejor. Tiene consigo las llaves del coche de Lorna, que ella lleva meses sin utilizar.

Dolores dijo que la avisara cuando lo llamara Avellaneda.

Pero prometió que irá solo.

Y las promesas se cumplen, aunque se las hagas a un asesino.

Se pone el abrigo que le dio Dolores y se prepara a salir.

Junto a la puerta, en el suelo, una moneda de dos euros. Reluciente.

La recoge y piensa: *Si sale cara, aviso a Dolores y seguimos su plan. Si cae en cruz, me voy solo a ajustar las cuentas con el asesino de mi primera felicidad*.

Sopesa la moneda, la hace girar entre dos dedos, la deposita sobre la uña de su dedo pulgar y la lanza girando hacia el techo.

No ha llegado a tocar el suelo cuando Justo cierra la puerta y marcha a cumplir con su destino.

60

Ellas

El tercer precinto cede. Tiene la impresión de que era más grueso y firme que los demás, pero solo está más cansada. Necesita poner los brazos delante del cuerpo, desentumecer los músculos, pero se queda como está. Canta una cancioncilla infantil y demente, cierra los ojos. Espera. Ningún movimiento. Entreabre los párpados y realiza la última revisión del recinto, que sería inútil si en las anteriores hubiera pasado por alto una microcámara oculta. Dalia Fierro no es tonta y deduce que si Avellaneda pudo llevarla hasta esa trampa, fue porque el taller de Joaquín estaba monitorizado.

¡Soy una estúpida, tendría que haberlo adivinado!, se fustiga Ráfaga.

—Yo también, pero nos gusta sentirnos invencibles, olvidar que somos pequeñas y a veces tenemos miedo, ¿verdad?

La voz en su mente titubea. *Vale: solo a veces. Pero hoy no.*

Dalia tose y el eco se replica, lejano. Está segura de que no hay nadie fuera. Casi segura. Como está casi segura de que conoce el lugar donde está, y de que entró hace dos años a este sitio por una claraboya en lo alto del techo.

Estira las articulaciones y revisa los escondites de su traje. El cabrón de Avellaneda ha sido concienzudo. Ni siquiera se le pasó por alto el pequeño cuchillo táctico americano con seis centímetros de hoja que suele ocultar en la bota.

Pero nos dejó vivas, mujer. Y ese será su último error, sentencia Ráfaga.

—Lo primero es salir de aquí. Si vuelven, no podremos defendernos en este espacio tan reducido.

El calabozo no tiene techo porque es una de las subdivisiones construidas en esta enorme nave industrial o lo que fuera antes de ser lo que luego fue.

El muro tiene unos dos metros y medio de altura. Dalia es consciente del paso de cada segundo, que pueden traer los sonidos metálicos de las cerraduras abriéndose y el fin de esta única oportunidad.

Las paredes son completamente lisas, el saliente de la cañería que utilizó para cortar los precintos no alcanzará para apoyarse en él. El lugar es rectangular, más largo que ancho. Retrocede.

Al frente tiene la puerta de metal y el muro que sigue por encima. La puerta tiene un cerrojo ciego que solo puede abrirse desde fuera. Quizás sirva de punto de apoyo. *Como resbalemos le ahorraremos el trabajo a Avellaneda y a Nadie.* Ahora sí percibe la vacilación en la voz de Ráfaga.

—Si quieres, quédate. Pero yo salto —murmura Dalia.

Muy graciosa, doctora. Muy graciosa. Tú mandas. Allá vamos.

Corre unos pasos, salta y su pie izquierdo logra apoyarse en la mínima superficie del cerrojo. Aprovechando el movimiento, se eleva en busca del borde del muro, lo intuye más que verlo, cree que no llegará, la mano izquierda roza el borde de cemento y se aferra, la otra no, el pie izquierdo de Dalia busca a tientas el pobre consuelo del cerrojo de metal, lo encuentra y le da la estabilidad suficiente para que el brazo derecho busque también el filo de la pared, pueden lograrlo o pueden caer, la diferencia es mínima y los brazos le duelen, le duelen mucho. Dalia Fierro está en excelente estado, va al gimnasio seis días por semana y se entrena en distintos tipos de lucha. Pero ha cumplido los cincuenta años y por primera vez desde que tiene memoria cree que no lo va a conseguir.

Sola, no, dice Ráfaga. *Pero no estás sola.*

Y comienzan a alentarla todas las voces que la asustaban cuando niña y la han acompañado de adulta: las distintas Dalias le dicen que puede y finalmente puede.

Se pone de pie en la pared y ni siquiera le importa caer, si es del lado de fuera.

Pero no cae.

Toma aire mientras decide su próximo movimiento y susurra:
—Gracias, chicas. No habría podido sin vosotras.

61

El bosque, el árbol y el hacha

Dolores recorre con la mirada los rostros decididos que pueblan su cocina. Beatriz sigue pegada a ella, pendiente de sus palabras, entre agradecida y temerosa.

—Yo iré en el coche de mi nieto, con él y con Beatriz, abriendo el camino. Paco y Pablo, vais en un solo coche. ¿Cuál es el más discreto de los que tenéis?

El comisario Bermúdez y el Súper se miran y sonríen.

—Vamos en el rosa *gold*.

—Vosotros mismos. —Gira hacia Caronte—. Doctor, es mejor que te quedes aquí. No te veo en condiciones de participar en un rescate…

Caronte vuelve de algún lugar de su mente en el que caminaba a ciegas por pasillos estrechos y viscosos. Su voz es firme:

—Yo voy, Dolores. Soy miembro de la Brigada hasta las últimas consecuencias.

—Yo cuidaré de él —dice Libitina Molina, su compañera forense, que por una vez no parece pálida como un muerto y hasta hay rubor en sus mejillas.

—Vale. Puede que haya heridos. Espero que recordéis cómo tratar pacientes vivos. —Gira hacia los policías jóvenes recomendados por Bermúdez—. Vosotros debéis cuidar el fuerte. Aquí no entra ni Dios. ¿Está claro? Y si ella se pone de parto, nada de llamar a ambulancias, que a saber quién las conduce. Os repartís en tres coches y en el del centro irán la embarazada, su suegro y Mingo. ¿Todos de acuerdo?

Asentimiento general.

—Preparados para salir pitando cuando lo ordene. Puede ser en

cinco minutos o en media hora. ¿Comprendido?

El grito alcanza la convicción y la gravedad necesarias.

—Y ahora dejadme en paz un rato, que tengo que ir a maquillarme. Por muy generala que esté hecha, no voy a ir a la guerra con estos pelos…

Ya en su cuarto, Dolores se permite tener miedo. Demasiado depende de ella y quizás no tenga la fuerza suficiente para salvar a su querida pandilla de tarados.

Hay demasiadas variables, pero solo un camino.

Golpean suavemente la puerta y sonríe pensando que es Mingo, *espero que no se le ocurra que echemos un rapidito ahora, porque tengo la cabeza en otras cosas*, rezonga.

Es Caronte. Los ojos perdidos en las ojeras y el brillo espantado en las pupilas acentúan su aire de extra de película de terror.

—Decía que escuchaba a los muertos, pero soy un fraude, Dolores. Ahora, que de verdad los escucho, no logro separar tantas voces que gritan. Cada vez que me acerco, se alejan o me espantan. ¡Me estoy volviendo loco!

La anciana lo mira sin compasión, pero habla con dulzura:

—Nunca creí en el cuento de las voces, Caronte. Pero sí en tu sensibilidad para percibir lo que otros no ven. ¿Conoces el refrán de los árboles que te impiden ver el bosque? Pues esto es al revés. El bosque te está impidiendo ver el árbol que buscas.

—¿Y cómo lo encuentro?

—Poco a poco. Tomas un hacha y empiezas a talar árboles hasta que solo quede uno. Y no protestes, que ya he visto que tienes buenos brazos.

Cuando se ha cambiado de ropa, Dolores envía a uno de los policías jóvenes del salón a vigilar el patio y al otro que se aposte delante de la habitación donde descansa Lorna. Se marchan y ella se mira en el espejo. Se ve elegante con ese traje azul oscuro con algunos detalles dorados, a juego con el mango de su distinguido bastón.

Mira por la ventana y no ve ningún coche sospechoso, *aunque vete a saber*.

Sale del edificio con rapidez, cruza la calle, se interna entre los escombros del solar y abre la puerta oculta mientras dice:

—Soy yo, Severo. ¡No vayas a pegarme un tiro, joder!

Nadie responde.

Mingo es un tipo ordenado y su casa suele estar limpia.

Ahora reluce y huele a todos los productos desinfectantes que conoce. Es como si Justo se hubiera ocupado de sacarle brillo a cada objeto.

En especial al que refulge en el centro de la mesa.

Un encendedor Ronson de plata.

Junto a él, un trocito de papel y unas palabras:

> Todo esto es culpa mía y me toca resolverlo solo.
> Sé que me comprendes.
> J.
> Posdata: Si no regreso, cuida de ellas y de mi padre.
> Las albóndigas estaban casi tan buenas como las de mi madre.

Dolores se enfada, sonríe y dice:

—Jodido y querido cura.

62

Un hueso

El teléfono sigue encendido, pero Avellaneda solo habla para darle instrucciones. El policía piensa que todas las salidas de Madrid se parecen y que las ciudades periféricas buscan unirse a la capital renunciando a una identidad propia.

Espera que Dolores no se enfade demasiado. Él no cree que Beatriz sea el único topo, tiene que haber más gente implicada, y si es así, prefiere a la anciana y a su padre defendiendo a Lorna y a la niña.

Si él no vuelve, que puede que no vuelva, Avellaneda tampoco lo hará.

Y ellas podrán seguir su vida.

—¿Cuánto falta? Está tardando demasiado —pregunta el teléfono.

—Ha elegido un camino bastante transitado.

—Lo que pasa es que conduce como una abuela —se burla el asesino—. Lo he seguido muchas veces y solo le falta persignarse en cada semáforo.

—Y usted prefiere las carreras suicidas y de ser posible que le cuesten la vida a otros, saltarse cualquier límite y buscar peatones a los que atropellar y…

Comprende que está perdiendo los nervios y se frena.

—Siga, Severo Justo. Lo escucho.

El policía corta la comunicación y sigue conduciendo.

Segundos después protesta el timbre del teléfono ruso.

Lo atiende y es Avellaneda el que ha perdido los nervios.

—¡Que sea la última vez que me corta o su amiga Dalia Fierro pagará…!

Justo corta otra vez. El teléfono vuelve a sonar.

—¿Está usted loco, Severo Justo?

—Yo creo que un poco. ¿Por qué está tan alterado?

—¡Porque me ha cortado la comunicación dos veces!

—Es que aquí la cobertura viene y va —miente—. ¿Cómo voy a cortar en un momento como este? —agrega con un tono de temor muy creíble.

Avellaneda se calma y se muestra condescendiente.

—Es que las infraestructuras de este país dejan mucho que desear… En todo caso, ratifique su posición y le doy la siguiente instrucción.

Justo deja pasar unos segundos hasta ver el próximo hito kilométrico. Se lo transmite. Avellaneda se ha calmado.

—Bien —concede—. Estas son las instrucciones para el próximo tramo.

En la mente de Justo, el trazado que le hace recorrer es absurdo, destinado a confundir a posibles seguidores. Menos mal que dejó el encendedor con el localizador en la casa de Mingo. Imagina los insultos que soltaría Dolores si tuviera que seguirlo.

De pronto recuerda, asiente, sonríe.

—Jodida y querida vieja —murmura.

Dalia comprueba lo que ya sabía. Estuvo aquí hace dos años. Aquella vez entró por una claraboya del techo y, aunque la oscuridad es casi absoluta, logra localizarla. Otra cosa será llegar hasta ella antes de que vuelvan Avellaneda y Nadie. Se mueve con cuidado por el filo de la pared que separa otro cubículo igual al que ella ocupaba y más allá advierte otro y otro más. Gatea hacia el muro, quizás de un salto llegue a los hierros más bajos de la estructura. Si cae, lo hará en otro cubículo cerrado como el suyo y habrá que volver a empezar. Aunque las voces no hablan para ahorrar fuerzas, sabe que ya no está sola. Salta y agarra con ambas manos los hierros paralelos, los sigue cada vez a mayor altura, hasta el lugar donde se entrecruzan. Allí toma un descanso y alza la vista. Está debajo de la claraboya por la que entró hace dos años, en el momento exacto

para salvar a Justo. Intenta abrirla. Sin éxito. Prueba otra vez.

Concentra la mirada y aprovecha la luz de la tarde que se filtra sobre el cristal mal pintado para comprobar que está soldada al marco.

Se enfada, pero ella hubiera hecho lo mismo.

Desde donde está, divisa como un plano la instalación. A cada lado, una docena de celdas vacías. Algunas tienen las puertas abiertas. Al fondo intuye algo así como un estrado y un espacio oscuro que conduce a lo que era la guarida oculta del Nadie que ella mató. Quizás por ese lado haya una salida.

Gatea entre las vigas hasta llegar a una celda con la puerta abierta.

Salta al suelo y pisa mal. Se tuerce el tobillo derecho. No puede apoyar el pie.

Se escucha el sonido del coche de Avellaneda.

Sale de la celda y corre hacia el fondo mordiendo el dolor.

Escucha los cerrojos metálicos retumbar por el gran espacio vacío.

El primero. El segundo.

Cuando suena el tercero, Dalia Fierro ha alcanzado ya la zona de oscuridad.

—Debo cargar gasolina —anuncia Severo Justo al teléfono.

—¿Precisamente ahora?

—Estoy casi en reserva, pero si me dice a dónde voy…

La carcajada resuena en el coche.

—Muy listo, Justo. Por la ubicación que me ha dado, tiene una gasolinera a unos diez kilómetros. En quince minutos vuelvo a llamarlo y será mejor que esté listo.

Localiza la gasolinera, busca el surtidor y echa gasolina. Entra a pagar y compra una botella de agua. Dentro hace calor, así que se quita el abrigo y lo estira. *Sí que se permite prendas buenas, Mingo*, piensa. Mientras recorre las estanterías, palpa el abrigo discretamente, hasta que detrás del cuello encuentra lo que buscaba.

Es plano como una pila de botón de las pequeñas. Y, por

supuesto, no emite una luz parpadeante como en las películas: un localizador que llame la atención del localizado no sería muy útil.

Dolores dedujo que dejaría el encendedor para que no lo siguieran y le plantó otro emisor. Pero él también conoce a Dolores.

Desde uno de esos espejos circulares y omniscientes que permiten ver todo el local, lo mira un jubilado y piensa que antes de llegar al destino va a recuperar su propio aspecto. Si toca matar o morir, que sea como él y no amparado en un disfraz.

Se acerca a la caja. La mujer que está delante vigila a dos niños revoltosos que están expoliando de chuches, chocolatinas y patatas los exhibidores. Ella lo mira, excusándose por el comportamiento de sus hijos, y él, que no sabe si llegará a ser padre, pone mirada de abuelo.

—Hasta Zaragoza hay que entretenerlos con algo —explica ella.

El jubilado asiente, mientras deja caer el localizador dentro del bolso de la mujer.

Cuando le toca el turno, paga, saca un café de la máquina y mira cómo el Peugeot SUV gris metalizado emprende un viaje que, con semejantes monstruitos, a la mujer se le hará muy, muy largo.

Sube al coche. Enciende el teléfono ruso. Cuando llega la llamada, atiende.

—Ya estoy preparado. Dígame hacia dónde voy.

Dalia Fierro busca a tientas en la oscuridad algo que pueda servir de arma, pero no hay nada. El lugar ha sido limpiado recientemente y a conciencia. Hay una mesa pesada, demasiado robusta para poder romperle una pata.

En el otro extremo de la gran nave, las puertas ya se han abierto y por el rectángulo de luz entra la silueta de Avellaneda. Ahora viste un esmoquin blanco. Habla por teléfono, se ríe y se enfada. Cuelga. Se dirige hacia el cubículo donde estaba prisionera Dalia y ella sabe que se le acabó la suerte. Aquí al fondo no hay salida y, en cuanto compruebe que ha escapado, sabrá dónde buscarla.

Pero suena su teléfono móvil, el hombre se enfrasca en una discusión, se aleja hacia la puerta y sale. La puerta queda abierta.

Quizás si corre con todas sus fuerzas sea capaz de llegar y tomarlo por sorpresa. Pero con el tobillo latiendo de dolor no va a lograrlo a tiempo. Él puede entrar cuando esté a mitad de camino y dispararle. Conoce de memoria su ficha y su excelente puntería en las prácticas de tiro.

Avellaneda decide por ella. Entra y sigue con esa comunicación que lo exaspera y al mismo tiempo lo exalta. Dalia retrocede al fondo de la nave. Necesita por lo menos un escondite. Ganar tiempo, no sabe para qué.

Toca una forma extraña, una pequeña construcción de madera gruesa y lustrosa, de un metro de alto. Como una casa en miniatura. Y recuerda que el Nadie original tenía allí recluida a una inconcebible mascota, un hombre al que había reducido a la condición de perro para afianzar su sensación de poder. Toca la cadena, que es larga y gruesa, pero está firmemente sujeta al cemento del suelo.

La voz de Avellaneda se acerca en esa conversación en la que no entiende las palabras, parece que estuviera dando indicaciones a alguien. Por suerte no ha ido al calabozo de Dalia, pero si entra en esta zona oscura la verá de inmediato y todo estará perdido.

Dalia entra en la caseta y jura que, si sale de esta, se la hará pagar muy caro.

La voz se acerca, ha cruzado la puerta del despacho oscuro, quizás podría saltar y sorprenderlo, pero está todavía lejos y el tobillo hinchado le anuncia que no podrá.

Va a intentarlo de todos modos, pero él da un paso hacia afuera, se planta en el centro de la nave, caminando mientras habla.

Se acerca y se aleja y Dalia por fin reconoce algunas palabras y un nombre.

Está hablando con Justo. Le da indicaciones para traerlo a una trampa en la que ella es el cebo *y mientras tanto nosotras escondidas en una caseta de hombre perro*, se queja Ráfaga.

Dalia palpa en el suelo, en un rincón, un objeto alargado, reconocible y casi ridículo. Lo agarra en su mano. Es un hueso de unos treinta centímetros y bastante sólido. Mejor no preguntarse a qué o a quién perteneció. Sus estudios de medicina están ahora almacenados, solo queda lugar en ella para la supervivencia.

Un hueso. Poca cosa. *Pero menos es nada*, dice Ráfaga. Y coinciden.

Frontela conduce, Dolores los guía atendiendo a la tableta. Beatriz, detrás, sigue nerviosa e inquieta, a punto de llorar, pero no quiere que él lo advierta.

—¿Y Justo estuvo todo el tiempo en la casa de enfrente? —reclama el nieto.

—Era lógico, Jorge. Ya no es el hombre racional que conoces. Ahora es un lobo dispuesto a proteger a su hembra y a su cría, contra todo y contra todos.

—Entonces ¿por qué ha huido?

—Porque tanto él como Avellaneda tienen debilidad por los grandes gestos. Un enfrentamiento final. Un cara a cara. Todas esas cosas que tanto os gustan a los hombres, porque nunca dejáis de ser niños. ¿A que no, Beatriz? —Mira a la muchacha, que sigue implorando con los ojos, y la tranquiliza con un gesto—. Como yo sabía que esto ocurriría, aunque no cuándo, le regalé a Severo un mechero de plata, ya sabes que el oro no le gusta, pero por no quedar mal conmigo se vería obligado a llevarlo con él.

—Pero el jefe dejó de fumar hace tiempo…

—Sí. Yo también. Por eso se lo regalé. En la próxima, a la derecha. No aceleres mucho, que no queremos alcanzarlo.

—Y él sabía que le habías puesto un localizador.

—Lo supo hace un rato. Y como quiere ir solo a la muerte, lo dejó allí para que no podamos seguirlo. Pero como yo lo conozco le coloqué otro en un abrigo de Mingo. Es bastante sencillo. Y tiene lógica.

Dedica un gesto con los párpados a Beatriz, que dice:

—Menos mal que lo hizo.

Fuera de la vista del conductor, sus dedos teclean un mensaje en el móvil.

—¿Ahora va en dirección Zaragoza y por la autovía? —se extraña Dolores—. Busca dónde aparcar y avisa a los demás que hay reunión de urgencia, Jorge. ¡Ya!

Un muestrario dispar de coches ocupa el arcén. El sedán utilitario con menor contaminación, mejor relación calidad-precio y más versátil para diferentes usos del mercado, es decir, el de Jorge Frontela, abre la exhibición. Le sigue el coche alargado y previsiblemente negro de Libitina Molina, *si les va mal como forenses, siempre pueden alquilarlo a una funeraria*, piensa Dolores. Cierra la muestra el pequeño Fiat 500 de color rosa chicle de Paco y el Súper.

A ellos les tiende la tableta.

—Hay algo que no me cuadra, pero no podemos desperdiciar ninguna pista. Ustedes dos sigan el localizador de Justo y acérquense lo más posible, sin que los reconozca con ese coche tan moderno que tenéis. Me vais contando por teléfono.

Los policías parten de inmediato.

—¿Y nosotros, abuela?

—Nosotros tenemos que reflexionar. Intenta pensar como Justo. «La cabrona de Dolores me ha plantado un localizador en un mechero que llevo encima desde hace días. Viene y me lo cuenta. Luego me da un abrigo para que no pase frío. Dos más dos son cuatro, aquí y en la China». —Golpea su palma con el puño—. ¡El muy cabrón descubrió el localizador y se lo plantó a alguien!

—Quizás solo esté siguiendo las instrucciones de Avellaneda —comenta Libitina.

—Por eso mandé a Paco y al Súper. Pero a mí el cura no me la pega. Y creo que sin saberlo me ha dado una pista. ¿Trajiste tu tableta, nieto?

—Eso seguro —dice Beatriz, olvidados por un momento sus temores—. Se la lleva hasta a la cama.

—Mejor no me cuentes lo que hacéis con ella, niña —dice Dolores, luego se da cuenta de que ha sonado demasiado dura y le sonríe.

—¿Qué buscamos? —pregunta Frontela.

—Algo que todavía no ha visto Severo Justo. Pero que puede salvarle la vida.

Se acerca a su abuela y le pregunta en voz baja:

—¿No te parece que Caronte está muy raro? Parece que se ha

vuelto loco.

—Déjalo, nieto. Está cortando árboles. —De pronto, la *hacker* suelta un grito triunfal—. ¡Dios, qué lista soy, o qué estúpidos son Nadie y su socio Avellaneda!

Amplía el mapa y lo señala.

—Aquí Justo cambió de dirección. —Reduce la imagen para abarcar más zonas del mapa. La superficie es bastante grande—. ¿Lo veis o no lo veis?

—No soy muy buena en estas cosas, pero no veo nada —dice Libitina.

—Yo tampoco, abuela.

—Se supone que están llevando a Justo a algún lugar en esta zona. Hay parques industriales. Hay descampados. Hay pequeños pueblos. Podría estar en cualquier parte. Pero hemos llegado a la conclusión de que Avellaneda y Nadie actúan en conjunto, y eso aporta un dato nuevo. ¿Lo ves o no lo ves, nieto?

—La verdad es que no.

—Falta ajustar la lente. —La abuela le pega un capón—. Vuelve a mirar, anda.

El policía se concentra, deja que los ojos recorran el mapa y su rostro se ilumina.

—¡Ahora sí lo veo! Pero ¿no sería demasiada casualidad?

—La casualidad no existe. Si me equivoco y Justo va en la otra dirección, ya lo tenemos cubierto. Pero nosotros vamos aquí.

Señala un punto en el mapa.

Beatriz no comprende.

—¿Qué hay ahí, Dolores?

—El lugar donde todo tuvo que haber terminado. Un antiguo criadero de yeguas que fue el cuartel general de Nadie. Allí fue donde Dalia lo mató.

63

La Indomable

En cuanto llega a la zona, Justo sabe hacia dónde va. Podría avisar a Dolores para que rodeen el sitio, atrapar a Avellaneda y a Nadie. Pero eso supondría la muerte de Dalia. Si es que sigue viva.

Además, él debe acabar con esta historia. Sabe que tiene pocas posibilidades, pero también que esta determinación es diferente a la decisión de suicidio que maduró durante años. Ahora, más que nunca, quiere vivir. Pero quiere todavía más que vivan su mujer y su hija, que Avellaneda no vuelva a arrebatárselas.

Finge seguir las instrucciones, pero apenas las atiende, y detiene el coche unos cientos de metros antes de llegar a destino. El lugar apenas ha cambiado en dos años. *Y es el primero donde deberíamos haber buscado*, piensa con ironía.

El oxidado letrero de «Se vende» es negado en diagonal por otro más estrecho de «Vendido», no mucho más reciente. Cierra el paso una tranquera de metal igual de oxidada, pero la cámara de vigilancia es nueva. Al fondo se divisa una edificación amplia y baja, y detrás, algo así como una casa señorial en otro tiempo. Y un enorme almacén, aparentemente en ruinas, salvo que se lo observe con detalle.

El gran letrero despintado a mitad del camino de acceso informa que hace tiempo ese lugar fue la sede de la Yeguada La Indomable. El sitio donde hace dos años Dalia mató al Nadie original y él pudo dejar morir a Javier Avellaneda.

Solo ahora el policía es consciente del odio que ese hombre siente contra él. Conoce los perfiles de Dalia sobre el sujeto, memorizó sus facciones para distinguirlo bajo cualquier disfraz, su estatura y volumen para saber dónde dispararle cuando llegue el momento,

pero no había comprendido la gravedad de su estado mental.

Toda esta operación involucrando a un imitador de Nadie fue una sangrienta bufonada destinada a vengarse de la humillación sufrida cuando, en este criadero de caballos reconvertido en cárcel, en lugar de dispararle con una pistola que creía cargada, Justo eligió salvarle la vida.

Estudia el lugar, quizás podría ganar tiempo, llegar dando un rodeo y tomar a Avellaneda por sorpresa, pero lo más probable es que tenga cámaras en cualquier otro acceso posible, y si se demora, el maldito loco es capaz de matar a Dalia.

Suena el móvil ruso y se sobresalta. Atiende.

—Aquí estoy.

—Por fin contesta. —La voz suena aguda, alterada—. Supongo que reconoce el lugar. ¿A que es irónico? Baje del coche y vaya hacia la tranquera. Luego, por el centro del camino, acérquese al pabellón. Sin trucos.

Justo se mira en el espejo retrovisor y se quita peluca, bigote postizo y gafas. Coloca la diminuta Beretta 21A Bobcat calibre .22 en la funda del tobillo derecho. Revisa la Glock y el soporte del antebrazo que oculta un cuchillo de combate, regalo de Dolores, que tiene debilidad por los artilugios de película.

No se hace ilusiones. Avellaneda ya estará preparado para todo.

—¿Viene o no viene? —reclama el teléfono.

—Voy.

Inevitable sensación de *déjà vu* cuando recorre el camino en dirección al lugar, aunque aquella vez era de noche y ahora todavía falta para que atardezca.

Delante de la puerta de metal recibe la orden de pasar.

El lugar carece de la teatralidad con que Nadie montaba sus espectáculos. El sitio está limpio, como si lo hubieran aspirado por completo. Y al fondo, donde estuvo el escenario del asesino con su máscara, su túnica y sus excesos, solo oscuridad.

Pero Javier Avellaneda no está a la vista.

La voz desde el teléfono se repite con la que resuena por toda la nave.

—Ni un paso más, Severo Justo.

—He cumplido, Avellaneda. Deje ir a Dalia.

—Todo a su tiempo. Desnúdese.

—¿Qué?

—¿Recuerda la primera vez que nos vimos en este lugar? Yo llevaba varios días cautivo, casi convertido en un animal y completamente desnudo. Usted, de traje barato, pero completo. Toca invertir los términos y de paso nos deshacemos de las armas que llevará escondidas.

Sin inmutarse, Justo desmonta su arsenal y lo deja ordenado en el suelo. Luego comienza a desnudarse y dobla cada prenda.

De uno de los calabozos con las puertas abiertas, más o menos por la mitad de la gran nave, asoma Avellaneda vestido de esmoquin blanco y con un arma en la mano. Habla de modo casual, pero el ojo negro de la pistola apunta al cuerpo desnudo:

—Bienvenido a la fiesta, policía.

—Veo que se ha vestido para la ocasión, aunque yo no pueda decir lo mismo. ¿Qué celebramos?

—Su final y el de la maldita Brigada de los Apóstoles. De todos y cada uno.

64

El miedo

Lorna es, ante todo, una persona sensata. A su manera. Sabe que no la dejarían participar en el rescate y que su movilidad está severamente limitada. Como buena periodista, quisiera estar en el centro de la acción. Como pareja de Justo, quisiera ser la primera en abrazarlo cuando detengan a Avellaneda, *si es que lo detienen*. Como madre de una niña sin nombre debe descansar y rogar para que la pequeña espere unas horas más.

Se tumba en la habitación a oscuras, pero deja entreabierta la puerta. Trata de no preguntarse por qué Severo secuestró a Daniela y mucho menos qué pasará mañana. Debería dormir y quizás, cuando abra los ojos, Justo estará de vuelta y tendrán que improvisar un nombre para la pequeña, que por fin se queda quieta, como si entendiera que necesitan reunir fuerzas para el trabajo que les espera.

Cierra los ojos y ve desfilar las imágenes del hombre que tardó años en encontrar y que hoy puede perder para siempre. Las sonrisas tímidas de Justo. El amor laborioso y atento de las primeras veces, que dejó paso a una animalidad feliz tan parecida a la suya; la gravedad con que lo mira todo, la sonrisa de niño que Lorna fue sacando a flote y que solo es para ella y hasta la nueva que le nacerá con la pequeña.

Hay un Severo Justo que el mundo cree conocer y que hoy pensará de él lo peor. Hay otro que lidera la Brigada y que sigue confiando en su jefe. Pero hay un Justo que solo ella conoce, capaz de bromas y risas, lleno de pequeñas manías que ejerce con tanta educación que no llegan a molestar, un Justo enamorado al que descubre mirándola como si la dibujara con los ojos cada vez que ha

despertado junto a él.

Siente un ligero ramalazo de celos, porque a partir de ahora deberá compartirlo con la niña y se siente dichosa porque el de Justo por la pequeña será un amor diferente al de Justo por Lorna, *y para que ese amor sea como debe ser, él tiene que volver, él va a volver.*

Se adormece con ese pensamiento.

La puerta entornada se abre sin ruido.

Y entra el policía de civil, con la pistola en la mano.

—¡Para, para, para!

La orden de Dolores es tan perentoria como la respuesta de su nieto.

Y a punto están de ser embestidos por el coche de Libitina y Caronte.

—¿Qué pasa, abuela? Todavía falta para llegar.

—Mira allí, al final de aquella curva.

—Un coche y parece el…

—El de Lorna. Si Justo lo ha dejado allí, por algo será.

Los forenses se han acercado y esperan instrucciones.

—Tú y Beatriz daréis un rodeo, Jorge. Trata de identificar cámaras ocultas, sabemos que a este tío le gustan. Buscad puntos ciegos, aunque tengáis que rodear todo el edificio.

Los dos policías bajan. Dolores toma el hombro de la muchacha y le dice al oído:

—Cuídamelo mucho. Me lo debes.

Beatriz asiente y se marchan protegidos por los árboles.

—¿Y nosotros? —dice Caronte.

Dolores no responde. Su rostro está enrojecido y le cuesta respirar.

—¿Dolores? ¿Qué le ocurre, Dolores?

—Tómale el pulso —dice Libitina.

La *hacker* se revuelve, busca en su bolso, toma una pastilla y la traga con prisa.

—No es nada, no es nada. O eso espero. Este viejo corazón ha amado y odiado demasiado y se ve que ya no estoy para estas cosas… Id vosotros detrás de ellos.

—Pero uno de nosotros puede quedarse con usted, por si…

—Si la pastilla no hace efecto, poco habrá que hacer, Caronte. Y si funciona, me dormiré una siesta hasta que todo acabe…

Vacilando, Libitina y Caronte siguen el mismo camino que Frontela y Beatriz.

Antes de perderla de vista, el forense mira hacia atrás y ve a la anciana inmóvil.

Como si durmiera.

—… *forbande, kliatba, prekletstvo, needus, madarikatu, kirous, malédiction, melltith, κατάρα, vloek, átok, curse, mallacht, bölvun, maledizione, lāsts, prakeikimas, xingamento, проклинать, przekleństwo…*

Dalia maldice en otros veinte idiomas. Durante años ha participado en combates legales e ilegales y jamás se había torcido un tobillo. *Eso lo reservamos para el momento más importante*, se burla Ráfaga sin ganas. *Sabéis lo que hará Avellaneda, ¿verdad?*

Las voces empiezan a hablar a la vez, pero Ráfaga toma el mando: *Se aseguró de tenerlo desnudo y desarmado. Ahora lo llevará al calabozo donde cree que estamos. La promesa de soltarnos habrá sido el cebo del trato.*

Pero no lo cumplirá, no tiene sentido, comenta la psiquiatra forense, que todo lo mide desde una lógica científica.

Depende, matiza la Dalia psicoanalista, *creo que su complejo de superioridad se ha visto tan afectado por la figura de Justo que demostrará su poder soltándonos*.

La Dalia criminóloga apunta que es muy poco posible y que, por loco que esté, Avellaneda sabe de lo que son capaces y no las dejaría libres.

*De lo que éramos, bonita*s, corta Ráfaga. *A la pata coja poco podemos hacer.*

Dalia pide silencio con educación y firmeza.

—La situación ya la conocemos, chicas. Estamos encerradas en este hangar gigante, con un tobillo jodido, un asesino armado y con puntería, y nuestro jefe y amigo sin armas y desnudo, y te prohíbo, Ráfaga, que hagas ningún comentario sobre lo bien que está Severo para sus años. Esto es lo que intentaremos. Prestad atención.

El policía vacila con el arma en la mano. La figura redonda de Lorna Durán durmiendo bajo la manta lo hace dudar. Pero lo que perderá si no obedece es demasiado. Tiene que pensar en su propia familia. En su mujer y su hijo. Sabe que para él no hay futuro. Es imposible que escape, y mucho menos que sobreviva en prisión, después de haber sido policía.

Maldice su suerte y se pregunta una vez más por qué habrá tenido que elegirlo a él y no a cualquiera de los otros, si le encantaban los reportajes de esta mujer cuando salía en la tele y, a decir verdad, siempre le pareció guapísima.

Tal vez debió hablar con Bermúdez, que lo ha protegido desde que entró en el cuerpo. Pero no lo hizo en un primer momento y luego se convenció de que, como la voz decía, solo debía cobrar, observar y estar disponible cuando se lo reclamara.

Odia cada segundo desde que eligió callar. Severo Justo tenía enemigos poderosos y no era raro que alguien quisiera encontrar algún trapo sucio en su contra. Aun así, se ha sobresaltado cada vez que en su teléfono aparecía la llamada de un número desconocido y fue el único español que recibió con alivio las cansinas propuestas de operadores telefónicos para cambiar por el que tenía en la actualidad.

Precisamente hoy llegó la foto de su hijo de tres años.

Hace casi una hora que la recibió y puede verla incluso con los ojos cerrados.

El pequeño Fermín, entre divertido y preocupado, mira al objetivo y saluda. En la pequeña mano sostiene una careta blanca y sin rostro, como las que usa el asesino Nadie. Solo eso.

Y hace unos minutos, cuando había comprobado que su mujer no

responde al teléfono, llegó la orden terrible. La voz sonaba enloquecida y peligrosa.

Intentó negociar, pero le dijo que la elección era sencilla: «O Fermín y tu mujer, o Lorna Durán. Tú eliges, Fermín. Y ya te vale, ponerle tu nombre hortera al niño».

Y eligió porque no le queda más remedio y por eso esperó el reparto de turnos de vigilancia, para que la zona quedara despejada: uno de los compañeros en la parte posterior de la casa, otro en el salón, el tercero descansando un rato y los dos viejos limpiando la cocina.

Sabe que tiene que hacerlo. Apunta a la figura abultada bajo la suave manta.

La voz serena y casi maternal le aconseja:

—Sé que te han obligado. Pero si te mueves un milímetro, te vuelo los sesos. Suelta el arma y déjala en el suelo.

Obedece. En la penumbra, ve a Lorna Durán a un costado de la puerta, sentada en un sillón, su dulce figura incongruente con el arma que sostiene con firmeza. Le basta una mirada para tomar conciencia de que esa mujer sabe disparar.

Entonces ocurre.

Un sobresalto dentro de ella, como un hipo enorme, le hace desviar el arma.

El inspector auxiliar Fermín Lavado podría lanzarse al suelo en busca de su reglamentaria o tratar de escapar. Elige lo segundo y, al intentar salir de la habitación, choca contra un muro. Y cae al suelo, junto a su arma.

—Las manos quietas —dice Lorna, nuevamente serena—. Podemos ayudarte. Y no me apetece matar a nadie delante de mi hija.

Una sombra ágil patea la reglamentaria lejos de él. Es Mingo.

La luz se enciende y, bloqueando la puerta, ve la figura enorme de Eusebio Justo.

El viejo lo levanta como si fuera un niño y lo sienta en la cama.

—Venga, cuéntame —dice con inesperada dulzura.

Fermín se lanza a llorar y le cuenta de las llamadas anónimas, de la foto del pequeño Fermín, de la máscara blanca y del miedo. Sobre

todo, del miedo.

65

El gran pecador

—Acérquese lentamente y con las manos en alto.

—¿Cree que me queda algún sitio donde ocultar un arma? —bromea Justo.

—¿A que es horrible la sensación de indefensión?

—De momento, me da más miedo resfriarme. Estamos en otoño y ya no tengo edad para el naturismo, Avellaneda…

Hay un gesto confuso en el hombre de esmoquin. Esperaba un Justo santurrón, un moralista derrotado por el mal. Pero encuentra a un hombre jovial, que avanza de manera casi perezosa y no sonríe con la boca ni con los ojos, pero sí con la voz.

—¡Usted no me está tomando en serio y lo va a lamentar, Severo Justo!

—Lo tomaré en serio cuando cumpla su palabra y libere a Dalia Fierro.

—Ahora verá a su amiga. Siga avanzando. Acérquese a esa puerta. Sí, esa.

Justo tantea el picaporte.

—Está cerrada.

—Claro que está cerrada. —Le arroja un llavero que el otro atrapa al vuelo—. La llave número seis. Abra sin intentar ningún truco.

—¿Dalia? —pregunta Justo—. Dalia, ¿estás ahí?

—Abra y la verá —ordena Avellaneda.

El policía abre la puerta y queda parcialmente oculto de la vista de Dalia.

—¿Me toma el pelo, Avellaneda? ¡Aquí no hay nadie!

—¿Cómo que no? —Se asoma sin dejar de apuntarlo y no

comprende el vacío de la celda—. ¡Maldita mujerzuela! Ya la atraparé, no hay salida. Ahora entre ahí.

El golpe es preciso como la puntería de Dalia, pero el hueso no pesa lo suficiente cuando da en la cabeza de Avellaneda, que se sacude un momento. Justo intenta arrebatarle el alma, pero no lo consigue. A la carrera y olvidando el dolor, Dalia corre hacia ellos mientras forcejean.

Avellaneda ha sacado un cuchillo de algún sitio y trata de cortar a Justo, que evita el primer tajo por milímetros, pero el segundo hace brotar la sangre de su pecho. El grito de triunfo del asesino llena el lugar y por eso no escucha la carrera irregular de Dalia, que se arroja sobre él, tratando de inmovilizar el brazo de la pistola. Justo no piensa en la herida que sangra copiosamente. Consigue que suelte el cuchillo, que cae lejos. Avellaneda está más en forma de lo que parecía y no logran reducirlo. Alcanza a darle un codazo en la cara a Justo y, con el mismo brazo, un puñetazo a Dalia. Retrocede hacia la puerta abierta de la celda y los apunta alternativamente. Consigue sentarse en el suelo.

—¡Atrás! El primero que se acerca, muere.

—*Y el segundo te mata* —dice Dalia con voz de Ráfaga.

—Puede ser, pero el arma la tengo yo.

Justo percibe que ella está a punto de saltar.

—Retrocede, Dalia —pide más que ordena.

—Ya ven —celebra Avellaneda—: la vida es un casino y la banca siempre gana.

—No estoy tan seguro —dice una voz sobria desde un costado—. Arroje el arma y levante las manos. Queda usted detenido, Javier Avellaneda.

Es el inspector Jorge Frontela. Las piernas ligeramente abiertas, el pulso que no le tiembla mientras apunta a la cabeza.

Avellaneda lo mira a él, luego detecta a Beatriz y hace un gesto.

Se extraña de que no haya respuesta. Pero vuelve a sonreír.

—Me temo que se equivoca, policía. Mire detrás de usted.

—Ese es un truco que funciona en las películas, pero en la realidad…

—Arroja la pistola al suelo o te vuelo la cabeza, Jorge. Y tú también, Beatriz. Me parece que has cambiado de bando otra vez.

Acostumbrados a su tono mesurado, tardan en reconocer la voz de la forense Libitina Molina, que los cubre con dos armas sostenidas con firmeza. El arco que traza abarca a un sorprendido Caronte García.

Avellaneda se levanta cubriendo a los demás desde otro flanco.

—Sabía que podía confiar en ti. ¡Cumpliremos la misión sagrada de tu padre!

Mientras se levanta del suelo, Justo pregunta incrédulo:

—¿Eres… la hija de Nadie? Pero si él no tenía…

Libitina arde de furia y no contesta. Avellaneda y ella conducen al grupo dentro de la celda. La mirada de odio con que la forense los recorre evita enfocar directamente a Caronte García, que reacciona:

—¡Eso es lo que me decían las voces! El tajo preciso y precioso, igual que los tuyos… —Entonces cae en la cuenta—: ¿Quiere decir que lo nuestro fue una farsa?

—¡Hay cosas más importantes que nosotros, Caronte! —ruge ella.

Los cinco están en el calabozo, de pie y sorprendidos. Avellaneda disfruta.

—¿Sabe qué pecado teníamos reservado para usted, Severo Justo?

—¿La soberbia?

—¡Siempre creyéndose mejor que los demás! —Comienza a sobreactuar—. Surge un hombre dispuesto a ejercer de conciencia en una sociedad corrupta, ¿y qué hacéis con él? ¡Lo matáis a traición y lo olvidáis! Yo averigüé. Así encontré a Libitina, que ignoraba su origen, y supe que era la adecuada para continuar con la cruzada de Nadie. Solo necesitaba los medios, la información y un aliado poderoso. O sea yo. Pero no queríamos mártires, antes había que hundir vuestro prestigio. Lo que no esperaba era que vinierais a entregaros. ¡Esto le encantaría a tu padre, Libitina!

La delgada mujer tiene ojos alucinados.

Dalia se culpa por no haber percibido su alejamiento de la realidad, el lento envenenamiento psicológico al que Avellaneda la

habrá sometido. *Tuvimos que verlo todas y fallamos todas*, dicen las voces. *Yo no voy a fallar*, declara Ráfaga. *Si salto hacia Avellaneda, puedo usarlo como escudo y…*

—No —dice Dalia en voz alta.

—¿Cómo que no? —se extraña Avellaneda.

—Que no saldrá como quiere. No esta vez. —Mira a Libitina—. Fuiste una más de la Brigada y no creo que fingieras con Caronte. ¿Estás dispuesta a seguir matando en nombre de un padre que te abandonó y al que nunca conociste?

Ella vacila, pero se enfurece aún más:

—¡Porque tú lo mataste! Era un santo y su causa era tan grande que no pudo ocuparse de mí. ¡Yo continuaré su cruzada, soy Nadie y acabaré con la corrupción!

—A eso me refiero. Vas a matarnos por venganza. Si de verdad quieres acabar con el mal, ¿qué me dices de un millonario que atropella a inocentes con su coche y mata por placer? Puede que yo merezca la muerte, Libitina. Pero ese —señala con el dedo a Avellaneda— es el mayor pecador que hay aquí.

—Vaya estupidez —dice Avellaneda sin dejar de apuntar a Dalia mientras gira la cabeza para ver a su aliada. No le hagas caso, Libi…

El estampido corta el discurso. El tiro le da en el lado izquierdo del pecho y el millonario cae como un títere al que le han cortado los hilos.

—Lo habías decidido desde el principio, ¿verdad? —pregunta Dalia.

—¡Todos me toman por tonta, desde que era niña! Él me señaló mi destino, pero merecía la muerte tanto como vosotros, como los que quedan en la lista de mi padre…

—Puedes parar, Libitina —intenta Caronte.

—Mi dulce Caronte. —La expresión de ella se suaviza—. Eres el mejor forense que he conocido y también el mejor hombre. No quiero que mueras con la duda: te amo. Te amé sabiendo que tenía que matarte.

De pronto, su cara se torna púrpura de furia, mientras apunta con las dos armas de fuego al quinteto acorralado en el calabozo.

—¡Todos debéis morir por interferir con los designios de Nadie!

Este idiota me convenció de que debía establecer un orden, pero estaba equivocado.

El arma de la mano izquierda se detiene en la figura de Frontela.

—Me caías bien —dice la forense, y dispara.

—¡No! —grita Beatriz mientras se cruza en el camino de la bala y cae.

Nadie alcanza a moverse. Los tiene cubiertos otra vez. Severo Justo da un paso al frente. Su cuerpo desnudo trata de proteger a los demás, pero sabe que es imposible.

—Cóbrate conmigo y déjalos vivir, por favor.

La cara de la mujer vuelve a cambiar. Parece la tímida forense de siempre.

—De verdad me gustaría, señor Justo. —Su gesto se agrieta—. ¡Pero todos son culpables y cuando acabe con ustedes iré a por los que faltan y luego…

Su voz se interrumpe. El dedo intenta presionar el gatillo pero no puede.

Cae hacia adelante, con el estilete de Dolores clavado muy hondo en la espalda.

—Lo siento, Caronte —dice la anciana.

El forense se arrodilla junto a la muchacha.

Parece un cuerpo más de los que estudia en la morgue.

La Libitina que él conoció y lo hizo feliz había muerto antes de esta muerte.

—Mejor revisa a Beatriz, pero creo que no hay mucho que hacer. Pobre muchacha. —Dolores contiene un sollozo y señala con la cabeza a Avellaneda—. ¿El capullo este todavía vive?

—Agoniza —dice Justo mientras lo pone boca arriba.

El moribundo comienza a reír.

—He ganado. Yo siempre gano —dice con dificultad.

Justo no lo entiende, pero lo adivina. Lo toma por el pecho ensangrentado.

—¿Qué quieres decir, hijo de puta? Dímelo o…

—… ¿O me vas a matar? Yo ya estoy muerto, Severo Justo. Pero tu mujer y tu hija también. Tomé mis precauciones.

Justo pone el arma contra la frente de Avellaneda. Su dedo blanquea en el gatillo.

—¿Qué haces perdiendo el tiempo con ese idiota, jefe? —dice Dolores—. ¡Vete echando leches para el hospital, parece que Lorna está a punto de dar a luz!

—Pero, pero… ¿Y…? —boquea Avellaneda.

—¿El pobre infeliz que dejaste para que se la cargara? —ríe la anciana—. Entre Mingo y el gigante le han dado lo suyo.

El asesino mastica un insulto. Justo separa el arma de su frente.

El moribundo lo mira como un niño asustado.

—Tú no sabes cómo fue mi vida.

—Sé cómo fue la mía, la primera que me robaste.

—Me muero, Justo. Fuiste sacerdote y estás obligado a perdonarme.

Es lo último que dice.

Severo deposita su cabeza en el suelo y le cierra los párpados.

—Que te perdone Dios, si es que existe y puede.

66

Tres pataditas

En el cuarto del hospital no caben más ramos de flores. Los pasillos están libres de periodistas porque un cordón de policías impide el acceso. Un helicóptero alquilado por una cadena de televisión intenta en vano enfocar la ventana de la habitación, que más parece un jardín en primavera.

Dolores sacude la cabeza y mira a Lorna, cuya barriga abomba la ropa de cama.

—Es que las primerizas sois muy puñeteras —comenta la anciana —. Tanto lío y al final era una falsa alarma. ¿Para cuándo te han dicho, entonces?

—Según los médicos, nacerá entre esta noche y mañana.

Justo no habla. La mira como si hubiera vuelto a tener fe y contemplara un milagro. Lorna resplandece al reflejo de las flores. Parece cansada y feliz.

—¿Y ese par sigue en la puerta? —señala con la cabeza.

—Ya sabes: montando guardia. Han hecho buenas migas, mi Mingo y vuestro Eusebio. Me temo que a tu niña le han salido un abuelo y una abuela postizos, Lorna.

—Los mejores que podría pedir. —Mira a su marido—. Así que tú andabas por allí, paseándote desnudo, descarado. Ya te daré lo tuyo cuando esté en condiciones.

Lorna acaricia la voluminosa barriga.

Justo se ruboriza y sonríe.

—Creo que todos hicimos el tonto. Todos menos Dolores. De no ser por ella…

—¿Fingiste que sufrías un ataque al corazón para quedarte en el

coche porque ya sospechabas de Libitina?

—Me escamó que Caronte no oyera sus voces, porque era lo último que quería escuchar. Además, ¿qué pinta una vieja en una operación policial? —Reflexiona un momento—. Lo cierto es que Avellaneda lo había planeado todo. Cuando empezó este retorno de Nadie, me colé en los archivos para repasar las analíticas de todos los miembros de la Brigada. El Nadie original padecía de la Enfermedad de Huntington, que es degenerativa y hereditaria. El millonario cabrón había previsto hasta eso e hizo cambiar los resultados de Libitina para que no detectáramos el parentesco. Ella estaba mal de la cabeza, pero fue otra víctima. Me dolió tener que…

Justo se pone serio.

—Según la versión oficial, fue Avellaneda quien mató con el estoque a Libitina y yo le disparé a él. No tendrás problemas. Aunque no creo que recuperes tu bastón mortal.

—Pues Mingo tendrá que comprarme otro. ¿Y Fermín, el policía que intentó…?

—No creo que me hubiera hecho daño —le quita hierro Lorna—. Lo convencieron de que su hijo y su mujer estaban en peligro, aunque en realidad Avellaneda había pagado a un secuaz para que interfiera su móvil y la foto con la máscara estaba trucada. Yo no pienso presentar cargos.

—Paco hará que lo mantengan vigilado, por si se tuerce —agrega Justo.

—Hay algo que no entiendo —pregunta Lorna—: ¿quién era ese muchacho que estaba escondido en la habitación del fondo de tu casa?

—¡El notario más joven de España!

Su marido le explica. El ritual consistía en matar a alguien que pudiera manchar la imagen de un Apóstol. En el caso de Frontela, no encontraba ningún «pecado». Pero tenía que haberlo. Por fin se lo contó: hace años reemplazó, en los exámenes de la oposición a Notaría, a un amigo de la infancia.

—Y, por supuesto, sacó las más altas calificaciones. Es que mi nieto, si no fuera medio gilipollas, sería un genio…

—Un delito de falsedad documental —sigue Justo—, pero bastaba

para poner a su amigo en la mira de Nadie, así que Jorge lo escondió en casa de Dolores hasta que pasó todo.

—La que me da pena es la chica —lamenta Lorna.

Dolores quiere hacerse la dura, pero no le sale.

—A mí también. Avellaneda era capaz de manipular a cualquiera. Pero a la hora de la verdad hizo lo correcto, aunque lo pagó con su vida… ¡Vaya ovarios, cómo se lanzó para proteger a mi nieto!

—¿Cómo está Jorge?

—Desolado. Pero es joven y con el tiempo se recuperará. Como es el único de vosotros que seguirá en la Policía, se refugiará en su trabajo. Preferimos contarle la verdad, porque él hubiera terminado por averiguarlo de cualquier manera. Había tenido mala suerte, pero era una buena chica, Beatriz.

—Sí, además —comienza Justo.

—¡Espera, espera! —dice Lorna—. Repite lo que acabas de decir, Dolores.

—Que Beatriz era una buena chica con mala suerte.

Lorna sonríe aliviada y señala su barriga.

—¡Ha dado tres pataditas! La niña ya ha elegido su nombre. Se llamará Beatriz.

La pareja se abraza y Dolores se retira, convencida de que, por más años que viva, nunca terminará de entender a esos dos.

La risa de Lorna limpia el ambiente, acompañada de un sonido que Dolores desconocía. Un sonido grave y lleno de humor. Un sonido feliz.

La risa de Severo Justo.

EPÍLOGO

La mayoría de las personas
prefieren confesar los pecados de los demás.

GRAHAM GREENE

La cantidad de cámaras de televisión y micrófonos de medios de comunicación nacionales y extranjeros haría pensar en la conferencia de prensa de un jefe de Estado a punto de realizar una declaración trascendente.

Pero en el centro de los focos está Daniela Vélez.

Viste de un modo menos llamativo de lo habitual, pero un ojo experto detectará las firmas de alta costura en su sobria vestimenta. También el maquillaje es un poco más tenue, «como si Daniela por fin se decidiera a aceptar su edad», dirá una periodista en voz baja, aunque lo que escriba luego será que «la Vélez brilló con la luz propia de su maestría en el oficio».

Pide silencio. Agradece la presencia de los medios. Y lee su declaración.

—Sé que han sido casi tres meses de silencio y me disculpo con las compañeras y los compañeros que me solicitaron entrevistas o declaraciones, pero a veces hay asuntos más importantes que nuestra avidez periodística. Aprovecho también para desmentir que en ningún momento haya yo colaborado, directa o indirectamente, con el accionar de los asesinos Javier Avellaneda y Libitina Molina. La prueba de ello es que no hay ninguna imputación judicial en mi contra. Con respecto a lo que se calificó como mi «secuestro», niego que se tratara de un truco publicitario y no me detendré ni un segundo más en esta tontería. Como ya ha declarado en su momento el comisario principal Severo Justo, colaboré con él en una misión encubierta, con el fin de atrapar a los mencionados asesinos. En ningún momento mi vida corrió peligro por la acción de Severo Justo; al contrario, podría decirse que la salvó, ya que se ha comprobado que mi nombre estaba en la lista de víctimas de esos criminales, con los de muchas otras personalidades conocidas de nuestro país. Gracias al accionar decidido de Severo Justo y la Brigada Internacional de Crímenes Internacionales, dos peligrosos

asesinos en serie han caído. Y si mi modesta contribución ha ayudado, aunque sea un poco a ello, me doy por satisfecha y me declaro orgullosa.

Cambia el rostro solemne por su sonrisa televisiva, baja la hoja de papel y habla mirando a las cámaras.

—A los televidentes que han preguntado en estos meses por el estreno de mi espacio *Daniela Vélez investiga*, tengo dos buenas noticias que darles. La primera es que el programa saldrá al aire, aunque comenzaremos a emitirlo dentro de tres meses.

Los murmullos se desatan. Daniela sonríe, coquetea y ofrece el mejor perfil.

—Y la otra buena noticia, al menos para mí, es que he aceptado la proposición de matrimonio de mi antiguo amigo, el empresario Fabrizzio Closetti. Por eso el programa comenzará a producirse después de nuestra luna de miel.

La cantidad de periodistas del corazón que se amontona para preguntarle por la boda impide las preguntas de los periodistas políticos y de sucesos.

Una cronista joven e ingenua comenta que es extraño que ella haya leído su declaración, salvo en lo referente a la boda. Pero desde el estudio central de la cadena de Daniela, la conductora elogia que, al tratarse de un asunto de tanta importancia, Daniela haya optado por la seriedad de una declaración escrita, «para que luego no se tergiversen sus palabras».

Luego anuncia que pasarán a una breve pausa publicitaria.

La sonrisa de Daniela abarca toda la pantalla del fondo del estudio y, mientras la cámara se aleja, parece congelada en el tiempo, inalterable.

La pequeña Beatriz es de lo más activa. Heredó el cabello renegrido de su abuela y los ojos enormes y claros de la madre, así que Eusebio la llama Betty Boop por lo descarada que es, mientras la niña que sonríe casi le cabe en una mano.

Lorna y Severo se separan de la tele.

—¿Estás seguro de lo que hiciste? —pregunta ella.

—Hice lo que debía. Y no fue para salvarme a mí mismo.

Lorna lo despeina.

—Lo sé, bobo. Nunca haces nada por ti mismo, salvo cuando decides inmolarte. Pero eso se acabó, ¿verdad?

—Palabra.

—Me jode un poco que Daniela quede como una heroína, pero imagino que ha sido parte del precio a pagar por la seguridad de todos los demás. ¿Me equivoco?

—Casi nunca. Si íbamos contra ella, muchos de los nuestros hubieran caído también en la investigación.

—¿Y la red de colaboradores de Avellaneda?

—No se fiaba de nadie, así que no tenía una verdadera organización. Solo gente a la que pagaba por vigilar a otra gente. De las coacciones se encargaba él mismo.

—Lo que más extraña —Lorna se muerde el labio inferior— es que el ministro haya aceptado de buen grado tus condiciones.

Justo levanta a la niña en el aire, la mira y siente que nunca va a poder dejar de sonreír.

—¿Y quién te dijo, mi amor, que el trato fue con el ministro?

Bermúdez abarca con ambos brazos la luminosa oficina en un cuarto piso frente a la plaza de Tirso de Molina.

—¿Qué opinas, Pablito?

—Me parece una maravilla. Pero también es una locura, yo no tengo…

—Eso lo discutes con Ana. Y ya sabes cómo las gasta mi mujer. Ahora que los Apóstoles hemos sido rehabilitados, nos lloverán los clientes. —Bermúdez está exultante—. En cuanto me des el sí, vamos a firmar a la notaría y encargo el rótulo para los balcones. «Acuña y Bermúdez Investigaciones».

—No me parece justo, Paco. Debería ser «Bermúdez y Acuña». Ustedes ponen la mayoría del dinero.

—Lo echamos a suertes, entonces. —Saca del bolsillo una moneda —. Cara, va primero tu apellido, cruz va el mío. Aunque creo que el

tuyo le da más alcurnia.

Tiran la moneda al aire, que rueda por el suelo hacia la puerta-ventana abierta, sale al balcón y cae a la calle.

—¡Hostia, como le dé a alguien en la cabeza…! Era una de dos euros —dice Bermúdez.

—Mejor vamos a la notaría, Paco.

Ya en la calle, el Súper no puede resistirse.

—Que conste que estoy agradecido por lo que hacéis y me voy a dejar la espalda para que esta agencia sea la mejor del país.

—Y como te vea entrar a un salón de juegos, te hago comer una tragaperras.

—Me lo merezco. Pero ¿por qué en esta zona, en Tirso de Molina? La oficina es grande, pero podríamos haber buscado una zona más…

—¿Más estirada, quieres decir?

—No lo intérpretes mal. Solo es curiosidad.

Bermúdez barre con su gran brazo el paisaje de la plaza de Tirso de Molina y a dos turistas que estaban en su trayectoria.

—Mira toda esta gente, de todos los países, con todas las pesadillas. Creo que uno tiene que estar donde lo pueden necesitar para algo más que espiar a la mucama por si se robó una cuchara de plata, ¿no crees? Además, con el prestigio recuperado, aunque pusiéramos la agencia en una furgoneta, nos sobrarían los clientes.

—Tienes razón, pero hay algo más, seguro.

Paco baja la cabeza.

—Elegí este barrio porque era la zona de operaciones de mi padre cuando hacía robos de poca monta o contrabando miserable. Como buen perdedor de la Guerra Civil, siguió pagando muchos años después una deuda que no tenía. Suelo venir a tomar un vermut en una terraza y ver pasar a la gente como si fueran nubes. Cuando detecto algún carterista a punto de actuar, le pegó un silbido, me ve, me reconoce y sale corriendo. Sé que voy a dejar de ser policía. Pero no quiero dejar de ser quien siempre fui. ¿Lo entiendes?

—Yo no mucho. Pero seguro que tu terapeuta, que fue la que te recomendó eso, lo tiene clarito.

—¡No me jodas, Súper, no me jodas! —se queja Paco, y se alejan

sonriendo hacia la notaría.

Caronte García camina por su viejo barrio, donde nadie lo reconoce o lo quiere reconocer. Anochece y las calles se despueblan de quienes no viven de la violencia. Lleva un cuchillo de matarife en el bolsillo de la gabardina, no sabe si para suicidarse o para destripar al primer macarra que le recuerde a Hammed el Largo.

Ha pasado todo el día en la morgue. En el silencio de la morgue. En el atronador silencio de la morgue donde cada paso en algún pasillo remoto resuena como mil.

Ha abierto todos los cajones deslizantes con cuerpos sin vida.

Ha aguzado el oído.

Y no ha escuchado nada.

Luego buscó una tienda de chinos y compró docenas de pequeñas botellitas que ha ido bebiendo y tirando a la calle. La gabardina es de buena calidad y dos ladronzuelos intercambian miradas al verlo pasar con errática marcha de borracho.

Lo siguen por una calle oscura. Luego por otra más estrecha.

Caronte desaparece por una esquina.

Y cuando los muchachos van a correr tras él, algo los golpea. Luego dirán que fueron varias personas a la vez, por la velocidad y la cantidad de golpes, que eran varios tíos bajitos vestidos de negro y con pasamontañas, seguro que eran chinos, porque los chinos saben kárate y esas cosas.

Después de deambular sin rumbo y sin que nadie intente atacarlo, Caronte busca el callejón donde hace años encontró muerta a su madre. Aquí lo hará si tiene el valor de hacerlo. Se sienta y mira hacia abajo, pero solo ve cemento sucio, marcas de chicles mancillando la acera, el charco de una meada de perro.

—No lo hagas, amigo —dice una voz que es y no es la de Dalia Fierro.

Se sienta a su lado y tiende una mano. Caronte le muestra varias botellitas.

—¿Vodka, ron, whisky?

—Lo que bebas tú.

—Yo bebo lo primero que sale del bolsillo.

—Pues lo mismo para mí.

Beben en silencio. Después de un rato, Dalia dice:

—No tienes por qué irte. Justo dejó todo arreglado para que puedas continuar tu carrera y sigues siendo el mejor forense de España.

—Sin la Brigada no sería lo mismo. Además, no soporto la morgue sin ella.

—Entonces ¿volverás a las funerarias?

Caronte la mira extrañado:

—¡Ni loco! Pagan fatal y los familiares son muy pesados. Aproveché el trato que hizo Justo y me tomé un año de excedencia.

—¿Qué vas a hacer con ese tiempo?

Caronte no responde, pero saca dos botellitas, las abre y le alcanza una.

—¿Crees que alguna vez me quiso?

—No lo creo: lo sé. El amor no se explica. Es absurdo y sublime. Ella estaba muy enferma, Caronte, pero si hubiera tenido más tiempo contigo se hubiera curado.

—O me hubiera matado.

—También era una posibilidad.

En esta nueva oferta, Dalia elige una botellita de Jack Daniel's.

—¿Sabes que después de hacer el amor soñábamos con recorrer los cementerios más importantes del mundo? No solo Père Lachaise, Highgate, La Recoleta, Hollywood Forever o el Monumentale de Milán. Una verdadera vuelta al mundo. En eso emplearé este tiempo y el dinero que tengo ahorrado. ¿Te parece extraño?

—Me parece un detalle para con la parte de ella que te amó. Me toca preguntar. ¿Viniste a cortarte la garganta en el callejón donde mataron a tu madre?

—¿Justo te contó?

—Puede decirse que sí y que no. Fui su psiquiatra, ¿recuerdas?

Caronte rebusca en los bolsillos y saca un puro. Luego sacude la

cabeza y saca otro. A Dalia todo le parece irreal, pero acepta. No los encienden, pero fuman.

—No lo sé —confiesa Caronte—. Quizás volví para morir aquí, como dices, o para volver a matar al asesino de mi madre. Lo hice cuando era casi un niño. Pero no sirvió de nada, porque ella seguía muerta. Libitina también.

—¿Y ahora?

—Ahora creo que pasaré un año viajando y alternando con gente viva. Mi contacto con la muerte será con los cementerios. Pero los muertos viejos no me hablan. Y por suerte, parece que tampoco los nuevos.

—Brindo por eso —dice Dalia.

Interior lleva días sin afeitarse y prácticamente acampa en su despacho, alimentándose de la nevera disimulada y llena de delicatessen adquirida, según los presupuestos, para recibir y agasajar dignatarios extranjeros, aunque todo el mundo sabe que las pocas veces que algún diplomático pasó por allí solo le ofreció café.

El teléfono rojo ocupa el centro de la mesa monumental, vacía hoy de papeles, porque todos están desparramados en finas tiras por la moqueta: los informes internos, las transcripciones de las grabaciones. Todo lo que sostenía su poder, convertido en flecos de papel.

Su destructora de documentos habitual dejó de funcionar y, en lugar de seguir el procedimiento habitual —amenazar a cualquiera de sus ayudantes con echarlo a la calle si no tenía otra nueva en menos de diez minutos—, Interior hizo algo inédito: salió del ministerio por una puerta lateral y sin escolta, irreconocible con un abrigo algo excesivo para la suavidad del otoño y un sombrero que solo usa cuando se va de viaje porque le agrega unos centímetros de altura. Las gafas oscuras completaron el atuendo y así llegó hasta una papelería, merodeó por la zona de tarjetas de felicitación para comprobar si era reconocido y se ofendió un poco cuando no fue así, pero luego recordó que era su objetivo.

Compró dos destructoras de documentos y pagó en efectivo. El precio le pareció escandaloso, quizás porque lleva años sin pagar nada de su bolsillo. Cedió a la tentación y se metió en un bar cercano a pedir un café con leche y un bocadillo de jamón serrano, que disfrutó más que el Cinco Jotas que se apila en sobres herméticos en su nevera. Fingió mirar las pantallas de televisión, pero en realidad estaba atento a las conversaciones de los parroquianos.

Las opiniones eran variadas. Algunos comentaban que la verdad completa no se iba a saber nunca, otros defendían que por irregular que hubiera sido el procedimiento era lo necesario, y un tercer grupo más numeroso se encogía de hombros comentando que, después de todo, la idea del primer Nadie no estaba tan mal, porque había mucho cabrón suelto por ahí, pero que se le había ido la mano, que una cosa era la libertad y otra el libertinaje. Un grupo minoritario evocó el breve paso por el automovilismo de un jovencísimo Javier Avellaneda, que asomó como la promesa del motor, pero desapareció de las pistas tras varios escándalos.

Y el camarero, que cumplía con cuota conspiranoica imprescindible en cualquier tertulia de bar en España, expuso su certeza de que la Brigada de los Apóstoles había sido creada por los Illuminati, de los cuales Severo Justo era el líder, por sus conexiones con el Vaticano, pero que no habían hecho nada mal su trabajo.

En eso coincidían todos. Cura o no cura, Justo hizo lo que había que hacer con esos locos. Y lamentaban la anunciada disolución voluntaria de la Brigada, con el retiro de Severo Justo de la Policía para disfrutar de la crianza de su niña.

La conversación pasó a temas menos políticos, como la belleza de la pequeña, aunque en las pocas fotos que robaron los paparazzis salía con la cara pixelada, y lo estupenda que se había vuelto a poner Lorna Durán en solo unos meses, también según fotografías tomadas con teleobjetivo. Nadie mencionó en ningún momento al ministro ni al ministerio. Interior pagó su café sin dejar propina y volvió con sus dos grandes bolsas a seguir destruyendo documentos.

Se lo ordenó hace dos días el presidente, por ese mismo teléfono

rojo, así como le dictó —Interior pensó que estaba leyéndole la lista — una por una las medidas que debía tomar para garantizar la continuidad en el Cuerpo de Policía de todos los miembros de la Brigada, sin que quedara mancha alguna en sus expedientes, así como la continuidad en su cargo de Caronte García, con ascenso en su categoría, y el borrado definitivo del escueto expediente que habían acumulado sobre las actividades de Dolores viuda de Frontela.

Cuando Interior preguntó si había que tomar alguna medida con Dalia Fierro, el presidente se mostró nervioso y dijo que la doctora Fierro era intocable.

Cortó y dijo que ya lo llamaría.

Interior sabe que no lo echarán del despacho de inmediato, aunque sus días allí están contados.

Desolado, recuerda la rebelión de su espíritu, si lo hacían caer no caería solo, y cómo, tras cerrar con llave la puerta, se dirigió a la caja fuerte secreta en la que guardaba pruebas comprometedoras contra varios miembros del Gobierno, incluido el Sonrisas. Por cada número de la combinación recobraba la confianza.

Al abrir la caja, estaba completamente vacía.

Sin más que hacer, Interior mira fijamente el teléfono rojo.

Suena. Corre hasta su alta silla y se trepa de un salto. Ni siquiera ha buscado su peldaño protector. Endereza la espalda.

—Buenos días, presidente. Sí, por supuesto: todo destruido. No sé a qué caja fuerte te refieres, pero no queda ningún documento. He tomado las medidas que ordenaste. Sí, comprendo que hay que dar un cambio de rostro al ministerio. Y te agradezco por seguir contando conmigo, en el área que consideres. ¿Cómo? ¡Es un honor, presidente! Siempre soñé con ser embajador y cumpliré con el mayor esmero la tarea de representar a España ante el Gobierno de… ¿Dónde? No, no, presidente, me parece magnífico, es una nación aliada y, como pides, estaré a la altura de las circunstancias. Gracias, presidente.

Cuando cuelga, teclea en su ordenador. Afina la búsqueda y lo encuentra:

Países Bajos (Holanda): Lidera el ranking mundial de estatura, con un promedio de aproximadamente 184 centímetros para los hombres y 170 centímetros para las mujeres.

«Estarás a la altura», ha dicho el cabrón del Sonrisas, que ahora mismo debe de estar revolcándose por el suelo de su despacho.

Atardece. Desde la azotea del edificio, la ciudad se ve pacífica, incluso bella. Justo fuma mirando el crepúsculo. De pronto, Dalia está a su lado.

—Creí que no fumabas.

—No lo hago. ¿Y tú?

—Últimamente, algún puro apagado con amigos tristes. Pero tú no estás triste.

—Un poco sí, Dalia. Quise ser sacerdote y policía y fallé en ambas vocaciones. No sé si sabré ser marido y padre.

—Se te dará bien. Por cierto, ¿qué tal te fue en la cita? Imagino que conseguiste todo lo que querías.

Justo sonríe.

—No sé si ese hombre te aprecia mucho o te teme más que al demonio. Estáis fuera de peligro. Los policías de la Brigada y también los civiles. ¿Sabías que el tipo no dejó de sonreír durante toda la entrevista?

—Problemas de autoestima, no puedo hablar de ello. Fui su terapeuta, ¿recuerdas? —Mira al frente—: Pudiste blindar la continuidad de la Brigada…

—Me conoces. Yo era incapaz de saltarme el reglamento y acabo de chantajear a la máxima autoridad del país. Buscando al topo, he desconfiado de todos, incluida tú. Eso envenena, Dalia. La etapa de la Brigada terminó. Pero quién sabe, a lo mejor alguna vez volvemos a ser necesarios y sé dónde encontraros.

Miran el atardecer.

—Gracias por venir al sacrificio como un gilipollas, para salvarme.

—Es una forma curiosa de explicarlo, pero muy precisa. Vosotras

hubierais hecho lo mismo por mí.

Dalia toma nota del «vosotras», pero no comenta nada.

—¿A qué te vas a dedicar ahora, Justo?

—Teniendo en cuenta que Lorna volverá pronto al trabajo, aprovecharé para disfrutar de la crianza de mi hija. Siempre fui muy ahorrativo, así que no pasaremos necesidades. —Sonríe—. Y ayer me informaron de un fideicomiso a nombre de la niña por una cantidad más que considerable.

—Y Dolores jura que no tuvo nada que ver, por supuesto.

—Claro. Y nosotros la creemos.

El silencio es otra forma de hablar.

—¿Y tú, volverás a la consulta?

—Soy una niña-vieja rica que se aburre. Así que sí. Además, Paco y Pablo me han ofrecido que los asesore en su agencia.

—¿Y tu amiga, la que viste de negro? Le vendría bien jubilarse…

—Ya veremos.

Llega la hora de separarse.

—Ha sido un jodido honor, Severo Justo.

—Lo mismo digo, Dalia Fierro.

Se dan un largo abrazo y la pequeña y vigorosa mujer se aleja hacia la escalera.

—Sí —dice en voz alta el policía.

Ella se detiene.

—¿Sí a qué?

—A que vengas por casa las veces que quieras, a que seas la tita Dalia de la niña y le enseñes tacos y a defenderse. A que si necesitas un poco de aburrida felicidad doméstica cuentes con nosotros.

—Ya veremos —responde Dalia Ferro.

Pero baja la escalera sonriendo.

Jorge Frontela disfruta de unos días de permiso que nadie se atrevió a cuestionar. Va hasta el espejo del baño y se ve cubierto de pintura desde las cejas hasta las rodillas. Distintos colores de pintura. Casi

todos tonos fuertes, poco previsibles en sus preferencias. Él ha cambiado, pero no tanto: tuvo la precaución de ponerse un mono integral con capucha y protectores para las zapatillas. De color blanco. Nada de azules. Termina de limpiar el suelo. Retira los plásticos protectores de zócalos, aberturas, enchufes de luz e interruptores. En ninguna pared queda la mínima hendidura cóncava o convexa que pudiera delatar los agujeros para tacos que sostenían hasta no hace mucho las estanterías que cubrían todas las paredes.

No sabe si servirá de algo, pero tenía que ocupar el tiempo mientras la pena iba encontrando espacios donde acomodarse dentro de su mente y su cuerpo.

Mañana comenzará a traer los muebles, que ha cambiado en su totalidad, salvo la cama, el sofá y la mesa donde hacían papiroflexia. No quiere olvidar. Solo quiere volver a comenzar. En un guardamuebles cercano, en cajas herméticas y selladas, miles de libros, fascículos y facsímiles esperan el momento en que cumpla la segunda etapa de su nuevo plan de vida: utilizar la habitación que le han cedido Bermúdez y Acuña en su agencia para poner allí su interminable biblioteca de conocimientos variados. A cambio, les echará una mano extraoficialmente de vez en cuando, pero saben que no se la ofrecieron por eso, sino como una forma de decirle «aquí estamos, amigo, para lo que necesites. Nada ha cambiado».

Pero lo cierto es que ha cambiado todo o más bien se ha modificado.

Su tendencia hubiera sido encerrarse a releer uno por uno cada texto que hubiera compartido con ella, para después pasar a los que no tuvo tiempo de mostrarle y de ahí a los demás, hasta releer cada uno y en voz alta para que ella lo escuchara donde sea que esté, si es que está en algún lado.

Pero si algo aprendió de Beatriz es que la vida está allá afuera, puede ser despiadada y hay que salir a enfrentarla. No dejará de coleccionar saberes imprevisibles, es parte de su forma de ser, pero no quiere que sea la única.

Ya no tiene lágrimas. Las fue vertiendo todas a medida que daba color a las paredes. Y como caían en los botes de pintura, están

impregnadas de ellas.

Jorge Frontela no quiere olvidar a Beatriz, quiere recordarla porque le debe la vida. La que lo salvó al interponerse en una bala que era para él, y antes, durante un año, la que le enseñó a disfrutar sin índices ni catálogos.

Comienza a ducharse. Esta noche cena con su amigo Pedro Ramírez, el notario más joven de España. Lo ha convencido de que no renuncia a su puesto, a cambio de que dentro de unos meses pase ante él un examen mucho más riguroso que aquel en que le suplantó para la suposición.

A Beatriz le hubiera gustado esa idea.

José unidireccional está nervioso y feliz. Una Dalia Fierro maquillada con delicadeza para resaltar sus rasgos, y con un vestido que no revela pero anuncia la firmeza de su cuerpo, sonríe seductora. Brindan. Ella pregunta:

—Te noto raro, José. ¿Me prefieres cuando voy borracha y de mala leche a un bar en el que no debería haber entrado?

—Estás maravillosa así y aquí. No esperaba que me llamases, aunque cruzaba los dedos todos estos días para que lo hicieras.

—Lo hice y aquí estamos. La cena ha sido deliciosa y convenientemente ligera. ¿Te apetece un paseo hasta mi casa?

José unidireccional tiene miedo. Pero la convicción es más fuerte:

—Sé que cuando te cuente esto voy a perderte, pero debo hacerlo.

—Qué dramático suenas. ¿Ahora me dirás que estás casado?

—Nada de eso. Como te conté, lo estuve hace años. Es otra cosa. Peor. Pero si no te la cuento prefiero no verte más.

—Hazlo, entonces.

—La noche que nos conocimos te estaba siguiendo. Alguien me contactó por teléfono, me ofreció un buen dinero y me aseguró que no era nada ilegal. Me encargó que te siguiera a distancia. Solo eso.

—¿Aceptaste por la pasta?

—Por la aventura, Dalia. Amo mi trabajo, pero no ocurre nada inesperado en él. Devoro las aventuras de los libros y nunca viví

ninguna. Por eso acepté.

—¿Cuántos días me seguiste?

—Dos. Bueno, en realidad uno. Porque la primera noche no saliste de tu consulta. La segunda, sí. Te seguí y vi… lo que hacías. Me asusté y corrí al bar más cercano, y al rato llegaste tú.

—Y si sabías quién era y lo que hacía, ¿por qué viniste a casa? ¿Para espiarme?

—Para cuidarte. No te rías. Parecías perdida, como si toda aquella violencia te hubiera dejado vacía. Debí contarte la verdad, pero no quise estropear la noche. Fue la más bella y excitante de mi vida.

—¿Y ahora, qué?

—Deduje que fue Javier Avellaneda quien me había pagado. Consulté con un amigo abogado para entregarme a la Policía, pero dijo que no había nada al respecto.

Ella lo mira a los ojos y sonríe con dureza.

—¿Qué voy a hacer contigo, José?

—Lo que quieras. Pegarme una paliza en el aparcamiento o venir a mi casa, que es pequeña y está llena de libros, pero sigue siendo una casa. Y volver a hacer lo que se nos da tan bien: dejar que las cosas ocurran.

—Todo un discurso. Me parece un buen plan —dice Dalia mientras suelta dentro de su bolso el puño americano que había encajado en su mano derecha—. Pero te advierto que no creo que pueda librarme de Ráfaga…

—¿Ráfaga es… la otra? Me cae bien, aunque vaya vocabulario…

—¿A qué te refieres?

—¿No lo sabías? Hay momentos, cuando haces el amor, en que te cambia la voz. Ahora entiendo que es ella la que habla.

—¡Qué hija de puta! O sea que te metiste en un trío sin esperarlo.

—A mí me gustas tú, todas las que seas tú. Y con respecto a Ráfaga…

—Ya te dije que no creo que pueda contenerla siempre.

—¡Al contrario! Sabes que estoy bastante en forma. Y sé la cantidad de cosas horribles que ocurren en el mundo…

—¿Y?

—¿Tú no podrías convencer a Ráfaga para que me entrene? Así, cuando salga de ronda, le puedo hacer compañía.

Dalia sonríe.

Sus voces le advierten, con distintos argumentos, que no lo haga.

Pero solo escucha a una, ronca, real y necesaria, que le dice:

Tú misma, chica. Pero con una condición: que me dejes mirar de vez en cuando.

—Trato hecho —declara Dalia Fierro, levantando su copa.

Tras la muerte de Avellaneda, se deshizo la invisible red internacional que lo protegía. Comenzaron a aflorar denuncias archivadas por atropellos mortales y grandes cantidades de dinero opaco, tanto en España como en otros países. Quizás por efecto de la mala conciencia de haber tolerado sus correrías, la colaboración internacional fue más veloz que de costumbre y esos millones pronto estuvieron a disposición del Gobierno, que creó un fondo para indemnizar a las víctimas de Avellaneda y las de Libitina Molina, instigada por él.

Solange Delgado anunció que triplicará la cantidad que le correspondiera, y creará una fundación como homenaje a su marido, para luchar contra la ludopatía. Paco Bermúdez sigue sin saber si es un gesto noble o una tomadura de pelo, ya que la exJacinta sigue manejando el imperio de juego ilegal de Difuntino.

Los familiares de Lilí Leblanc rechazaron cualquier compensación, porque para ellos su hijo seguía siendo José María Zurruendo. Pero el gremio de estilistas de España creó una escuela profesional con su nombre, cuya sede será inaugurada en breve por el excomisario Francisco Bermúdez.

No se han localizado familiares del indigente Obdulio Sosa.

Beatriz Gutiérrez descansa en el cementerio de un pequeño pueblito asturiano, donde al menos durante unos años fue niña y feliz.

Javier y Libitina fueron enterrados en el mismo cementerio, pero en distintos sectores.

Avellaneda ocupó su sitio en el fastuoso panteón familiar.

La doctora Molina no tenía familia, pero sus compañeros de la Brigada hicieron una colecta para que descansara en tierra, al pie de un roble, en una zona menos selecta del cementerio. Caronte se excusó de ir al entierro, aunque puso el doble de dinero, por su novia y por él.

Pese a la discreción policial, acabó por filtrarse la localización de la tumba, y algún fan —o algún gracioso con pésimo sentido del humor — colgó de la cruz la careta blanca e inexpresiva que identificaba a Nadie.

Pasada la novedad, el cementerio vuelve a ser lo que es: un lugar ideal para los gatos que se tumban al sol.

Esta mañana, Severo Justo se acerca por primera vez a despedir a su enemigo mortal. Reza en la distancia, aunque sin mucha convicción.

Y repara en la mujer, anciana pero muy elegante, vestida de negro y con velo, que sale del panteón. Lo mira desde lejos y se marcha.

Cambia de idea, vuelve sobre sus pasos y va directo hasta él.

—Desde que era niño —dice— supe que Javier era un monstruo, pero era tan bello y se parecía tanto al padre… Y luego, cuando creció, fui cubriendo sus errores, minimizando sus crímenes… ¿Sabía que yo le enseñé a conducir? —Extiende sus manos unidas—. Debería detenerme.

—Ya no soy policía, señora —dice Justo, y se aleja.

Si se da prisa, puede ganarle una partida de ajedrez al obispo Suárez.

O, por lo menos, intentarlo.

Piensa en pasar por la tumba de Libitina, pero se entristece al recordarla.

Deja atrás la zona arbolada, rumbo al coche.

Por eso no puede ver que alguien se acerca a la tumba discreta junto al roble, descuelga la careta blanca y se la pone.

—Nadie sigue vivo en mí —declara—. Y si yo caigo, vendrán otros. ¡Que nos teman los que merecen morir!

(Madrid-Buenos Aires-París-Granada, 2022-2026)